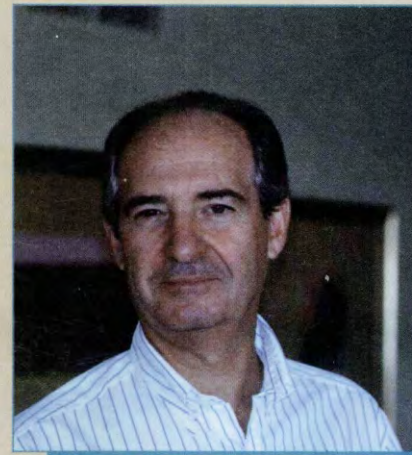


PABLO A. CHAMI



Sefarad

LUMEN



Pablo A. Chami nació en la capital de la República Argentina el 4 de septiembre de 1942. Se graduó como ingeniero en la Universidad de Buenos Aires.

Durante muchos años se dedicó a la actividad empresarial privada.

Fue el primer director de la revista comunitaria Continuidad, y actualmente es miembro del Seminario Permanente de Estudios Sefardíes del Centro de Investigación y Difusión de la Cultura Sefardí.



Supervisión general: Beatriz Borovich
Diagramación: Gisela Szewach
Diseño de tapa: Oscar Sánchez Rocha
Dirección Tipográfica: Lorenzo Ficarelli

ISBN 950-724-742-4

© 1998 by Lumen
Hecho el depósito que previene la ley 11.723
Todos los derechos reservados

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN ARGENTINA

A mis abuelos:

*Moisés Mizraji
Rica Cohen
Moisés Chami
Esther Guedalevich*

Que Dios los tenga en su Gloria.

Parte 1

“Ni un individuo, ni un pueblo, viven sin una historia o una leyenda de lo que fue en el pasado, de lo que es en el presente y lo que será en el porvenir.”

Benedetto Croce

Cádiz, 2 de agosto de 1492

Lo veo, de pie sobre el acantilado, mirando el mar. Si levantamos la vista hacia donde brilla el sol, el horizonte brumoso se confunde con el cielo, que pasa del gris al celeste. David de Córdoba ve por primera vez el mar. Nunca imaginó la existencia de ese azul inmenso, vasto. ¡Esto es el mar! Por algún oscuro motivo que no pudo explicar, pensó en Dios.

En su ciudad natal, Córdoba, no hay mar; solamente el río, caudaloso en primavera, seco al fin del verano. David recuerda el Guadalquivir y el viejo puente romano que lo atraviesa. Recuerda los bajos donde se bañaba con sus amigos; los pajonales a los que llevaba a pastar las vacas y cabras de la familia; la rueda del molino de sus padres, que vendieron con urgencia, por menos de la mitad de su valor, a Meir Melamed, que se había convertido al cristianismo al conocer el Edicto de Expulsión.

Trata de familiarizarse con el mar. Le dijeron que Nápoles está sobre el mar. Mañana parten para Nápoles, donde lo esperan parientes que no conoce.

Lo veo, joven, con sus trece años recién cumplidos, preguntándose por su destino. ¿Cuál será su suerte? ¿Qué será de su pueblo amenazado con el peor desafío desde el destierro a Babilonia? La opción que plantearon los Reyes es clara: conversión o exilio.

Siente el viento del mar en el rostro, y ese aroma salado. Aspira hondo. El olor, nuevo, de sal y espuma, inunda su cuerpo con un soplo de vida. Permanece

inmóvil. El sol, que cae sobre el horizonte, molesta a sus ojos. Protege su vista con una mano. Se detiene el tiempo...

Esta imagen es la que me impulsa a escribir. ¿Qué siente David de Córdoba cuando mira el mar? ¿Qué siente cuando sabe que debe abandonar España con toda su familia? ¿Qué siente el último día sobre esa tierra amada, donde creció, y a la que, tal vez, nunca más podrá regresar?

Y lo veo hoy, quinientos años después. Y ese recuerdo me llega a mí, porque me lo legaron mis abuelos, que vinieron del Mediterráneo, de una isla rodeada de mar. De ese Mediterráneo, cuyo aire cálido sintieron en sus rostros, con olor a sal.

Sentían orgullo de su origen español, sentían amor por la lengua que hablaban. No guardaban rencor. Me llegan a través del tiempo esas voces sacadas de la historia, fosilizadas en el destierro. Voces dulces, con entonaciones y modismos de un idioma que llevaron por el mundo en sus pobres arcones, que conservaron durante quinientos años como valioso tesoro, que ya no se habla y que ellos amaban.

David, con un gran esfuerzo, apartó sus ojos del mar y lentamente comenzó a descender del acantilado hacia el puerto. Desde la distancia, distinguió los sonidos del intenso movimiento. Las galeras, amarradas a los embarcaderos, recibían sus pesadas cargas. Se elevaban las voces de los marineros en un idioma musical que no comprendía.

—¿Dónde estabas, David? ¡Así vivas tú! Tu padre te espera para que lo ayudes con la estiba.

—Sí madre, es que miraba el mar. ¡Ya voy!

—¡David, que me haces mucha mala sangre! ¡Apúrate! Hay que ordenar nuestras cosas. Partimos mañana al alba.

David caminó por el desembarcadero. Vio cuatro galeras venecianas, con los remos recogidos y las velas plegadas. Se abrió paso entre la muchedumbre que preparaba sus enseres antes de abordar las naves. Llevaban todo lo que podían: arcones repletos de ropas, pequeños muebles, cacharros de cocina, cabritos y polluelos. Las familias se agrupaban junto a sus pertenencias. Hacía calor. Esta noche dormirían al sereno.

Llegó junto a su padre, Salomón, atareado en la estiba de los bienes de la familia. Lo ayudaban Muchico, hermano mayor de David, y dos sirvientes. Levantaron el pesado arcón que guardaba los libros, el más grande tesoro de los Córdoba.

El sol se ocultaba tiñendo de rojo el horizonte. La familia se reunió para comer luego de un día lleno de angustias. Era el último día en España, el último día en esa tierra querida. Salían las primeras estrellas. David comió junto a sus padres y hermanos. Antes de dormir recitaron la oración de la noche. El silencio ganaba el puerto de Cádiz. Cerca, una mujer cantaba:

*"Dame la mano, paloma,
para subir a tu nido,
maldicha que duerme sola
y no viene a dormir conmigo..."*

II

Granada, 12 de Abril de 1492

Isaac Abravanel cabalgaba apesadumbrado por el camino que subía al Alcázar. No tenía prisa, el encuentro con el Rey Fernando era a la hora del mediodía. No escuchaba el torrente de aguas claras que cantaba entre las piedras, no sentía la frescura del bosque en la cálida mañana de primavera.

Había partido del campamento de Santa Fe, donde los pocos soldados que aún permanecían allí luego de la campaña de Granada, preparaban sus pertenencias para el ansiado regreso a sus hogares. Volverían triunfantes, con un rico botín saqueado al reino moro, fatigados después de tantos años de batallas y de lucha.

Cuando pasó por delante del Albaicín, al pie de la colina, también los moros, derrotados, disponían su partida. Muchos de ellos irían a los reinos del norte de África, a las ciudades de Marruecos y Tánger.

Miró a lo alto del cerro, donde las fortificaciones rectangulares de la Alhambra resplandecían en el sol de la mañana. Las banderas de Castilla y Aragón flameaban victoriosas sobre la torre de Comares. La vista era espléndida, majestuosa. Isaac no se cansaba de admirar esa joya de la creación humana. La belleza de esas formas de piedra rosada, imponentes, a la vez suaves y proporcionadas, que se hermanaban al paisaje de las colinas y a las lejanas cumbres blancas de Sierra Nevada, no conseguían alejar la pena de su alma.

Cuando supo la noticia de que los reyes habían firmado el Edicto de Expulsión, sintió que El Inquisidor,

en su lucha contra los judíos de España, logró una victoria. No podía dar crédito a esta desgracia. No podía pensar que le pagaran así los sacrificios que había hecho para La Corona. Sentía orgullo por esas banderas que flameaban sobre las torres de la Alhambra. La victoria había sido obra del esfuerzo de tantos caballeros y soldados, y que él había contribuido en parte a ese triunfo. Durante los años que duró la campaña, junto con sus ayudantes, fueron Abastecedores Reales de los ejércitos de Castilla y Aragón. Recordó cuando, hacía diez años, había escapado de Portugal, perseguido por el Rey Juan II. Al llegar a España había sido llamado por Fernando de Aragón para ocuparse de la tarea de abastecer a los ejércitos que iniciaban la conquista del reino de Granada, último baluarte moro en la Península. Para cumplir esa misión, encomendada personalmente por el soberano, había recorrido el país en busca de alimentos y armas para las tropas. Con su amigo, Abraham Señor, Tesorero del Rey, recaudó los tributos que pagaba el pueblo judío al monarca, resultando ser la principal fuente de oro para la campaña de Granada.

Al llegar al torreón que defendía la puerta de la fortaleza de la Alhambra, escuchó el grito del centinela:

—¡Alto! ¿Quién vive?

—¡Soy Isaac Abravanel! Tengo audiencia con el Rey.

El guardia lo miró durante un tiempo, demorando el momento de franquearle el paso. Quería demostrar su poder y su condición de cristiano viejo, aunque ya tenía orden del monarca de franquear la entrada al judío Isaac Abravanel.

—¡Pasad! —concedió finalmente.

Estaba adelantado para la cita. Dejó su caballo al cuidado de los servidores del palacio y caminó por los

jardines, entre flores y fuentes de agua, hasta la muralla. Contempló el panorama que se extendía a sus pies. El campamento de Santa Fe era imponente, con sus blancas construcciones, parecía una gran ciudad. Pensó en los sentimientos de Bobadil, el derrotado Rey de los Moros, cuando, tal vez, mirando desde esa altura, veía crecer ante sus ojos la amenaza del campamento cristiano, que sitiaba su orgullosa ciudad amurallada.

No podía ser cierta la noticia del Edicto de Expulsión. Conocía los intentos del Inquisidor Torquemada para expulsar a los judíos. Conocía las fabulaciones de los nobles, disgustados por el recorte de privilegios que habían logrado los Reyes. Repasó, mientras contemplaba el paisaje sin verlo, los argumentos que utilizaría con Fernando: que los Judíos vivían en la Península — la que los sabios, de bendita memoria, llamaban Sefarad—, antes del nacimiento de Cristo y por este motivo no eran culpables de su muerte; que siempre habían servido fielmente a la Corona; que con sus oficios contribuían al engrandecimiento del reino; que muchos judíos lucharon hombro a hombro con los cristianos en la conquista de Granada; que la renta que pagaban era importante para el tesoro. Además, diría que él, Isaac Abravanel, junto con Abraham Señor, habían aprovisionado personalmente a las tropas victoriosas que tomaron Granada. Pensaba que estas razones eran suficientes para hacer que el Rey desista del Edicto. Asimismo, se consoló, estos argumentos fueron usados por su pueblo durante muchos siglos, con los reyes moros y luego con los cristianos. Eran buenos argumentos, siempre convencieron a los príncipes. El Rey, Fernando, los escucharía.

Caminó por el patio de los arrayanes entre gráciles columnas de mármol, fuentes y flores. Había estado en

muchos palacios de príncipes portugueses y castellanos, pero éste, edificado por los moros, era el más bello.

Dio su nombre al centinela del salón de los embajadores donde lo aguardaba el Rey. No tuvo que esperar. Se abrió la puerta y en el fondo de la estancia, contra las ventanas de vidrios multicolores que suavizaban la luz del mediodía, estaban sentados en sus tronos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla.

III

Cádiz, 3 de agosto de 1492

David se despertó atemorizado. Desde que había sabido que los expulsaban de España, comenzó a tener malos sueños. No los recordaba bien, creía haber visto llamas, cuerpos calcinados, huesos ardientes. Eran visiones que lo habían perseguido cuando pequeño, desde el momento en que le contaron que habían quemado, en un Auto de Fe, a judíos convertidos. ¿Eran judíos los convertidos? ¿o eran cristianos? Su tío, Isaac Abravanel, a quien David había consultado, le dijo que los judíos que se convertían al cristianismo ya no eran judíos. No sabía qué pensar. Abraham Señor, que era primo de su madre, que había sido el Rabino jefe de toda España, se había convertido al cristianismo hacía ya dos meses. Pero... Abraham Señor era el judío más sabio que había conocido. ¿Ahora no era más un judío? Le preguntaría a Isaac Abravanel sobre estas cosas durante el viaje.

El cielo clareaba por el este. Los gallos cantaban. La muchedumbre que dormía sobre el desembarcadero comenzó a despertar. Se escuchaban las voces quedas de los padres llamando a sus hijos, los llantos de niños, las plegarias dichas en voz baja.

David recitó la oración de la mañana:

"Bendito tú, Adonai, nuestro Dios, Rey del Mundo, que nos santificó con sus mandamientos, y nos encomendó sobre la limpieza de manos."

Se dirigió a la fuente con su hermano Muchico. Había ya algunos judíos esperando para lavarse. Nadie hablaba, la sensación de pesadumbre era grande.

—No estés triste, David, —dijo Muchico—. En Nápoles nos espera Moisés Alhadeff, que Dios lo bendiga. Está buscando un buen sitio donde alojar allí a la familia. El tío Abravanel ya envió cartas para que todo esté dispuesto cuando arribemos. Ni bien supo de la noticia de la expulsión, antes aún de que pegaran los bandos, hizo los arreglos para que nos reciban en Nápoles.

—¡No puedo creer que nos esté pasando esto, Muchico! —contestó David con voz triste, quebrando su aislamiento—. Sabes, cuando escuchaba narrar tragedias, siempre pensaba que eran cuentos que le pasaban a otros, no a mí.

Cuando terminaron el lavado matinal, toda la familia estaba ya levantada de sus improvisados lechos, y Sara, su madre, tenía preparado para el desayuno unos bollos de acelga y un tazón de leche de cabra recién ordeñado por Déborah, la hermana menor.

El alimento hizo que David olvidara su pesar, sabía que Isaac Abravanel tenía todo previsto. La familia partiría unida: sus tíos y tías, sus primos y una muchedumbre de sirvientes. Eran más de cuarenta personas que colmarían la capacidad de la nave.

Los varones continuaban con la estiba de la galera veneciana, acomodaban sus últimas pertenencias: jaulas con gallinas, cabras, arcones con ropajes, toneles con aceite de oliva, pequeños muebles y comida para un largo viaje. Las mujeres intentaban hacer algún orden en las reducidas cámaras de la nave, amamantaban a sus pequeños y se ocupaban de los enseres domésticos.

El sol se elevaba sobre el horizonte envolviendo la

ciudad con un manto rosa. Era el tres de Agosto de 1492, el diez del mes Av del calendario hebreo. David sabía que el nueve de mes de Av era el día de la destrucción del Templo de Jerusalén, día de duelo nacional. La tía Esther siempre decía que los nueve primeros días del mes de Av eran adversos, días de mala suerte: no había que casarse, no era bueno iniciar una empresa, construir una casa y tampoco se podía comenzar un viaje. Son días de duelo y aflicción. Por el contrario, el diez del mes de Av era muy favorable. Por este motivo había insistido a su marido, quien pidió y obtuvo de los Reyes una dilación de la partida, que debía ser, según decía el Edicto, el treinta y uno de julio —siete de Av—, fecha de mal agüero. La salida se aplazó hasta el tres de Agosto —diez de Av—, que era un día muy favorable para emprender un largo viaje.

El sonido de trompetas interrumpió la faena de los judíos: cuatro soldados de Castilla y dos frailes dominicos se encaminaban al centro del embarcadero, lugar donde las casas estaban más alejadas del mar y daban espacio para una plazoleta.

—Judíos —dijo el que parecía el mayor de los religiosos—, todavía estáis a tiempo de convertiros a la Verdadera Fe. Aceptad que El Mesías ya ha llegado en Jesucristo. Todavía estáis a tiempo para alcanzar el reino de los cielos. Venid, que nosotros podemos bautizaros.

Dejó de hablar, en la espera de alguna reacción de los judíos que lo miraban en silencio. No se extrañaron de este sermón, pues, por todos los pueblos que encontraban durante el viaje hacia el puerto de Cádiz, monjes y frailes salían a su encuentro y trataban de lograr la conversión, como si esto fuera un triunfo final sobre Israel. Algunos pocos se convirtieron, la mayoría había seguido el camino al exilio.

El fraile, al no tener respuesta, continuó con su discurso. Los judíos volvieron a la tarea de cargar las naves y dejaron de escuchar.

Cuando el sol estuvo alto, quedó terminada la estiba de las galeras. Todos se hallaban a bordo. El capitán dio la orden de partida. Isaac Abravanel descendió a tierra, se arrodilló, besó el suelo, tomó un puñado de tierra y lo guardó en una bolsa que sacó de sus ropas, subió nuevamente a la nave y miró hacia la dirección del mar. David vio las lágrimas que corrían por las mejillas de su tío. Isaac dio la espalda a España, no quiso seguir mirando, sabía que no la vería más. Dos marineros soltaron las amarras. El cómitre comenzó el rítmico golpeteo del tambor que marcaba el compás de los remos. El capitán gritaba sus órdenes en un idioma desconocido. La galera, lentamente, se dirigió hacia la boca del puerto. Las otras naves comenzaron también a soltar amarras. Formarían una flota para protegerse de los piratas que asolaban el Mediterráneo. Impulsada por la fuerza de veinticinco remos por banda, la galera dejó las aguas serenas del puerto de Cádiz.

David sintió en su rostro el viento cálido y salado que venía de África. Su corazón estaba triste; miró hacia atrás, la partida de soldados y los frailes retornaban a la ciudad. Vio las defensas del puerto, las casas blancas, las colinas de la costa, la tierra amada que, tal vez, nunca más volvería a ver.

El oleaje del mar abierto balanceó la nave. A David, ese balanceo comenzó a gustarle. La galera enfiló hacia el este. Los marineros desplegaron las grandes velas latinas, el viento las infló, la nave se escoró a babor y, poco a poco, comenzó a ganar velocidad. Un repique especial del tambor del cómitre indicó a los galeotes que recogieran los remos. La marcha se volvió serena.

Solamente el viento movía la nave hacia su destino en Nápoles. David miró a proa y vio el vasto azul del mar.

IV

Granada, 12 de abril de 1492

El Inquisidor General pensó que podía establecer allí el convento. El edificio, de todos los que había disponibles en la ciudad, era el que más se adaptaba a las necesidades de la orden de Santo Domingo. El claustro daba a un gran patio central poblado de añosos cipreses, rodeado por una galería de columnas moriscas, terminadas en arcos que sostenían el techo de tejas rosadas. Los arcos eran de estilo sencillo, austero, no como los del palacio de la Alhambra, cuyos ornamentos artificiosos mostraban el arte decadente de los moros. Hacía dos meses, luego de la entrada triunfal de los cristianos en Granada, había solicitado a los Reyes la concesión del edificio. Ahora, luego de usarlo por unos días, ya no pensaba que debía construir un convento nuevo. Sólo tendría que hacer pequeñas reformas. Además, necesitaba todos los recursos disponibles para el monasterio de Ávila. Allí era donde pensaba retirarse cuando terminara con su misión.

Torquemada sentía que en esta ciudad había logrado su mayor triunfo: la expulsión de los judíos del reino. Después de tantos años de espera, después de tantas dilaciones. Recordaba siempre la respuesta de Fernando: "Ten paciencia, no es posible expulsar a los judíos sin antes tomar la fortaleza de Granada. Ellos buscarían refugio en ese reino, llevarán allí su dinero y su saber. La guerra nos costará más esfuerzo y hasta podríamos fracasar." Siempre se había rendido ante la lógica del Rey. Pero ahora Granada estaba vencida. ¡Había conseguido

que Fernando e Isabel firmaran el Edicto de Expulsión! Él debía permanecer alerta para que lo dispuesto se cumpliera sin excepciones. Luego, la tarea de su vida estaría realizada.

Recordó su visión, ya había pasado mucho tiempo, lo que parecía imposible se había cumplido, era obra de Dios, un milagro, que probaba la omnipotencia del Señor. Él, Torquemada, era sólo un instrumento. Había acontecido en Segovia, en el convento de Santa Cruz. La nieve cubría las alturas de Castilla y el hielo escarchaba las ventanas de los claustros. Había hecho penitencia ese domingo. Un ayuno. Sólo había bebido agua. Pasó toda la noche frente al altar acostado boca abajo contra el piso de piedras, los brazos en cruz. Antes de que comenzara a clarear escuchó una voz que le hablaba. Al principio no entendió las palabras, fue como si se despertara de un sueño: "Jesucristo es Dios. Un solo reino. Una sola religión." Las frases se repetían como una letanía, como un rezo. Detrás del altar, los primeros rayos del sol se reflejaron en los vidrios de colores iluminando a Cristo crucificado. La luz se hacía más intensa. La voz más suave. Cuando se hizo el día, la voz cesó. Pero aun hoy la escuchaba. "Un sólo reino. Una sola religión."

Lo sobresaltó un fuerte golpe en la puerta de madera.

—Mensajero urgente del palacio.

—Puede pasar —contestó. Había dado orden de que las nuevas le fueran avisadas en forma inmediata, especialmente aquellas que concernieran al Edicto de Expulsión.

Un joven novicio de la capilla real estaba en la puerta. Tenía la respiración agitada. Había bajado toda

la colina montado en un burro, trotando hasta el monasterio.

—¡Habla de una vez! —rugió Torquemada, molesto por la interrupción.

—¡El Rey recibirá a Isaac Abravanel! —exclamó el novicio con voz entrecortada por el apuro y por el susto.

—¿Es todo?

—Sí, señor Consejero.

—Bien, puedes retirarte.

—Sí, señor.

Y salió, cerrando la gran puerta con un golpe seco.

Caminó por la espaciosa habitación, inquieto. Tenía que pensar con mucho cuidado sus siguientes pasos, la influencia del judío en la corte era aún poderosa, especialmente con el rey Fernando.

Miró el tapiz con el blasón del Santo Oficio que colgaba de la pared: en el centro había una cruz verde sobre un campo negro; a la derecha una rama de olivo, símbolo de clemencia y paz para los arrepentidos; a la izquierda la espada de la justicia, el castigo para los pertinaces; debajo, la zarza ardiendo, la que vio Moisés, era la fe en la Iglesia Católica, cuyo poder no puede ser apagado, aunque todos los poderes de la tierra se conjuren contra ella.

Pediría audiencia a los Reyes.

El mar, 3 de agosto de 1492

Las olas del Atlántico, largas, acompasadas, de color azul profundo, rompían en espuma, balanceando la galera con un movimiento regular. Las crestas blancas le parecieron a David que semejabán pequeñas ovejas pastando en un campo azul. El viento del océano impulsaba la flota con rumbo al sudeste a unos cinco o seis nudos; el Capitán estimaba que pasarían frente a la roca de Gibraltar antes del anochecer. La costa española, a poco más de una milla, se veía seca y pedregosa. De tanto en tanto brillaba, entre arenas doradas, algún pueblito de pescadores. Todo lo que veía era una fiesta para David que recién conocía el mar: las velas color ámbar desplegadas al viento, las rojas banderas de Venecia flameando, las órdenes de los capitanes, los remos de los galeotes, los esfuerzos de los marineros, y el olor, ese olor del viento de mar, húmedo y salado.

David se sentía incómodo, tal vez algo mareado por el continuo balanceo de la nave. Pero el malestar duró poco. Siguió el consejo de su hermano Muchico, que a su vez lo había escuchado de un marino que hablaba castellano: "para no marearse en un barco hay que mirar siempre el horizonte". Sentado sobre la cubierta, obediente, miró hacia un punto fijo a la distancia, donde el cielo y el mar se confundían en niebla, y el malestar desapareció.

La nave era el orgullo de Venecia, la heredera de los navegantes fenicios que conquistaron el mar Mediterráneo. Medía unas treinta y cinco varas de largo y ocho de

ancho. David estaba de pie, apoyado contra el palo mayor, bajo la sombra de la gran vela. Estudiaba con interés los extraños artificios que hacían mover la galera. Sobre la roda, que dividía al océano en dos al paso del navío, el botalón, como un cuerno gigantesco, sostenía las jarcias de la vela de proa, que, inflada por el fuerte viento, impulsaba la nave. Luego, ya sobre la cubierta, entre el botalón y el mástil estaba el castillo de proa, pequeña construcción baja, con el techo a dos aguas, que albergaba al cómitre, los guardias, los soldados, las bombardas y la pólvora. Detrás del mástil había una escotilla que permitía el acceso a la bodega por la que habían bajado, antes de la partida, mediante complicados aparejos que colgaban de una verga, los muebles, los arcones y todas las pertenencias de la familia. Detrás del palo mayor se abría otra bodega y más atrás el castillo de popa con las pequeñas cámaras donde se alojaban los pasajeros. Sobre la cubierta de popa se encontraba la toldilla, protegida del ardiente sol del verano por un techo de madera liviana. Dos plataformas de distinto nivel ocupaban todo el ancho de la nave: la primera, de unas seis varas de largo, tenía tres mesas aseguradas al suelo y servía de lugar de reunión y comedor; la segunda, en el extremo de popa, algo más alta, a la que se subía por tres escalones, era la timonera y el puesto de mando de la nave.

—¡David, ven a comer! ¿Dónde te habías escondido? ¡Así vivas tú! ¡Ven, que se reúne toda la familia! —gritó Sara.

David caminó lentamente en dirección a la toldilla tomado de la borda. La nave se balanceaba acompasadamente. Subió por la empinada escalera de madera aferrado al pasamanos.

Estaban todos sentados de acuerdo con su edad y

rango. En la cabecera de una de las mesas, mirando hacia proa, se hallaba Isaac Abravanel. A su derecha Samuel, hermano mayor de Isaac, y a su izquierda, Joseph y Jacob, hermanos menores. Luego sus esposas e hijos por orden de edad. En otra mesa se acomodaron las familias políticas que viajaban con ellos. Salomón de Cordova, padre de David, ocupaba una cabecera. Estaban a su derecha el tío Moché, y a su izquierda Sara, Madre de David y Hermana de Esther, la esposa de Isaac Abravanel, luego los hermanos y los primos.

Con una señal, Isaac acalló las conversaciones de los más jóvenes. El silencio permitió escuchar el sordo rumor de las olas al golpear contra el casco.

—Antes de comer el pan del mediodía leeremos la bendición del mar —dijo Abravanel, y, abriendo un pequeño libro de oraciones de tapas negras, comenzó a leer:

“Sea voluntad delante de Ti, Adonai, Mi Dios y Dios de mis padres: Abraham, Isaac y Jacob, tus amados, tus perfectos, por la profecía de Samuel, por Elías, el profeta de los profetas de verdad, y por merecimiento de todos los justos y los buenos que en toda generación amparaste sobre Israel: que hagas detener la mar de su furor y callen sus olas y hagas voluntad de nuestro corazón y nos lles pronto a término de nuestro viaje para bien, como en tu mano, y oigas nuestra oración y escuches nuestra rogativa y respóndenos, que nos apiadamos delante de Ti, y llévanos con reposo de viento bueno según la necesidad y nos guardes del ruido de las olas y

del sonido de ondas de mar, y de viento movido de tempestad, y sacarás vientos buenos de tus tesoros para guiar la nave y todos sus remeros, sus marineros y sus pilotos y sus maestros que guían la nave. Haznos llegar a término sin algún daño, sin pérdida alguna. Haz sosegar las olas, silenciar la tempestad, guarda mi alma y escápame, no me avergonzaré que me abrigue en Ti. Y nos bendeciremos: Bendito Tú Adonai, Nuestro Dios, Rey del mundo que guarda nuestros bienes y nos proteges bien.”

Todos contestaron con voz fuerte:

—¡Amen!

Abravanel bendijo el pan, partió el primer bocado con la mano y comió. Toda la familia tomó trozos de pan y comieron. Comieron en silencio, con tristeza. Era la primera comida fuera de España.

VI

Granada, 12 de abril de 1492

Luis de Santángel, Tesorero del Rey, se esforzaba por persuadir al Consejo de Castilla y Aragón para que autorizara la expedición a Las Indias navegando hacia el oeste. La Reina Isabel, sentada en su trono al lado del Rey, parecía muy interesada en el discurso.

Fernando de Aragón contemplaba la cúpula de madera calada en forma de estrellas del gran recinto de la Sala de los Embajadores, que filtraba la luz del mediodía semejando una noche de infinitos luceros. Muchas veces, durante los últimos años, se habían tratado en las reuniones del Consejo del Reino las condiciones del viaje que proponía ese aventurero converso, Cristóbal Colón. Fernando había tenido sobrados motivos para oponerse a esta aventura, pensaba que todavía no era el momento oportuno, que el Reino tenía otras prioridades, que no había recursos suficientes. Ya estaba cansado; dejó de escuchar al Tesorero. La cuestión era que Santángel también era converso y los judíos entre ellos siempre se ayudaban y muchas veces traían problemas. El primer entredicho que había tenido con un judío sucedió antes de que fuera coronado Rey de Sicilia por su padre, Juan II de Aragón. Le había cedido el reino de Sicilia para que pudiera casarse como un rey con Isabel de Castilla, que ya era reina. Había sido por aquellas épocas que Ximeno Gordo, un judío, armó un ejército en Zaragoza para luchar contra los franceses y logró grandes éxitos. No podía permitir que un judío, aunque había dado la victoria a España, tomara las armas; por

ello lo mandó a degollar. Pero la culpa de que hubiera tantos judíos en la corte de Aragón era de su padre. Sucedió que un médico judío lo había curado de las cataratas devolviéndole la vista, y, desde ese día, Juan II les estuvo muy agradecido. Siempre los defendió. Es por eso que había esperado hasta la muerte de su padre para instalar el Tribunal de la Inquisición en Aragón. Cierto que algunos judíos eran muy buenos en la medicina, el comercio, la tesorería y los oficios y superaban muchas veces a los cristianos, pero eran pérfidos, les gustaba la ostentación y competían por obtener algún cargo en la corte. Torquemada tenía razón. Eran la causa de los problemas del Reino. Los judíos no permitían que los conversos abrazaran la Verdadera Fe. Los forzaban a profesar la antigua ley de Moisés en secreto. De nada había servido cuando mandaron a apartar a los judíos en barrios especiales para que no tuvieran contacto con los conversos. Los habían expulsado de Andalucía, pero no se había logrado que abandonaran por completo esas tierras; de alguna manera conseguían quedarse. Mientras hubiera judíos en Castilla y Aragón los conversos siempre judaizarían. Los informes de la Santa Inquisición daban cuenta de muchos casos de cristianos nuevos que judaizaban. Había muy pocos conversos que abrazaban de verdad la Ley de Jesucristo. Uno de ellos era Santángel, fiel Tesorero del Reino que había estado a las órdenes de su padre. Isaac Abravanel... la audiencia siguiente era con Isaac Abravanel. No era un judío como los otros. Los servicios que prestó al Reino durante la conquista de Granada fueron muy importantes. Había contribuido con todas las provisiones que sus ejércitos requerían. Pero ahora ya no lo necesitaba. Granada estaba derrotada. Tal vez los judíos pensaban que eran indispensables por los tributos que pagaban al Rey. Se

equivocaban, ahora había otra fuente de ingresos: las propiedades de los conversos condenados por la Inquisición. Todos los bienes de los relajados pasarían a la corona y a las arcas reales. Un tercio de estos recursos eran para la Inquisición. Así lo había dispuesto por sugerencia de Torquemada. Investigarían a los conversos más ricos de cada ciudad y con esto podrían compensar los tributos de los judíos. Hacía mucho tiempo que deseaba expulsarlos, pero si lo hubiera hecho antes de que Granada fuera conquistada, los judíos habrían pasado a ese Reino y habría sido mucho más difícil la reconquista. El decreto de expulsión estaba firmado. No volvería atrás.

Un gesto de Isabel hizo que Fernando escuchara las últimas palabras de Santángel:

—Don Fernando —dijo el Tesorero—, ahora que la guerra de Granada ha terminado, los diezmos de los judíos que necesitábamos para sostener la lucha ya no son necesarios. Castilla y Aragón pueden costear la expedición a las Indias mediante un préstamo. Luego, con los tributos impuestos a Granada ¿qué digo? con los tributos impuestos a toda Andalucía el Reino podrá devolverlo. La nueva ruta a las Indias traerá grandes riquezas y glorias a vuestras Majestades. Sólo falta acordar las garantías.

—¡Las joyas de la corona, que ya hemos empeñado para solventar la guerra de Granada, os sirven de buena garantía, Santángel! —replicó Isabel con ese gesto imperativo que Fernando conocía tan bien cuando su esposa tomaba una determinación que era irrevocable.

El Rey contempló la gran Sala de los Embajadores donde sus Consejeros asistían en silencio a la audiencia. Debía decidir sobre la autorización al viaje a las Indias y a Cipango por la ruta del oeste, que pedía ese aventu-

rero, Colón. Pero había muchos problemas. La larga batalla por Andalucía, en la que habían estado empeñados desde hacía diez años, ocupó todos los recursos del Reino. No había podido distraer recursos escasos, destinados para la lucha, en un viaje de exploración hacia lo desconocido. Desde joven, desde sus primeras lides por defender la corona de su padre en Aragón contra innumerables enemigos, con la espada y la astucia, sabía que sus fines debía lograrlos uno por uno. Aprendió, en combates sin tregua, a no dar batallas en dos frentes al mismo tiempo. Su vida había sido siempre lucha, pero había vencido. Sus fines, largamente acariciados, se habían logrado: los Reinos estaban unificados, el enemigo moro, vencido, había limitado los poderes de la nobleza, los judíos saldrían expulsados pronto del país y la Inquisición controlaba a los conversos. Se había cumplido el ideal tantas veces soñado de una España unida en un sólo reino, una sola religión. Ahora podría luchar en otros frentes, embarcarse en nuevas empresas. Siempre se había opuesto a esta aventura en el mar océano, pero, tal vez, éste fuera el momento. Las oportunidades que depara el destino hay que aprovecharlas porque no se vuelven a repetir. Además, el rey Juan II de Portugal había obtenido grandes riquezas y territorios en sus expediciones a las costas de África. Podría lograr también para sus Reinos una nueva ruta a las indias; aumentar su gloria, sus riquezas.

—Santángel, manda a llamar a ese Cristóbal Colón y trata con él las condiciones de la expedición —dijo Fernando, y al mirar a Isabel, vio que sus ojos brillaron con el triunfo—. Haz los acuerdos en nuestro nombre. Que mi secretario, Juan de Coloma, escriba las capitulaciones.

Y con esto Fernando dio por terminada la audiencia.

VII

En el mar, 3 de agosto de 1492

David de Córdoba pasó su primera tarde a bordo recorriendo la galera. De niño lo habían obligado a dormir la siesta, pero ya había cumplido los trece años, era mayor y podría ver el barco a su antojo. Todos se habían retirado a las pequeñas cámaras del castillo de popa para pasar el calor de esa tarde de verano. Los cuartos, limpios, provistos de camas de tres pisos, tenían pequeñas ventanas por donde se veía el mar y estaban atestados con los arcones y las pertenencias de la familia en un desorden que las mujeres trataban en vano de acomodar.

David bajó a la oscura sentina. Allí estaban estibadas las provisiones para el viaje y los bienes que pudieron llevar de España. Algunos marineros, en el turno de descanso, dormitaban tendidos sobre fardos de velas y cajones con cuerdas. Vio a los galeotes, amodorrados, engrillados a los bancos con una larga cadena. Triste era el destino de estos presos condenados a trabajos forzados, pensó. Algunos yacían en silencio, otros conversaban en idiomas que no comprendía. ¿Cuántos idiomas habría en el mundo? Sabía el romance castellano y el hebreo, la lengua sagrada. Los idiomas eran fascinantes: latín, árabe, italiano; aprovecharía este viaje para entender algo de ellos. Caminando entre los bancos de galeotes le pareció escuchar voces que hablaban castellano. ¿Serían prisioneros españoles? Subió rápidamente la escalerilla y se alegró de estar nuevamente en cubierta, donde aún lo perseguía el hedor del hacinamiento. Aspiró profundamente, otra vez, el aire fresco, salado.

El sol se ocultaba en el Atlántico tiñendo de rojo la tarde. Las galeras navegaban con buen viento, separadas entre sí por unas cien brazas de mar, conservando la formación. David contemplaba la roca de Gibraltar que se erguía a babor, como gigantesca custodia de la entrada al Mediterráneo. Las olas del Mar Océano, grandes y acompasadas, parecían cambiar de ritmo al penetrar en el estrecho. La costa del África se veía a lo lejos, por estribor, envuelta en niebla. Una fuerte brisa refrescaba el calor del atardecer. Los marineros tiraban de gruesas cuerdas para acomodar las velas ante los frecuentes cambios del viento en las aguas del estrecho. David contemplaba maravillado el espectáculo. A su lado, Judah, su primo, miraba el mar con ojos tristes.

—¿Por qué nos echaron, Judah? —preguntó David. ¿Qué hicimos para merecer esto?

—Nos olvidamos de Dios. Muchos corrimos en pos de las riquezas y los honores de los reinos, de los señores. Nos olvidándonos de La Ley. Mi padre dice que este castigo anuncia la próxima venida del Mesías. Ayer fue el nueve de Ab. Día de la destrucción del templo. También fue nuestro último día en España. ¡Es una señal de Dios!

David tenía admiración por su primo Judah. Representaba lo que él aspiraba a ser en la vida. Lo veía apoyado contra la borda de babor, con sus treinta y dos años cumplidos, llevaba el cabello y la barba bien recortados, tenía los ojos azules, la mirada profunda, la nariz recta, su rostro denotaba una madura serenidad. Formaba parte de la escuela de medicina judía, había aprendido junto a los más importantes médicos de Portugal. Isaac Abravanel le había enseñado los conocimientos de los profetas, de los grandes filósofos árabes y judíos y de los pensadores griegos: Platón y Aristóteles.

Poseía muchos libros que guardaba en pesados arcones.

—Mira el mundo, David —continuó Judah con un ademán que abarcaba la majestuosa presencia del Peñón, la vastedad del océano y la pequeñez de la nave—. Piensa que es obra del amor. Dios ama a sus criaturas, ama a todos y a todas las cosas: al mar y al viento, a las montañas y a las piedras, a las nubes y a ese cielo rojo; también ama a este barco, a todos sus tripulantes, a ti y a mí. En ese amor nos abarca a todos. Pero el hombre se olvidó de ese amor. Por eso llega el castigo en los tiempos que anuncian la venida del Mesías: pronto Él vendrá.

David siempre se hacía estas preguntas: ¿Por qué si Dios nos ama, entonces nos castiga? Si somos el pueblo elegido, ¿por qué el exilio? No creía en que el Mesías llegaría pronto. La respuesta de su primo no lo satisfacía. ¿Encontraría, tal vez, las respuestas en los libros? No siguió preguntando. Leería, y las encontraría por sí mismo.

—¿Judah, podrías enseñarme las obras de autores antiguos, las que cuentan cosas importantes? —estaba decidido a estudiar.

—Tienes mucho que aprender, David. Están escritas en latín y en árabe. Pediremos permiso a tu padre y, si está de acuerdo, yo podría darte las primeras lecciones.

Por el este salía la primera estrella. Había comenzado el *Shabat*. Pero este no era un sábado como los otros: era el primero del exilio. No sería una noche de alegría como los otros sábados.

La familia comenzó a reunirse para la cena en el castillo de popa, bajo la toldilla. Los marineros encendían las linternas de la nave. La noche caía sobre España, ya sin judíos.

Ahora, la imaginación nos permite remontar vuelo como un pájaro y mirar la escena desde cierta altura en el espacio y además, con la perspectiva del tiempo ya pasado. Y entonces, con este artificio, vemos caer la noche lentamente sobre España. Es el tres de agosto de 1492. En el calendario hebreo también es el diez de Av de 5252. La luz roja del ocaso ilumina, como los reflectores de un teatro, las cuatro galeras que penetran en el Mediterráneo. Pero, si volvemos la vista hacia donde se está poniendo el sol, vemos otras naves: son las tres carabelas del Almirante de la Mar Océano, que partieron ese mismo día —día de buena suerte para iniciar viajes según la tradición— y se encaminan a descubrir, para esa España de amor y de odio, este continente americano, al cual vinieron mis mayores en la promesa de un futuro mejor.

De España sale un pueblo desterrado, que se dispersó por el viejo mundo y luego por esta América a punto de ser descubierta por Europa. Muchos judíos salieron hacia Portugal, donde no había llegado todavía la Inquisición. Otros fueron al norte de África. Algunos, como la familia Abravanel se dirigieron a Italia, la tolerante, la Italia del Renacimiento.

Cuando comenzamos a estudiar la historia de nuestros antepasados, nos encontramos que los hechos reales difieren de la historia oficial. Descubrimos que se ocultan los posibles orígenes judíos de Colón; que muchos españoles justifican la Inquisición y la tortura que infligieron a sus víctimas en nombre de la fe; justifican la unificación religiosa de España a costa del sufrimiento de muchos; ocultan las persecuciones de la Inquisición en América. En los libros argentinos de historia no se habla de la Inquisición que funcionó en el Río de la Plata —dependiendo del Inquisidor de Lima— hasta que la

abolió la asamblea del año 1813. Se escamotean los orígenes conversos de los primitivos pobladores del Río de la Plata y se disimula la matanza y la esclavitud del indio, que ya había descubierto América muchos siglos antes que los europeos. Todo eso y mucho más oculta la historia oficial de España y de América. En las escuelas nos enseñan una historia de mármol y de bronce, no una historia de hombres reales, de carne, alma y sangre, con sus virtudes y defectos.

Dejemos entonces que la noche cubra a España con su manto de sombras y disimulo; velemos el sueño de estas familias que viajan hacia oriente desterradas, y los sueños de todas las familias que sufrieron y sufren hasta el día de hoy, el odio de los pueblos.

Granada, 12 de abril de 1492

—Que pase Isaac Abravanel —ordenó Fernando de Aragón.

Los guardias abrieron las puertas de la sala de los embajadores y Abravanel entró. Su rostro pálido y su barba blanca contrastaban con el negro de sus ropas. Quedó maravillado una vez más por la magnificencia de la estancia. El rey estaba sentado en su trono de marfil que había pertenecido al derrotado Abú-Abdalá. A su lado, la Reina Isabel, vestida de color púrpura, miraba con rostro serio hacia la entrada. De pie, a la izquierda del rey, se encontraban algunos personajes de la corte: el Tesorero Luis de Santángel, Juan de Lucena, miembro del Consejo de Aragón, Pedro de la Caballería y el Cardenal Mendoza.

Abravanel caminó lentamente hasta los monarcas y se hincó de rodillas delante de ellos.

—Ponte de pie y habla ya, Isaac Abravanel. Di lo que tienes que decir —instó Fernando.

Sintió un nudo en la garganta. Había pensado mucho las palabras con las que hablaría al Soberano, pero en ese momento no llegaron a su boca. Las lágrimas nublaban sus ojos. Comenzó con voz quebrada.

—Mi Señor, ten piedad de nosotros. Ten piedad de los judíos. Os rogamos que derogéis el Edicto de Expulsión que cae sobre mi pueblo.

Calló nuevamente, la angustia le impedía seguir. La elocuencia que siempre lo caracterizaba, hoy, en este momento difícil para su pueblo, no venía en su ayuda.

—El Edicto ya está firmado —dijo Fernando—. Se pregonará el treinta de abril. Contando de esa fecha tenéis, vos y vuestro pueblo, tres meses para salir de los reinos de Castilla y Aragón y de todos nuestros territorios y principados. Tres meses es tiempo suficiente para que dispongáis de vuestros bienes y dejéis nuestras tierras. Podéis llevar muebles, ganados y útiles. No podréis sacar oro, plata, monedas y otros tesoros de nuestros reinos.

Isaac Abravanel sintió la determinación que emanaba de las palabras del rey y pensó que la partida resultaría muy difícil. Había supuesto que sería sencillo convencer a Fernando pero se había equivocado. La inminencia de este combate de voluntades aclaró sus ideas, y los argumentos, largo tiempo meditados, volvieron a ordenarse en su cabeza.

—Don Fernando, Doña Isabel, Magníficos reyes de Aragón y de Castilla, de Granada, de Sicilia. ¡Tened piedad de mi pueblo! Mi pueblo ha vivido en estas tierras de España en paz desde hace más de mil años. Ya vivían en Toledo, en Calatayud, en Córdoba, mucho antes de la caída del Templo de Jerusalén. Según consta a nuestros sabios, vinieron antes del nacimiento de Cristo, antes que llegaran los visigodos. No tuvieron, los judíos de Sefarad, responsabilidad en la crucifixión pues ya vivían en España en tiempos de Cristo.

—Si me permitís don Fernando y doña Isabel, yo puedo responder por vosotros a esta afirmación —dijo el consejero Lucena.

—Podéis responder —autorizó Fernando.

—Muchos judíos vinieron junto con los moros cuando conquistaron España, y también, los judíos que vivían en estas tierras apoyaron a los infieles, les abrieron

las puertas de las ciudades y lucharon contra los Reyes Cristianos. ¡La actitud de vuestro pueblo en aquellas épocas no fue propicia a la causa de La Cristiandad!

Abravanel no podía responder a este argumento porque sabía que era cierto. Los judíos de aquellos tiempos dieron la bienvenida a los moros. Los recibieron como liberadores del yugo de los reyes visigodos que habían comenzado con persecuciones. La discusión estaba transitando por caminos que no favorecían a la causa de los judíos. Cambiaría de argumentos.

—Mi Rey, mi Señora Reina, agradecidos estamos de la protección que nos brindaron siempre los reyes de Castilla y Aragón, desde el comienzo de la Reconquista, desde Alfonso El Sabio, como también lo hicieron vuestros padres, que Dios los tenga en su gloria. Por esta protección nuestro pueblo pagó los pechos para los tesoros de la corona. Siempre se pagaron puntualmente y, siempre que la corona tuvo necesidades, nuestros banqueros fueron presurosos en auxilio de los tesoros reales para financiar las expediciones y las guerras de vuestros reinos.

—Responde Santángel, tú sabes de los dineros del reino —dijo Fernando.

—Lo que tú dices, Abravanel, es cierto —contestó el Tesorero—, pero debes tener en cuenta que Granada ya se ha rendido, con los tesoros y las contribuciones de Andalucía, los reinos de Castilla y Aragón no requieren de los pechos de los judíos. No son necesarios ahora.

—Si me permitís señalar, mi Rey, mi Reina —continuó Abravanel—, la industria de los judíos contribuye al engrandecimiento de España. Son afamadas las tejedurías, los trabajos con el cuero, la plata y otros metales. Las traducciones de nuestros sabios, del árabe y del

hebreo, engrandecieron la lengua de Castilla. Nuestros médicos sanan a vuestros súbditos y también a príncipes y hasta reyes, nuestros mercaderes fletan naves por el mar y también por el Océano. Todo esto perderéis si el edicto de Expulsión se cumple.

—Pido permiso a vuestras majestades para responder —pidió el Cardenal Mendoza.

—Hablad Cardenal —autorizó Fernando.

—Los judíos tienen frecuente trato con los nuevos conversos a la Verdadera Fe de Cristo —dijo con voz grave, Mendoza—. Los rabinos intentan que los conversos retornen a la Ley de Moisés. También, lo que es más grave, los incitan a judaizar en secreto y así pueden seguir en los puestos y sustentar los honores que lograron los conversos, tanto en los cargos del reino como en la Iglesia, cargos que están expresamente reservados para los cristianos por las leyes del Reino. Tenemos las informaciones que nos da La Santa Inquisición. Muchos conversos judaizan en secreto. Hay que separar los judíos de los conversos a la Fe de Cristo. Esto se puede lograr únicamente con la expulsión. Ya se intentó aislar las aljamas y los barrios judíos. Se levantaron muros para evitar todo contacto entre judíos y conversos, pero fue en vano. Hemos descubierto muchos cristianos que judaizaban en secreto.

Abravanel sintió que la oposición era sólida, que los argumentos a favor de la expulsión estaban bien afirmados en la corte y que la influencia de sus partidarios era mucho mayor de la que él pensaba. Pero la separación que pedía el Cardenal Mendoza era imposible. ¿Cómo se podrían separar los lazos de sangre? ¿Cómo separar padres judíos de hijos conversos? ¿Cómo separar las familias? Sería muy difícil cambiar el parecer de los Reyes.

Pasaría a los argumentos personales que, tal vez, serían los que tendrían más peso.

—Permitidme, mi Rey, mi Reina, suplicaros por nuestro pueblo. Os ruego en nombre de mis servicios personales en favor de la causa de la Reconquista, en nombre de mis desvelos por abastecer a los soldados del Reino, los soldados de Castilla y Aragón. No faltaron provisiones a los guerreros durante estos diez años de lucha desde que vosotros me llamasteis para hacerlo. El Rabino Abraham Señor y mi humilde persona nos esforzamos para que no faltaran alimentos y avíos, pólvora y munición, caballos, armas, vestidos; nuestros médicos sanaron a los heridos en las batallas; nuestras provisiones calmaron el hambre de los combatientes. ¡Nunca faltó cosa alguna en los campamentos del Reino! Todo esto fue pagado con los pechos de nuestro pueblo. ¿Es ésta la forma que agradecen mis Reyes tanto sacrificio, tanto afán?

—Reconocemos vuestras tareas al servicio del Reino —contestó Isabel—, y por ello hemos dispuesto con mi Rey, don Fernando, que vos y Abraham Señor, y también vuestras familias puedan llevar de nuestros Reinos el oro, las monedas, las joyas y los tesoros que están prohibidas a los demás judíos. Os concedemos este privilegio especial en recompensa de vuestros servicios. Además, protegeremos por Orden Real a vuestro pueblo hasta la fecha de la partida, para que nadie les haga mal, ni les dañe, ni saque provecho especial de vuestra situación.

Abravanel sintió que este último argumento había conmovido a la Reina y, tal vez, a Fernando que permanecía en silencio. Usaría su argumento final que estaba dirigido al punto más débil de Fernando: la codicia y la permanente falta de fondos del Reino. Entonces dijo:

—¡Mi Rey, tened piedad de mi pueblo, derogad el Edicto! Hemos dispuesto una cantidad de trescientos mil maravedíes de oro si dejáis sin efecto la expulsión.

Se hizo un silencio en la sala y Abravanel sintió que estaba por ganar la partida. El Rey dudaba.

La puerta del Salón de los Embajadores se abrió súbitamente y entró Torquemada vestido de negro, con un gran crucifijo de plata que brillaba en sus manos. Se detuvo un instante en la puerta y luego, cuando todas las miradas de la sala se clavaron en él, avanzó a paso rápido hasta los Reyes.

—¡Judas vendió a Cristo por treinta dineros! —gritó Torquemada blandiendo el crucifijo delante de la vista de los Reyes—. ¡Si elogiaseis este hecho de Judas, vendedle entonces por trescientos mil maravedíes! Yo por mi parte abdicó de toda culpa, nada se me imputará. ¡Vosotros daréis cuenta a Dios de este contrato!

Dejó el crucifijo a los pies de los Reyes y salió de la habitación con la rapidez con que había entrado, ante el asombro de la corte. El crucifijo brillaba en el piso delante de los Soberanos.

—Abravanel, vuelve dentro de una semana y tendrás nuestra respuesta —dijo Fernando, poniendo fin a la audiencia.

Isaac Abravanel supo entonces que había perdido la partida.

El Mediterráneo, 7 de agosto de 1492

Amaneció sin viento. La galera estaba detenida en un mar de cristal. Las velas, flácidas, informes, colgaban de los mástiles. El sol brillaba implacable en un cielo sin nubes. La flota había avanzado hacia el noreste a buena velocidad durante algunos días bordeando la costa española rumbo al puerto de Valencia, donde estaba prevista una escala para abastecer las naves. Desde que partieron de Cádiz el calor fue en aumento, el viento se hizo cada día más débil, hasta que cesó por completo.

David de Córdova despertó cuando los primeros rayos de luz penetraron en la pequeña cámara del castillo de popa, que compartía con su familia. Sintió que la nave no se movía; no escuchó el familiar golpeteo del agua contra el casco; su lecho no estaba inclinado hacia el lado de babor, y entonces no había despertado contra la mampara; se mantenía horizontal y toda la embarcación oscilaba en un ligero bamboleo, que, después descubría, era producido por una suave marejada de ondulaciones amplias y alargadas.

Abrió los ojos y vio que sus padres y sus hermanos todavía dormían. Se levantó silenciosamente y salió a cubierta.

—¡David, vieni qui! —oyó que lo llamaba Giovanni.

Giovanni era un joven grumete del que se había hecho amigo durante los largos días de navegación. Habían hablado de la infancia, de esperanzas y proyectos; en lenguas distintas, uno en toscano y el otro en español. Lentamente, con dificultad, se comprendieron y co-

menzaron una relación que duraría todo el viaje, y, tal vez, mucho tiempo más.

David corrió hasta la proa. Encontró a Giovanni junto con los otros grumetes y algunos marineros jóvenes que estaban por zambullirse en el mar.

—¡David, mira esos delfines! ¡Mira como nadan delante de la nave! —gritó Giovanni—. ¡Ven a nadar con nosotros! ¡Cierto que sabes nadar!

—Sé nadar en el río —contestó David—, pero nunca lo hice en el mar.

—¡Ven, David! —gritó Giovanni, al mismo tiempo que saltaba, en ese amanecer de verano, desde la proa de la galera hacia el mercurial Mediterráneo.

David trepó a la borda, se quitó la camisa que arrojó sobre cubierta y miró la frescura del mar, que lo atraía, varios pies más abajo. De las aguas surgió la cabeza de Giovanni que nadaba entre algunos marineros. Los delfines retozaban a prudente distancia del bullicioso grupo humano. Recordó cuando saltaba desde la rueda del molino de sus padres al crecido Guadalquivir y pensó que arrojarle al mar sería igual. Se tiró inmediatamente para no demostrar miedo ante su nuevo amigo italiano.

El agua estaba fresca, pero más cálida que la del Guadalquivir. Era salada. Le ardieron los ojos y los cerró inmediatamente. Salió a la superficie. Respiró una bocanada de aire y comenzó a gozar del baño de mar con sus compañeros.

Nadaron hasta la popa y treparon por un cabo con nudos que habían colgado de la borda. David sintió las gotas que refrescaban su cuerpo y el placer de estar mojado secándose lentamente con el sol que comenzaba a subir. La galera estaba detenida a dos millas de la cos-

ta; el resto de las naves que formaban la flota se encontraban separadas por un tiro de arcabuz entre sí. A proa se veían, a lo lejos, las torres de la Catedral de la ciudad de Valencia.

Los galeotes bajaron cubos amarrados a cuerdas para recoger agua de mar y baldearon con ellos las tablas de sus asientos, refrescaron sus rostros y mojaron sus túnicas. Se preparaban para remar durante una larga jornada. Los marineros arrollaron y ataron las inútiles velas y toda la tripulación se aprestó. El cómitre comenzó el rítmico golpear de los tambores y los remos se movieron al compás. La galera puso proa a la ciudad impulsada por la fuerza de veinticinco pares de remos. Los delfines, que seguían el rumbo de la nave, saltaban detrás de la estela.

El sol se ocultaba tras las torres moriscas de la Catedral de Valencia. Las galeras entraban en el puerto impulsadas por el remar de los galeotes agotados. Los marineros hacían los trabajos de amarre gritando órdenes y advertencias en un dialecto que David no lograba comprender. Contemplaba el espectáculo de la llegada al puerto, de pie sobre la cubierta de proa de la nave, atendiendo todos los detalles de la complicada faena. Una vez que las galeras estuvieron sólidamente amarradas al embarcadero, los marineros colocaron un puentecillo de madera para bajar a tierra. Los guardias armados escoltaron a los galeotes que dormirían en la prisión del puerto. David pensó en la miseria de estos condenados a trabajos forzados. En las celdas de la cárcel al menos comerían caliente y dormirían bajo techo. Si alguno no estaba en condiciones de remar cuando las galeras partían, sería reemplazado por otro galeote que

Granada, 12 de abril de 1492

estuviera en mejores condiciones, le había contado Giovanni. Por él se enteró de que en todos los puertos del Mediterráneo había prisiones con galeotes que permanecían a la espera, para relevar a sus compañeros de infortunio, cuando enfermaban o morían.

David no bajó, porque los judíos no podían pisar más esa tierra española. Debía aguardar a bordo junto a los suyos hasta que la nave estuviera lista para partir.

Por el este salió la estrella de la tarde. La familia se había reunido como todas las noches, bajo la toldilla, para la cena. Isaac Abravanel no se sentó en la cabecera como era su costumbre. Se sentó en un banco de espaldas a tierra: no la quería ver. David escuchó el canto de las chicharras. Hacía calor y no soplaba viento. El sol se ponía y se oscurecía el cielo. El anochecer no trajo el esperado alivio.

Al norte se veían nubes negras que, iluminadas por una última claridad, parecían avanzar hacia el puerto. De tanto en tanto cruzaban el cielo amenazantes relámpagos. Súbitamente sopló una ráfaga que hizo estremecer la nave, un trueno quebró el silencio. Comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia sobre la galera.

La frescura del bosque alivió a Isaac Abravanel del sol vertical del mediodía. Bajaba hacia el campamento de Santa Fe por la vereda de la Alhambra, abatido, como si llevara auestas el peso milenar de todo su pueblo. Sentía el cansancio de una lucha de infinitos combates. No podía creer lo que había sucedido pocos minutos antes en el Salón de los Embajadores. Era una calamidad para su pueblo. Como la del exilio en Babilonia, como la destrucción del Segundo Templo por los romanos. Y era él, Isaac Abravanel, el que sabía, el único de su pueblo que sabía la negativa de los Reyes. Bajaba de la Colina de la Alhambra como Moisés bajó del monte Sinaí, pero en vez de llevar las Tablas de la Ley, llevaba la triste noticia de la expulsión. No podía oír el canto del arroyo que refrescaba el comienzo de la tarde; no podía alegrarse con el paisaje que veía entre los árboles, ni soportar más tiempo el peso de la tragedia; no podía pensar en un remedio para su pueblo, ante la categórica negativa de los Reyes. Había comprobado personalmente la tremenda influencia de Torquemada. Iba a la casa de Abraham Señor a contarle las nefastas nuevas.

A la Barraca de Abastecimientos del Reino, en el campamento de Santa Fe, se ingresaba por un gran portón que daba a la Plaza Mayor por donde entraban todas las vituallas, pertrechos y armas que necesitaban las tropas. Allí tenían su cuartel general Abraham Señor

e Isaac Abravanel, Abastecedores Reales. Esta casa, como todo el campamento, había sido construida hacia poco más de un año, con ladrillos blanqueados y tejas rosadas, luego del incendio que arrasó con las tiendas del primer asentamiento del Ejército de la Reconquista. Las habían hecho así, de material, a sugerencia de Abraham Señor, para que los moros supieran que los Reyes Cristianos habían venido a Granada para quedarse. Las carretas ingresaban por el gran portón a un patio, al que se abrían las ventanas de las habitaciones, y, atravesando un arco, se llegaba a otro patio donde estaban las cuadras del personal, los depósitos y los cuartos donde trabajaban los escribientes que llevaban las cuentas de los gastos del ejército.

Dos palafreneros sujetaron el caballo de Abravanel cuando ingresó al galope en el patio. Al detener la marcha se dio cuenta de la velocidad con la que había descendido la cuesta de la Alhambra. Entró al salón donde se encontró con Abraham Señor que conversaba con Meir Melamed, su yerno.

—¡Así vivas tú, malas noticias traes, Isaac Abravanel! —exclamó Abraham Señor al ver el rostro demudado de su amigo—. ¿Qué sucedió en el palacio? ¡Meir, busca a los demás para que escuchen a Isaac!

Abraham Señor se sentó pesadamente en la cabecera de la mesa. El cabello y la larga barba blanca confirmaban su aspecto de patriarca. A los ochenta años era el Rabino Supremo de España. Había trabajado junto a los Reyes Fernando e Isabel desde antes de que ellos celebrasen el matrimonio que unió a la Península. No necesitaba escuchar las palabras de Isaac Abravanel para intuir lo que había pasado. Conocía muy bien a los Reyes y a Torquemada, y sabía que los judíos habían perdido la partida.

Exhausto, Isaac Abravanel se había sentado a la derecha de Abraham Señor. Luego fueron llegando los demás: Jacob Abravanel, Salomón de Córdoba y Judah Abravanel, el médico, y tomaron asiento en derredor de la mesa. Por último regresó Meir Melamed cerrando las grandes puertas tras sí para no dejar pasar el calor de la tarde y el bullicio del patio.

—Isaac, cuenta lo que sucedió durante la audiencia con los Reyes —ordenó Abraham Señor.

Y entonces contó cómo había suplicado al Rey Fernando y a la Reina Isabel, cómo había usado todos los argumentos que había pensado durante muchos días, cómo había llegado casi a convencer al Rey para que derogue el Edicto de Expulsión. Contó la intempestiva entrada de Torquemada al Salón de los Embajadores, el argumento del crucifijo y los treinta dineros que había utilizado para volcar a los Reyes a su favor.

A medida que exponía lo sucedido en el palacio, los rostros de los judíos congregados a la mesa palidecían. Concluyó el relato y en la sala se hizo un silencio de sepulcro.

—¡No puede ser cierto! —exclamó Judah Abravanel, quebrando ese silencio que los envolvía—. ¡No lo puedo creer! —gritó con la vehemencia de la juventud.

Comenzaban a tener conocimiento de la tragedia que caería sobre ellos. Entonces todos hablaron al mismo tiempo. Se mezclaron las voces en un torrente de palabras que nadie comprendió, hasta que la voz potente de Jacob Abravanel, el hermano menor, se sobrepuso a las demás con una pregunta que resumía lo que todos querían decir:

—¿Qué podemos hacer?

Todos se miraron y hubo un nuevo silencio.

—Tenemos que insistir nuevamente con los Reyes —sentenció Meir Melamed—. Deberíamos pedir audiencia para una comitiva de notables encabezados por Abraham Señor como Rabino Mayor de España. Si concurrimos en un grupo importante tal vez podamos hacer cambiar la decisión de los Reyes.

—Podremos hablar con Luis de Santángel —dijo Salomón de Córdoba—. Tiene gran influencia con el Rey Fernando. Es un converso. Sabrá comprender lo que sucede con los que hasta hace poco fueron de su pueblo.

—También podemos convertirnos, como hicieron los Santángel, los de la Caballería, y tantos otros —sugirió Meir Melamed—. De esta manera salvaremos nuestros bienes y nuestras propiedades. Salomón, el molino hace cuatro siglos que pertenece a tu familia, no puedes perderlo.

—Los bienes materiales no son nada sin la fe —respondió Salomón de Córdoba—. ¡Quiero que mis hijos vivan en la ley de Moisés! ¡Nunca me convertiré!

—¡No convenceremos a los Reyes! —terció Isaac Abravanel tratando de calmar los ánimos de los más jóvenes—. Debemos pensar seriamente en emigrar. La decisión de mantener el Edicto de Expulsión es muy firme. Yo estuve con los Reyes. ¡No creo que vuelvan atrás!

—¿Pero dónde podemos emigrar? —preguntó Jacob Abravanel—. La tierra de Israel está ocupada por los turcos que no dejan asentar a los judíos. Inglaterra, Francia y de los Principados Germanos no podemos esperar nada. Han expulsado a sus judíos y no nos acogerán.

—Nos queda Portugal y el reino de Nápoles —respondió Isaac Abravanel—. También podremos refugiarnos en tierras musulmanas del norte de África.

—Pero ¿qué haremos con nuestros bienes? —insistió Meir Melamed—. Todo lo que tenemos, todo el trabajo de generaciones, nuestras casas, los molinos y las tejedurías, todas nuestras industrias las hemos de perder. ¿Qué pasará con las sinagogas? ¿Qué pasará con los cementerios? ¿Quién velará por todos nuestros muertos enterrados en la península?

Se hizo silencio en la sala. No había respuestas a estas preguntas.

Abraham Señor había permanecido sin decir palabra durante el debate. Luego comenzó a hablar en un tono suave, en voz baja, de tal manera que todos se inclinaron hacia adelante para oírlo.

—He escuchado vuestras palabras. Las esferas del cielo nos dicen que la suerte de nuestro pueblo pasará por tiempos difíciles, arduos, tan arduos que debemos aprovechar todos los modos de persuasión. Debemos realizar todas las acciones que habéis propuesto en esta reunión. Son actos para nuestra defensa, para la protección de nuestros bienes, de nuestros patrimonios, de nuestras vidas y las vidas de nuestros hijos. No debemos optar por una sola forma de actuar sino usar todas ellas. ¡Hasta la conversión!

Había subido el tono de su discurso y esta última frase la dijo en un grito.

Nuevo silencio. Una pregunta que nadie se atrevía a formular, rondaba la mente de los asistentes: “¿Nuestro Rabino hablando de la posibilidad de conversión? ¿Qué anunciarían estos tiempos?”

Abraham Señor miró a todos los presentes, como si adivinara las cuestiones reflejadas en los rostros, y continuó:

—Lo importante es que nuestro pueblo sobreviva.

Tenemos que usar todas las armas en esta lucha. Hablaré con Luis de Santángel, tal vez pueda influir ante los Reyes. También debemos estudiar los reinos a los que podremos emigrar. Debemos enviar emisarios urgentes a Portugal y a Nápoles para ver en qué condiciones nos recibirán. Tenemos que amparar nuestros bienes y patrimonios. Mucho se perderá, pero tenemos que conservar algo con lo que comenzar una nueva vida en otro sitio. Hay que reservar dineros para proteger a las viudas, a los huérfanos, para rescatar cautivos. Alguien se tiene que quedar cuidando lo nuestro, nuestras sinagogas, nuestros cementerios, alguien tiene que comprar lo que tengamos que malvender, alguien tiene que custodiar los dineros que no podemos llevar. Pero para quedarse hay que convertirse al cristianismo. Yo ya estoy demasiado viejo para emprender un largo viaje. Quiero que mis huesos descansen en esta tierra. Isaac Abravanel, tú quedas a cargo de toda la comunidad. Todavía el edicto de Expulsión es secreto. Debe mantenerse así para no crear pavor en el pueblo. Todavía hay alguna posibilidad de hacerlo derogar. Solamente comunicadlo a las cabezas de las principales familias para que tomen sus recaudos y que no cunda el miedo cuando los heraldos lo proclamen.

La voz de Abraham Señor se fue apagando en la medida que progresaba su discurso y, cuando terminó con un susurro casi inaudible, hizo un gesto de la mano y los despidió.

Valencia, 8 de agosto de 1492

David se despertó atemorizado por el retumbar de un trueno. La tormenta se había desatado a media noche. Golpes de viento borrascoso barrían el puerto de Valencia y traían jirones de espuma blanca que brillaban a la luz de los relámpagos. Salió a cubierta. El Capitán, que hacía la guardia, le dijo que era una tormenta fuerte, pero que no había peligro, el puerto era seguro. Regresó al camarote y tranquilizó a su familia. Al poco tiempo, inquieto, salió nuevamente para contemplar el espectáculo. Los relámpagos surcaban el cielo con brillantes resplandores seguidos por fuertes truenos que hacían crecer el fragor de la tormenta. Los marineros, tomados de las cuerdas, para no ser arrastrados por el vendaval, revisaban los cabos de las amarras. ¿Resistirían al embate? El viento soplaba arremolinando el mar que rompía en espuma de olas. Fascinado por la violencia de las aguas, pensaba en lo que sucedería con la nave si se encontrara con este temporal fuera del puerto.

El Capitán y los oficiales, protegidos de la lluvia bajo la toldilla, vigilaban la tormenta mientras contaban anécdotas de temporales y naufragios. Con el transcurrir de las horas, el viento fue calmando su furia y David volvió a la seguridad de su cámara, donde el balanceo de la nave lo devolvió al sueño.

Llovió todo el día siguiente y, aunque la tormenta parecía ceder, el Capitán decidió que las naves permane-

cerían en el puerto. Fuera, la marejada era muy violenta y los vientos, si bien no eran como los de la noche anterior, todavía soplaban fuerte desde el norte en dirección contraria al rumbo previsto para las naves. Los marineros habían desplegado una enorme lona a lo largo de la cubierta de la galera convirtiéndola en un gran toldo que protegía a la nave de la lluvia. La tripulación se reunió en grupos; algunos contaban relatos de viajes o de mujeres, otros jugaban a las barajas. Era un día sin trabajo.

Por la tarde, el Capitán, previendo que la lluvia y el mal tiempo persistirían y que al día siguiente se verían forzados a permanecer en puerto, permitió a la tripulación descender a tierra. Los judíos no podían bajar. Había guardias a la salida de los embarcaderos que revisaban a los que descendían de las naves.

David conversaba con Giovanni y otros grumetes sobre tormentas marinas cuando el Capitán anunció el permiso de bajar a tierra.

—David, ven con nosotros —pidió Giovanni.

—Tú sabes que yo no puedo.

—Ven. ¿Quién notará tu judaísmo? Si bajas con nosotros nadie te hará preguntas. Si algún soldado te interroga, respóndele con las palabras italianas que yo te enseñé. Iremos a la taberna del puerto a beber algunas copas. Seguro que también habrá mujeres...

—Está prohibido para los judíos pisar tierra española, si me descubren, la pena es la muerte. Una taberna no vale el riesgo.

Pero la curiosidad y el aburrimiento de esa tarde de diluvio pudieron más que la prudencia de David. Descendió, cubierto con una amplia capa veneciana que lo protegía del temporal con el bullicioso grupo de marine-

ros y grumetes y, al pasar frente a los soldados españoles, que dormitaban indiferentes en el cuartel de guardia del puerto, sintió un escalofrío. Los guardias apenas levantaron la vista cuando Giovanni los saludó con algunas palabras en italiano.

Entraron en la taberna que estaba frente al mar dejando fuera la lluvia torrencial. Se quitaron los pesados capotes y se sentaron sobre bancos de madera ante una larga mesa, alejada de la puerta. La tenue luz del atardecer prematuro se filtraba por los pequeños ventanales salpicados de gotas de lluvia. Un grupo de mercaderes bebía en grandes jarras el vino. En otra mesa había unos monjes y novicios que conversaban en voz baja. Cerca de la puerta, los guardias jugaban a los dados. Al fondo había una escalera que llevaba al piso superior desde donde llegaban voces y risas de hombres y de mujeres.

El tabernero se acercó a la mesa trayendo jarros de vino, rodajas de pan y trozos de jamón. Los marineros se abalanzaron sobre el vino y los alimentos. Bebieron y comieron en silencio. David se sirvió un vaso de vino. Nunca bebía en las comidas, sólo lo había hecho en las fiestas de pascua y en pocas ocasiones especiales. Tomó un buen sorbo y comió una rodaja de pan. Era un vino fuerte y áspero que inmediatamente le devolvió el calor y encendió sus mejillas. El pan, oscuro, de harina morena, no tan refinada como la del viejo molino del Guadalquivir, sabía delicioso.

Luego de los primeros bocados, los marineros comenzaron con los chistes y las risas.

—David, ¿por qué no comes? —exclamó Giovanni tendiéndole la pierna de jamón.

David se sintió perdido. Sintió como su rostro se tornaba más rojo que cuando bebió el vino. Los frailes de

la mesa central levantaron sus cabezas y lo miraron con curiosidad. Los soldados también se habían vuelto a mirarlo. No podía comer el jamón que le ofrecía Giovanni. Su religión se lo prohibía. Desde siempre había sabido que comer jamón era un pecado. También sabía, porque su padre le había contado, que la Inquisición descubría de esta manera a los conversos que judaizaban en secreto, que si rechazaba el jamón se haría inmediatamente sospechoso. Sintió el silencio. No dudó, tomó el jamón que Giovanni le ofrecía y cortó un trozo, lo colocó sobre una rodaja de pan, creyendo que, con ese bocado, el pecado le entraba por dentro. El bullicio continuó en la taberna, los frailes siguieron sus conversaciones en susurros y los soldados retomaron su partida. Había cometido un pecado. Estaba sucio en lo interior pero salvo por fuera. ¿Estaría justificado por la religión proceder así para salvar su vida? Hablaría con Isaac Abravanel, que era un sabio, sobre este tema. Además, el jamón no sabía mal. ¿Por qué estaría prohibido? Y tuvo el valor de contestar:

—Está delicioso Giovanni —dijo David imitando con voz fuerte la entonación extranjera de sus compañeros. No sabía de dónde salían estas dotes de actor—. ¡Realmente delicioso!

La amenaza había sido conjurada por el momento. Tomó conciencia del peligro que corría al descender del barco y aventurarse en tierras prohibidas. La algarabía de sus amigos italianos lo envolvió y comenzó a participar de la diversión.

Un mercader bajó las escaleras riendo y ajustándose las bragas, llevando del brazo a una joven de cabellos negros, vestida con una ligera túnica de lino blanco, casi transparente.

David quedó inmediatamente prendado de la belleza

de la mujer. Sus ojos negros, rasgados, su delgada figura, los pequeños pies descalzos, y lo gracioso de su paso al bajar la escalera le tocaron una fibra especial. Tal vez era cierto desenfadado en la actitud de la joven que contrastaba con la rigidez y la dureza de las mujeres que había conocido en su familia. Tal vez, algo de la libertad que las mujeres judías no conocían.

El mercader se sentó junto a sus compañeros. La joven tomó asiento a su lado, le rodeó con sus brazos el cuello y lo cubrió de caricias osadas. David no podía dejar de mirarla.

El mercader se sirvió vino, alzó la copa y dijo:

—Bebo esta copa por la salud de la Reina Isabel y el Rey Fernando, por la unión de España.

Los otros mercaderes levantaron sus copas y sus voces se mezclaron diciendo: "Salud, felicidad y larga vida para los Reyes." Los frailes y los soldados también levantaron sus jarros. Todos bebieron. El tabernero se apresuró a llenar nuevamente las copas vacías.

El mercader dijo:

—Por la toma de Granada y la derrota de los moros, por estos bravos soldados que se encuentran hoy con nosotros.

—¡Mueran los moros!—, brotó de todas las gargantas. Nuevamente se vaciaron las copas que el tabernero se apresuró a llenar. David sintió que se hallaba en las nubes. No estaba habituado a beber vino. Las voces, los gritos y las risas sonaban desde muy lejos.

—¡Por España libre de judíos! —volvió a gritar el mercader, y, señalando con el jarro la mesa de los frailes, continuó: —¡Por estos sacerdotes que han limpiado la cizaña de Castilla y Aragón! ¡Para que nunca más los judíos perviertan con sus blasfemias la cruz de Jesucristo!

—¡Mueran los perros judíos! —gritaron todos.

David se encontró gritando en el coro, blasfemando contra su pueblo, levantando la copa con el alma llena de terror y vergüenza. No debía haber venido. Cualquier movimiento falso lo delataría. Debía continuar bebiendo con los demás. Cualquier error le costaría la vida. Un encogimiento de hombros imperceptible de Giovanni le devolvió en parte la confianza. El gesto de complicidad de su amigo le dio la certeza de que todo el grupo de marineros lo protegía.

Del piso superior bajaron dos hombres que se acercaron a la mesa de los mercaderes. Tomaron tragos de vino de pie y propusieron a los demás que era hora de retirarse. Al poco rato abandonaron la taberna dejando en silencio el local.

La bella morena se dirigió hacia la escalera.

—¡Eh, linda ven acá! —gritó Giovanni a la joven—. ¿Cómo te llamas?

—Luna, me llamo Luna —contestó la muchacha.

—Luna, avisa a tus amigas que bajen. Nos queremos divertir.

La joven subió por la escalera y al rato bajó con otras tres mujeres. Vestían ligeras camisolas de lino y sus rostros tenían los afeites y pinturas que denotaban su profesión. Se sentaron junto a los marineros con desenvoltura.

—Luna, tú, ven y siéntate al lado de David —dijo Giovanni organizando la fiesta—. Y tú, morena, ¿cómo te llamas?

—Yo soy Eloisa —contestó la mujer de piel oscura, casi negra, y grandes pechos que levantaban, insolentes, la camisola.

—Ven, siéntate a mi lado —ordenó Giovanni—. Me gustan las damas de tetas grandes.

Eloisa se sentó junto a Giovanni. El joven introdujo una mano por el escote de Eloisa acariciándole un pecho.

—¡Uhh! —exclamó Giovanni con admiración y, señalando a las otras mujeres, continuó—: vosotras, atended a mis compañeros. Atendedlos bien que nos vamos a divertir.

Las otras dos prostitutas se sentaron entre los restantes marineros que no tenían ningún problema en compartir sus favores.

El tabernero llenó nuevamente las copas de los hombres y trajo nuevos jarros para las mujeres. David volvió a beber. Nunca había bebido tanto. La cabeza le daba vueltas y le pesaba. No podía fijar la vista en ningún objeto y las palabras salían de su boca con trabajo. Se sentía como en el aire. En realidad nunca se había sentido tan libre en su vida. Se olvidó de los peligros que había corrido y sintió el cuerpo suave de la joven a su lado. Las cálidas caderas de Luna se apoyaron contra las suyas; sintió como sus manos le acariciaban la nuca, los hombros, y se metían entre los botones de la camisa.

Un marinero pidió una guitarra. Eloisa trajo el instrumento de una habitación contigua y el marinero tocó una alegre danza italiana que todos acompañaron golpeando la mesa. Una de las mujeres tocaba una pandeleta. Eloisa y Luna comenzaron una danza frenética. Las mujeres invitaron a los hombres a bailar. David, de pronto, se encontró danzando entre todos en medio de la taberna.

Los giros, el calor, el baile, la proximidad de las mujeres, los roces con los tibios cuerpos, la mirada de los

ojos acariciantes de Luna, hicieron que David perdiera la noción del tiempo.

Sin darse cuenta de cómo había subido las escaleras, se encontró en la penumbra de una habitación. Distinguió un camastro cubierto con una sábana de lino, una mesa donde había un lavamanos con dibujos azules y un aguamanil. Luna lo guiaba por el cuarto y comenzó a quitarle la ropa con rápidos movimientos de sus pequeñas manos, inundándolo con caricias y besos apasionados.

—¿Es tu primera vez? —intuyó la muchacha—. Sí, David, es tu primera vez.

David hizo un movimiento afirmativo y dejó hacer a la joven. Sintió que veía la escena desde una enorme distancia en el espacio. Como si no le estuviera sucediendo a él. Cuando estuvo desnudo, Luna se quitó con un rápido movimiento la delicada túnica dejando al descubierto sus pequeños pechos erguidos. Se reclinó en el lecho atrayendo a David hacia sí.

—Ven David, yo te enseñaré —le susurró al oído. Y con sus dos manos alcanzó la hombría de David y la introdujo en su misterioso pubis.

Córdoba, 1 de mayo de 1492

Era un día de primavera, de sol radiante. David escuchó el sonido de las trompetas cuando la clase de *Talmud Torá* concluía. Le gustaban esas clases: los alumnos leían los pasajes de las Escrituras y el maestro hacía luego los comentarios. Salió con prisa de la escuela junto con su hermano Muchico y se dirigieron a escuchar al pregonero. La austera gracia de la antigua mezquita de Córdoba, ahora trasformada en catedral, se erguía majestuosa frente a la plazuela. Soldados, frailes, talabarteros, lavanderas, zapateros, plateros, hidalgos, plebeyos, moriscos, judíos, cristianos nuevos y viejos, llegaban lentamente, alertados por las trompetas que anunciaban nuevas. Habían corrido rumores por la ciudad diciendo que los Reyes firmaron edictos muy importantes concernientes a los judíos.

—¡David, Muchico! —escuchó que los llamaban—. Venid con nosotros.

—¡Tío Moché!

Cruzaron la plaza en dirección al grupo de judíos que se encontraban en el extremo más alejado de las puertas de la catedral. Las trompetas de los pregoneros sonaron más cerca.

—Permaneced junto con nosotros —pidió el tío Moché—, puede haber disturbios.

Los pregoneros entraron en la plaza desde el Puente Romano, sobre el Guadalquivir, seguidos por un enjambre de chiquillos que imitaban sus pasos. Uno de ellos llevaba un rollo de papel bajo el brazo y con un bastón

marcaba el ritmo de la marcha. El otro, tocaba una trompeta anunciando las nuevas. Subieron los escalones en la parte antigua de la mezquita y se detuvieron sobre una terraza que se elevaba sobre la muchedumbre. Se escuchó un último toque de trompeta y el pregonero, haciendo con el bastón un amplio ademán que reclamaba silencio, desenrolló el bando y comenzó la lectura:

—En el día de hoy, martes primero del mes de mayo del año del nacimiento de Nuestro Salvador, Jesucristo, de mil cuatrocientos noventa y dos, nos es mandado pregonar este Edicto por orden de nuestros Reyes, que dice así: *Don Fernando é doña Isabel, por la gracia de Dios rey é reyna de Castilla, de Leon, de Aragon, de Siçilia, de Granada, de Toledo, de Valençia, de Galicia, de Mallorca, de Seuilla, de Çerdeña, de Córcega, de Murçia, de Jahen, de los Algarves, de Algeçiras, de Gibraltar, de las islas de Canaria, conde é condesa de Barcelona é Señores de Vizcaya, é de Molina, duques de Athenas é de Neopátria, condes de Ruisellon é de Çerdeña, marqueses de Oristan é de Goçiano...*

David miró en derredor a la muchedumbre silenciosa que escuchaba con atención las palabras del pregonero. Los niños habían dejado sus juegos y estaban sentados sobre los escalones de la catedral.

—...é a los infantes, prelados, duques, —continuó leyendo con voz monótona el pregonero— *marqueses, condes, maestros de las Ordenas, pares, ricos-homes, comendadores, alcaydes de los castillos de los nuestros reynos é señoríos é á los Consejos, corregidores, alcaldes, alguaciles...*

Los niños comenzaron a jugar, ya aburridos, con piedritas que arrojaban contra la escalera. El tío Moché posó su mano sobre los hombros de David.

—...é a las aljamas de los judíos dellas é á todos los judíos é personas singulares...

Sintió la mano de su tío que se tensaba sobre su hombro.

—...porque Nos fuimos informados que hay en nuestros reynos é avia algunos malos cristianos que judaizaban de nuestra Sancta Fée Católica, de lo qual era mucha culpa la comunicacion de los judíos con los cristianos...

David pensó en sus amigos cristianos, nuevos y viejos, con los que nadaba en el Guadalquivir. ¿Era culpable por hablar con ellos?

—...é otrosi ovimos procurado é dado órden como se fíçiese Inquisiçion en los nuestros reynos é señoríos, la cual como sabeis, ha más de doçe años que se ha fecho é façe, é por ella se an fallado muchos culpantes, segund es notorio, e segun somos informados de los inquisidores...

—¡Inquisidores hijos de puta! dijo por lo bajo el tío Moché.

—...é de muchas personas religiosas, eclesiásticas é seglares; é consta é paresçe ser tanto el daño que á los cristianos se sigue é ha seguido de la participacion, conversacion ó comunicacion, que han tenido é tienen con los judíos, los cuales se preçian que procuran siempre, por cuantas vias é maneras pueden, de subvertir de Nuestra Fée Católica á los fieles...

David pensó que él nunca había querido subvertir la fe católica.

—...instruyéndolos en las creençias é ceremonias de su ley,...

Los judíos se miraban preocupados interrogándose con los ojos, sin saber adónde el edicto quería llegar con este razonamiento, a todas luces falso.

—...persuadiéndoles que tengan é guarden quanto pudieren la ley de Moysen; faciéndoles entender que no hay otra ley, nin verdad, sinón aquella: lo cual todo costa por muchos dichos é confesiones, asi de los mismos judíos como de los que fueron engañados é pervertidos por ellos; lo cual ha redundado en gran daño é detrimento é oprobio de nuestra Sancta Fée Católica...

David creía que no había otra ley verdadera más que la ley de Moisés —así se lo habían enseñado sus maestros— pero nunca había tratado de convencer a ninguno de sus amigos cristianos de ello. Ni siquiera a los conversos.

—...Porque cuando algun grave é detestable crimen es cometido por algund colegio ó Universidad, es razón que tal colegio ó Universidad sean disueltos é aniquilados, é los mayores por los menores é los unos por los otros punidos; é que aquellos que pervierten el buen é honesto vivir de las çibdades é villas é por contagio pueden dañar a los otros...

David miró a su tío: ¿cómo podían pagar los menores los crímenes presuntos de los mayores? ¿qué tenía él que ver con los crímenes que nombraba el Edicto? ¿era culpable de un delito que no había cometido? ¿por qué tenían que pagar unos por las acciones de los otros? y además, ¿cómo se podían contagiar los crímenes?

—...por el mayor de los crímenes é más peligroso é contagioso, como lo es este: Por ende Nos en consejo é parecer de algunos perlados é grandes é caballeros de nuestros reynos é de otras personas de çiençia é conçiençia de nuestro Consejo, aviendo auido sobre ello mucha deliberaçion, acordamos de mandar salir á todos los judíos de nuestros reynos, que jamas tornen ni vuelvan á ellos...

El silencio que envolvió a la muchedumbre luego de

estas palabras fue quebrado por el grito de dolor de una mujer. Siguieron otros gritos y llantos desde el sector donde se habían congregado los judíos. El tío Moché se rasgó el jubón que llevaba puesto y rompió parte de las vestiduras de Muchico y de David. Cuando se silenciaron los lamentos y exclamaciones de dolor, se escucharon vivas a los reyes y fuera los judíos desde donde se habían congregado los cristianos. El pregonero continuaba su lectura inmutable y pronto se hizo un silencio de muerte, que permitió a David seguir escuchando.

—...que fasta en fin deste mes de Julio, primero que viene deste presente año, salgan con sus fijos é fijas é criados é criadas é familiares judíos, así grandes como pequeños...

La muchedumbre escuchaba expectante. Se oían sollozos contenidos.

—...so pena que, si lo non fiçieren é cumplieren asi, é fueren fallados estar en los dichos nuestros reynos é señorios ó venir á ellos en qualquier manera, incurran en pena de muerte é confiscaçion de todos sus bienes, para la nuestra Cámara é fisco...

Al escuchar la palabra muerte se escapó una exclamación de muchas gargantas.

—...para que durante el dicho tiempo fasta el dicho dia, final del dicho mes de Julio, puedan andar é estar seguros, é puedan vender é trocar é enagenar todos sus bienes muebles é raices, é disponer libremente á su voluntad; é que durante el dicho tiempo non les seya fecho mal nin daño nin desaguizado alguno en sus personas, ni en sus bienes contra justiaçia,...

Se acallaron los gritos y los insultos desde el sector del populacho cristiano. Al menos estarían protegidos por el Edicto real de los desmanes y saqueos.

—...*É assi mismo damos liçençia é facultad á los dichos judíos é judías que puedan sacar fuera de los dichos nuestros reynos é señoríos sus bienes é façienças por mar é por tierra, en tanto que non seya oro nin plata, nin moneda amonedada, nin las otras cosas vedades por las leyes de nuestros reynos...*

Y David miró la tristeza reflejada en el rostro de su tío Moché y pensó que se repetía un exilio, como el de Babilonia, que había leído por la mañana en clase. No pudo imaginar cómo sería la vida lejos del viejo molino sobre el amado Guadalquivir.

—...*Dada en la çibdad de Granada, treynta e uno del mes de Marzo, año del Nasçimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de mil quatroçientos é noventa é dos. Yo el Rey. Yo la Reyna, Yo Juan de Coloma, secretario del rey de la Reyna, nuestros señores, la fiçe escribir por su mandado.*

Un toque de trompeta indicó que la proclama había terminado. El pregonero enrolló el bando y bajó por la escalera de la catedral. David se marchó de la plaza con su hermano y su tío entre el llanto de las mujeres, el silencio de los cristianos y las miradas huidizas de alguno de sus compañeros de correrías por el Guadalquivir.

Ya era público el drama que enfrentarían los judíos. Tenían tres meses para dejar el país de sus antepasados, el país donde habían vivido juntos, durante generaciones, judíos, cristianos y moros. Debían dejarlo ante la insensibilidad de sus conciudadanos, de sus compañeros de juegos, de empresas, de guerras, de amores. Debían emprender un nuevo exilio para su pueblo o renegar de su fe. Y los veo caminar apesadumbrados, con el corazón

atenazado por la angustia, desde la plaza de la catedral hacia sus casas y comunicar las nuevas a sus familias. Sin comprender todavía la magnitud de la tragedia que les esperaba, pensando que debían dejar sus propiedades, sus sinagogas, sus cementerios, los lugares que amaban; pensando que eran expulsados hacia tierras desconocidas, ignorando la forma cómo serían recibidos. La angustia y el miedo de ese día me llegó a mí, transmitida de alguna manera misteriosa por mis abuelos, que vinieron a esta Argentina hablando el castellano fosilizado de aquel fatídico 1492, y con la nostalgia de España todavía en el corazón.

Valencia, 9 de agosto de 1492

David despertó. Recordaba la noche, recordaba el vino y los bailes, los besos de Luna. Nunca supo como había regresado a su pequeña cámara en la galera. Le dolía la cabeza. Estaba solo. El barco parecía aún amarrado al muelle. Por la pequeña ventana veía un rectángulo gris de cielo y la lluvia que caía suavemente. Cuando se incorporó, tuvo una punzada de dolor en la cabeza. Somnoliento salió a cubierta. Seguía lloviendo.

—David, por fin estás despierto —gritó Muchico—, ¿Dónde has estado por la noche?

No contestó. La cabeza le dolía. Hizo un gesto de saludo a su hermano y se asomó a la borda. El mar estaba turbio, no se veía el fondo. Las gotas de lluvia al caer en el agua formaban pequeños círculos que se agrandaban y luego desaparecían. La galera se mecía suavemente. Sintió mareos. Vomitó. El vómito surgió de sus entrañas lento, con esfuerzo, pero luego se derramó como un manantial; caía, como la lluvia, a borbotones; y luego paró. Terminaron los espasmos. Se apoyó contra la borda. Permaneció algunos minutos así, inclinado, con la frente contra la barandilla de madera que estaba mojada, fría. Sintió alivio. Estaba limpio. La opresión en la cabeza cedió. Nunca había bebido tanto como la noche anterior. El vino le hacía daño. No volvería a beber en su vida.

—¡Ven a comer, David! ¡Así vivas tú! —su madre lo llamaba. Tal vez fuera mediodía. Había dormido toda la mañana. Se excusó; no podía comer; la idea de la comida le provocaba nuevas náuseas.

—¿Dónde estuviste anoche, hijo? ¡Qué susto nos has dado! —lo reprendió Sara—. Ve y acuéstate. Ponte este paño con agua y sal sobre la frente. Te hará bien, si Dios quiere.

Bajó nuevamente, se acostó en su lecho y colocó el paño mojado sobre su frente. Sintió que el frío le aliviaba el dolor. Por la ventana de la cámara se oían jirones de voces que llegaban de cubierta y el bullicio del muelle. Se durmió pensando en Luna.

La voz triste de Esther Franco contaba su historia. “Quédate”, le había dicho Isaac Abravanel a David. “Quiero que tú también escuches lo que tiene que contar esta mujer.” La lluvia seguía golpeando la toldilla. En los bancos se encontraban sentados: el tío Isaac, el tío Samuel y el primo Judah. Enfrente estaba Esther Franco que hablaba con una voz grave, que a veces se quebraba en llanto. David se encontraba de pie, apoyado contra la borda, mirando el horizonte marino. Una franja celeste de cielo separaba el mar plomizo de las nubes oscuras que el sol poniente trataba en vano de iluminar. El capitán había dicho que si el cielo aparecía despejado al norte, significaba el fin de la tormenta y, que si amanecía con buen tiempo, zarparían al día siguiente, de madrugada.

Todo había comenzado cuando se encontró por la tarde con Giovanni. La siesta y el paño frío lo habían aliviado de su malestar. Su amigo, luego de hacer pullas sobre la borrachera de la noche anterior, le había contado que cuando había salido de la taberna, David, borracho, no había dejado de cantar; lo habían traído entre dos marineros, lo acostaron en su camastro, y había despertando con sus canciones a toda la familia.

Luego le contó un encuentro que había tenido por la mañana con una dama de Valencia que lo había detenido en el embarcadero. Esta señora era pobre, viuda y tenía un hijo pequeño; se había enterado en el puerto de que en la galera viajaban judíos. Pidió entonces una audiencia con Isaac Abravanel para que escuche lo que ella tenía que decir.

Los jóvenes transmitieron el pedido de la mujer a don Isaac, quien aceptó recibirla ante la extrañeza de David y Giovanni que descontaban una respuesta negativa. Esther Franco debería presentarse en la galera una hora antes de la puesta del sol.

—...mi marido era Alfonso Franco, yo soy Esther Sánchez, vivíamos en La Guardia, cerca de Toledo. Mi marido y sus cuatro hermanos tenían un molino. Hacía muchos años que el molino era de la familia Franco...

Al escuchar la palabra molino, David recordó el Guadalquivir y miró a Esther Franco por primera vez. Era de baja estatura, ojos oscuros que denotaban determinación, el cabello recogido bajo una mantilla de encaje negro, vestía luto. Comenzó a interesarse en la historia.

—...nuestras familias eran cristianas nuevas —decía la mujer—, en realidad no tan nuevas, porque se convirtieron en Toledo por los años de Nuestro Señor... digo de mil y trescientos noventa y uno. Fue luego de los grandes disturbios. Hace más de cien años que somos cristianos. Y heme acá que tengo que suplicar a vos, Príncipe de los Judíos.

La voz de Esther Franco se quebró con un sollozo.

—Puedes hablar sin miedo, Esther —la tranquilizó Isaac Abravanel—. Tienes que saber que yo no soy príncipe, que nosotros te comprendemos porque también somos perseguidos. Puedes continuar.

—Hace dos años mi marido y sus hermanos fueron acusados de herejía por la Santa Inquisición. Los llevaron a las cárceles y desde ese día no supimos nada de ellos. No sabíamos de que crimen se los acusaba. Al poco tiempo los trasladaron para juzgarlos en Ávila... —y Esther no pudo continuar por los sollozos.

—¡Sara! —llamó Isaac Abravanel alarmado—. ¡Así viva Dios! ¡Trae agua para la señora!

La madre de David subió con un jarro de agua que ofreció a Esther y con una mirada que procuraba calmarla le dijo:

—Quédate tranquila, Esther, mi hija Déborah está cuidando de tu niño. Él ya comió algunos pedazos de pan ablandados en caldo y ahora está jugando en la cubierta de proa.

—Permanece junto a ella, Sara. Tú la tranquilizas —dijo Isaac Abravanel temeroso de un nuevo estallido de la señora, que al momento parecía tranquila.

Pasaron varios minutos en silencio. Se oía el golpetear de la lluvia sobre el techo de la toldilla y el sonido de las olas contra el embarcadero. Lentamente, con voz muy queda, que se confundía con el sonido de la lluvia, Esther Franco continuó su relato:

—En Ávila, el juicio fue conducido directamente por los inquisidores que nombró Torquemada. No permitieron que los familiares visitáramos a nuestros maridos, ni pudimos nombrar abogados, allí no teníamos amigos, ni parientes. Confiscaron todos nuestros bienes, nuestras casas, nuestros huertos, nuestro ganado, nuestro molino. ¡Todo para el fisco y para la Inquisición!

Parecía que Esther en cualquier instante estallaría nuevamente en llanto. Pero se contuvo, bebió otro sorbo de agua y siguió diciendo:

—No teníamos más recursos. Marchamos a Toledo para vivir de la generosidad de mis tíos, pero ellos no podían mantenernos por mucho tiempo. Mis cuñadas fueron a vivir con sus padres. Yo soy huérfana. Quedamos mi hijo Fernando y yo.

Esther hizo una larga pausa como para ordenar sus pensamientos y luego continuó:

—Hace pocos meses, los hermanos Franco, y con ellos mi marido, fueron condenados por herejía. Dicen que crucificaron a un niño cristiano en nuestro pueblo de La Guardia. ¡Pero todo eso es falso! Nunca crucificaron a nadie. Nunca faltó ningún niño en La Guardia. Somos pocos y conozco a todas las madres del pueblo. Con mis cuñadas asistíamos a las parturientas. Todas nos ayudábamos durante los nacimientos. ¡Nunca faltó un niño en La Guardia! —Su voz se quebró.

—Mi marido y mis cuñados eran simples molineros que vivían de su trabajo —continuó Esther—. Recibían trigo de toda Castilla para la molienda. Venían de muchas ciudades y villas a comprar harina. Venían moriscos, cristianos y judíos. A veces se quedaban unos días en La Guardia y contaban historias de sus tierras y de sus familias. Los hermanos Franco eran buenos cristianos, íbamos a misa todos los domingos. Convivíamos en La Guardia junto con los cristianos viejos y con unos pocos judíos que no se convirtieron. Nos saludábamos por la calle. Íbamos juntos a las bodas y a las fiestas. Es cierto que no había casamientos entre judíos y cristianos y también había muy pocos entre cristianos nuevos y viejos, pero en La Guardia, que es un pueblo pequeño, siempre vivíamos en paz.

Esther Franco interrumpió durante un instante su relato, para tomar aliento o para ordenar sus ideas. Los

hombres se movieron incómodos en sus asientos, esperando nuevamente las palabras.

—En La Guardia todos nos rechazan, nadie quiere darnos ayuda. Mis tíos me echaron de Toledo. Dicen que mi presencia produce disturbios, que son muy ancianos y que con nosotros en su casa no se sienten seguros. Por eso vine a Valencia, en busca de Israel Franco, un pariente lejano de mi marido que no se había convertido y que solía venir a nuestro molino antes de las pascuas para comprar harina. Cuando llegué a Valencia, tras muchos días de viaje, encontré que habían expulsado a los judíos de Aragón, y creo que de toda la península. Israel Franco había partido para Nápoles. Me encontré sola con mi hijo y estoy viviendo con las monjas de la caridad. Pero me han dicho que no puedo quedarme con ellas. Que si permanezco en el convento la Inquisición puede sospechar, porque allí hay muchas novicias y monjas que son cristianas nuevas. ¡No tengo familia! ¡Qué me queda de la religión! Permitid que viaje a Nápoles con vosotros para encontrar a mi pariente. Es la única familia que tengo —repitió Esther como para sí misma, y luego continuó—: pero en realidad, ¿qué es la religión? ¿es así el amor de Cristo? Los cristianos viejos dicen que los conversos somos judíos, que judaizamos. La Inquisición dice que somos herejes. Para vos, Don Isaac, ¿qué somos?

—Para nosotros sois cristianos, Esther. Vosotros y vuestras familias han sido bautizadas hace tiempo. Seguí las leyes de Jesucristo y no las leyes de Moisés —contestó Abravanel.

Esther siguió hablando entre sollozos contenidos:

—Para los cristianos somos judíos y nos persiguen, para los judíos somos cristianos. Para Dios, ¿qué somos?

La pregunta quedó sin respuesta. Ya no llovía.

—¡Mi esposo, con todos sus hermanos Franco, junto con otros cristianos y algunos judíos fueron condenados a la hoguera por crucificar a un niño que nunca existió! —gritó Esther a la cara de Abravanel— ¡Murieron quemados en la hoguera de Ávila en el mes de diciembre pasado! ¡Yo vi como ardían en las llamas! Yo vi como murieron llorando. Yo vi las llamas de la Inquisición. ¡Murieron juntos, cristianos y judíos!

Y en ese instante, el sol se asomó tras las nubes de tormenta, tiñendo el ocaso con resplandores de fuego.

Córdoba, 1 de mayo de 1492

La Calle de las Flores estaba a cien pasos de la Catedral de Córdoba, en el centro del barrio judío. Era estrecha, empedrada, tan estrecha que por ella no pasaban carruajes. Las casas tenían dos pisos, con frentes blanqueados a la cal, balcones enrejados y ventanas de velos misteriosos, que protegían los secretos interiores del bullicio de la callejuela. De las paredes de los frentes colgaban macetas rojas, desbordantes de geranios y azahares en esa primavera de Andalucía.

Por un portal de rejas, que permitía entrever un patio donde limoneros y helechos ocultaban una pequeña fuente, se entraba a la casa de la familia Córdova. En el pórtico había una *mezuzá* de plata artísticamente labrada que contenía en su interior una oración escrita en pergamino. El patio estaba pavimentado con piedritas blancas y negras que formaban figuras geométricas. Una galería de columnas moriscas defendía las habitaciones del sol calcinante del verano andaluz. En el piso superior, los dormitorios se abrían a una terraza que rodeaba al patio por sus cuatro lados con una baranda de madera.

Muchico, David, y el tío Moché llegaron a la casa mientras Sara estaba en la cocina preparando mazapán.

Cuando Sara escuchó el ruido que hizo la reja del portón al abrirse corrió hacia la puerta limpiándose en el delantal los restos de azúcar y almendra que había en sus manos.

—¡Moché! —gritó—. ¿Has escuchado el pregón? ¿Es la mala nueva que esperábamos?

—Ven a la sala, mujer, y allí hablaremos —exclamó Moché.

A la sala se entraba por una gran puerta de madera que se abría al patio. Una larga mesa rodeada de sillas y dos aparadores, donde se guardaba la loza, eran el sobrio mobiliario de la habitación. La ventana, protegida por rejas de hierro, daba a la Calle de las Flores. Por ella se veía la torre de la Catedral enmarcada entre las paredes de las casas vecinas. Otra ventana, abierta al patio, dejaba entrar un aire fresco, íntimo, con aroma a jazmín y humedad. Los varones, seguidos por Sara, ingresaron al cuarto y se sentaron alrededor de la mesa.

Sara ya temía lo peor cuando vio las vestiduras rasgadas de los hombres, pidió a Moché:

—¡Cuéntame!

—¡Es el Edicto de Expulsión! ¡Isaac Abravanel no tuvo fortuna ante los Reyes! ¡Es el fin de nuestros días en España! Nos expulsan de todos los reinos. De Castilla, de Aragón, de Granada. Nos conceden tres meses para preparar la partida, Sara.

—¡David! ¡Así vivas tú! Ve y busca a tu padre que está en el molino y dile que venga —dijo Sara.

Luego, con voz cercana al llanto, preguntó:

—¿Qué vamos a hacer, Moché?

¿Qué vamos a hacer? La pregunta la formularon en ese día, primero de mayo del año de Nuestro Señor Jesucristo de mil cuatrocientos noventa y dos, las bocas de muchas madres judías, de hijas, de hermanas. ¿Qué vamos a hacer? Y entonces yo veo a mi abuela, en la

cocina de la vieja casona del porteño barrio de Colegiales, con su cabello gris, con su delantal; la veo preparando mazapán, usando la misma receta con que Sara preparaba sus confituras el día que conoció la infausta noticia. Y veo a todas las mujeres judías de España que ese día hicieron la pregunta. Y la pregunta se repite como eco que resuena a lo largo y a lo ancho de la Península. España la amada, ¿qué vamos a hacer? España la tolerante, ¿qué vamos a hacer? España de las tres religiones, ¿qué vamos a hacer? La veo a Sara haciendo la pregunta a Moché, sabiendo que no había respuestas, en esa casa de la callejuela de Córdoba —que ahora forma parte del itinerario de los turistas— en la que un día, cuando yo caminaba por las tiendas de antiguallas del lugar, en una vitrina repleta de los más diversos objetos, encontré una *mezuzá* de plata con el pergamino intacto en su interior, y pensé que pertenecería a alguna familia judía, que habría estado clavado en alguno de los portales del antiguo barrio, en alguna de las casas como las que yo contemplaba en ese momento. La *mezuzá* estaba allí en la vitrina, olvidada, esperando, inanimado testigo de la tragedia. Hoy guardo la *mezuzá* como tesoro, porque alguien, hace mucho tiempo, escribió en el pergamino la oración al Dios único que todavía conserva en su interior. Es “*El Shemá*”, que dice:

“Oye, Israel: el Eterno, nuestro Dios, el Eterno es uno. Amarás al Eterno, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu fuerza. Estas palabras que yo te ordeno hoy estarán sobre tu corazón: las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas al estar en tu casa

y al andar en el camino, al acostarte y al levantarte. Las atarás por señal sobre tu mano, y serán por frontales entre tus ojos. Las escribirás sobre las jambas de tu casa, y en tus portales.”

El Mediterráneo, 12 de agosto de 1492

Las galeras habían partido del puerto de Valencia antes del alba impulsadas por el viento del norte, fresco, fuerte, que las hacía avanzar a buena velocidad en dirección a Mallorca. Llegarían a la isla a última hora de la tarde. El Capitán estimaba que el viento iba a calmarse por la noche y luego soplaría nuevamente del sur, hacia Barcelona, próxima escala del viaje. El mar seguía agitado luego de la tormenta, pero las aguas, antes embravecidas, comenzaban lentamente a aquietarse.

Dos nuevos pasajeros viajaban en la galera: Esther Franco y su hijito. Isaac Abravanel había concedido a la muchacha la posibilidad de acompañarlos hasta Nápoles. Ella quedaría al servicio de la familia hasta la llegada al puerto a cambio del pasaje y la comida. Esa primera mañana a bordo, Esther Franco se sintió descompuesta por el movimiento del barco y permaneció acostada en el camastro al cuidado de Bienvenida Abravanel y Déborah, las mujeres jóvenes de la familia.

David, luego de almorzar, se dirigió al castillo de proa donde los guardias y algunos marineros jugaban a los naipes. Estuvo toda la tarde mirando la partida junto con su amigo Giovanni. El viento se fue calmando a medida que se acercaban a la isla y, cuando la costa estaba a la vista, iluminada por el sol poniente, cesó por completo. Las galeras se encontraron detenidas; las velas colgaban flojas; la marejada, todavía fuerte, hacía que las naves se bambolearan. El Capitán, parado en la

toldilla de popa, miraba hacia el sur buscando las señales de vientos favorables.

Cuando salió la primera estrella, todos los pasajeros se acostaron sin comer, mareados por el movimiento de la nave. David no se mareaba a bordo, había puesto en práctica el consejo que le habían dado en su primer día de navegación: "mirar siempre un punto fijo en el horizonte". Fue el único que comió algunos bollos que le había alcanzado Sara con semblante descompuesto, diciendo:

—¡Así vivas tú, David! ¡En el nombre de Dios! ¿Cómo puedes comer estos bollos con este menearse del barco? ¡Come tú, que yo bajo a mi cámara!

David se recostó en cubierta sobre un atado de cuerdas. Contempló el cielo. La luna no había salido. Vio infinitas estrellas en la noche fresca y sintió la inmensidad del universo, el misterio de la creación, la pequeñez de las criaturas ante Él. Sintió la presencia de Dios.

—Mira la Estrella Polar —dijo Giovanni, que se apoyaba contra la borda, señalando con el dedo hacia un punto brillante en el cielo—. Ahora, cuando comience a soplar el viento, navegaremos hacia el norte. El Capitán guiará su rumbo mediante esa estrella.

Y Giovanni continuó señalando las constelaciones: la Osa Mayor y la Osa Menor, Águila y Andrómeda; luego nombró las distintas estrellas: Sirio, Vega, Alfa Centauro y Aldebarán. Las diferenció a los planetas: Marte, Júpiter y Saturno, y, con paciencia, le fue enseñando a su amigo a reconocer las maravillas del cielo nocturno.

Repentinamente Giovanni se incorporó, asomó la cabeza sobre la borda y permaneció algunos instantes expectante.

—Sientes el viento, David.

—No siento nada.

—Incorpórate y mira hacia allá. No te muevas. ¿No sientes un suave soplillo en la cara?

David no sentía nada. Pasó un minuto.

—Sí. Ahora siento como un aliento en la cara.

—Es el viento sur.

Comenzó el trabajo sobre cubierta. Los marineros, siguiendo las órdenes del Capitán, establecieron las velas que se hincharon con la brisa cálida impulsando la galera a buena velocidad hacia el norte, hacia la Estrella Polar.

El mar estaba surcado por largas olas sin rompiente que la galera remontaba hasta llegar a la cresta y luego bajaba cortando las aguas a mayor velocidad. David estuvo toda la mañana contemplando la maravilla de este subir y bajar de olas que se sucedía en una cadencia que duraba varios minutos. Miraba el mar de pie sobre la toldilla, al lado del timonel, quién compensaba hábilmente las desviaciones del rumbo con oportunos golpes de timón.

El calor del mediodía llevó a David de Córdova a buscar la sombra de la cubierta de los galeotes. Los prisioneros, amarrados a sus bancos, descansaban. Oyó voces que provenían de la proa, que parecían ser del habla de Castilla. David se acercó al lugar cuidando de no tropezar en la media luz con algún galeote dormido sobre el piso y comenzó a escuchar la conversación con creciente interés.

—¡Alá es Dios y Mahoma es el profeta! —exclamó uno de los galeotes que se encontraba recostado contra la plancha de estribor en el segundo banco—. ¡Dios es Uno!

David vio al hombre que hablaba a la luz de una claraboya. Era de mediana edad y pronunciaba el castellano con fuerte acento moro, tenía la barba entrecana bastante crecida y penetrantes ojos oscuros.

—Sobre este aspecto de la divinidad, estoy de acuerdo con vos, Abú Alí—, afirmó el galeote que se encontraba sentado en el tercer banco.

—¡Dios es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, Jesucristo es el Mesías, Hijo de la Virgen María —terció otro galeote, delgado, con el cabello oscuro y la barba negra recortada en punta, que estaba amarrado al primer banco.

David llegó al final del pasillo donde estaban encadenados los galeotes y se sentó en la escalera que comunicaba con la cubierta de proa. Se respiraba allí un aire más puro que el del encierro de los prisioneros y podía escuchar con mayor tranquilidad. La disputa continuaba:

—Nosotros sufrimos la derrota de Granada porque Alá así lo quiso. Todo está escrito. Yo fui tomado prisionero en la ciudad de Ronda, donde nací. Mis padres comerciaban lanas y dátiles que compraban en África y vendían en Sevilla. Yo fui con ellos muchas veces a esa gran ciudad. Mercábamos con los cristianos y con los judíos. Cuando vuestros reyes sitiaron Ronda, padecimos hambre. Veíamos las provisiones acopiadas para los caballeros cristianos mientras nuestras mujeres y nuestros hijos no tenían qué comer. Murieron muchos familiares y amigos. Yo combatí con la espada de Alá en batallas y escaramuzas hasta que finalmente nos rendimos. Fui tomado prisionero y heme aquí, condenado a galeras.

—Tu historia es una prueba más de la verdad de Cristo —intervino el galeote del primer banco—. Cristo

acompañó a nuestros soldados y los llevó a la victoria. Cristo inspiró a nuestros reyes para expulsar a los judíos y perseguir a los marranos como vos, Isaías Abulafia.

El judío tuvo un ademán de abalanzarse sobre el hombre de la barba puntiaguda que hablaba con una sonrisa burlona. Las cadenas y las manos de su compañero de banco se lo impidieron. David contempló al joven que sujetaba a Isaías Abulafia, por sus rasgos lo identificó como algún pariente, tal vez el hijo. Tenía el cabello negro y la barba redondeada le enmarcaba un rostro curtido por el sol y el agua salada.

—¡Aarón, quédate quieto! ¡Yo se defenderme! —dijo Isaías Abulafia.

Luego, todavía enfurecido, agregó:

—¡Vosotros nos obligasteis! Mi familia fue forzada a convertirse al cristianismo durante los tumultos de Sevilla del año de 1391. Mi abuelo nos contaba esa historia. Los cristianos entraron en nuestro barrio al grito de “conversión o muerte”. Muchos murieron, otros se escaparon y algunos nos convertimos al cristianismo, pero lo hicimos por fuera, por dentro seguimos siendo judíos. Asistíamos a misa y hacíamos las procesiones públicas, pero en casa, en nuestra intimidad, con los nuestros, obedecíamos la Ley de Moisés. Festejábamos las pascuas que es una fiesta de alegría. Respetábamos el sábado y ayunábamos en *Kipur*. ¡No se puede obligar a un hombre a convertirse por la fuerza! —terminó Isaías, más calmado.

—España ahora es una por la Fe en Cristo. ¡Un sólo reino, un sólo pueblo, una sola religión!

—Hablas así, Gonzalo de Mendoza, porque crees que Cristo os dio la victoria en El Andaluz, pero Alá es fuer-

te. La espada de Mahoma logró la victoria en Ishtambul, la ciudad que vosotros llamabais Constantinopla. Cayó un imperio cristiano más vasto que Granada. Hoy los ejércitos del Profeta avanzan cerca de la orgullosa Venecia. El Sultán prepara hombres, armas y galeras para derrotar a los infieles y someter a Roma y al mismo Papa.

—La verdad de Dios no puede ser demostrada por las armas. La verdad de Dios está en las escrituras. El Eterno es único, es el Dios de Abraham, el Dios de Moisés y el Dios de David —dijo Isaías con vehemencia. Continuó dirigiéndose a Abú Alí—: nosotros descendemos de Jacob, y vosotros de Ismael. ¡Todos somos hijos de Abraham! ¡Todos creemos en el mismo Dios!

—¡Pero Mahoma es el Profeta! —exclamó Alí con un grito—. Está escrito en el libro, en el *Corán*: “La espada de Mahoma conquistará a los infieles.”

—Vosotros, los infieles a Cristo, no aceptáis vuestras propias escrituras, no reconocéis que Cristo es el Mesías. Seguíis esperando con los ojos vendados. Cristo vino a este mundo para traer la salvación de las almas. Los infieles arderán en el infierno el día del juicio final. Temed el juicio del Señor —sentenció Mendoza.

—Si Cristo es Dios y vos sois tan fiel cristiano, ¿por qué vuestros tan queridos Reyes os han condenado a galeras, Gonzalo de Mendoza? —interrogó con sarcasmo Abú Alí.

—Vosotros estáis condenados de por vida a servir en las Galeras, hasta que vuestros huesos se pudran, hasta que un día os tiren al mar y os coman las alimañas del fondo —dijo Mendoza—. Yo fui condenado a dos años de galeras por un delito menor, un delito de faldas con una de las hijas del Capitán de los ejércitos de Granada. Sal-

dré pronto de acá y ingresaré a la Orden de los Dominicos. Lucharé contra la herejía judía. Las capitulaciones de Granada fueron generosas con vosotros, los moros, pero esperad, ya ajustamos cuentas con los judíos. Ahora la Inquisición terminará con los marranos y pronto nos ocuparemos de los moros de España.

—¿Por qué siempre habláis vosotros de luchas y batallas? ¿Por qué no habláis de amor y justicia? Vosotros, moros y cristianos, ¿por qué no habláis de paz? Ajustar cuentas decís ¿qué hicimos los judíos para que nos persigáis? —interrogó Isaías.

Las respuestas se superpusieron y a David le costó distinguirlas.

—¡Alá es uno! —exclamó Abú Alí.

—¡Vosotros habéis matado a Cristo! —gritó con furor Mendoza.

Isaías comenzó a responder con el argumento de que los judíos de Sevilla habitaban allí antes de la muerte de Cristo, y que por ello no tenían nada que ver con el deicidio invocado por los cristianos, cuando un golpe de tambor acalló las conversaciones. El cómitre descendió las escaleras apartando bruscamente a David, como si no existiera, y dando un par de latigazos al piso anunció que pronto habría trabajo para los galeotes. Ordenó a los prisioneros que abrieran las escotillas por las que pasaban los remos. Penetró por ellas una corriente de aire marino que alejó el olor a encierro y purificó el ambiente.

David subió a cubierta donde marineros y grumetes preparaban para arriar las velas. El sol se ponía en un cielo sin nubes detrás de las colinas de Barcelona.

Córdoba, 15 de junio de 1492

Cerca del altar mayor, Meir Melamed contemplaba la inmensa nave de la Catedral de Córdoba. Vio el bosque de columnas de mármol de diferentes colores, rematados en arcos moriscos, que sostenían los techos. El altar había sido agregado a la antigua mezquita por los cristianos luego de la toma de Córdoba; era tosco, pesado, y contrastaba con la levedad y la gracia de la construcción mora. Frente a él, del otro lado del altar, estaban sentados el Rey Fernando y la Reina Isabel, rodeados de algunos notables del reino. Distinguió al capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, al inquisidor Torquemada, al tesorero de Aragón, Luis de Santángel, al Obispo de Zaragoza. Más allá del altar se encontraban los soldados que habían conquistado Granada, los frailes dominicos y todos los habitantes de la ciudad que pudieron entrar en el templo. Oficiaba la misa el Cardenal Mendoza, obispo de Toledo.

Meir Melamed tenía calor. El aire del verano andaluz y la inquieta muchedumbre que llenaba la Catedral hacían subir la temperatura del templo de una manera que no podía soportar. Estaba incómodo con sus nuevas vestiduras a la usanza de los cristianos. El pesado jubón adornado de pieles y las gruesas botas de cuero, altas hasta las rodillas, le molestaban; extrañaba las amplias túnicas judías y a las frescas sandalias que usaba en verano. Sintió todas las miradas puestas en él. Una gota de sudor le corrió por la frente. Vio a su lado la querida presencia de Abraham Señor, su suegro, ataviado con

las lujosas vestiduras que estaban de moda entre los caballeros. A pesar de que el rabino ya había pasado los ochenta años, su rostro parecía distendido, no lo afectaba el calor ni la muchedumbre.

Meir Melamed miró a su esposa, tenía el ceño fruncido y parecía incómoda en sus nuevos vestidos, con la mirada perdida en el bosque de columnas, alejada de la ceremonia que se estaba desarrollando en la Catedral, como si no le sucediera a ella. Tampoco prestaba atención a sus hijos más pequeños que se tomaban de la falda de terciopelo verde, aburridos.

El Cardenal Mendoza, dándose unos golpecitos en el pecho, continuaba la misa:

—*Agnus Dei, qui tollis peccata mundi, miserere nobis...*

Meir Melamed no entendía más que algunas palabras: *mundi, Dei, amen*. Debería aprender latín para comenzar su vida de cristiano. Le interesaba conocer la misa y los ritos de la iglesia. Eran ritos diferentes de aquellos a los que estaba acostumbrado. Le llamaba la atención que las mujeres estuvieran en el templo junto a los hombres. En las sinagogas no se lo permitía, sólo podían seguir la ceremonia desde un balcón, separadas.

—*Domine Jesu Christe, qui dixisti Apostolis tuis...*

Estaba contento de su conversión. Los cristianos lo habían acogido en su seno con amor. Hoy era un día de fiesta para la cristiandad. Se convertía Abraham Señor, el Rabino principal de España, y toda su familia. Era una nueva victoria de Cristo sobre los infieles, comparable a la toma de la ciudad de Granada, a la unión de los reinos de Castilla y Aragón.

—*Corpus Domini nostri Jesu Christi...*

Se sentía aliviado, y ese alivio provenía de la deter-

minación que había tomado la familia ante el Edicto de Expulsión. Ya no sería un extranjero en su propia tierra, en su ciudad. Los cristianos lo respetarían, podría vestirse con ropas de caballero, ser Consejero del Reino, vivir en la corte. Sus hijos podrían ser militares u obispos. El único peligro era la Inquisición, pero el peligro era para los que judaizaban en secreto, no para los que como él, se convertían de verdad, de corazón.

—*Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum: sed tantum dic verbo et sanabitur anima mea.*

El cardenal Mendoza se acercó a los reyes que se encontraban de rodillas y les administró la comunión colocándoles la hostia entre los labios. Los reyes besaron el anillo del Cardenal. Luego, Mendoza repitió la misma ceremonia con Torquemada y los grandes del reino.

Todos hicieron la señal de la cruz y Meir Melamed también la hizo, pero el suyo no fue un movimiento automático como el de los demás cristianos, sino que tuvo que pensar para qué lado llevar las manos primero: ¿a la derecha o a la izquierda? Algún día sería un gesto espontáneo.

El cardenal se acercó a los judíos y con un ademán les indicó que se arrodillaran. De una jarra de oro, que le alcanzó un oficiante, roció a Abraham Señor con algunas gotas del agua bendecida y dijo:

—Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con el nombre de Fernando Nuñez Coronel.

Luego se acercó a Meir Melamed y dijo:

—Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con el nombre de Fernando Pérez Coronel.

El Cardenal Mendoza repitió igual ceremonia con los miembros de toda la familia, y de otros judíos de Andalucía que optaron por la conversión.

luego continuó:

—*In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum...*

Ya estaba hecho. Ahora formaban parte de una nueva comunidad, Meir Melamed... ¡Pues no! Ahora era Fernando Pérez Coronel, no acababa de acostumbrarse, pero sentía su identidad con esa muchedumbre fervorosa.

—...a *Patre, plenumgraciae et veritatis.* —Terminó la misa el Cardenal Mendoza.

—*Deo gratias* —contestó a coro la congregación.

Las campanas de la Catedral de Córdoba comenzaron a doblar y la muchedumbre lanzó una exclamación de triunfo, como al ganar una batalla.

Y las campanas de todas las iglesias de la ciudad respondieron en un coro metálico que llenó el aire de Córdoba de mágicos sonos.

XVII

Barcelona, 14 de agosto de 1492

Las galeras estaban amarradas en el puerto de Barcelona. Habían llegado a media mañana y partirían al día siguiente, a la salida del sol. La familia de Isaac Abravanel se había reunido en el castillo de popa para un frugal almuerzo. Luego de finalizada la comida, quedaron disfrutando de la sombra de la toldilla en la calurosa tarde de verano.

El Capitán subió por la escalera que llevaba al castillo de popa donde se hallaba a Isaac Abravanel y dijo:

—Don Isaac, el Gobernador del puerto me ha encomendado decirles que desea hablar con vos a causa de unos judíos que tiene retenidos.

—Decidle que puede venir, que lo recibiré de inmediato —y luego, mirando a David, agregó—: tú, quédate, quiero que escuches lo que este hombre tiene que decir. Ya tienes edad para estar con los varones de la familia.

Las mujeres y los niños se retiraron a las cámaras para dormir la siesta y ocuparse de sus quehaceres. Los hombres permanecieron en el castillo de popa esperando el regreso del Gobernador. David estaba orgulloso de ser admitido junto a los mayores.

Al poco tiempo subió a bordo el Gobernador, seguido por dos guardias. Avanzaron a paso decidido por la cubierta de la galera hasta la toldilla de popa.

—Soy Juan Hernandez de Heredia, Gobernador del Puerto de Barcelona —se presentó el caballero—. Quiero hablar con Isaac Abravanel.

—Yo soy Isaac Abravanel. Puedes hablar en confianza delante de mi familia.

—Es un asunto delicado, señor —dijo Juan Hernandez de Heredia incómodo.

—Razón por demás para que estén presentes los miembros de mi familia.

El Gobernador dudó unos instantes, prefería una conferencia a solas con el judío, pero, en vista de que Isaac Abravanel no despedía a los suyos y que tampoco se ponía de pie, continuó:

—Unos judíos debían embarcar en nuestro puerto para dirigirse a Alger. Proviene de Calatayud. El capitán de la galera que contrataron no aceptó sus créditos y tampoco los aceptaron los mercaderes de Barcelona. No pueden regresar a Aragón, tampoco quedarse en Barcelona, el Edicto de Expulsión lo prohíbe. Tampoco pueden permanecer en el puerto. De momento están acampando en el embarcadero, aquel que está más al sur —dijo, señalando hacia un lugar no muy distante de la galera donde se veía a un grupo de personas rodeadas de bultos, arcones, y enseres domésticos.

Luego continuó:

—Esta situación no puede prolongarse... —hizo una pausa.

Isaac Abravanel lo miró fijo, las palabras del Gobernador insinuaban una amenaza, Entonces contestó:

—Y si se prolonga. ¿Qué les puede pasar?

—Pues entonces he de verme obligado a enviar a galeras a los hombres, encerrar en un convento a las mujeres y bautizar a los niños. ¡No puede haber más judíos en España!

El rostro de Abravanel se ensombreció.

—Manda que suba el mayor de los judíos. Hablaré con él y trataremos de resolver la cuestión.

Isaac Abravanel permaneció callado dando a entender que la entrevista había concluido. El Gobernador dio media vuelta y se retiró seguido de los guardias.

Los varones de la familia quedaron en la toldilla conversando sobre el incierto destino de los expulsados.

Al poco tiempo volvió a presentarse el Gobernador Juan Hernandez de Heredia acompañado por un judío.

—Isaac Abravanel, éste es Iosef Cohen, de Calatayud, que es la persona de la cual os he hablado.

—Déjanos estar a solas, Gobernador.

—Aguardaré en el embarcadero —contestó Juan Hernandez de Heredia, dio media vuelta con aire marcial, descendió de la galera y esperó junto a los guardias que holgazaneaban sentados sobre toneles de aceite.

—Habla pues, Iosef Cohen —demandó Abravanel.

—Que vivas muchos años, tú y tu familia, Isaac Abravanel. Te contaré los pesares que estamos sufriendo por el Edicto de Expulsión. Nosotros somos veinte almas: un hermano y dos hermanas, todos casados y con hijos. Yo soy viudo y tengo dos hijas...

David examinó a Iosef Cohen. Era de estatura baja, tez oscura y ojos negros. Su aspecto contrastaba con los rostros claros y cabellos castaños de los Abravanel y los Córdova. Se movía nerviosamente y hablaba rápido, en un castellano con muchas palabras catalanas que le costaba comprender.

Iosef Cohen continuaba:

—Después del infortunio de nuestra comunidad, que el Señor la asista, y que todos estos sufrimientos anuncien pronto la llegada del Mesías, vendimos nuestras propiedades a unos hidalgos de Calatayud por muy poco

de lo que valían. Como no podíamos sacar oro ni monedas porque el Edicto lo prohibía, pagaron las propiedades con créditos a cobrar en Barcelona. Contratamos una galera veneciana para que nos lleve a Alger donde tenemos algunos parientes. Emprendimos la marcha con todo lo que pudimos llevar a cuestas, con mis hermanos y hermanas y sus maridos y familias. Luego de muchos días de camino llegamos a Barcelona donde nos aguardaba la nave. Cuando mostramos los créditos, el capitán dijo que eran falsos, que no podían ser cobrados, que los firmantes no tenían crédito alguno en ciudad. Hablamos con el Alcalde y nos confirmó que los compradores no tenían crédito, que debían grandes sumas al tesoro. No podíamos volver a Calatayud y hacer el reclamo, no podíamos embarcar para Alger, no sabíamos a quien acudir. Los judíos que embarcaban no pudieron llevarnos. La última esperanza se encendió en nuestros corazones cuando supimos que en estas galeras venían judíos y que entre ellos se encontraba Isaac Abravanel.

—Que vivas una larga vida, Iosef Cohen, que grandes son los infortunios de nuestro pueblo, pero en el nombre del Señor que mueve las esferas de los cielos, llevad paz a vuestra familia, que hemos colectado dineros para ayudar en estas ocasiones. En algunas galeras hay todavía espacio para vosotros. Tú y tus hijas vendrán en esta nave y los demás de tu partida irán en las otras. Salomón, encárgate de que los familiares de Iosef Cohen suban a las galeras. Iosef, preparaos para embarcar esta tarde. Zarparemos mañana por la mañana.

—Que el Dios te de salud a ti y a toda tu familia, Isaac Abravanel —dijo Iosef Cohen, arrodillándose y tratando de besar los pies de don Isaac.

Abravanel lo levantó, impidiendo esa humillación.

—Ve con Dios en paz.

Cuando Josef Cohen y sus hijas subieron a la gale-
ra, el sol se ponía tiñendo la tarde del color del crepús-
culo. David quedó prendado de la belleza de la que pare-
cía mayor. Era de tez oscura y ojos negros, esbelta, su
cuerpo se movía con agilidad al subir por la escala. Le
recordó a Luna.

XVIII

Córdoba, 15 de junio de 1492

Salomón de Córdoba se despertó al alba. Era su úl-
timo día en la ciudad. Lavó su rostro con el agua del al-
jibe y entró a la cocina. Se sentía abatido. Sara le alcan-
zó una taza de caldo y bollitos de acelga. Comieron en
silencio. No había palabras para expresar todo el dolor
de ese momento. Partirían el día siguiente hacia
Nápoles, desterrados.

Salomón habló primero:

—Iré al cementerio a visitar por última vez a nues-
tros muertos, que Dios los tenga en su lista. ¿Vienes tú
con nosotros?

—No, no deseo ir. No lo puedo soportar, nunca vol-
veremos a ver las tumbas de nuestros padres. ¡Así viva
el Dios que no iré!

—Volveremos, Sara, volveremos. Los Reyes deroga-
rán el Edicto, ya verás —intentó consolar a su mujer.

—Ve tú, Salomón, ve con los niños y con tu her-
mano.

—Sara, ¡ya no son niños! son jóvenes. Muchico y
David ya son *barmitzvah*. Pronto veremos a Déborah de
novia para casarse.

—Voy a despertar a estos dormilones mientras tú
terminas de comer, Salomón —dijo Sara y salió de la co-
cina.

Salomón quedó solo. Repasó por centésima vez los
preparativos que había realizado para la marcha. Los
cacharros y la ropa estaban ya acondicionados en baúles

y arcones, los muebles se disponían en el patio esperando los carros que vendrían por la tarde a buscarlos. Había vendido la casa de la Calle de las Flores a Santiago de Herrera, panadero, su amigo desde pequeño, desde que jugaban en los bajos del Guadalquivir mientras sus padres hablaban de la vida, de las cosechas y luego se ponían de acuerdo sobre el precio de la harina. El panadero había pagado con monedas de oro a un precio menor que lo que valía la propiedad, pero Salomón estaba satisfecho con el trato dado el poco tiempo que tenían para abandonar la península.

Los jóvenes entraron alborotando a la cocina.

—Hijos, preparaos para ir al cementerio. Será nuestra última visita a los abuelos. ¿Quién sabe cuándo Dios nos permitirá volver a ver sus tumbas?

Salieron de la casa de la Calle de las Flores hacia la Catedral. Salomón caminaba lentamente por las callejuelas vacías junto a su hermano Moché. Muchico y David corrían delante, jugando, y Déborah los seguía algunos pasos más atrás.

—¡Déborah, así vivas tú, no te demores! —apuró Salomón.

En la plaza, frente a la catedral, había agolpada una muchedumbre que pugnaba por ingresar a la iglesia. Parecía que todos los habitantes de la ciudad se encontraban allí para asistir a la conversión del Gran Rábino, Abraham Señor.

El grupo de judíos evitó la plaza de la catedral y atravesó largo Puente Romano que cruzaba el Guadalquivir. El puente, siempre muy atestado, hoy estaba desierto.

Salomón vio el molino sobre la margen opuesta. Su molino. El molino que había sido de la familia por gene-

raciones, donde su padre, que el señor lo tenga en la gloria, le había enseñado el oficio de molinero. De él había aprendido el respeto por la Ley, el amor al prójimo, la historia de su pueblo y la historia de su familia asentada en la ciudad desde incontables generaciones. Su padre siempre decía que sus antepasados habían llegado a Córdoba con la conquista romana, habían vivido en la ciudad durante la barbarie de los reinos visigodos, luego el esplendor de los califatos y finalmente la conquista de los cristianos. Ahora el molino ya no era de la familia. Meir Melamed lo había comprado, y Meir Melamed se convertía hoy al cristianismo. Lo había vendido por unos créditos que cobraría en Nápoles. Pero todos esos créditos no pagarían sus recuerdos. Avanzaban lentamente, David y Déborah detuvieron sus juegos y caminaron cerca de su padre compartiendo la pena. El sol caía vertical. Hacía calor.

Salieron del puente y comenzaron a subir la pequeña colina del cementerio. Estaba cercado con un muro de piedras y junto a su puerta crecían altos cipreses.

Cruzaron el portal de entrada y marcharon por un sendero, entre abandonadas lápidas de piedra escritas en caracteres hebreos. Salomón leyó al pasar los nombres de amigos que ya no estaban, nombres de parientes, nombres de las familias que habían abandonado a sus muertos, cuando, años atrás, por un edicto de los Reyes, fueron obligados a salir de Andalucía. Había sido un anticipo de la expulsión y muchos judíos fueron forzados a marchar hacia otras tierras. Pero otros, como los Córdova, permanecieron en la ciudad con permisos especiales de la corona; permisos otorgados en retribución de servicios a los reyes y a las contribuciones generosas para los siempre agotados tesoros de Castilla.

El grupo se detuvo ante las tumbas de los padres de

Salomón. Dos lápidas de piedra en las que se leía: Moché de Córdoba y Déborah de Córdoba, luego, una breve oración y las fechas del fallecimiento. Los hombres se colocaron el manto ritual sobre sus cabezas y hombros y comenzaron a rezar el *Kadish* de duelo, recitaron la oración milenaria, al comienzo calladamente, pero luego, las voces empezaron a sonar más fuertes en el silencio del cementerio. Rezaron el mismo ritual con el que elevaron sus plegarias incontables generaciones.

En ese momento, desde el otro lado del río, llegó el sonido de las campanas de la catedral anunciando que Abraham Señor ya era cristiano. Luego estalló el tañido de todas las campanas de las iglesias de la ciudad haciendo vibrar el aire del mediodía, acompañando hacia el cielo al último *Kadish* rezado en el cementerio de Córdoba.

Génova, 23 de agosto de 1492

Las galeras entraban al puerto de Génova iluminadas por el sol de la mañana. David sintió alivio al pensar que llegaban a una ciudad que no era española. Tenía sus sentimientos divididos. Le dolía el exilio, dejar su tierra, la tierra donde había nacido, donde había pasado su infancia, pero llegaban a una ciudad donde los judíos no eran perseguidos, donde no serían expulsados ni obligados a convertirse por la fuerza. Recordó lo sucedido en Valencia, los comentarios hostiles dichos por los parroquianos con naturalidad en la taberna cuando no sabían que él era judío. Ahora podría bajar a tierra sin miedo.

Contempló las colinas recortadas contra un cielo azul y la ciudad edificada sobre suaves serranías que se extendían entre los montes más altos y el mar. Génova mostraba todo su esplendor. Divisó el faro que desafiaba las alturas; le había dicho Giovanni que se llamaba "La Lanterna". Vio las defensas del puerto y las casas bajas, con techos de tejas, pintadas de colores ocres o rosas. La torre de la catedral y las cúpulas de las iglesias sobresalían de la mar de tejados que descendían suavemente hacia el Mediterráneo.

Por la tarde bajarían los marineros a beber en la taberna del puerto. Giovanni le había propuesto que los acompañara. Dudaba, otra tarde como la pasada en Valencia le producía atracción, y también, rechazo.

El capitán anunció que comenzarían los trabajos de tomar amarras. Las velas fueron arriadas rápidamente

y el tambor del cómitre indicó el ritmo de los remos que impulsarían las naves hacia el embarcadero.

—¡David, ven! ¡así vivas tú! —llamó su padre.

El joven se encaminó hacia popa y lo halló conversando con Isaac Abravanel.

—Aquí estoy, padre. ¿Qué deseáis de mí?

—Bajaremos a tierra. Iremos a casa de Simón Benveniste. Él está relacionado con los banqueros de la ciudad. Nos dará su ayuda con los cambios que trajimos de España. El tío Moché y su familia han de quedar en esta ciudad de Génova para establecer un comercio y manufactura de platería. Quiero que vengas con nosotros. Tal vez algún día tendrás que viajar tú en nombre de nuestra familia y debes recordar estos lugares. Ya comprendes el romance toscano y nos ayudarás a entendernos con los banqueros —informó Salomón de Córdoba mirando a Isaac Abravanel, quien hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

David estaba orgulloso del lugar que le daba su familia, porque le permitía el conocimiento de los negocios.

—Iré con vosotros, padre.

La casa de Simón Benveniste quedaba en el barrio judío, cerca de la catedral. Era un barrio antiguo, que a David le hizo recordar las casas de la judería de su Córdoba natal. Callejas estrechas bordeadas de construcciones cuyos muros, muy próximos unos de otros, no permitían el paso de carruajes. Tapias altas de piedras y ladrillos, arcadas que sostenían las paredes entre las calles, patios secretos abiertos hacia el interior. La diferencia estaba en los materiales y en los colores: en España dominaba el blanco y la piedra, en Génova el ladrillo y el ocre.

Cerca del mediodía, el menor de los hermanos Benveniste los fue a buscar a los muelles. Caminaron por las callejuelas del puerto precedidos por el joven que les indicaba el camino. Lo seguían Isaac Abravanel y su hijo Judah, luego Salomón de Córdoba y su hermano Moché; cerraba la marcha David, quien demoraba sus pasos mirando con curiosidad las calles desconocidas. Muchico no quiso bajar de la galera.

Atravesaron un portón que se abría en un muro de ladrillos rojos y penetraron a un patio, rodeado de una galería cubierta, donde crecían naranjos y limoneros.

Simón Benveniste se abrazó con Isaac Abravanel. Hacía diez años que no se veían. Sucedió que al poco tiempo del arribo de Isaac Abravanel a Castilla desde Lisboa, Benveniste tuvo que dejar Córdoba debido a la primera expulsión de judíos de Andalucía.

—¡Que vivas en mi casa como en tu casa, Isaac Abravanel! —exclamó Benveniste.

—¡El Dios que te dé salud y muchos años, Simón! —dijo Abravanel.

—Pasa a la sala y cuéntanos el viaje, pero antes preséntame a tu familia. Mi mujer preparó una comida que pronto estará lista. Podéis lavaros las manos antes de comer —dijo Simón y luego preguntó—: ¿Cuáles son tus hijos, Salomón de Córdoba?

—Éste es David, mi hijo menor. Muchico y Déborah, que Dios los guarde, no han venido; quedaron en la galera.

Continuaron las presentaciones de las familias Benveniste, los Abravanel y los Córdoba en una confusión de voces, gritos de alegría y lágrimas de las mujeres. Siguió luego una abundante comida compuesta por arroz, pepinos y berenjenas rellenas con carne de corde-

ro, regadas por un ligero vino del país, y al final, bollos dulces, envueltos en masa de hojaldre, rellenos de nueces, azúcar, canela y bañados en agua de azahar.

Luego del almuerzo las mujeres retiraron la mesa y pasaron a la cocina para terminar los quehaceres. Los hombres permanecieron en el amplio comedor, conversando.

Isaac Abravanel relató los acontecimientos de España. Habló de la guerra de la reconquista de Andalucía, de la tarea de abastecer a las tropas, su amistad con el rabino Abraham Señor, los preparativos y los sucesos del viaje. Contó como Abraham Señor se había convertido al cristianismo.

—¡No lo creo! ¡Por mi vida! —exclamó Simón Benveniste—. Muchos años hace que yo lo conozco, que Dios lo guarde. Recuerdo mis tratos con él en Córdoba, sus conocimientos de La Ley, el gran amor que profesaba por su pueblo, su valentía personal, ¿cómo es posible que llegue a la conversión?

—Tú lo has dicho Simón. Es un hombre muy sabio. Lo que voy a decir es un secreto que quiero que juréis no revelar, pues de ello dependen las vidas de muchos judíos conversos de España —dijo en voz muy baja Isaac Abravanel, como si hubiera inquisidores ocultos del otro lado de la puerta.

Los hombres presentes: Simón Benveniste, Judah Abravanel, Moché y Salomón de Córdoba y David, juraron guardar el secreto por la *Toráh*, la Ley de Moisés. Era el primer juramento solemne de David.

—Sabéis —continuó Isaac Abravanel— que la Inquisición investiga a los judíos conversos, a los que llaman “cristianos nuevos”. Con la denuncia de cualquiera que testifique contra ellos, los encierran en prisión y los juz-

gan en un juicio que es secreto, donde los procesados no conocen en qué consisten las acusaciones, no pueden ser visitados por sus parientes, no pueden elegir sus abogados. Sabes que todo esto está en contra de los fueros de Castilla y también los de Aragón. Usan la tortura para arrancar confesiones y luego, ya condenados, son expuestos a la mofa pública en grandes exhibiciones, presididas por los inquisidores dominicos. A veces concurren a estos actos hasta los reyes y los príncipes. Todo el populacho, ávido de muerte, va a mirar estos espectáculos, llamados “autos de fe”. Terminan con una procesión hasta los “quemaderos” donde los condenados son amarrados sobre pilas de leña seca, que es encendida para quemarlos vivos, en nombre de la santa fe católica. Los bienes de los condenados se reparten en tercios para la Inquisición, para la iglesia y para el reino. Hasta se hacen procesos a los muertos y se queman sus huesos para apropiarse de los bienes de los herederos de los difuntos.

Isaac Abravanel hizo una pausa. Se escuchó el ruido de cacharros que venían de la cocina.

David conocía estas historias porque de ellas se hablaba en secreto entre los mayores y por el relato de Esther Franco. Hasta hubo un auto de fe en la ciudad de Córdoba cuando llegaron los inquisidores hacía algunos años, pero él era pequeño y su padre no le permitió concurrir. Los judíos estaban seguros en la ciudad porque la Inquisición solo tenía fueros sobre los cristianos y los conversos, no sobre los judíos, quienes estaban bajo la protección real. En su casa no se hablaba de la Inquisición; nunca había escuchado un relato completo de los procesos, todo eran alusiones dichas en un susurro, como si fueran asuntos que concernían a otros. De eso no se hablaba. Su madre siempre decía: “en boca cerrada no entran moscas”. Con esta frase se respondía a todas las preguntas.

Isaac Abravanel continuó:

—¡Abraham Señor, que Dios lo guarde, decidió convertirse al cristianismo para amparar a los nuestros! Él fingirá ser cristiano por fuera, pero por dentro cumplirá con la ley de Moisés. Al ver la desgracia de nuestro pueblo, pensó que como él ya tenía muchos años echados sobre sus espaldas, podría sacrificarse, podría arriesgarse. Ya no le quedaba mucho tiempo de vida, más desgracias no podrían sucederle. Decidió entonces quedar en España para amparar los bienes de los judíos que tuvieron que emigrar. Por eso compró para Meir Melamed tu molino, Salomón. Yo sabía de las intenciones de Abraham Señor, pero no lo podía decir. Por hablar de esto en España había mucho riesgo. También es muy peligroso hablar de ello ahora. La Inquisición tiene oídos por doquier.

—¡Se me vuelve el alma al cuerpo, Isaac! —exclamó Salomón de Córdoba—. Yo he conocido a Abraham Señor toda mi vida. No podía creer su traición a nuestro pueblo. Ahora comprendo sus penas y sus sufrimientos aquel último día que estuvo en nuestra casa de Córdoba, junto con Meir Melamed, antes de la conversión. La manera que se despidió de nosotros. Luego de la compra del molino noté en él sentimientos encontrados, de tristeza, resignación y júbilo.

—¡Qué haremos! ¿Dónde hay lugar seguro? ¿Nápoles es seguro? —preguntó Judah Abravanel que había permanecido silencioso hasta ese momento.

—No hay lugar seguro, Judah —contestó Isaac Abravanel.

Se produjo otro momento de silencio. David imaginó un futuro sombrío, gris, sin esperanzas, un futuro que contrastaba con el luminoso sol del mediodía mediterráneo que se filtraba entre los postigos.

Salomón de Córdoba hizo un ademán como queriendo decir algo, pero se contuvo, no sabía como empezar. Isaac Abravanel insistió:

—Si tienes algo que decir, dilo ahora, Salomón.

Salomón se puso de pie. Comenzó con cautela, como temiendo disgustar a Isaac Abravanel. Caminó a grandes pasos por la habitación diciendo:

—Mucho medité durante este viaje por mar. Durante tantos días pasados en la galera, estuve pensando en cómo podríamos amparar a nuestro pueblo, que el Señor lo salve en esta jornada amarga del destierro. Parece que Dios nos abandonó por los pecados que cometimos. Estuve muchas noches sin dormir, y en esas noches pensaba en la costa del Mediterráneo, con tantos puertos a los que arriban las flotas de galeras venecianas. Esas naves recorren el mar en todos los rumbos y llevan correo entre los puertos. Moché, mi hermano, se establece acá en Génova, y pienso que los expulsados de España, podemos asentarnos, de la misma manera, en los distintos puertos del mar...

—¡Tú crees que eso nos ampara! —interrumpió Isaac Abravanel—. Si nos mantenemos juntos estaremos a salvo. ¡Dios nos ayudará! Estamos próximos a la venida del Mesías. Las esferas celestes así lo indican. Los sufrimientos de nuestro pueblo acabarán y se cumplirán las profecías.

Era la primera vez que David escuchaba a su padre contradecir a su tío.

—Nuestra fuerza será estar separados —continuó en voz baja Salomón—. Mientras España estuvo dividida y los reinos hicieron la guerra, pelearon cristianos contra moros, Castilla contra Portugal, Aragón contra Navarra; los nuestros vivieron a salvo por muchos años en reinos

distintos. Si los moros los perseguían, encontraban refugio en las ciudades cristianas, y muchas veces escaparon de la persecución de algún rey cristiano buscando refugio en ciudades moras. Cuando Fernando e Isabel unieron sus reinos esto ya no fue posible; al cabo de poco tiempo se volvieron contra nosotros.

—Es cierto —confirmó Judah.

—Nuestro pueblo es fuerte en la *Torá*, en la ley de Moisés —continuó Salomón—. Somos débiles para ampararnos. Pocos de los nuestros saben usar las armas. Si permanecemos juntos puede suceder otra vez el exilio, que tengamos que malvender nuestros bienes y haciendas. Estaremos a la merced de el rey del país donde vivamos...

—¡Siempre estaremos a la merced del rey y en las manos de Dios! —interrumpió nuevamente Abravanel.

Salomón hizo un esfuerzo para no alzar el tono del diálogo. No quería contradecir a Isaac Abravanel delante de la familia, pero sentía que lo que pensaba era lo correcto, que el más sabio de los judíos de España, estaba equivocado. Tenía que convencerlo. La vida de la familia y de todo el pueblo estaba en juego. Casi en un susurro continuó:

—Seremos fuertes si permanecemos separados. Si algún rey ataca a los nuestros en alguna ciudad, siempre podremos embarcar para otro puerto donde tendremos un grupo de los nuestros que nos reciba, como hoy nos recibes tú, Simón Benveniste.

Hubo un murmullo de asentimiento entre todos, pero nadie se atrevió a levantar la voz en contra de la opinión de Isaac Abravanel. Salomón continuó:

—Estaremos comunicados por las galeras. Podremos enviar mensajes acerca de la situación de los nuestros

en cada reino y avisar con tiempo ante algún peligro. Tendremos que separar parte de nuestras haciendas para poder amparar a los nuestros. ¡Ésta es la manera que nos defenderemos! —terminó casi con un grito.

Isaac Abravanel hizo un gesto ambiguo con la mano para dar por terminada la discusión. No se supo si era un gesto de asentimiento, pero todos entendieron que la idea de Salomón era buena y se oyeron murmullos de aprobación entre los más jóvenes.

David tenía una duda, había escuchado con mucho interés pero no se atrevía a hablar. Nunca había participado en una reunión de los mayores. Pero la pregunta escapó de sus labios sin que interviniera su voluntad:

—Los convertidos, ¿son de los nuestros? ¿Abraham Señor es de los nuestros?

—Sí, pues él sigue cumpliendo con la Ley. ¡Es de los nuestros! —contestó Isaac Abravanel—. Como decía Rab Moché ben Maimón, de bendita memoria: debemos distinguir entre quien no observa el sábado pues está amenazado por la espada y quien no lo guarda por su gusto.

—Entonces, ¿todos los conversos son de los nuestros?

—No, solamente los que se encuentran en peligro de sus vidas y siguen respetando la ley de Moisés. Sólo esos son judíos. ¿Por qué haces estas preguntas, David de Córdoba? —dijo con curiosidad Isaac Abravanel.

—En la galera hay dos galeotes conversos que creen en la ley de Moisés. ¿Podremos rescatarlos?

El sol se ponía sobre los tejados de Génova haciendo brillar las cúpulas de las iglesias. En la toldilla estaban sentadas ante la mesa las mujeres de la familia preparando alimentos frescos para la cena de *Shabat*. Abrían

Córdoba, 15 de junio de 1492

las vainas de las habas que Muchico había comprado en el mercado. David distinguió desde el embarcadero a Shoshana Cohen. La joven hablaba en un extremo de la mesa con Esther Franco. El sol hacía brillar sus cabellos negros con reflejos cobrizos.

—¡David! —gritó Giovanni—. Ven, que pronto bajaremos a tierra. ¡La taberna nos espera!

David se adelantó al grupo que regresaba de la casa de Simón Benveniste y subió de prisa por la escala. Shoshana levantó la vista de la escudilla llena de habas. Se cruzaron las miradas y el rostro de la joven sonrió.

—¡Ven David, que ya es tarde! —gritó Giovanni.

Cuando David llegó al lado de su amigo volvió a mirar a Shoshana. Había tomado la decisión. No bajaría a tierra.

Las campanas resonaban dentro de la Catedral ahogando el murmullo de la muchedumbre, silenciando las voces y uniendo, con su mágico son, las voluntades de los hombres. Torquemada sintió que el tañido llenaba de júbilo su pecho. Recordó aquella noche pasada en el monasterio de Ávila, cuando había escuchado por primera vez la voz que le decía: “un sólo reino, una sola religión”. Sintió ser un instrumento divino. Por su intermedio El Señor alcanzaba sus fines. A pesar de que había pasado mucho tiempo desde aquella aparición, todavía seguía viendo su resplandor. Había cumplido con el mandato de Cristo. Miró a los reyes: Fernando e Isabel, los Reyes Católicos. Ellos habían unificado España. Un sueño que, para tantas generaciones pareció imposible, lo habían hecho realidad. ¡Cuántas conversaciones habían mantenido en los campamentos de los ejércitos de la reconquista! ¡Cuántas batallas! batallas con la espada, la palabra, con el Verbo Divino; batallas en nombre de la Santa Fe Católica. “¡Una sola religión!” Hoy se acababa de convertir Abraham Señor a la Verdadera Fe. Los judíos saldrían pronto de España. Saldrían en pocas semanas. Dios le había dado fuerza y vida para ver la profecía cumplida.

Los reyes, escoltados por los grandes del reino, obispos y cardenales, nobles y los funcionarios, cruzaron la puerta de la Catedral y se encaminaron hacia el Alcázar, donde se haría una fiesta de triunfo por la derrota de los infieles. Habría torneos de destreza y una comida

para todos los invitados. El pueblo asistiría a las justas por la tarde.

Torquemada vio a Abraham Señor y a Meir Melamed marchar hacia la salida de la Catedral. Ya se habían convertido, tenían otro nombre, eran Coronel, cristianos nuevos; no podía confiar en ellos, mandaría a los Familiares del Santo Oficio para que vigilaran el comportamiento de estos conversos; cuidaría que no judaizaran en secreto. Si la conversión no era sincera les esperaba el camino de las llamas que purificarían sus herejías.

Salomón de Córdoba, Moché y los jóvenes bajaban en silencio por la colina del cementerio, mientras las campanas de la catedral seguían sonando. Desde lo alto vieron, del otro lado del Guadalquivir, a la muchedumbre que salía de la Catedral y se encaminaba hacia el Alcázar.

—Esperemos que los cristianos terminen de salir de la misa —dijo Salomón de Córdoba—, si nos ven así ataviados, volviendo desde el cementerio, podrían atacarnos.

—Tienes razón hermano; los ánimos están muy exaltados entre ellos. Venid todos —y, señalando un grupo de olivos, continuó—: Sentémonos bajo estos árboles; esperemos bajo la sombra hasta que la muchedumbre se disperse.

El grupo tomó asiento en silencio. Volvían del cementerio con el corazón oprimido.

—¿Qué acontecerá con nuestros muertos? —preguntó Muchico.

—Los muertos, ¿resucitarán el día del Mesías? Y si

sucede la venida mientras estamos en Nápoles, ¿quién habrá aquí para recibirlos el día de la resurrección? —completó la pregunta David.

—Como dice en el libro de Daniel: "...una muchedumbre de dormidos en el polvo de la tierra despertará; los unos para la vida eterna, y los otros para deshonra y aborrecimiento eterno. Entonces los que sean justos brillarán como el resplandor del firmamento..." —citó Moché de Córdoba.

—El sabio Rab ben Maimón, que los cristianos llaman Maimónides, bendito sea su nombre, dice que el Mesías vendrá, y que los muertos resucitarán —agregó Salomón de Córdoba.

—¿Cómo resucitarán? ¿resucitarán los cuerpos? ¿Volveremos a ver a los abuelos el día del Mesías? —inquirió David.

—Dice el libro de Isaías: "¡Vivirán tus muertos: los muertos de mi pueblo se levantarán! ¡Despertad y cantad, vosotros que moráis en el polvo!" —replicó Moché de Córdoba.

—Maimónides dice que resucitarán las almas, no los cuerpos —acotó Salomón de Córdoba.

—Tú piensas, tío Moché, que volveremos alguna vez a esta ciudad —preguntó David, cambiando de tema.

—Sí, creo que el exilio durará poco tiempo. Los reyes meditarán acerca del Edicto y han de considerar la expulsión. Tal vez pronto estaremos de regreso a nuestro hogar.

David sintió un tono de duda en las palabras del tío Moché. No estaba convencido, sus palabras mostraban la intención de tranquilizar a los jóvenes ante la partida. Esta visión de su querida Córdoba, que contemplaba como tantas veces lo había hecho desde la otra orilla del

Guadalquivir, tal vez fuera la última. Qué frágil era la situación de los judíos, siempre a merced de los reyes y de los poderosos. Las campanas se silenciaron. Se escuchó el sonido del viento.

—¿Tendremos un lugar donde podamos vivir en paz con los otros pueblos? ¿Viviremos en paz en Nápoles? —preguntó David a sus mayores.

La respuesta afirmativa de su padre, acompañada de un gesto de asentimiento de su tío Moché, no lo tranquilizaron. David hizo un juramento silencioso. Él buscaría un lugar seguro en el mundo. Se prepararía y encontraría un sitio donde su pueblo pudiera vivir en paz. Sería luminoso y soleado como su Córdoba natal, con plantaciones de olivos y ríos caudalosos, con campos fértiles, viñas, huertas, frondosos bosques y un cielo diáfano, como el de su ciudad.

Salomón de Córdoba se puso de pie. La muchedumbre se había dispersado. Quedaba poca gente en la plaza de la Catedral.

—Ahora podemos continuar —dijo.

David permaneció sentado durante un instante. Sobre el Guadalquivir volaba una bandada de garzas blancas.

Mientras se ponía de pie, antes de emprender la marcha preguntó:

—¿Quién cuidará ahora de nuestros muertos?

Mar Tirreno, 4 de setiembre de 1492

David dormitaba recostado sobre la cubierta. La sombra de la vela lo protegía del calor de esa tarde de verano. La galera avanzaba impulsada por el viento suave del oeste navegando a una distancia de dos millas de la costa italiana. Nadie se movía a bordo. La familia descansaba y la tripulación, aletargada por el calor, buscaba cualquier lugar de sombra para tumbarse. Sólo se mantenía una guardia de marineros que corregía la posición de las velas ante los frecuentes cambios del viento. David cerró los ojos. El suave balanceo de la nave le provocaba somnolencia. Cerca de él, apoyado contra la borda, Aarón Abulafia miraba pensativo el horizonte, gozando de su libertad. Isaac Abravanel había convenido con el capitán de la galera el rescate de los galeotes judíos. Consiguió liberarlos luego de abonar una generosa cantidad de maravedíes. Desde el día que fueron cortadas las cadenas de Aarón Abulafia y su padre, Aarón no se despegaba del lado de David. Había jurado estar a sus órdenes para "toda la vida".

Habían pasado pocas semanas desde la partida de Cádiz. Sin embargo, a David le parecía como si hubieran pasado muchos años. Atrás quedaba la España de la Inquisición, de las hogueras, la España intolerante; quedaba el Guadalquivir y el molino, el recuerdo de las campanas que sonaron el último día en el cementerio. En el viaje había conocido mujeres: Luna, Shoshana, Esther Franco; sentía que había cambiado, que había embarcado niño y ahora era más hombre. Tenía a

Giovanni como amigo. Comprendía otras lenguas: el toscano de los marineros; el latín, que, con infinita paciencia le había enseñado a leer su primo Judah, en unos gruesos manuscritos que guardaba en su arcón. Parecía que desde el fondo del viejo cofre surgía el misterio de las lenguas, como tesoros secretos, permitiéndole entablar diálogos con escritores remotos, de otras tierras, de otras épocas. Había conocido el mar, la furia y la calma del Mediterráneo; los puertos, todos tan diferentes y sin embargo tan iguales; vio las galeras cargadas de mercancías de países lejanos, los pagos con las letras de cambio, la lealtad de los mercaderes en el negocio de especias y de sedas.

David miró a Aarón Abulafia tumbado a la sombra de la vela. ¿Cuántos conversos serían judíos en secreto? ¿Cuántos se valieron de la simulación, el disimulo, la mentira para salvar sus vidas? ¿Era lícito mentir para conservar la vida? Le habían enseñado que mentir era un pecado. Hablaría con Isaac Abravanel sobre esto. La pregunta que tantas veces había oído en boca de su padre: ¿son de los nuestros? ahora comenzó a tener sentido, sentido de pertenencia. La frase "los nuestros" era pronunciada con sigilo, —la Inquisición tenía ojos en todas partes—. ¿Habría Inquisición en Nápoles?

Aspiró el olor del mar, amaba el olor salado del mar: sería marino. Hablaría con su padre y le pediría su permiso para servir en alguna galera como grumete, querría estar cerca de su amigo Giovanni, pero la vida ahora los separaba. Él continuaría con la flota hasta Venecia. No todos los judíos desembarcaban en Nápoles, algunos continuaban hasta otras ciudades de Italia. Ciudades de nombres fascinantes: Ferrara, Ancona, Trieste. Algún día las visitaría. ¿Cómo sería la vida en estas ciudades? ¿Habría esperanza? ¿Encontrarían la

paz? ¿Comenzarían nuevamente las persecuciones?

—¡David! ¡mira David! —exclamó Giovanni—. ¡Mira cuanta belleza!

Las galeras entraban en la bahía de Nápoles. La ciudad brillaba, iluminada por el sol del atardecer.

Parte 2

*...y me puse a llorar como no lo hacía
desde que era niño ... Era como si
estuviera llorando por todas las increí-
bles atrocidades de la historia, los actos
contra nuestros prójimos, que parecen
ser la imperfección mayor
de la humanidad...*

Alex Haley. "Raíces".

Florenxia, 12 de setiembre de 1493

Cuando David de Córdoba descendió por las escaleras de la casa de Elías Delmédigo hacia el portal que se abría a la calle, el sol se elevaba detrás de las colinas. Escuchó, lejanas, las campanadas del reloj de la torre del Palacio Vecchio que indicaban las ocho de la mañana. Aún tenía tiempo: a las nueve comenzaban las clases de griego con Giovanni Pico de la Mirándola, Conde de la Concordia. Caminaría a lo largo del río. Pasaría frente a la Catedral y daría un rodeo hasta el convento de San Lorenzo.

Le gustaba el paseo matinal por esa ribera que le traía recuerdos del Guadalquivir. Florenxia se había edificado contra el río, igual que su Córdoba natal; pero el Arno corría encajonado por la ciudad que se extendía en sus dos orillas, parecía más profundo y angosto, tenía muchos puentes y no había molinos.

Cruzó el puente y dobló por la calle de Santa María, pasó frente al mercado donde los feriantes ofrecían a los gritos sus mercancías: vendían sacos de trigo, canastas con frutas, objetos de plata, tejidos de lana y de seda. Todo era bullicio y movimiento, fuertes voces de los mercaderes. David siguió su marcha, cruzó delante del Baptisterio y contempló el exterior de la Catedral. El conjunto de la iglesia, el Baptisterio y la torre del campanario, edificados en mármol blanco, con adornos rojos y verdes, le producía, cada vez que cruzaba la plaza de San Giovanni, una indescriptible sensación de encontrarse ante la belleza.

Cuando el reloj del Palacio Vecchio dio las nueve, David apuró el paso. Pico de la Mirándola lo estaba esperando para la lección. También asistía a las clases su primo, Judah Abravanel, quien vivía en el convento de San Lorenzo, con un permiso especial de Piero de Médicis, gobernante de la República de Florencia.

Cruzó los portales que daban a un patio rectangular que estaba rodeado por una galería en sus cuatro costados. ¡República de Florencia! ¡Existían las repúblicas! Sólo había conocido reinos: Castilla, Aragón, Granada, Nápoles. Eran reinos. Ahora vivía en una República, con sus gobernantes elegidos por el Consejo de las Artes. Sin embargo el Consejo siempre elegía a algún Médici: a la muerte de Lorenzo, El Magnífico, lo había sucedido su hijo, Piero de Médici. El poder quedaba siempre para los miembros de esa familia. Familia que protegía a los judíos. Los Médici habían protegido a Elías Delmédigo y había sido Delmédigo quién escribió a Isaac Abravanel a Nápoles con el objeto de emprender operaciones de importación y los negocios del banquero, con la Compañía de los Abravanel.

Subió por la escalinata que conducía al piso superior donde estaba la biblioteca y la sala de estudios. Contempló la amplia habitación blanca con ventanales que daban al patio rectangular. Pico de la Mirándola y Judah Abravanel lo esperaban sentados delante de la mesa de lectura.

—Disculpadme, me entretuve en el camino —dijo David ante la mirada reprobatoria de sus maestros—, no volveré a llegar tarde.

—Continuaremos con la lectura de La República —Pico de la Mirándola abrió un grueso manuscrito con sumo cuidado—. Estábamos leyendo el libro segundo que trata de La Justicia y de La Ley.

David pensó en estas palabras: Justicia, Ley. ¿Había sido justa la expulsión? ¿En los reinos había justicia? ¿Por qué en los reinos la Ley dependía de la voluntad del Monarca? ¿Eran más justas las repúblicas que los reinos? Había decidido estudiar para conocer las respuestas. Cuanto más sabía, tenía más preguntas. Todavía no comprendía todas las palabras griegas pero los *Diálogos de Platón* eran fascinantes. Amaba a Sócrates, amaba la forma de preguntar del filósofo. Miró con agradecimiento a Judah Abravanel que lo había introducido en esos estudios durante el triste viaje al exilio. Pico de la Mirándola continuaba. David, que no había escuchado algunas frases, comenzó a prestar atención:

—...la forma es tan importante como el contenido. Platón usa la forma del diálogo. Es una forma que seduce al lector. Facilita la comprensión del contenido de su prédica, hace agradable una lección que es muy ardua. Entonces la podemos leer con facilidad. Judah, amigo, aprende la forma del diálogo. Estas formas te servirán para expresar tus ideas sobre el amor, el amor a todas las cosas y el amor a Dios. Esas ideas que tu me has contado, podrías escribirlas en forma de diálogos.

David sintió que se había perdido algo. Miró a Pico de la Mirándola: estaba cerca de la treintena, era de la misma edad de Judah Abravanel. Dos inteligencias vigorosas que se entendían con pocas palabras. Su primo Judah tenía pensado escribir y David no lo sabía. Preguntó con curiosidad:

—¿Qué escribirás Judah?

—No interrumpas la clase. No interrumpas a tus maestros. Luego hablaremos —contestó, eludiendo la respuesta.

—Como decía —continuó Pico de la Mirándola—, las

formas del arte tienen su importancia. En Florencia nuestros gobernantes animan el arte y las ciencias. Cosme de Médici comenzó a reunir esta biblioteca. La biblioteca tiene libros donde podemos conocer el pensamiento de los antiguos. Podéis leer estos libros escritos hace muchos siglos por los griegos. Fueron paganos y por ello la iglesia no permitía su lectura. “La única verdad está en las escrituras” dicen muchos prelados. Sin embargo, la misma iglesia conservó en los monasterios estas obras que no se permitía leer al pueblo. Fue Lorenzo de Médici quien abrió esta biblioteca para todos, para los estudiosos como vosotros, que venís desde muy lejos a aprender de estos textos.

—Es cierto lo que tú dices, Pico —respondió Abravanel, y continuó pensativo—. Muchos de nuestros sabios, de bendita memoria, han sostenido estas ideas y fue Rab ben Maimón quien afirmó que la ciencia no contradice lo que está escrito en la *Torah*. Las bibliotecas deberían estar abiertas para todos. Los judíos leemos los sábados en el templo. Nuestros libros están disponibles para todo aquel que los quiera leer.

—En los libros hay muchos conocimientos —se atrevió a interrumpir David—, tal vez allí esté la sabiduría. Si conociéramos el pensamiento de los griegos, de los judíos, de los cristianos y de los seguidores de Alá, tal vez podríamos entender al mundo.

—También la Cábala es fuente de grandes conocimientos —agregó Pico de la Mirándola—. Pero continuemos con el orden de nuestras lecciones, sigamos leyendo lo que dice Platón acerca de la justicia: “Decís que es un bien en sí cometer injusticia, y que es un mal sufrirla. Pero más mal hay en sufrirla que bien en cometerla. Por eso, habiendo los hombres ensayado entrambas cosas y habiéndose dañado durante largo tiempo unos a

otros, no pudiendo los más débiles evitar los ataques de los más fuertes, ni atacarlos a su vez, estimaron de interés para todos impedir que se hiciese ni recibiese daño alguno. De aquí nacieron las leyes y convenciones. Se calificó de justo y legítimo lo que fue ordenado por la ley. Tal es el origen y la esencia de la justicia.”

—Esto quiere decir que la ley es una convención de los hombres —dijo Judah Abravanel—. Para nosotros La Ley es la *Torah*. Es la ley de Dios, que fue revelada a Moisés en el monte Sinaí. ¡Fue revelada! ¡Ésa es nuestra Ley!

—La Ley de Cristo también le fue revelada —terció Pico— y si leemos el *Corán*, la Ley de Mahoma también lo fue. Entonces, ¿cuál es la verdadera Ley? ¿Es verdadera la ley de los hombres o la ley de Dios? Y de las diversas formas en que se manifiesta la ley del Dios Único ¿cuál es la verdadera?

Pico de la Mirándola hizo una pausa y clavó sus bellos ojos en David. Luego continuó:

—Por querer unir en novecientos principios las leyes de la Cábala, de la filosofía y de la religión, el Papa me excomulgó y prohibió la lectura de mis libros. Luego de mucho esfuerzo, mi hermano, por ser el Conde de Concordia, obtuvo del Santo Padre que dejara sin efecto ese castigo. Muchas veces la ley de los hombres, lo que es el bien de los hombres, se opone a la ley de Dios.

Se escucharon las campanas del reloj del palacio Vecchio. Era el mediodía. Pico de la Mirándola marcó la página donde estaba leyendo con una cinta de seda verde, cerró el libro y dijo:

—No hemos avanzado mucho en el día de hoy con la lectura pero adelantamos con las ideas, —hizo una pausa y cambió de asunto—: esta noche iré a la fiesta que ofrece el Conde Pacci. ¿Estáis invitados?

—Estamos invitados —contestó Judah Abravanel—, iremos con la partida de Elías Delmédigo.

Judah Abravanel se dirigió a sus tareas en el Hospital de los Inocentes, mientras que David encaminó sus pasos hacia el Arno.

Los puestos del mercado estaban por cerrar. Era ya pasado el mediodía. Los campesinos guardaban las mercancías en arcones, en gastados sacos y en grandes canastas que luego transportarían en carros tirados por mulas a los lugares de depósito. David sabía que era la hora de comprar. Era el momento en que los campesinos se desprendían, por pocas monedas, de lo que no pudieron vender durante la jornada.

Luego de una larga pugna, que formaba parte de la tradición del mercado, compró una hogaza de pan y un racimo de uvas. Sabía que siempre, al comienzo, el precio de la compra era elevado y que el gozo del vendedor consistía en la porfía y la discusión. Al final de la disputa terminaba pagando menos de la mitad.

Guardó los alimentos en su bolsa y continuó el camino hacia el río. Marchó por la calle que bordeaba el agua en la misma dirección de la corriente. Llegó a las murallas de la ciudad y cruzó la puerta que daba hacia la campiña. El caudal del Arno estaba embalsado por un dique sumergido, que lo atravesaba en diagonal. Pescadores desnudos trabajaban dentro del agua con largas redes, ayudados por remeros que cargaban en sus pequeños botes los peces que el sol reflejaba con destellos de plata. Unos cuervos sobrevolaban en círculo alrededor de alguna carroña que, tal vez, se encontraba oculta detrás de un bosquecillo de cipreses y pinos.

David se sentó bajo la sombra de unos árboles. Hacía calor. Dejó su bolsa contra una roca y se desnudó. Había crecido, su cuerpo era esbelto, bien formado. Se arrojó al agua y nadó. Estaba tibia. Nadó hasta la otra orilla y volvió. Hizo varias travesías más. Amaba el agua, amaba nadar. Refrescado, salió a la orilla y se tendió al sol sobre la arena. Los pescadores recogían sus redes. Abrió el bolso, dijo la bendición y comió el pan y las uvas. Entrecerró los ojos y se durmió.

La casa de Elías Delmédigo quedaba sobre la margen izquierda del Arno. El frente era de piedra clara. Estaba construida en el clásico estilo florentino, con su puerta en el centro, flanqueada por amplias ventanas dispuestas simétricamente a sus lados, que se abrían al río. En el piso superior, otra fila de ventanas, más pequeñas, con arcos de medio punto, albergaban las cámaras de la familia. El techo a dos aguas era de tejas rojas.

Al acercarse desde el otro lado del río, David vio la casa. Todavía sentía la frescura del agua sobre el cuerpo luego del baño. Cruzó el puente y se encaminó hacia la entrada. Atravesó los amplios portales y penetró en el gran salón que se abría a la derecha del patio central.

De espaldas a las ventanas del salón que daban al Arno, estaba sentado Elías Delmédigo. Leía las anotaciones de un gran libro de cuentas que David había completado la tarde anterior. Tenía la barba afeitada y su rostro era agradable. La cabeza estaba tocada por un gorro rojo a la usanza de Florencia. Vestía un jubón corto de color azul, sandalias, y calzas que le llegaban hasta la rodilla. Habría pasado apenas la treintena.

—¡Así vivas tú, David! ¿Dónde has estado? —dijo Elías a modo de saludo—. ¡Llegas tarde!

—Dormí luego de nadar. Os pido perdón.

—Siéntate y trabaja, los libros de cuentas están atrasados.

David se sentó frente a una larga mesa donde se hallaban otros escribientes haciendo anotaciones en grandes libros.

Mientras comenzaba a copiar los aburridos números, David recordó lo que sabía de Elías Delmédigo: había nacido en Chipre, su padre era un mercader judío que se especializaba en el próspero negocio de importar especias desde la India. Elías se había radicado en Florencia, siendo muy joven, para atender los asuntos de su padre. Estaba dotado de una gran inteligencia. Logró establecer una ruta hacia los principados tedescos, introdujo en el oriente los tejidos de lana y seda de la Toscana. Luego agregó los negocios de banca. Prestaba dinero a la familia Médici, a los ricos mercaderes florentinos y hasta al mismo Papa. También era un estudioso de la *Torah* y de los filósofos griegos, Aristóteles y Platón. Admiraba a Maimónides y Averroes, era amigo de Pico de la Mirándola y de los pensadores y artistas de Florencia.

Elías Delmédigo cerró el libro y se acercó a la mesa de David y dijo:

—Has aprendido muy de prisa las artes de llevar los libros de cuentas. Esto será útil en las empresas de tu familia. Con estas cuentas se manejan los créditos, se controlan los deudores y se determinan los dineros que pueden ser prestados. Revisé el libro que has terminado y no encontré errores. A muchos de mis escribientes les demoró años lograr lo que tú has aprendido en pocos meses. Pronto serás maestro en los conocimientos conta-

bles. David, ahora acompáñame al patio. El trabajo está terminado por el día de hoy. Conversaremos allí de otras cosas que también son importantes en la vida.

El patio era pequeño, rectangular, bordeado de una galería de esbeltas columnas de mármol. Se sentaron en un banco de madera a la sombra de un naranjo. Elías Delmédigo puso su brazo sobre los hombros de David. Permanecieron un rato en silencio. Un petirrojo se refrescaba en el espejo de agua de la pequeña fuente que estaba en el centro. Volaba desde una rama del naranjo hasta la fuente y, luego de un pequeño remojón que salpicaba el aire con gotas de agua, terminaba sobre la baranda de la balconada del piso superior; descansaba allí algunos minutos y luego el vuelo se repetía.

—¡Así vivas tú, David! La existencia es así —dijo Elías Delmédigo, y continuó—: tú puedes ser mi hijo, o mi hermano menor. Hace seis meses que estás en Florencia y me parece que hubieran pasado muchos años.

David se encogió de hombros, asintiendo. No sabía dónde llevaban las palabras de Elías Delmédigo, quien continuó hablando sin esperar respuesta.

—Vosotros habéis venido a Italia expulsados de Castilla. Yo llegué de Chipre, por voluntad de mi familia, para establecer un negocio. Mi padre, que Dios lo guarde por muchos años, permanece en la isla manejando nuestras rutas al oriente. Mi lengua natal es el griego, la tuya es el castellano. Ahora hablamos en toscano para entendernos. Tú estás en mi casa para aprender. Para aprender el arte de las ventas y para aprender la sabiduría. ¿Te parece bien que hablemos primero del mercado y luego de la sabiduría, David?

—Me parece bien.

—Las rutas que recorren nuestras mercancías son

muy largas: comienzan en la India y llegan al cercano oriente en caravanas de camellos que atraviesan el desierto, luego embarcan en galeras por el mar hasta Chipre y desde allí en naves venecianas arriban a Italia. También mantenemos una ruta al norte, hacia los principados tedescos. Estas conexiones son muy importantes, David, nos permiten lograr nuestros objetivos. ¿Sabes cuál es el secreto de un buen mercader?

—No sé.

—Hay muchos principios para tener en cuenta si quieres ser próspero en ese arte, pero el más importante es el siguiente: vende al precio más caro que puedas y compra al precio más barato que logres.

—Sí, tienes razón.

A David le pareció que esta frase era evidente, sencilla. No era un secreto. Los vendedores del mercado lo sabían, como había podido comprobar por la mañana.

—Esto parece muy fácil —Elías Delmédigo pareció que leía el pensamiento de David—, pero no es algo tan simple de lograr. Por no conseguir lo que aparenta ser elemental, es que tantos lo intentan y pocos prosperan realmente en esas artes.

—¿Cómo logras hacer grandes diferencias, Elías?

—Las diferencias se consiguen comprando mercadería en los lugares y en los momentos en que abunda y entonces es barata, y luego, vendiéndola en los lugares donde es escasa, a mucho mayor precio. Por eso compramos las especias en la India y la traemos hasta Europa. Llevamos las telas de lana de Florencia hacia el oriente, pues allí no existen industrias como las que se encuentran en Toscana. Éstos son los principios simples de este negocio. Hacemos relaciones con los mercaderes de las ciudades más importantes, y allí establecemos a nues-

tros parientes, tíos, primos hermanos o hijos. Deben ser personas en las que podamos confiar. Deben ser de los nuestros. Manejarán los negocios por nosotros.

—Comienzo a entender —contestó David.

—Si nos asociamos a vosotros, los Abravanel, que Dios los proteja, con el conocimiento que posee vuestro tío Isaac de los préstamos y de la recaudación de impuestos, juntamente con lo que nosotros sabemos del mercado, podremos hacer negocios para el beneficio de nuestras familias.

—¿Por qué me cuentas esto, Elías? —preguntó David—. Mi primo, Judah está en Florencia. Él puede comunicar a su padre estas propuestas.

—Conociendo a ambos, creo que tú eres el más indicado, David —aclaró Elías Delmédigo—. Judah Abravanel es muy buen médico, es un excelente pensador y si se esfuerza, será afamado poeta. Leí algunos versos sobre el amor que escribió en toscano, y también en el idioma de Castilla. Es mi parecer que esos versos le auguran un futuro de poeta. Pero en cuestiones de negocios no tiene interés, o no tiene capacidad. Él no puede llevar esta diligencia adelante. Tú, aunque eres muy joven, tienes lo que hace falta para el hacerlo. Eso se lleva en la sangre. Yo he descubierto esas condiciones en ti.

—Pero Don Elías —protestó David usando el apelativo que se daba a los señores—, tengo que seguir con mis lecciones de griego. Además, no poseo los conocimientos para llevar a buen fin esta misión.

David estaba entristecido y halagado. El hecho de que le encomendaran una tarea importante para la familia Abravanel lo llenaba de orgullo. Por otro lado, las clases con Pico de la Mirándola le abrían las puertas a

muchos conocimientos que todavía faltaban a su educación, hasta ese momento talmúdica.

—Comprendo tu angustia, David, pero eres joven y tienes mucho tiempo para aprender. De todos modos partirás en dos meses. Puedes terminar con algunos temas de tus estudios. Yo hablaré personalmente con Pico de la Mirándola y él se esforzará para que tú comprendas rápidamente el pensamiento de los antiguos. Yo te explicaré lo que te falta saber acerca del mercado y en lo espiritual hablaremos de la Cábala. La Cábala es fuente de gran sabiduría. Luego de tu misión en Nápoles, si tu padre y tu tío Abravanel, que Dios los bendiga, lo permiten, volverás a terminar tus estudios.

Este discurso tranquilizó un poco a David, pero en el fondo le dolía dejar Florencia; la atmósfera intelectual de la ciudad; el interés de los nobles, de los mercaderes y hasta de los monjes acerca del arte; el amor por las culturas antiguas, especialmente la griega y la romana; la admiración por las pinturas y esculturas que colmaban las plazas y los edificios de la ciudad y la hacían cada día más hermosa.

—Pero no todo es esplendor en Florencia —interrumpió Elías Delmédigo intuyendo el pensamiento de David—. En Florencia también actúan fuerzas que nos son contrarias. Tú, David, tienes edad suficiente para saber que acá también hay enemigos de los judíos como en España. Que actúan en la nobleza y en los monasterios. Desde los púlpitos se hacen virulentos sermones contra las costumbres licenciosas de los Médici y de otras familias.

David miró a Elías Delmédigo con un sobresalto y dijo:

—Tú no conoces el destierro, perder los lugares que

uno ama. ¿Cómo podremos ser desterrados de la República de Florencia? La familia Médici ampara a los judíos.

—David, tú me estás llevando a un lugar del cual yo no quería hablar. Dijimos que la segunda parte de nuestra charla sería sobre el espíritu. Sobre los bienes más elevados del ser humano. Tus preguntas nos llevan a la política.

—Hablemos de la política, entonces, si tú quieres enseñarme esos temas, Elías. La política es algo que me interesa. Fuimos expulsados de España por motivos políticos. Quiero saber cuáles fueron esos motivos para los reyes Fernando e Isabel.

—Vosotros, los judíos españoles, fuisteis bienvenidos por los Reyes Católicos. Lo fuisteis en los momentos que ellos necesitaron recursos para abastecer a las tropas durante la guerra con los moros. Una vez que la guerra terminó, y no necesitaron más dineros, os han expulsado. Cuando Fernando e Isabel se sintieron fuertes, acometieron la expulsión. Algunos judíos ven la mano de Dios en estos sucesos. Dicen que la expulsión es el castigo a nuestro pueblo por los pecados cometidos. Pero... ¿qué pecados han cometido los niños? ¿qué pecados han cometido las mujeres? ¿Me puedes decir, David?

—Isaac Abravanel piensa de esa forma —respondió David asombrado ante esta nueva interpretación de los hechos, y luego continuó—: él piensa que es un castigo al pueblo de Israel por haberse apartado de las Escrituras, por no cumplir con todos los preceptos de la *Torah*. Así lo afirmó durante la travesía en las galeras. Está afligido por haber descuidado sus trabajos para el Señor y sus escritos sobre el libro de los *Reyes*. Ahora, en Nápoles, recommenzó con la escritura de esas obras.

—No todos razonamos de la misma forma, David.

Yo pienso que la expulsión obedeció a un motivo político de Fernando y a un motivo religioso de Isabel. Todo ello inspirado por el dominico Torquemada. Muchos sostenemos que la *Torah* es compatible con la filosofía de los griegos, Platón y Aristóteles. Eso es lo que escribió hace muchos años el gran Maimónides, sabio de bendita memoria.

El sol caía oblicuo sobre el patio alargando las sombras que indicaban el comienzo del atardecer. El ama de llaves, enfundada en una túnica negra, se acercó a Elías Delmédigo llevando en una bandeja limonada fresca y algunos dulces de almendra y miel, envueltos en una finísima masa de hojaldre, que eran la delicia de David. Elías tomó una copa de cristal de Venecia y ofreció la otra al joven. Dijeron la bendición y comieron. Luego Elías Delmédigo continuó:

—Mis caravanas, en la ruta de oriente y en la ruta de occidente, no sólo traen las mercaderías exóticas sino que también traen noticias desde todas las ciudades por las que pasan. Las galeras cargan productos de oriente y llevan también los relatos sobre lo que acontece en otras comarcas. Sabemos lo que sucede en todo el mundo conocido, y también en las nuevas tierras descubiertas por los españoles y los portugueses. Muchas veces conocemos los sucesos antes de que se enteren los reyes y los embajadores. Nosotros tuvimos noticias de que el navegante Colombo, que partió hacia el oeste en busca de una ruta a las Indias por el Mar Océano, descubrió tierras al oeste de las Azores, antes de que lo supiera el rey Fernando.

—¿Cómo lo has sabido, Elías? —preguntó asombrado David.

—Conocimos las nuevas por correspondencia que nos

llegó directamente desde aquellas islas. Nuestros agentes en Portugal se hallaban allí entregando un cargamento de vinos de Oporto. Prestamente despacharon una nave muy veloz para informarnos. Pero supimos algo más, algo que los marineros dijeron mientras comían y bebían en las tabernas: que en las islas de las Indias que el Almirante de la Mar Océano visitó, halló cosas maravillosas; oro, perlas, animales y aves extrañas, pero lo importante para nosotros es que no encontró especias. Las islas que él visitó no tenían las especias que nosotros importamos. Por eso nuestra ruta es la única que permite, por el momento, el abastecimiento de especias.

—¡Cuántas cosas sabes, Elías! —comentó David todavía asombrado.

—Por nuestros informantes sabemos mucho —continuó Elías Delmédigo en tono confidente—. Estos informes que te cuento son secretos, David. Júrame que no los contarás a nadie. Tenemos confianza en ti. Sabemos que eres de los nuestros y que nunca nos traicionarás. Nuestras familias y nuestro pueblo, que Dios los bendiga, necesitan de ti y de otros jóvenes como tú.

David juró solemnemente.

—Te contaré una nueva que nos llega de oriente, del Imperio Turco: el sultán Bayaceto dice que los judíos son bienvenidos en su imperio. Algunos de los nuestros tienen confidentes en la Sublime Puerta, que así se llama el palacio de los sultanes. Nos cuentan que al enterarse de la expulsión de vosotros, mis hermanos, de los reinos españoles dijo: “¡Llamáis a Fernando rey sabio! ¿a él que empobreció a su país para enriquecer el mío?”

—¿Dices que somos bienvenidos en los dominios del Sultán turco?

—Así es.

—También acá en Florencia y en Nápoles somos bienvenidos.

—Como ya te he dicho, David, hay fuerzas en la cristiandad que son adversas a nosotros. Los frailes dominicos, de los cuales Torquemada era uno de sus priores en el convento de Ávila, soliviantan al populacho, ponen en contra nuestro a los pobres, luego a la nobleza y, finalmente los reyes y príncipes que nos protegen se ven obligados a actuar en nuestra contra. En muchos lugares nos hacen vestir ropa especial, en otros nos permiten vivir solamente en ciertos barrios y todo esto termina, lamentablemente, con la expulsión. De esta manera aconteció en Francia, en los principados tedescos, y en los reinos ingleses. Finalmente sucedió en España. Es posible, David, que algún día las repúblicas y los reinos de Italia actúen de igual manera con nosotros.

Hizo una pausa en su discurso, parecía tener dudas sobre si debía decir lo que estaba pensando. Pero luego de algunos instantes de silencio decidió continuar:

—Debes saber que en el convento de San Marcos, el Prior dominico, Savonarola, predica desde el púlpito, durante las misas de todos los domingos, en contra del gobierno de los Médici. Dice que quebrantan constantemente la ley de Cristo, con sus lujos, sus comidas, las ropas ligeras de las mujeres que exhiben impúdicamente sus pechos en las fiestas. Condena los desenfrenos del carnaval y, por supuesto, condena las herejías de los judíos admitidos por las familias de Florencia.

David se estremeció. Las palabras de Elías Delmédigo le traían a la mente retazos de conversaciones. Frases escuchadas durante su infancia, pronunciadas por su padre y otros judíos en las largas tardes de verano pasadas en el molino del Guadalquivir, mientras

esperaban que la gran piedra circular entregara la moienda de sus cosechas.

—Tengo informaciones llegadas desde Francia —continuó Elías—, de que el rey Carlos ha decidido invadir Nápoles. Para ello sus ejércitos deben pasar por Florencia. Los Médici no lo permiten por el momento. Para conseguir sus propósitos, el Rey de Francia está complotando con Savonarola y si logra sus fines, vendrán tiempos difíciles para los judíos en Florencia. Creo que los Médici cederán.

—¿Piensas que siempre seremos perseguidos?

—Seremos perseguidos hasta el día que venga el Mesías. Como dice el profeta: "Hasta que troque las lanzas en arados..." Ese día cesarán nuestras persecuciones, cesarán las guerras y "el león dormirá al lado del cordero".

—¡Elías Delmédigo! ¿cuándo será ese día? —preguntó angustiado David.

—Isaac Abravanel dice que ese día está próximo, que los sufrimientos de nuestro pueblo son los dolores del parto antes de la venida del Mesías.

Elías Delmédigo quedó en silencio, contemplando la evolución de las pequeñas aves que se posaban sobre las ramas de los naranjos. Luego continuó:

—Yo pienso de manera diversa, creo que el día del Mesías está lejos, que nosotros no veremos ese día, que lo verán nuestros descendientes en épocas futuras, en un futuro que nosotros no podemos concebir. Pero creo firmemente en el Mesías, creo firmemente que vendrá cuando los hombres comprendan que pueden vivir en paz, sin hacerse daño los unos a los otros. Ese día será el día del Mesías.

—¿Qué podemos hacer nosotros, los que no veremos el día del Mesías?

El petirrojo dio un último salto a la fuente y luego voló muy alto, hacia el sol que se ponía.

La bailarina se contorneaba suavemente al son del tamborín. Todas las miradas estaban puestas en el cuerpo semidesnudo, cubierto apenas de velos de colores, que bailaba en el centro del salón de fiestas de la residencia Pacci. Con hábiles ademanes se quitaba lentamente los velos al ritmo de la música, descubriendo alguna nueva desnudez; luego se acercaba a la mesa principal y, con una mirada a los ojos, entregaba las sedas transparentes a los hombres que aplaudían alborozados.

David contemplaba el espectáculo perplejo. La danza lo excitaba. Apartó la vista de la esclava mora que continuaba con el baile sensual. Miró la magnificencia del salón de fiestas del palacio, rodeado de altas ventanas de cristales coloridos, iluminadas por las bujías de incontables candelabros que tornaban la noche en día. Cinco largas mesas rodeaban al salón. En la principal, sobre un estrado que dominaba todo el recinto, se encontraban los miembros de las familias Pacci y Médici. Los hombres estaban vestidos con jubones ricamente bordados, de colores rojos y verdes. Las mujeres llevaban largos vestidos recamados en oro con anchas mangas adornadas de finos encajes. Lucían rostros que resaltaban por los esmerados afeites y pechos apenas ocultos por los generosos escotes. La cena había comenzado con platos elaborados con carne de jabalí, de faisán, y peces del Arno, y había finalizado con exquisitos postres y frutas de la campiña, todo regado con vinos de la toscana.

Cerca de la mesa principal, unos músicos tocaban estridentemente laúdes y tamboriles. A lo largo de la sala se encontraban sentados los miembros más distinguidos de la sociedad florentina. A la derecha del estrado estaban los nobles de la ciudad. David distinguió allí a Pico de la Mirándola con sus hermanos y hermanas. En la mesa siguiente estaban los miembros de los gremios mayores, que rivalizaban en vestiduras y joyas con la nobleza. Por último, casi al fondo, se encontraban los cofrades de los oficios menores: médicos, abogados, pintores y escultores y también los mercaderes. David estaba en una de éstas últimas mesas con Elías Delmédigo.

La bailarina tiró su último velo y bailaba desnuda. David nunca había visto bailar desnuda a una mujer. Recordó fugazmente su encuentro con Luna durante el viaje al exilio: había sentido el cuerpo de la joven mujer contra el suyo, había acariciado los firmes pechos, pero no la había visto. Sintió renacer el deseo adormecido. La esclava finalizó la danza y escapó corriendo por una puerta lateral. Cesó el golpe rítmico y sensual del tamboril. Los músicos continuaron tocando una melodía suave. Entraron sirvientes trayendo algunos dulces y licores.

—Catalina Pacci te mira —susurró Elías Delmédigo al oído de David.

—¿Quién es Catalina Pacci?

—Mira con disimulo en la mesa principal, la dama del vestido verde, muy escotado. ¡Mira con disimulo, David!

David miró la mesa principal, la dama de verde le devolvió la mirada con una sonrisa. David bajó los ojos y se ruborizó. Jamás lo había mirado una mujer de esa manera.

Catalina Pacci era bella, había pasado la treintena pero conservaba su hermosura en todo el esplendor que da la madurez.

—El hombre de cabellos blancos que está al lado de Catalina es el Conde Pacci —dijo Elías Delmédigo y luego continuó—: hace muchos años que están casados.

David vio como el Conde Pacci miraba con ojos fascinados al paje de cabellos rubios que le acercaba algunos dulces en una bandeja de oro. Los ojos de David cruzaron nuevamente la mirada de Catalina y esta vez se atrevió a sostenerla. Catalina esbozó una sonrisa, pero David no pudo responder.

—La Condesa está interesada en ti, David —afirmó Elías Delmédigo—. Le gustan los mozos jóvenes. Es muy caprichosa. Cuando algo se le pone en la cabeza lo consigue.

—¿Y el Conde?

—El conde persigue a los mancebos, David. Observa como le habla al paje rubio. Es Lucio Conti, hijo bastardo del Duque de Conti. Reside con la familia Pacci para aprender los refinamientos de la vida de Florencia. ¡Y veo que aprende rápido! —dijo con sarcasmo.

La música sonaba suavemente. La bailarina de los velos ya se había vestido con ropas a la usanza de oriente y, sentada en la mesa principal, abrazaba voluptuosamente a Piero de Médicis.

Piero de Médici se puso de pie. Los músicos dejaron de tocar. Con un ademán se despidió de la concurrencia, tomó de la mano a la bailarina y desapareció tras unos pesados cortinados que conducían a alguna cámara del palacio. A continuación se retiraron los Pacci y el resto de la familia Médici. Fue la señal para que los invitados comenzaran a despedirse.

—Es hora de irnos, David —dijo Elías Delmédigo—. Tú puedes adelantarte. Yo tengo que hablar de algunos asuntos con Pico de la Mirándola. Nos veremos por la mañana.

David se encaminó hacia la salida, pensativo. No entendía bien lo que sucedía en los ambientes encumbrados de la ciudad. La fiesta le pareció descarriada. No conocía estas manifestaciones públicas de lascivia. Estas cosas no acontecían entre los judíos. ¿Tendría razón el dominico Savonarola cuando condenaba la vida licenciosa de Florencia? Descendió por la gran escalinata que conducía desde el salón de fiestas hasta el patio central del palacio Pacci. Los invitados bajaban en grupos, entre risas y comentarios sobre los asistentes. David caminó, en medio de la muchedumbre, por la galería que rodeaba al patio.

—Silencio —dijo una voz de mujer cerca de su oído.

David se sobresaltó. Una mano lo tomó improvistamente del brazo y lo condujo detrás de los cortinados que disimulaban una puerta. Trató de liberarse pero la voz le dijo:

—No habléis. Mi ama desea veros.

David sintió curiosidad y temor.

—Ven —susurró la muchacha.

David apenas podía distinguir en la oscuridad el rostro de la mujer. La mano, que no lo soltaba, lo conducía por pasadizos ocultos entre las paredes del palacio. Anduvieron algunos minutos en la oscuridad, alumbrados cada tanto solamente por el resplandor que se filtraba por agujeros hábilmente contruidos en lo alto de las paredes o los techos. La muchacha encontraba perfectamente el camino pese a la penumbra. Subieron largos tramos de escaleras de piedra con pequeñas troneras por

las que David distinguió el exterior iluminado por la claridad de la luna. Luego de algunos minutos de marcha por lo que parecía ser un piso alto, la muchacha se detuvo ante una pequeña puerta. Dio dos golpes y luego agregó tres más en forma rápida, de una manera que a David le pareció que era una clave. Esperaron en silencio. La puerta se abrió. En el centro de la cámara, profusamente iluminada, estaba Catalina Pacci, desnuda.

Florenxia, 20 de octubre de 1493

—Con Aristóteles, Platón, Virgilio y Petrarca, los prelados llenan los oídos de los fieles, y no se ocupan de la salud de las almas. ¿Por qué, en lugar de tantos libros, no exponen solamente aquél en el que está La Ley y el Espíritu de la vida? El Evangelio, cristianos, es necesario llevarlo siempre consigo, no digo llevar el libro, solamente Su Espíritu. Porque si tú no tienes el espíritu de la gracia, pero llevas entero el volumen, no te servirá de nada. La caridad no está en los papeles. El verdadero libro de Cristo son los Apóstoles y los Santos; la verdadera lectura está en imitar la vida de ellos. Pero el libro de los hombres de hoy es el libro del diablo. Hablamos contra la soberbia y la ambición y estamos inmersos en ellas hasta los ojos; predicamos la castidad y tenemos la concubina; ordenamos ayunos y queremos vivir espléndidamente. Éstos son libros disolutos, libros falsos, malos libros inspirados por el diablo, porque eso sólo puede ser escrito por su malicia. Estos prelados alardean de dignidad pero desprecian a los demás; quieren ser reverenciados y temidos; son los que buscan los primeros asientos en las sinagogas, los primeros púlpitos de Italia. Son los que por la mañana, caminando por la plaza, desean ser saludados, ser llamados maestro o rabí...

La voz de Savonarola retumbaba contra las piedras de la iglesia de San Marco. La muchedumbre escuchaba en silencio, de pie, en grupos. Las familias encumbradas estaban sentadas en los escasos bancos próximos al altar. David, sentado en uno de los últimos, cerca de los

portales, junto a Pico de la Mirándola, atendía absorto. Pico le había dicho algunos días atrás: "debes escuchar algún sermón de Savonarola, el próximo domingo vendrás a la iglesia. Yo te llevaré."

—...los príncipes de Italia —continuaba el monje—, estos malos príncipes son mandados para castigar los pecados de sus súbditos; ellos son una trampa para las almas: sus palacios y las cortes son el refugio de todos los animales y monstruos de la tierra, de todas las malas pasiones. Allí están los consejeros que estudian siempre nuevos tributos que succionan la sangre al pueblo. Allí están los filósofos y los poetas aduladores, quienes, con miles de fábulas y brillos, hacen comenzar desde Dios la genealogía de estos príncipes malvados; pero, los que son peores allí son los religiosos que siguen el mismo estilo.

Hizo una pausa en su sermón y con un ademán abarcó a todo su auditorio:

—Ésta, mis hermanos, es la ciudad de Babilonia, la ciudad de los impíos, la ciudad que el Señor quiere destruir.

Se escuchó el murmullo de la muchedumbre. David estaba impresionado por estas palabras y por la influencia que parecían tener sobre el pueblo. Creyó que contenían ideas que ya había escuchado antes. Recordó la fiesta del conde Pacci, la noche en que conoció a Catalina: Savonarola tenía razón.

—...nuestra iglesia tiene por fuera muchas bellas ceremonias y solemnes oficios eclesiásticos, bellas vestiduras de los oficiantes, candelabros de oro y plata, y tantos cálices que son una majestad. —Savonarola hizo una pausa, miró hacia la imagen de Cristo en la cruz y dirigiéndose a él continuó—: Tú ves aquellos grandes prela-

dos con hermosas mitras de oro y piedras preciosas, Tú los ves cantar bellas vísperas y misas; entonces, con tantas bellas ceremonias, con tanto órgano y cantores, Tú estás pasmado...

David lo estaba. Nunca había escuchado que en un sermón se atacara de esta manera al clero establecido. Miró con un gesto de interrogación a Pico de la Mirándola. Éste hizo una seña que significaba: "ya te explicaré".

—...y los primeros prelados eran pobres comparados con estos modernos —continuó implacable Savonarola—. No tenían entonces tanta mitra de oro ni tantos cálices, y, aunque algunos de ellos tuvieran cálices, los fundirían para atender las necesidades de los pobres: ahora nuestros prelados obtienen los cálices de lo que es de los pobres, parece que sin ellos no pueden vivir. ¿Pero sabes Tú qué es lo que yo te quiero decir? En la primitiva Iglesia los cálices eran de madera y los prelados de oro; hoy, la iglesia tiene los cálices de oro y los prelados de madera. Así han introducido entre nosotros la fiesta del diablo. ¡Ellos no creen en Dios y se mofan de los misterios de nuestra religión! ¡Qué haces Tú entonces, Señor! ¿Por qué duermes? ¡Levántate, ven a liberar tu Iglesia de las manos del diablo, de las manos de los tiranos, de las manos de los malos prelados. ¿Te has olvidado de tu Iglesia? ¿Ya no la amas? Nos hemos convertido en el oprobio del mundo: los Turcos son patrones de Constantinopla; hemos perdido el Asia; hemos perdido Grecia; allí somos tributarios de los infieles. Oh Señor Dios, acelera la pena y el flagelo porque presto retornaremos a Ti...

David recordó, por algún motivo que en ese momento no podía explicar, los argumentos de Isaac Abravanel sobre los motivos de la expulsión.

—...No se escandalicen, mis hermanos, de estas palabras; pero, cuando veis que los buenos desean el flagelo, es por que desean que de esta forma sea saciado el mal, y que prospere en el mundo el reino de Jesucristo bendito. A nosotros no nos queda más que esperar que La Espada del Señor se llegue pronto a la tierra.

Mediterráneo, 9 de noviembre de 1493

La galera, impulsada por un fuerte viento del norte, cortaba las aguas del mar levantando nubes de espuma. David miraba las olas apoyado contra el mástil de proa, pensativo. La nave se balanceaba en aguas de tormenta. Hacía frío. David cerró el cuello de su capa española y miró el mar. Había partido del puerto de Pisa dos días atrás, dejando la ciudad de Florencia con tristeza. Pronto llegaría a Nápoles. El viento fuerte y franco acortaba la duración del viaje. Judah Abravanel había quedado en la ciudad a cargo de los negocios de la familia. David añoró los días pasados en Florencia, las lecciones con Pico de la Mirándola, los consejos de Elías Delmédigo, las lecturas y comentarios de las obras de Platón y Aristóteles, la atmósfera de la ciudad, los bellos edificios, las pinturas y las esculturas que adornaban los palacios y los templos. Catalina Pacci. El amor de Catalina Pacci, las largas noches de amor en la alcoba del palacio, las caricias locas, desenfrenadas, la pasión dulce, las noches en vela. Estaba sorprendido de las costumbres de los florentinos, la libertad de costumbres tan opuesta a la rigidez de España, tan distinta a los hábitos judíos. La doble moral del conde que fingía tener un matrimonio feliz y perseguía los mancebos. Muchos pretendían mantener matrimonios fieles en público y tenían amantes en privado. De ser ciertas las acusaciones de Savonarola, muchos eclesiásticos procedían de igual forma: aparentaban castidad y mantenían queridas. Se rumoreaba que hasta el mismo papa, Alejandro VI, tenía amantes y participaba en fiestas con mujeres.

David caminó sosteniéndose de la borda hasta el castillo de popa, subió a la toldilla y saludó al timonel que, ayudado por un grumete, mantenía con dificultad el rumbo de la galera. Contempló la estela espumosa y sintió el olor a mar. Aspiró profundamente hasta que el aire salado llenó su ser. Una bandada de gaviotas seguía a la nave haciendo acrobacia en sus vuelos. Se apoyó contra la borda y miró la costa que se extendía plana, a una milla de distancia.

Recordó las celdas monacales del convento de San Marcos, las pinturas de ángeles y santos de color azul y rojo, y tembló ante el recuerdo de los sermones de Savonarola. David sintió que esos sermones bramaban como la tempestad. Se encontró pequeño, indefenso, conmovido por las fuerzas del viento de tormenta. Su destino, el destino de su pueblo, también dependía de fuerzas misteriosas, que él no dominaba. De pequeño pensaba que los mayores sabían lo que hacían, que tenían respuesta para todo. Ahora veía que para cada pregunta había muchas respuestas. ¿Cuál de ellas sería la correcta? Ahora sabía que los mayores como su padre, como los grandes judíos: Abraham Señor y su tío, Isaac Abravanel, eran juguete de voluntades que no podían dominar. ¿Sería esta la voluntad de Dios? Isaac Abravanel pensaba que sí, que la suerte del pueblo judío era gobernada por la voluntad divina y que si el pueblo cumplía con la Ley de Moisés, el Señor lo protegería. Pero Elías Delmédigo y Pico de la Mirándola opinaban de diferente manera: la ciencia, la política, la buena organización del estado como una república permitirían al hombre alcanzar la felicidad. ¿Quién tendría razón? ¿Tendría razón Savonarola cuando condenaba las prácticas reñidas con la moral de los florentinos? La prédica de Savonarola no era abiertamente en contra de los judíos, pero la men-

ción de las sinagogas y del Rabí en tono de sorna no presagiaban nada bueno. El instinto, agudizado por los sufrimientos del exilio, le decía a David que debía estar en guardia.

Mientras el huracán impulsa, con una fuerza salvaje, incontrolable, la galera en la que viaja David a Nápoles en busca de su destino, yo veo que fuerzas indomables como una tormenta llevan al pueblo judío expulsado de España hacia una suerte incierta. Algunos, como la familia Abravanel, recalaron en Italia, en las diversas repúblicas y reinos que conformaban la península; muchos fueron por tierra a Portugal; otros cruzaron el Mediterráneo hacia África, hacia los reinos musulmanes. En esos lugares sufrieron diversa suerte. Eligieron destinos próximos a España pues pensaban que la expulsión sería temporaria, que los reyes reconsiderarían el edicto y los judíos podrían retornar. Para ello estaban trabajando Abraham Señor y todo un grupo de conversos que lograrían cambiar la decisión de los reyes. Otros pensaban, como Isaac Abravanel, que los sufrimientos del pueblo ya anunciaban la venida del Mesías y que los dichos del profeta pronto se harían realidad: los muertos resucitarían y se instauraría la paz universal. Por ello era mejor estar cerca de los cementerios y asistir a los suyos cuando aconteciera la resurrección. Pero el temporal de la historia habría de soplar con fuerza en los años que están por venir y arrojaría a los judíos a costas cada vez más lejanas de su tierra, cada vez más lejos de la España adorada que llevan en el corazón.

Nápoles, 12 de noviembre de 1494

David estaba de pie mirando el mar desde el embarcadero que se adentraba en la bahía de Nápoles. Escuchaba el sonido agudo de las grandes aspas triangulares de los molinos de viento, semejantes a las velas de un navío, al girar sobre sus goznes. Las olas, cuando rompían sobre las defensas del puerto, levantaban nubes de espuma blanca. Tenía la vista fija hacia el norte tratando de avistar una galera con las banderas de la Compañía. En ella vendrían Elías Delmédigo y Judah Abravanel desde Florencia.

Las noticias que llegaban eran malas: el ejército francés del rey Carlos avanzaba por la península hacia el sur, y el propósito final del monarca era la conquista de Nápoles —se consideraba heredero de ese reino y creía que el rey Alfonso, vasallo de la corona de Aragón, era un usurpador—. David sabía, por mensajes recibidos de los correspondientes de la familia, que el rey Carlos se aprestaba a entrar en Florencia, y que Piero de Médici había huido dejando la ciudad sin defensas. Savonarola era el único que podía unir la voluntad de los florentinos. Los judíos escaparon. Algunos a Venecia, otros a Ferrara, los más, a Nápoles.

David distinguió dos naves que se acercaban rápidamente. ¿Serían las que esperaba? Todavía no podía apreciar en color de las banderas que se esfumaban en la niebla lejana. Contempló la bahía desde el embarcadero. La ciudad brillaba iluminada por el sol matinal; los techos rojos de los edificios contrastaban con las to-

rres oscuras de las iglesias; una flota de carabelas zarpaba para aventurarse en el Mar Océano. Miró nuevamente a las galeras que navegaban hacia el puerto, ya más próximas. Trató de distinguir los pabellones. Sí, había una bandera verde y blanca, los colores de la Compañía. Corrió lleno de júbilo hacia la ciudad, pasó ante el Muelle Grande y, al llegar al Muelle Piccolo, giró hacia la izquierda internándose en las estrechas callejas que subían hacia la Piazza de Lafieri; entró agitado a la casa gritando:

—¡Llegan las galeras! ¡Llegan las galeras!

Acudieron todos al patio. Esperaban esas noticias. Sara salió de la cocina seguida por Déborah, suspendiendo por unos momentos la preparación de la comida del sábado. Salomón de Córdoba, Isaac Abravanel y Muchico dejaron la sala donde registraban las operaciones mercantiles y todos escucharon expectantes a David.

—¡Llegan las galeras y pronto atracarán en el muelle Grande! —pudo articular David, jadeando luego de la larga carrera.

—¡Ve tú, David! ve con Muchico y recibe a tu primo, que viva muchos años, y a Elías Delmédigo —exclamó Abravanel—. Los alojaremos en nuestra casa. ¡Sara, prepara una cámara para nuestros distinguidos huéspedes!

David y Muchico corrieron en dirección al mar y entraron en el Muelle Grande. Había varias naves fondeadas y la actividad de carga y descarga era intensa: una vociferante multitud se apiñaba alrededor de los espigones acarreado toda clase de mercancías. Detuvieron la carrera al final del largo embarcadero. Las galeras, con el estandarte de la compañía flameando, entraban al puerto de Nápoles; pusieron la proa al viento; arriaron

las velas latinas; por los portalones emergieron los remos rojos y, lentamente, enfilaron hacia el Muelle Grande.

Las naves habían arribado a media mañana. Isaac Abravanel brindó una emocionada recepción a Judah. Padre e hijo se abrazaron con contenida emoción en el reencuentro. El corazón de David estaba lleno de alegría al ver nuevamente a Elías Delmédigo. En medio del júbilo de todos llegó Sara trayendo una fuente con bollos de acelga y empanaditas de arroz y queso que había preparado para la ocasión. Después, los hombres se retiraron al salón para conversar y las mujeres quedaron en la cocina finalizando sus quehaceres y preparando un sabroso guisado para la Fiesta del Sábado.

En la gran cámara de la casa de los Abravanel estaban reunidos, ante la atenta mirada de don Isaac, los miembros de la familia que se encontraban en Nápoles. Los hombres rodeaban la mesa con gesto serio. En la cabecera estaba Isaac Abravanel que escuchaba el relato de Elías Delmédigo. David vio los rostros preocupados de su hermano Muchico y de Judah Abravanel quienes completaban la reunión.

—El rey Carlos de Francia avanza por la Toscana sin que nadie le haga frente —comenzó su relato Elías Delmédigo—. Nosotros partimos del puerto de Pisa cuando los franceses ya entraban en la ciudad y eran recibidos como liberadores por la población. Vimos como los vecinos bailaban en las calles felices de desprenderse del yugo de Florencia. Nosotros correríamos graves peligros si permaneciáramos allí. Yo creo que el rey Carlos continuará su marcha hacia el sur y que si el Papa Ale-

jandro no lo detiene pronto, las tropas francesas estarán a las puertas de Nápoles en contadas semanas.

Hizo una pausa. Todos permanecieron en silencio; entonces Isaac Abravanel dijo:

—Cuando salimos de España lo hicimos con el corazón oprimido; no sabíamos a donde nos llevarían los designios del Señor. En esos días me propuse dedicar el tiempo que tenía en este mundo a escribir mis comentarios sobre el libro de los *Reyes*. Pero Ferrante, padre de Alfonso, que es hoy el Rey de Nápoles, al saber que yo había desembarcado en estas tierras, me llamó para ocupar el cargo de tesorero. Él conocía, porque así le habían hablado sus informantes, de los servicios que yo había prestado a los reyes de Castilla y Aragón. La situación de nuestra familia era difícil entonces, y yo no pude rehusar al pedido del Rey. Cuando al poco tiempo murió el rey Ferrante, que Dios lo tenga en su gloria, continué en las mismas funciones al servicio del Rey Alfonso.

David escuchaba con atención, la voz monótona de Abravanel seguía con su discurso:

—...por estas razones estoy informado de los sucesos del reino. El Rey Alfonso ha sellado una alianza con el Papa Alejandro mediante el matrimonio de su hija con el hijo del Papa. El Rey de Francia se detendrá ante las puertas de Roma y no atacará a Nápoles.

David recordó los sermones de Savonarola. Las acusaciones del monje dominico se referían a los excesos de los prelados y, según se rumoreaba en Florencia, estaban dirigidos a criticar los escasos valores morales del pontífice. De una persona de estas características no era seguro que respetase los compromisos de una alianza. Habría problemas.

—No hay que confiar en las promesas del Papa Alejandro Borgia —acotó Elías Delmédigo, como leyendo el pensamiento de David—. Debemos estar alertas. Los soldados francos pueden estar pronto a las puertas de Nápoles.

—Querido amigo Elías —Isaac Abravanel interrumpió la discusión que comenzaba a plantearse—, eres mi huésped. Estas cansado del largo viaje por mar. Os ruego y ruego a todos que paséis a las cámaras a descansar y luego nos reuniremos para la comida del *Shabat* en casa de Salomón Soncino. Nos espera cuando aparezca la primera estrella.

David salió a la calle. El aire del otoño era fresco. Encaminó sus pasos en dirección al mar. Estaba preocupado. Nuevamente debería enfrentar circunstancias adversas. Presentía que la vida de la familia tomaría nuevos rumbos. No podían encontrar un lugar donde arraigarse, un lugar en donde sentirse en su casa. Una tierra que fuera propia. Giovanni sentía suya a Venecia; para Pico de la Mirándola la Toscana era su patria. Recordó las riberas del Guadalquivir, río querido que tal vez nunca volvería a ver. ¿Cuál era la patria de su familia? ¿Cuál era la patria de los judíos? ¿Vería algún día los muros de Jerusalén? ¿Podrían vivir juntos los judíos y los cristianos? Los meses pasados en Florencia le decían que sí. Recordó las largas clases con Pico de la Mirándola, las diversiones en los palacios de los Médicis, el amor de Catalina. Sí, era posible, en ciertas circunstancias, tener buenas relaciones con los cristianos pero siempre había enemigos al acecho: Torquemada, Savonarola, el rey Fernando y la reina Isabel. Cuando parecía que era posible la vida de judíos y cristianos, juntos en la misma

ciudad, en la misma aldea, llegaba alguno de estos personajes y, con su astucia y su poder, convencían al pueblo de que los judíos eran sus enemigos. ¿Por qué hacían esto? ¿Sería porque tenían diferentes costumbres? ¿porque vestían diferente? ¿porque no comían cerdo? ¿era por envidia de la prosperidad de los judíos? ¿y... si la solución fuera asemejarse a los cristianos, vestir como ellos, comer como ellos, comportarse como los cristianos? Hablaría con Isaac Abravanel sobre este asunto.

Toda la familia caminó la corta distancia que separaban la casa de los Abravanel de la imprenta de Salomón Soncino. Lucían sus mejores ropas para festejar el *Shabat*. Los reflejos del sol que se ponía sobre el Mediterráneo daban a la luz del crepúsculo una vibración especial. La primera estrella ya había salido.

La pequeña puerta de madera de la imprenta estaba abierta, era la única abertura en un largo paredón de ladrillos. Una vez adentro, se encontraron en una gran sala de altos techos, iluminada escasamente por lámparas de aceite. En la penumbra se hacían visibles los instrumentos de la imprenta. El olor a tinta llenaba la habitación. David se detuvo junto a unas hojas recién impresas. Reconoció el texto: era la traducción de la Guía de los Perplejos, del Rabí Moché ben Maimón, escrito en caracteres hebreos. Todavía la tinta estaba fresca. Se encontró solo. El resto de la comitiva había pasado al patio vecino a la imprenta donde estaban tendidas las mesas. Grandes antorchas de aceite, encendidas antes de comenzar el *Shabat*, iluminaban el patio. La luz entraba por las ventanas y se recortaba en los torniquetes de las prensas, proyectando extrañas sombras en las paredes blanqueadas.

David miró las cajas con los tipos de madera. Los había grandes y pequeños, de caracteres latinos y hebreos, todos invertidos, como vistos en un espejo. Tomó un tipo en sus manos, una *alef* mayúscula, la primera letra del alfabeto hebreo. La madera era dura; acarició el contorno de la letra y pensó en las palabras. La combinación de las letras formaba las palabras, la combinación de las palabras formaba las oraciones. Las oraciones podían ser órdenes, llamados, pedidos de auxilio, también podían ser conversaciones banales o recetas de cocina, gritos de batalla, canciones: “duerme duerme mi paloma...” y también las palabras que se dicen cuando se hace el amor a la mujer amada. Con las palabras se expresan las ideas. Entonces las palabras se convertían en cosas sublimes: las ideas de Platón en La República. Con las palabras se hacían los edictos de Expulsión, palabras nefastas para su pueblo. Con palabras se dan las órdenes de ataque en las batallas, se condena a muerte. En ellas está lo mejor y lo peor del hombre.

Contempló las prensas y los grandes torniquetes que permitían que las hojas recibieran la tinta y pudieran multiplicar un texto muchas veces. ¡Se podían hacer mil copias de un mismo libro! Los libros impresos estaban desplazando a los antiguos códices. Los bellos códices de Florencia, copias hechas a mano por cientos de monjes que transmitían los conocimientos escritos de generación en generación. Y las iluminaciones, esos hermosos dibujos que contemplaba por horas en la biblioteca de los Médici. Los dibujos impresos eran toscos y no tenían color, no eran bellos...

—¡David, ven, la oración está por comenzar! — Judah Abravanel interrumpió sus pensamientos.

—¡Mira esta imprenta, Judah! ¡Cuántos libros se pueden hacer!

—David, ¿algún día mis poemas se imprimirán en una prensa como esta? —preguntó Judah Abravanel.

—Tus poemas son hermosos; cuando termines la obra, tal vez Salomón Soncino se interese en ella —contestó David, y agregó—: habla con él, te aconsejará acerca de cómo preparar el libro.

—Ven, David, nos esperan para la oración.

Corfú, 14 de junio de 1495

Isaac Abravanel estaba sentado a la sombra de una parra que trepaba por las viejas columnas de madera de la terraza. Veía, en el resplandor extraño de la tarde, las montañas bajas, onduladas, cubiertas de verdes cipreses, del otro lado del canal. Las miró pensativo. Era la costa griega. El sol de primavera hacía más vivos los diferentes tonos de verde. Estaba maravillado por esa luminosidad especial de la isla. En ninguna ciudad había visto una luz así. Distinguió una vela blanca contra el fondo de las colinas. La barca cabeceaba en el mar y lentamente se fue acercando al puerto. Pudo entonces ver las siluetas de los pescadores ocupados con las jarcias y las velas. Era la pequeña barca del griego Mitrakis, patrón de la nave quien, cuando salía de pesca, le permitía a David acompañarlo en las singladuras entorno a la isla. La embarcación se balanceaba sobre las olas del mar agitado. Realmente el joven debía amar la navegación para tener el coraje de salir con una marejada semejante. Hizo memoria de su viaje a Nápoles en la galera cuando fueron expulsados de España; los mareos ocasionados por el movimiento de la nave durante aquella odisea aún le producía mucho temor. ¿Qué vería David en el mar? Era mejor estar en tierra.

Contemplaba los montes de olivos de la isla, que descendían en suave pendiente hacia el agua, cuando su esposa Esther salió a la terraza trayendo una bandeja con dulce de membrillo y algunas pasas de uvas.

—Isaac, ¡así vivas tú! ¡Come estos dulces! —exclamó.

Isaac Abravanel tomó las golosinas que le ofrecía y comió en silencio. Pensó en los acontecimientos de los últimos meses. Finalmente el rey Carlos de Francia había desobedecido al Papa y avanzado sobre Roma y, luego de algunas negociaciones con el Pontífice Alejandro, había ocupado Nápoles. El rey de Nápoles, Fernando, había decidido trasladar la corte a Messina antes que llegaran la tropas francesas, y desde aquel lugar, hacer un pacto con el rey Carlos. Por esos motivos tuvieron que dejar precipitadamente la casa —que luego fue saqueada por las tropas francesas— y acompañar a la corte hasta Messina. Fue allí que tomó la decisión. No se ocuparía más de los asuntos de los reinos, dedicaría el resto de sus días al Señor. En cuanto a los asuntos terrenales, de ellos se haría cargo Salomón de Córdoba. Sería responsable de las cuentas del reino y de cobrar los préstamos otorgados por la Compañía al tesoro. Salomón era de extrema confianza. Largo tiempo había estado reflexionando sobre este tema sin decirlo a nadie. Ya era ocasión de compartir estos pensamientos con su esposa:

—Esther, he finalizado el comentario del libro de los Reyes y siento la voz del Señor que me indica seguir con mi trabajo de escribir para Él. He dedicado mucho de mi tiempo a los asuntos de los reinos pensando que lograría hacer el bien a nuestro pueblo. Trabajé para los reyes y, a pesar de todos mis esfuerzos, fuimos expulsados. He decidido que dedicaré los días que me quedan para estudiar y escribir para el Nombre del Señor. Los días del Mesías están cerca. Pronto compareceremos en el juicio ante Él.

—Come, Isaac, estás cansado de tanto estudiar. Pero lo que dices es muy importante. Usa tu tiempo para escribir acerca de la *Torah*. Además, podrías contar la historia de lo que nos aconteció. De como era nuestro

hermoso pueblo en la tierra de Sefarad y lo que luego hubo de suceder.

Mientras el sol se ponía del otro lado de la isla iluminando las colinas, una galera veneciana apareció en el estrecho con sus velas desplegadas. Isaac distinguió la bandera verde y blanca de la Compañía. Seguramente traía noticias de la corte refugiada en Messina y del resto de los negocios de la familia. La nave puso la proa al viento y los marineros arriaron las velas. Luego emergieron los remos rojos y se escuchó el lejano retumbar del tambor del cómitre marcando el ritmo.

Miró las colinas de pinos que veía del otro lado del estrecho. Estaban en poder del sultán turco que gobernaba desde la vieja Constantinopla. Los turcos dominaban las tierras continentales de Grecia y avanzaban hacia Occidente por tierra mientras Venecia señoreaba en el mar. Era el dominio de los mares y la construcción de las galeras lo que permitía a Venecia mantener su dominio en el Mediterráneo y el vasallaje de muchas islas griegas.

La nave, con las banderas de la Compañía flameando, impulsada por los remos rojos, entraba al puerto de Corfú.

La noche había caído sobre la isla. En la terraza estaba reunida la familia ante una mesa armada con caballetes de madera y cubierta con un mantel blanco. Como invitado especial asistía el rabino y médico de Corfú, Rab Nahmias. Varias lámparas de aceite de oliva iluminaban la loza y los enseres de la mesa con brillo parpadeante. A lo lejos titilaban las luces del puerto y en la costa, del otro lado del canal, se veían los fuegos

de algún campamento turco o, tal vez, fogatas encendidas por pastores griegos para ahuyentar a los lobos. Isaac Abravanel terminó la bendición del pan y del vino y comenzó la cena. Esther había preparado niños envueltos en hojas de parra rellenos de arroz, acompañados de carne de cabrito, que hacían las delicias de los comensales y eran el plato preferido de Isaac Abravanel y también de David. Garrafas de vino blanco de la región —del cual David bebía solamente una copa— y grandes jarras de agua fresca estaban dispuestas para aliviar la sed de los recién llegados. Isaac Abravanel repartió trozos de pan blanco.

Había sido un día de emociones para David. Durante la salida de pesca, Mitrakis obtuvo una buena provisión de sardinas, bonitos, y palamidas que vendería en el mercado. Había separado varios de los peces más grandes para que David los entregara a la tía Esther. Pero lo principal de aquella jornada fue que Mitrakis le había permitido timonear la barca durante el regreso al puerto. David recordó la extraña sensación de dominar la nave, de dominar el embate de los elementos. Se sentó al timón y a su lado lo había hecho Mitrakis, atento, preparado para intervenir ante cualquier peligro. David había sentido como la pequeña barca respondía a los movimientos de la caña del timón y como orzaba o derivaba de acuerdo a las arremetidas del fuerte viento. Las primeras experiencias fueron algo bruscas, la nave se escoraba y, en varias ocasiones, la mano de Mitrakis había tomado la barra del timón, corrigiendo el rumbo en los momentos en que la barca amenazaba con tumbarse. Al cabo de algunos minutos comenzó a sentir el ritmo de las olas y del viento; podía anticipar las fuertes embestidas con un movimiento oportuno del timón. Así pudo dirigir la barca hasta el puerto. Luego, Mitrakis tomó el

timón, diciendo que amarrar al desembarcadero era difícil para un aprendiz pero, con el entusiasmo de David por dominar el arte de navegar, pronto estaría en condiciones de llevar la barca a puerto.

David vio a los hombres sentados alrededor de la mesa. Estaban serios. Comían de prisa el plato que Esther les había servido. Contempló las facciones nobles de Rab Nahmias cuya larga barba blanca le confería el aspecto de patriarca. Vio la forma del rostro de Iosef Cohen, moreno, bien proporcionado, curtido por el sol, que le recordaba a Shoshana. Había un gran parecido entre el padre y su hija. Le hubiera gustado saber más cosas acerca de ella pero no se atrevía a preguntar. Miró a su padre, Salomón, que tal vez adivinaba estos pensamientos. Le sonrió feliz. No lo veía desde que se separaron en Messina, hacía ya muchos meses.

Esther trajo una escudilla llena de dátiles, nueces y pasas de uva. Luego se retiró con discreción a la cocina, sabía que los hombres no hablarían de temas de negocios y de gobierno en su presencia.

Permanecieron sentados en silencio. Comenzó a soplar una brisa fresca del lado del mar.

—Traigo tristes nuevas de España —dijo finalmente Salomón de Córdoba—. ¡Murió Abraham Señor —que el Nombre lo tenga en su gloria! Algunos de los nuestros, que estuvieron cerca de su lecho, dicen que murió recitando una plegaria: el *Shemá*. Eso dicen los que acercaron sus oídos a los labios temblorosos de Abraham Señor para escuchar sus últimas palabras. Murió afligido porque no pudo convencer a los reyes que derogaran el Edicto de Expulsión. Hasta en los últimos días rogó a los influyentes del reino para hacer tornar el parecer de Fernando e Isabel. Pero fue todo inútil: tenían endurecida el alma.

—Rab Nahmias, recemos una plegaria en su nombre —propuso Isaac Abravanel.

—Sí —dijo el rabino y recitó el *Kadish*, el antiguo rezo para los muertos. Rezó para que Dios lo tenga en su lista el día del Mesías.

Los hombres permanecieron un largo rato silenciosos, luego Salomón de Córdoba comenzó diciendo:

—La situación de los nuestros en España es grave. La Inquisición se ensaña con los judíos que adoptaron la fe de Cristo. Sospechan que judaizan en secreto. En algunos casos es cierto, pero en otros no lo es. Luego de la muerte de Abraham Señor apresaron a Meir Melamed y su esposa. Estos jóvenes se habían convertido a la nueva religión de buena fe junto con toda la familia de Abraham Señor y no judaizaban. Pero la codicia de los inquisidores no tiene límite; se han propuesto apoderarse de los cuantiosos bienes que Abraham Señor transmitió a sus descendientes. Entonces los encarcelaron en las celdas de la Inquisición en Córdoba. No pueden ser visitados por el resto de sus parientes y amigos, tampoco tienen el favor de los reyes. No pueden nombrar abogados defensores y el proceso es secreto. A nadie es permitido ver las actas de los procesos de la Inquisición. Sabemos, por ciertos informantes, que se permiten hablar a cambio de grandes sumas de dinero, que han sido torturados, y que su mujer perdió el hijo que esperaba y que por ello se consume de pena en prisión. Además, no puede ver a sus otros hijos. Los pequeños quedaron al cuidado de los hermanos de Meir Melamed, que también se convirtieron en aquel fatídico año y adoptaron el nombre de Pérez Coronel.

A David le recorrió un escalofrío por la espalda. ¿Cómo podía asociar la belleza de la tarde pasada en el

mar con este lúgubre informe acerca de los oscuros sótanos de tortura de la Inquisición?

—Lamentablemente tengo que relatar otras malas nuevas —continuó Salomón de Córdoba—. Fernando exige al Rey de Portugal que expulse a los judíos de su reino. La situación de los nuestros es peligrosa. Los que llegaron allí hace pocos años, arrojados de España, deberán emprender un nuevo exilio. Fernando lo requiere como condición para el matrimonio de su hija, la Princesa Isabel de Castilla y Aragón, con el Rey Manuel de Portugal. En cualquier momento puede llegar en ese reino la expulsión de nuestros hermanos.

—Debemos estar preparados para recibirlos —declaró Isaac Abravanel—. Tenemos entonces la tarea de comunicarnos con los nuestros de Portugal y preparar su venida antes de que sea tarde.

David escuchaba en silencio. ¿Cómo era posible que cayera tanto infortunio sobre su pueblo? ¿No habría alguna tierra que los acogiera en paz?

Salomón de Córdoba comenzó a relatar los acontecimientos de Messina, de como las tropas francesas ocupaban por el momento Nápoles, y que el Rey Fernando, el Católico, ambicionaba nuevamente recuperar el vasallaje de ese reino para la corona de Aragón. Se decía que estaba preparando sus tropas para desalojar al ejército francés de la ciudad de Nápoles, y que nombraría como general de los ejércitos españoles al mismo Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, el vencedor de Granada.

David dejó de escuchar. Recordó aquel día, su último día en España, cuando embarcaron en las galeras, cuando los clérigos intentaban lograr la conversión de los últimos judíos que subían a las naves rumbo al exi-

lio. ¿Cómo era posible que aquellos hombres, que en aquel momento parecían movidos por tanta fe, procedieran ahora a condenar en las cárceles de la Inquisición a los judíos que ellos mismos habían convertido con mucho esfuerzo? ¿Cómo era posible que hicieran esas acusaciones falsas? ¿Cómo era posible que el hecho de no comer cerdo fuera considerado como delito de judaizar? Los judíos no comen la carne de cerdo; el agua de la pila bautismal no cambian las personas, ni las costumbres. Había cosas que todavía no comprendía aunque estudiara con ahínco. Aunque sus maestros fueran Isaac Abravanel, Pico de la Mirándola, Elías Delmédigo. Aunque sus lecturas fueran Platón y Aristóteles. Aunque hablara el griego —terminó de aprenderlo en sus conversaciones con Mitrakis— y también el latín. Había algo en las cosas de este mundo que se le escapaba, que no podía comprender.

La voz de Isaac Abravanel lo devolvió a la realidad:

—Ya basta por esta noche de malas nuevas. Es hora de comer algo dulce y luego retirarse. Mañana debemos continuar con nuestros trabajos. Salomón, quédate tú que tengo en mente un asunto que hemos de conversar a solas.

Las estrellas brillaban en la noche sin luna cuando David se durmió. Despertó sobresaltado en el silencio del amanecer, cuando el sol ya teñía de rojo la costa griega. Había soñado. Soñó nuevamente con las llamas de una hoguera.

Venecia, 3 de octubre de 1495

—¡Mira qué vista, David! —gritó Giovanni desde lo alto de la cubierta de una galera en construcción.

David subió por una escalerilla que encontró apoyada al costado de la nave. Sintió en el rostro, al subir, una brisa salada, impregnada de olor a madera de cedro y brea, que venía del mar. Vio un grupo de carpinteros dedicados a clavar las últimas tablas de la cubierta. Saltó la borda y caminó sobre las maderas recién colocadas, esquivando astillas, herramientas, guías, poleas y cuidando de no pisar algunos clavos sueltos que sobresalían del entablonado. Llegó a la proa donde se encontraba su amigo y permaneció en silencio. Desde allí tenía una visión completa del Arsenal de Venecia, el gran astillero donde se construían las naves de La República.

—¡Qué te parece, David! —dijo Giovanni, mientras señalaba con un amplio ademán el vasto recinto donde se construían las galeras.

—No tengo palabras. Sólo puedo decir que ahora comprendo en donde reside vuestro poder, el poder de la República de Venecia —articuló David.

Desde el lugar en el que se encontraba, podía ver toda la extensión del Arsenal. Había más de cincuenta cobertizos de madera, con techos de tejas rojas, dispuestos a lo largo de tres de los lados del rectángulo; en el cuarto había una gran compuerta que contenía el agua de los canales y podía llenar un pequeño lago interior cuando alguna galera estuviera lista para ser botada. Todo estaba rodeado de muros de ladrillos con torres

dispuestas en cada una de sus esquinas, como una pequeña ciudad amurallada. Los cobertizos tenían abierto el frente que daba al centro del rectángulo lo que permitía ver las naves que se construían en su interior. Algunas eran solamente esqueletos que parecían las costillas de un animal gigante; otras, estaban casi terminadas. El ruido de los martillos, escoplos y sierras, y los gritos de los operarios producían un estrépito sordo y continuo que acompañaba la tarea incesante del Arsenal.

—Esta galera estará terminada en dos meses —aclaró Giovanni—. Será la mayor y más nueva de nuestra flota. Iremos juntos en su primer viaje hasta Chipre. En ella principiarás tu conocimiento como marino; yo seré el segundo piloto y tú me ayudarás con el timón.

Los dos amigos bajaron de la galera, salieron del cobertizo y recorrieron el lugar. Giovanni, orgulloso, le enseñaba todos los secretos de la construcción de las naves. David escuchaba las explicaciones asombrado. Giovanni conocía personalmente a los maestros de cada uno de los oficios y a los jefes de las cuadrillas que se especializaban en los diferentes pasos de la construcción. Los conocía por su nombre y los presentaba a David con aire presumido. Cada uno de ellos explicaba los secretos de su arte.

Entraron en un cobertizo espacioso.

—Aquí construyeron mi góndola —acotó Giovanni, y luego continuó—: el regalo más preciado para nosotros, los venecianos es una góndola. Navegar por los canales remando en ellas es un signo de nuestra libertad. Las mejores barcas las construye mi amigo Juseppe Bautista —y señaló a un carpintero que asomó la cabeza desde el interior de un casco a medio terminar cuando escuchó su nombre.

Una vez fuera del cobertizo de las góndolas, el Maestre del Arsenal dijo a Giovanni que por la tarde, durante la marea alta, se iba a botar una carraca de mediano porte: "aquella que se ve frente a la compuerta", dijo, señalando un barco que parecía terminado.

—David, podríamos comer en la taberna del puerto y luego regresar para presenciar la botadura —sugirió Giovanni.

Los amigos emprendieron la marcha hacia la taberna, pasaron frente a la fábrica de remos y luego por los depósitos de cuerdas y pertrechos. Llegaron al embarcadero donde atracaban las grandes naves que se internaban en el Mar Océano, que se aventuraban en las misteriosas comarcas del norte, donde las aguas eran frías y los vientos borrascosos.

David contempló la intensa labor del puerto: los hombres cargaban y descargaban las mercancías que llegaban de todas partes del mundo. Admiró la majestuosa presencia de las carracas, galeones y carabelas, con sus altísimos mástiles y las banderas flameando con el viento. Sintió el olor de la brisa salada —que amaba— y recordó a Venecia cuando la vio por primera vez, bañada en la luz matinal, el día de su llegada. Había venido para aprender el arte de navegar. Isaac Abravanel y su padre tomaron la determinación aquella noche en Corfú. Por la mañana le habían comunicado el acuerdo: "Deberás ir a Venecia para aprender la conducción de los navíos y las artes del comercio de especias", había dicho su tío. "Aprende todas estas artes porque, tal vez, si Dios quiere, algún día estarás al frente de la Compañía y de la familia y tendrás que tomar las determinaciones por tu cuenta, como en este momento lo hacemos nosotros por ti". Su padre se había acercado emocionado, lo abrazó y le dio la bendición. Luego le dijo: "partirás con la

próxima galera hacia Venecia donde te recibirá Iosef Sarfatti. Él te indicará los pasos a seguir. Hijo, se digno de ser uno de los nuestros".

El sol del atardecer iluminaba las piedras de los palacios de la ciudad y devolvía sus imágenes reflejadas en el agua quieta del Gran Canal. David, de pie sobre la proa de la góndola, remaba, como le enseñara Giovanni días atrás, con la cadencia que caracteriza a los gondoleros; su amigo, también de pie en la popa, remaba a su vez, dirigiendo, con hábiles golpes del largo remo rojo, la nave. Regresaban al Palacio Corradi luego de la botadura de la galera. David escuchaba a Giovanni que a gritos, le impartía órdenes acerca del rumbo, hacía comentarios picarescos sobre los habitantes de los palacios que bordeaban el canal y saludaba, con graciosas ocurrencias, a los conocidos que navegaban en otras barcas.

David miraba la belleza de los edificios venecianos que parecían alzarse sobre el agua. Pensó que los canales eran como las calles de una gran ciudad, por los que circulaban balandros y góndolas en lugar de caballos y carros.

—Mira el palacio —gritó Giovanni.

La góndola enfiló hacia el Palacio Corradi cuya imponente fachada emergía luego de la primera curva del Gran Canal. Edificado en piedra y ladrillo, sus ventanas y balcones estaban ornamentados en mármol blanco. La embarcación se detuvo frente al portal. David amarró la góndola a un palo de madera pintado en espirales de color blanco, oro y azul, los colores de la familia Corradi, colores que se repetían en un escudo de armas, tallado en una placa de piedra, en el segundo piso de la fachada.

Los jóvenes entraron en el vestíbulo del palacio donde funcionaban los depósitos de la Compañía Marítima Corradi. Las puertas de las diferentes salas estaban cerradas. Los pasos resonaron en el salón desierto a esa hora de la tarde. David recordó la intensa actividad que reinaba en esa enorme sala la mañana que había entrado por primera vez en el palacio, acompañado por Iosef Sacerdotti; recordó el grito que lo llamaba: "¡David!" y la alegría que experimentó por el reencuentro de su amigo —no esperaba ver a Giovanni en esos momentos—; recordó el abrazo frente a las miradas de asombro de los empleados y los mercaderes que atestaban el salón. Luego vinieron las preguntas por la familia Abravanel y los exiliados de la galera. Giovanni había resultado ser el hijo menor de Lucas Corradi, poderoso armador de Venecia, perteneciente a una de las familias fundadoras de la República y miembro del Consejo de los Diez.

David le había contado a su amigo sus intenciones de aprender navegación y el cometido que lo traía a Venecia. Giovanni lo había invitado a hospedarse en su casa y le había dicho que hablaría con su padre sobre las intenciones de David. La dificultad era que la República no permitía a los extranjeros estudiar en su marina. De alguna manera deberían burlar esta disposición de La Serenísima. Hablarían acerca de ello más tarde.

Ensimismado en sus recuerdos, David subió la escalera de mármol que daba a los salones del primer piso, precedido por Giovanni. Pasaron rápidamente por las lujosas salas vacías y subieron por una escalera más pequeña que conducía a las cámaras privadas, donde se alojaba la familia.

—Prepárate para el baile de esta noche —dijo Giovanni con gesto pícaro y luego entró en su cuarto.

David continuó por el pasillo hasta la última puerta

y entró en su habitación. Abrió la ventana que daba a una plaza situada en el centro de la isla desde la que se veían las fachadas posteriores de los palacios. Aflojó sus ropas y se recostó en la cama de alto dosel, entre sábanas de hilo. Preocupado acerca de su suerte, del exilio de España, pensaba en las lecciones de Pico de la Mirándola, los días de navegación con Mitrakis en Corfú, la vida en Venecia, las fiestas, los bailes de máscaras, la amable acogida de la familia Corradi, la posibilidad de vivir una vida de lujos que, sin el fortuito reencuentro con Giovanni, jamás hubiera experimentado.

Por la ventana entraban los últimos resplandores de la tarde. Debía prepararse para una noche que le prometía nuevos placeres.

Vemos a David de Córdoba mientras descansa en la gran cama de dosel blanco, en el cuarto de visitas del Palacio Corradi. No duerme, pero tampoco está despierto. Es uno de esos raros momentos en que el alma queda suspendida entre la vigilia y el sueño. Todavía tiene conciencia de los sonidos que vienen de la plaza vecina. Se ve a sí mismo en su ensoñación, remando en la góndola junto a Giovanni, como se vio esa misma tarde en el trayecto de regreso del Arsenal, vestido con la ropa, a la usanza veneciana, que le obsequiara su amigo. Las calzas rojas ajustadas, camisa parda de mangas largas, el sayo corto de color negro. El cabello, tocado con una gorra también negra, le llegaba hasta los hombros. Se veía igual a un veneciano. Cualquiera que lo mirara pasar navegando en la góndola creería que era un amigo veneciano de Giovanni. Jamás pensarían que se trataba de un judío. Es placentero pasar desapercibido, medita en su inconsciencia.

David no se permitiría tener estos pensamientos si estuviera totalmente despierto. Si le pudiéramos preguntar por ellos durante la vigilia, los negaría. Y los negaría sin mentir, porque estos pensamientos nunca fueron conscientes. Pero se da cuenta, en lo más profundo de su ser, de que pasar por cristiano en una ciudad cristiana es tranquilizante. No existe el miedo, no se es objeto de miradas recelosas y tampoco blanco predilecto de las pullas de los pilluelos de la calle, como sucedía en Nápoles. No lo distinguen como judío. David tiene un pensamiento oculto, inconsciente, sepultado en lo más profundo de su mente. En la nebulosa de su ensueño, recuerda los sermones de Savonarola; recuerda las procesiones en la plaza de San Marcos; el largo desfile precedido por el Dogo y el Obispo, seguidos del clero y de la nobleza veneciana y para terminar, los representantes de las artes mayores y de las menores. Ve la plaza engalanada de banderas donde el pueblo está aclamando el paso de los cortesanos y él, junto a su amigo Giovanni, desfila confundido entre los cristianos. Y entonces se siente feliz, feliz en su ensoñación, feliz de no ser diferente, de ser igual a los demás; pero sabe, aunque no lo admite conscientemente, que para ser un verdadero cristiano debe pasar por el agua del bautismo.

Mar Egeo, 27 de julio de 1496

—Mira, David, ya se ve la costa de Rodas —exclamó Giovanni—, en pocas horas desembarcaremos en la isla —y agregó—: puedes llevar el timón algún tiempo más, luego yo haré la entrada al puerto.

La silueta de la isla de Rodas se veía nítida en el horizonte donde se confundían el mar y el cielo. La nueva galera de la Casa Corradi, que David había visto construir en el Arsenal de Venecia, navegaba gallarda, impulsada por un viento franco que la conducía hacia la isla del Mediterráneo. Estaba vestido con un jubón azul y calzas rojas, como los marineros venecianos. Habían urdido con Giovanni, con el acuerdo de Lucas Corradi, hacerse pasar por cristiano, con el nombre de David Corradini. De esta manera podía aprender el arte de navegar las galeras, burlando la prohibición que La Serenísima había impuesto a los extranjeros. Cuando estaba al timón de esta gran nave, tenía una sensación diferente a la que había sentido navegando en la pequeña balandra de pesca, junto a Mitrakis. La galera respondía con retardo a los movimientos de la barra del timón. El rumbo cambiaba lentamente, con suavidad. El viento fuerte, que soplaba del través, empujaba la nave; era fácil entonces mantener la derrota hacia la isla.

“Rodas es hermosa” le había dicho Giovanni, y luego le había contado acerca de los Caballeros Hospitalarios que gobernaban la isla en nombre del Papa.

Los cruzados habían sido desalojados de Tierra Santa por el avance incontenible de los ejércitos turcos. En

su retirada se habían establecido en la isla de Rodas y eran, por el momento, la avanzada de la cristiandad en oriente.

La ciudad estaba fortificada con grandes murallas que ya habían resistido a los ataques de una fuerza naval turca, algunos años atrás. Sucedió entonces que, luego de un largo sitio, los turcos fueron rechazados. Los Caballeros Cruzados esperaban, desde la fortaleza de Rodas, vencer a los infieles y reconquistar Jerusalén.

La galera entraba al puerto impulsada por los golpes de cincuenta remos rojos. A continuación la seguían las demás naves de la flota veneciana que habían navegado en escuadra en previsión de algún ataque turco.

Bajo la atenta mirada de Claudio Carpio, capitán de la nave, Giovanni hacía su primera entrada a un puerto al timón de la galera. David, recostado contra la borda de la toldilla de popa, contemplaba las fortificaciones de la ciudad. A estribor vio la torre de San Nicolás, que todavía conservaba en sus almenas derrumbadas, las huellas de las bombardas turcas. Vio los molinos de viento girando en el desembarcadero. Le recordaron los del puerto de Nápoles.

La galera atracó con una impecable operación ejecutada por Giovanni ante la mirada aprobadora de los maestros de la compañía.

Una muchedumbre de cargadores griegos esperaban en el muelle listos para ayudar en la descarga de las naves. Algunos chiquillos andrajosos correteaban entre las piernas de los mayores. Había un grupo de cruzados vestidos con túnicas rojas con una cruz blanca en el pecho, prenda que caracterizaba a la Orden de los Caballe-

ros Hospitalarios. Esperaban con ansiedad a las galeras que traían provisiones y noticias para la guarnición de la isla. Más allá, separados del resto, se encontraba un grupo de judíos, de barbas tupidas, con largas túnicas y sombreros negros.

David descendió de la nave junto a Giovanni y el Capitán Carpio. En tierra los esperaba un caballero que los condujo al interior de la ciudad amurallada. Entraron por la puerta de Santa Catalina que estaba defendida por cuatro grandes torres. Se encaminaron por la Calle de los Caballeros, flanqueada por elegantes edificios de dos plantas, contruidos en piedra. Entraron en el que quedaba al final de la calle. Esperaron en el gran salón mientras el cruzado que los había conducido hasta el albergue se dirigió al piso superior para anunciar la llegada de los visitantes.

Un caballero de porte aristocrático, ataviado con una túnica de seda azul, que tenía bordada en el pecho una pequeña cruz blanca de ocho puntas, bajó por la majestuosa escalera de piedra.

—Soy el Almirante Sforza —se presentó—, estoy al mando de las guarnición de Italia. ¡Seáis bienvenidos!

—Soy Giovanni Corradi, me acompaña el capitán Carpio que está al mando de nuestra flota y David, mi ayudante.

—Seréis mis huéspedes, podéis alojaros en nuestro modesto albergue, que es albergue para todos los peregrinos toscanos a Tierra Santa.

—Estamos agradecidos por vuestro convite —contestó Giovanni—, es bueno dormir en tierra firme luego de tantos días en el mar.

—Esta noche, el Gran Maestre de los Caballeros Hospitalarios, Pierre D'Aubuisson, ofrecerá un banquete para todos los caballeros. Tendré el honor de que seáis mis invitados.

El gran salón del castillo de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén resplandecía a la luz de cientos de luminarias. Las mesas estaban dispuestas en dos filas y los cruzados, ataviados con sus túnicas rojas o vestidos con los hábitos azules, de acuerdo con su rango, estaban agrupados según las lenguas de los países de origen. Eran las lenguas de Francia, Auvernia y Provenza, Aragón y Castilla, Italia, Inglaterra y Alemania. Cada lengua estaba capitaneada por un "Pilar" con un cargo de distinción, estaban alojados en un albergue especial y tenían asignado una parte de la muralla a defender. Sentado en la cabecera de la mesa de Italia estaba el Almirante Sforza, que los había recibido esa tarde. Tenía a su cargo la flota de galeras de los cruzados.

El Gran Maestre de la Orden, Pierre D'Aubuisson, presidía el banquete. Era un hombre que pasaba la cincuentena, de espléndido porte marcial. Su figura imponía respeto.

Los ayudantes de la cocina comenzaron a traer, en bandejas de plata, carnes de cordero y aves de cacería, y, en jarras de peltre, vinos rojos de la isla. La espléndida vajilla relucía a la luz de las candelas.

Al final de la comida, Pierre D'Aubuisson se puso de pie y se dirigió a la concurrencia:

—Caballeros de la Orden de los Hospitalarios, distinguidos huéspedes, estamos reunidos en este día porque se cumplen dieciséis años del milagro. En el mes de

mayo del año de Nuestro Señor de mil cuatrocientos ochenta, un ejército turco de cuarenta mil hombres desembarcó en las playas cercanas a la antigua Acrópolis poniendo sitio a la ciudad. Nuestros valientes caballeros resistieron el asalto. Los cañones del enemigo bombardearon día y noche la ciudad. Al cabo de algunas semanas las defensas todavía resistían. Entonces los infieles concentraron ocho bombardas pesadas contra el Muro de los Hebreos, que estaba defendido por los Caballeros de Italia. Luego de una semana de descargas continuas de la artillería el muro cedió y por allí penetraron miles de turcos portando sus cimitarras y la bandera de la medialuna. Los Caballeros Italianos se replegaron hacia el interior de la ciudad batiendo su retirada valientemente junto con los habitantes judíos del barrio. ¡Entonces se produjo el milagro! ¡Cuando los turcos estuvieron delante de la sinagoga, El Señor les mandó a nublar el entendimiento! ¡Cuando estaban por lograr una victoria se desconcertaron y comenzaron a retroceder en pánico! Nuestros valientes caballeros, al darse cuenta del terror de los turcos, arremetieron contra ellos haciendo una matanza. Los muertos que quedaron sobre la muralla de los judíos sumaban millares. Por la tarde el mar se cubrió con las velas de las galeras turcas que emprendían la retirada. Entonces todas las campanas de las iglesias de Rodas repicaron. En el lugar de la vieja sinagoga construimos dos iglesias que conmemoran el milagro: la Católica Romana de Nuestra Señora del Milagro y la Iglesia Griega de San Pantaleón. Oremos ante Nuestro Señor Jesú Cristo al rememorar el prodigio de Dios.

Los Caballeros se pusieron de rodillas y comenzaron a rezar. David también se arrodilló.

Desde la Colina de la Acrópolis podía ver toda la ciudad de Rodas. Soplaban una brisa fresca del mar, pero el sol de la mañana de verano presagiaba un día caluroso. David se apoyó contra el mármol frío de una columna del antiguo templo griego. Una de las que todavía permanecía en pie. Restos de ruinas caídas asomaban entre la densa maleza. Sintió en sus manos el áspero contacto de la piedra gastada por los siglos. ¿Cuántos años tendría el templo? ¿Qué dioses se habían adorado bajo sus techos ahora derruidos? Dioses paganos, dioses representados por estatuas, dioses condenados en la *Torah*; antiguos dioses a los que ya no se les rendía culto. ¿Se habría construido en vida de Platón o de Aristóteles? ¿Sería más antiguo tal vez?

La voz del Almirante Sforza resonó entre las piedras:

—Aquí arriba estaba el puesto de observación del ejército turco, y allí abajo, las tiendas del campo enemigo. Era tan extenso que llegaba desde el pie de esta colina hasta el Puerto del Mandraki.

—¿Y las galeras turcas donde se encontraban? —preguntó Giovanni.

—Estaban varadas a lo largo de la playa, desde aquel promontorio hasta el puerto, cerca de la ciudad —contestó el Almirante—. Cerraban la boca del Puerto del Mandraki y del Puerto del Comercio. Nuestra flota no podía salir. Sólo una barca pequeña, en alguna noche oscura y tormentosa conseguía burlar el asedio y traer o llevar noticias a los cristianos de las otras islas.

—Mientras duró el sitio, ¿cómo hacía la población para alimentarse? —preguntó David mirando hacia las altas murallas de la ciudad, que, desde la distancia, parecían invencibles.

—Teníamos en los sótanos del castillo, y en verdad siempre tenemos —aclaró el Almirante Sforza—, porque un ataque turco puede suceder en cualquier momento, grandes provisiones de trigo, carnes saladas, harina, agua en las cisternas y vinos en las bodegas. Hay vituallas para resistir un asedio de un año. En los arsenales guardamos pólvora, armas y municiones para pertrechar varios ejércitos.

¿Por donde penetraron los turcos? ¿qué parte de las murallas derribaron?

—Aquellos pequeños montes de roca y arena que pueden ver a lo lejos, frente a las murallas, marcan los emplazamientos de las bombardas turcas —dijo el Almirante—. Las defensas que miran hacia el puerto y hacia esta colina son las más fuertes. Los cañones turcos no pudieron derribarlas. Fue del otro lado, del lado del barrio hebreo, por donde los turcos abatieron el muro y penetraron en la ciudad. Era la parte más débil de las murallas la que defendíamos nosotros, los italianos. Pero ahora hicimos construir otras fortificaciones. Podéis ver la nueva Torre de Italia, si distinguís bien veréis flamar allí nuestros estandartes.

David vio a lo lejos las banderas y la torre, levantó la mirada y, más allá del mar, divisó las costas del continente. Entre las nubes emergían las colinas de Asia, lejana y misteriosa, tierra donde señoreaban los turcos, tierra donde estaba Jerusalén.

—Bajaremos hacia la ciudad por la costa y les mostraré los restos de los campamentos. Todavía se distinguen sus calles, los lugares donde levantaban las tiendas de campaña y los sitios donde tenían emplazada su artillería.

Giovanni y el Almirante iniciaron el descenso; David se aproximó al borde del acantilado y gritó:

—¡Seguid! ¡Yo permaneceré acá un tiempo más observando las ruinas del templo. Luego me reuniré con vosotros!

Contempló el hermoso panorama. En la distancia, el azul oscuro del mar se enlazaba con el cielo claro, transparente. La ciudad amurallada se veía diáfana allá abajo. Podía distinguir, iluminadas por la luz extraña de las islas, luz como la de Corfú, las pequeñas figuras humanas que se afanaban en sus diarios quehaceres. Mujeres vestidas de negro traían agua en cántaros desde una fuente que estaba oculta por un muro. Un carro cargado de sandías entraba por la puerta de San Juan, defendida por dos torres almenadas.

Caminó entre las ruinas. Junto a una columna truncada, que aún permanecía de pie, encontró una cesta con frutas maduras y flores recién cortadas. ¿Sería una ofrenda? ¿Ofrenda al viejo dios pagano traída por algún pastor o alguna campesina? ¿Sería señal de que el anti-guo culto todavía permanecía vivo?

Miró a Giovanni que descendía por la colina junto al Almirante. Ellos adoraban a Cristo, el Mesías, Hijo de Dios, hijo del mismo Dios de Israel. A lo lejos vio la costa del Asia, donde señoreaban los ismaelitas, que reverenciaban al profeta Mahoma, profeta del mismo Dios. David creía en la Ley de Moisés, pero vivía con otros hombres que profesaban distinta fe y para aprender el arte de la navegación simulaba ser cristiano. ¿Quién estaría en lo cierto? Si la Ley de Israel era verdadera, entonces ¿eran falsas las creencias de Giovanni, del Almirante Sforza, de Pierre D'Aubuisson? ¿Por qué se hacía estas preguntas? Giovanni estaba seguro de su fe, no dudaba. El humilde pastor que había hecho ofrendas a un dios pagano tampoco se cuestionaba su fe: con sencillez ofrendaba al dios en quien creía.

El sol estaba alto en el cielo. Se puso de pie y comenzó el descenso hacia el mar; caminó por la playa solitaria hacia la ciudad. Hacía calor. Sintió la tentación de nadar en el mar transparente. Se desvistió y se arrojó al agua. Estuvo algún tiempo nadando. Luego salió, se secó al sol del mediodía, se puso sus ropas y reanudó el camino. Cruzó los prados en donde habían acampado los ejércitos turcos durante el sitio del año mil cuatrocientos ochenta. Rodeó las altas murallas hasta el puerto de pescadores del Mandraki. Estaba desierto. Las barcas habían salido y no regresarían hasta poco antes de la puesta de sol. Continuó su camino por los embarcaderos que conducían hasta el Puerto del Comercio. Allí la actividad era intensa. Varias de las galeras venecianas estaban siendo descargadas. El ir y venir de los estibadores griegos era incesante. Los mercaderes ofrecían a los marineros gran variedad de frutos de las fincas de la isla. Había tiestos y canastas de mimbre abarrotados de pepinos, tomates, sandías, melones y pan fresco. Había cántaros con aceite de oliva y odres con el vino áspero de Rodas.

David compró a una campesina dos hogazas de pan negro y pepinos en agua salada. Caminó por el desembarcadero de los molinos en dirección a la torre de San Nicolás que se erguía imponente hacia el lado del mar. Se sentó bajo la angosta sombra de la torre y comió con voracidad. El sol caía vertical, implacable. Miró hacia el puerto. La actividad disminuía. Los cargadores se encaminaban a los depósitos con sus carros repletos de mercancías. Todos buscaban refugiarse del sol ardiente. Tenían prisa por llegar a sus casas, tomar un frugal almuerzo y dormir durante las horas de más calor. La ardua jornada había terminado. Los muelles quedaron desiertos. Miró las grandes murallas de Rodas y pensó en

el ataque turco. ¿Cómo habrían podido derribarlas? Se puso de pie y se encaminó hacia la ciudad.

Continuó su marcha bordeando los altos muros construidos a lo largo del embarcadero del Puerto del Comercio. Los últimos mercaderes griegos entraban a la ciudad por la puerta de Santa Catalina. David pasó de largo y siguió hacia el final, donde estaba, defendida por una pequeña torre, la Puerta de los Molinos. Caminó, alejándose del mar, junto a los muros de la fortificación, por un foso seco, que podía ser llenado de agua en caso de un ataque enemigo. Más allá estaba la Torre de Italia que había visto desde la colina. La pared todavía mostraba las huellas de los impactos de las bombardas. Vio un trozo que parecía recién construido, tal vez el lugar por donde habían entrado los turcos.

A la izquierda del foso había un cementerio. Era un cementerio judío. Las sepulturas estaban cubiertas con lápidas de piedra gris. David recordó el cementerio de Córdoba, el repique de las campanas en los días previos a la expulsión. Todos los cementerios judíos se parecían, aunque estuvieran en ciudades tan alejadas como Génova, Nápoles o Rodas. La muerte igualaba a todos. Igualaba a todos los muertos judíos mientras esperaban el día de la resurrección.

Un hombre, de pie, vestido con una túnica negra, rezaba absorto junto a una tumba que todavía no tenía lápida. Su rostro estaba enmarcado por una cuidada barba y aparentaba unos treinta años. Cuando terminó su rezo se dirigió, con la cabeza gacha, hacia el sendero que bordeaba la muralla. Al levantar la mirada vio a David y tuvo un sobresalto. Sintió miedo. Con un ademán de disculpas, le cedió el paso.

—*Shalóm*, la paz sea contigo —dijo en voz baja David.

El hombre tuvo un sobresalto.

—Tú hablas la lengua —dijo el judío, sorprendido y a la vez asustado porque un joven marinero veneciano, vestido de finos paños de color azul y rojo, le hablara en hebreo.

—Soy judío —confesó David—, provengo de Sefarad, de donde fuimos expulsados. Me llamo David de Córdoba y estoy aprendiendo el arte de navegar en la flota de Venecia, luego trabajaré en los negocios de mi familia, la familia Abravanel.

—Soy Natán ben Iosef —dijo el judío—, soy médico de la comunidad. El nombre de tu familia, que Dios los proteja, son conocidos en Rodas. Es un honor para nosotros que estéis en nuestra ciudad, David.

—El gusto es mío, Natán, hace muchos meses que no hablo con un judío, para aprender a navegar galeras debo simular ser cristiano.

—Hoy es viernes, David. Cenaremos con toda mi familia cuando se ponga el sol. Sería un orgullo que me acompañes esta noche en mi humilde casa.

—Es peligroso para mí descubrirme como judío —replicó David—. Los capitanes venecianos no conocen mi origen. Está prohibido tener marineros extranjeros en la flota veneciana. El único que conoce el secreto es mi amigo Giovanni Corradi.

—Puedes venir con tu amigo Giovanni, guardaré el secreto. No te descubriremos.

Camaron en dirección al mar hasta la Puerta de los Molinos y por ella entraron en la ciudad, al barrio judío. Recorrieron calles estrechas, con edificaciones de piedra a ambos lados, sostenidas por arcos que cruzaban las calles. David vio que las construcciones de ese barrio de Rodas eran similares a las de Córdoba, Génova,

Venecia; aunque estaban construidas como las otras casas de la ciudad, todos los barrios judíos tenían un carácter —no podía expresarlo como cierto— que los distinguía, que los igualaba.

Llegaron a una vieja puerta de madera ante la cual Natán ben Isaac se detuvo.

Ésta es mi casa —dijo, y agregó—: te espero para la cena del *Shabat*. Ven cuando salga la primera estrella. Conocerás a mi familia. Ven con tu amigo Giovanni.

—Aquí estaré —respondió David.

La puerta se cerró detrás de Natán pero David pudo ver, durante un momento, el pequeño patio cuadrado, colmado de plantas y tiestos con flores.

Caminó por las calles desiertas siguiendo el contorno de la muralla hasta el albergue de los Italianos. No pudo borrar de su mente durante toda la tarde la expresión de temor que había visto en la mirada de Natán cuando lo había confundido por un marinero cristiano.

Natán cerró tras de sí la vieja puerta de madera de su casa, permaneció algunos instantes con la espalda apoyada contra las gastadas tablas y pensó en el encuentro que había tenido con David de Córdoba. Ese encuentro, en un día de duelo —hacía un mes que había muerto Iosef, su amado padre— tal vez fuera un presagio de buena suerte, pues la familia Abravanel era bien conocida en Rodas; era una buena familia, la más prestigiosa de Sefarad.

Atravesó el pequeño patio que olía a jazmín y entró en la cocina. Encontró, como todos los viernes, que su esposa Rebeca ya tenía preparado el baño de agua caliente en una tina de madera de cedro, dispuesta en el centro de la estancia.

—¡Así vivas tú, Natán! —exclamó Rebeca—. ¡Tienes el rostro demudado!

—Vengo del cementerio, mujer. Dije la oración para mi padre. ¡Que el Señor lo tenga en Su Libro!

—Y se te apareció el espíritu del difunto.

—Se me apareció un joven veneciano vestido de azul y rojo. Me dio un gran susto. Pensé que sus intenciones serían aviesas. Pero resultó ser marino de la Casa Corradi. Entablamos conversación porque entiende algunas palabras de griego. Lo invité a la cena del Sábado. Vendrá cuando se ponga el sol.

Rebeca palideció. Hacía muchos años que no recibía a un cristiano en su casa. Se mordió los labios para no contradecir a su marido. Lo miró un instante con mudo reproche y luego dijo:

—Ven, siéntate. Te ayudaré con la túnica. El baño ya está listo. El agua es tibia. Si esperas mucho tiempo se enfriará.

Natán se sumergió. Sintió que el calorcillo del baño ablandaba su espalda rígida. Se recostó contra la madera gastada de la tina y entonces descansó.

Rebeca se acercó al hogar que estaba contra la pared opuesta a la puerta, donde se cocía lentamente la cena del Sábado. En una sartén se freían los lenguados que había comprado Yusuf, su hijo mayor, a los pescadores del puerto del Mandraki. Los serviría esta vez con salsa de tomates sazónada con especias de oriente. En una olla hervían pepinos rellenos con arroz y carne picada y en el horno se calentaban, a fuego lento, los pequeños pastelitos de berenjenas y de carne con aceitunas. Debían permanecer calientes hasta la comida del mediodía del Sábado, cuando los hombres volvieran de la sinagoga. El fuego se mantendría encendido y las brasas se

consumirían poco a poco, conservando el calor toda la noche. No estaba permitido encender fuego durante el *Shabat*.

Natán, sentado en la tina, de espaldas al hogar, escuchaba los sonidos bruscos de las ollas y sartenes que zarandeaba con enfado su esposa. Al rato los ruidos se hicieron más suaves. Rebeca ya no aporreaba las tapas y las cucharas, luego, con voz queda, comenzó a entonar una canción:

—*Si la mar fuera de leche
los barquitos de canela...*

Natán supo que a su esposa se le había pasado el enojo.

Rebeca se ocupaba, junto con su hija Shulamit, de disponer la mesa en el centro del patio, debajo del naranjo. Era una cena diferente porque vendría un extranjero, y cristiano además. Colocaron un mantel blanco, luego los platos, cuchillos, y las jarras donde se serviría el vino y el agua. Cubrieron con una servilleta blanca, de seda, con profusos bordados, el pan que habían amasado por la mañana.

Escucharon la voz del bedel de la sinagoga que anunciaba la inminente llegada del *Shabat* mientras se acercaba por la calle gritando en repetido pregón:

—¡Encendiendo que ya es tarde! ¡Encendiendo que ya es tarde!

Shulamit se apresuró a encender las dos candelas, una en cada extremo de la mesa y luego bajó, mediante una roldana, la gran lámpara de aceite que servía para

iluminar el patio. Lo hizo con el orgullo de sus doce años. Era la joven mayor de la familia y encender la lámpara era su obligación, como antes había sido la obligación de su madre.

La luz rojiza del atardecer palidecía. El patio quedaba en sombras. El aroma de los jazmines impregnaba el aire del crepúsculo y la luz de las candelas comenzaba a imponerse proyectando extrañas sombras oscilantes contra las paredes blanqueadas.

Se abrió la puerta de calle y entró Raquel, la hermana menor de Rebeca, y sus pequeñas hijas.

—*¡Shabat Shalom!* —exclamó Raquel—, que la paz del Sábado sea con vosotros.

Las mujeres intercambiaron saludos y comentarios acerca de los sucesos de la semana. Luego prepararon las fuentes con los lenguados, las adornaron con rodajas de limón, cebolla y tomates. Cuando todo estuvo pronto se sentaron a esperar el regreso de los hombres de la sinagoga. Entonces Rebeca le contó a su hermana que vendría un forastero cristiano para la cena.

David golpeó la vieja puerta de la casa de Natán y esperó. Hasta el momento, la trama urdida estaba resultando. Había salido con Giovanni del Albergue de los Italianos al atardecer. Se encaminaron hacia la taberna del puerto, de la que se decía que en ella trabajaban las mujeres más bonitas del Mediterráneo. Simularían pasar la velada bebiendo con algunas ramera, y, al poco tiempo, David saldría hacia el embarcadero con la excusa de tener un leve malestar y se dirigiría a la casa de Natán para la cena. Luego, David retornaría a la taberna a buscar a Giovanni y regresarían juntos al albergue. Nin-

guno de los marinos de las galeras debía saber que David iría a una comida en la casa de un judío. Si alguien lo denunciaba a la Inquisición correría un grave peligro.

—¡Así vivas tú, David! ¡Tu llegada alegra mi corazón! —exclamó Natán mientras lo acompañaba hasta el patio—. Pasa que te estamos esperando. Las mujeres están impacientes por conocerte.

—Aguarda —dijo David, y le contó, mientras permanecía de pie ante el portal, la astucia que habían ideado con Giovanni para ocultar su visita, y agregó que debía regresar a la taberna antes que cerraran las puertas de la ciudad.

David contempló el pequeño patio lleno de flores, donde el penetrante aroma de los jazmines le hizo recordar la fragancia perdida del jardín de su casa de Córdoba.

La mesa estaba pronta y los familiares de Natán esperaban de pie en el patio. Comenzaron las presentaciones.

—Éste es el marino de la casa Corradi, David Corradini —dijo Natán, y luego nombró a los componentes de su familia en riguroso orden. Primero los varones de acuerdo con su edad y luego las mujeres comenzando por Rebeca, su esposa.

Rebeca saludó a David con una pequeña reverencia, como acostumbraban las mujeres, y esbozó una sonrisa forzada para complacer a su marido.

David admiró la rara belleza del rostro serio de la mujer, la nariz recta, los ojos verdes, el cabello claro. Estaba ataviada con un hermoso vestido de seda, que ella misma había bordado para usar en la cena de *Shabat*. Calculó su edad: estaría cerca de cumplir los treinta años pero parecía más joven.

Natán sirvió la copa de plata que reservaba para las grandes ocasiones. Dijo la bendición del vino y luego bebió un pequeño sorbo. A continuación pasó la copa a todos los presentes que bebieron en el mismo orden con que había hecho las presentaciones: primero los varones de acuerdo con su edad y luego las mujeres. Sirvió después el vino en jarros de arcilla cocida, adornados con flores azules, y repartió el pan que Rebeca había cubierto con un paño de seda. David se sentó en el lugar de honor, a la derecha de Natán, quien ocupaba una de las cabeceras, a su izquierda estaba Yusuf, en la otra cabecera, cerca de la entrada de la cocina estaba sentada Rebeca.

Comieron el pescado, acompañado con la salsa de tomates y cebolla, en tenso silencio. David apreció la comida, era la primera ocasión de probar un bocado sabroso, hecho por manos de mujer, luego de tantos días en las galeras alimentándose de carnes saladas y galleta. Además, había sido preparada de acuerdo con el ritual judío. Mientras percibía la mirada hostil de la dueña de casa, saboreaba el pescado, que estaba delicioso, sabiendo que las mujeres judías se sentían orgullosas de su cocina. Demostrar apetito era una forma de halagarla.

Rebeca lo observaba comer y en su interior la hostilidad desaparecía. El joven marino no se comportaba como el extranjero altanero que ella había imaginado, hasta en la forma de comer percibía maneras familiares.

Yusuf miró a su padre interrogativamente como pidiéndole permiso para hablar. Natán hizo una seña afirmativa con la cabeza que David comprendió de inmediato. Era como el permiso que había solicitado a Salomón de Córdoba tantas veces en las cenas de su casa de Sefarad.

—¿De qué ciudad de Italia vienes, David —dijo Yusuf rompiendo el pesado silencio.

—Vengo de Florencia —respondió David sin titubear pues ya tenía preparada una respuesta para esta pregunta. Luego agregó—: los Corradini somos una rama pequeña de los Corradi de Venecia. Estoy aprendiendo navegación con mi primo Giovanni Corradi en su flota de galeras.

—¿Hay judíos en Florencia? —continuó Yusuf.

—Hay un barrio con muchos judíos en Florencia. También en Venecia los judíos vivían en una isla llamada La Giudeca, y ahora están poblando un distrito nuevo que se llama Ghetto, cerca de la fundición de cañones —aclaró David.

—En Florencia hay un judío muy rico y muy sabio que se llama Elías Delmédigo. ¿Lo conoces, David? —interrogó Natán.

—Con Elías Delmédigo, que Dios lo guarde, y con Pico de la Mirándola aprendí el poco griego que hablo —aclaró—: el griego clásico de Platón. Con el pescador Mitrakis, en la isla de Corfú, conocí un poco del idioma del pueblo. Debéis perdonarme por lo pobre de mi lenguaje.

Las disculpas de David enternecieron a Rebeca. No era el cristiano orgulloso que había imaginado. También conocía a Elías Delmédigo, que, hacía algunos años, había cenado una tarde de sábado en ese mismo patio.

—Hablas bien el griego, David. Acá todos te comprendemos —acotó Natán, y agregó—: Cuéntanos cómo es Florencia.

Y David contó como era Florencia, contó como había nadado en el Arno, contó acerca de la plaza de La Signoría, de la majestuosa catedral de Santa María del

Fiore y de las largas discusiones sobre la academia platónica con Elías Delmédigo y Pico de la Mirándola. Habló de los canales de Venecia y de las góndolas, habló del Palacio Corradi y de los judíos que había conocido en Venecia y en Corfú. Y sintió que la hostilidad de la mujer disminuía a medida que avanzaba su charla. Los niños y jóvenes escuchaban absortos y cuando concluyó, supo que se había ganado el respeto de la familia de Natán y el afecto de Rebeca.

La débil luz de las estrellas rivalizaba con el tenue resplandor de los faroles de aceite que iluminaban las desiertas calles de Rodas. El aire cálido de la noche tenía cierta densidad. David apresuró su paso. Debía llegar cuanto antes. Antes de que cerraran la puerta de Santa Catalina.

Entró en la taberna. A pesar de lo avanzado de la hora, algunos cruzados bebían somnolientos rodeados de prostitutas aburridas.

—¿Dónde se encuentra mi amigo Giovanni? —preguntó David al mesonero, un griego de cabellos negros y amplio bigote.

—Tu compadre veneciano está arriba —replicó el griego con una sonrisa, mientras señalaba hacia una estrecha escalera que llevaba a los cuartos de la taberna. Luego agregó—: ¿Estáis ya aliviado de vuestro mal?

—Me recosté en el embarcadero, detrás de los molinos y quedé dormido —mintió David—, pero ahora estoy repuesto. ¡Sírreme un vaso de vino! El vino terminará de curarme.

El tabernero rió de buena gana y llevó la bebida hasta una mesa.

David se sentó a esperar a Giovanni en un banco de madera. Bebió un trago. Era áspero y fuerte. Apoyó la espalda contra la pared rugosa de la taberna, estiró las piernas y entrecerró los ojos. Pensó en la reunión con la familia de Natán y en la exquisita comida que había preparado Rebeca. Comenzó a idealizar a esta familia. Pensó en cómo las familias judías se parecían. Aunque estuvieran alejadas, aunque moraran en Córdoba o en Rodas. También se parecían los barrios judíos, los cementerios judíos, las costumbres judías. Aunque las familias vivieran en ciudades distintas, a la orilla de un río o al borde del mar, aunque hablaran en idiomas diferentes, había algo que las igualaba y que él no podía definir.

Una voz ronca, que hablaba en perfecto castellano, interrumpió los pensamientos de David.

—¡Debemos actuar, esto no puede quedar así!

David entreabrió los ojos y miró hacia el lugar desde donde provenía la voz. Vio un caballero cruzado, de barba recortada en punta, hablando a otros caballeros más jóvenes, que escuchaban con atención. Las prostitutas, sentadas a una mesa que estaba cerca de la escalera, bostezaban.

David volvió a cerrar los párpados y comenzó a prestar oídos al discurso de la mesa de los españoles.

—¡Esto no debe quedar así! ¡Hay que convencer a Pierre D'Aubuisson! ¡No es posible que en una isla cristiana habiten judíos! Tienen que hacer como en Castilla y Aragón. Hay que convertir a los judíos a la verdadera fe de Cristo. Los que no quieran hacerlo deben ser expulsados. Como lo hicieron en España nuestros reyes, Fernando e Isabel. ¡Que Dios los bendiga!

David escuchó murmullos de aprobación en la mesa

vecina. Abrió los ojos. Ahora estaba despierto. También en Rodas los españoles conjuraban contra los judíos.

—¡David, quieres subir! —gritó Giovanni asomado desde lo alto del descanso de la escalera. Tenía su camisa entreabierta y el pelo desordenado—. ¡Mira a la hermosa Elena! —exclamó, mientras arrastraba hacia la luz de una pálida lámpara de aceite, a una bella joven, vestida con una camisa de lino transparente, que apenas ocultaba sus espléndidos pechos de negros pezones.

El español de la barba en punta interrumpió su discurso, movió la cabeza y miró a Elena con un gesto que David no pudo precisar si se trataba de deseo o desprecio. Tal vez fuera las dos cosas.

—No Giovanni, ahora no, vendré por Elena alguna otra noche. Es tarde, vístete y regresemos al albergue.

David gritó esta frase en el mejor toscano que pudo articular, tratando de que no se notara su acento español.

—Ya estaré contigo —dijo Giovanni desde lo alto, atrajo a Elena hacia sí y le dio un largo beso. Luego la tomó del brazo y la introdujo nuevamente en la oscuridad del piso superior.

—¡Italianos! —dijo con su voz fuerte el caballero de la barba en punta en tonillo de encono que David, por prudencia, ignoró.

El sábado amaneció soleado. David salió temprano del Albergue de los Italianos. Giovanni todavía dormía. Compró en el mercado del puerto una hogaza de pan y trozos de pescado conservados con sal. Caminó a lo largo de la costa hasta Petaloudes, el Valle de las Mariposas. Subió por la ribera del pequeño riacho y se detuvo a

merendar junto a la orilla de un remanso donde las aguas formaban una pequeña laguna. Comió el pan y el pescado frío. Bebió el agua fresca de la vertiente. Estaba maravillado por el enjambre de mariposas multicolores que revoloteaba sobre su cabeza centelleando a la luz del sol que se filtraba entre las hojas de los árboles.

El domingo visitó junto con Giovanni —para no despertar sospechas— la tejeduría de seda que poseía la familia de Natán. Había hermosos paños bordados que podría vender en Venecia y David pensó que servirían también para mercar a los países del norte a través de la Compañía de su familia. Acordaron entonces con Natán iniciar tratos mercantiles.

A la mañana del día siguiente las galeras levantaron anclas cuando asomaba el sol. Habían estado en la isla de Rodas algo menos de una semana pero a David le pareció que había transcurrido mucho más tiempo.

Podemos entonces ver a la flota veneciana, con sus velas blancas desplegadas, saliendo del puerto del Comercio. Giovanni lleva la barra del timón de la nave de la Casa Corradi. A su lado, de pie sobre la toldilla de popa, David mira hacia atrás mientras la galera se aleja de la "Isla de las Rosas" impulsada por un viento fuerte y cálido que sopla desde África. Ve el cielo y el mar azul, ve las murallas de Rodas, ve la torre de San Nicolás y, sobre el muelle del Mandraki, los molinos de viento. Ve el monte del Acrópolis donde distingue las columnas del antiguo templo recortadas contra el cielo. Recuerda el cementerio y la casa de Natán ben Isaac y la triste mirada de Rebeca cuando supo que partiría al día siguiente. Recuerda los frutos que mercaban los comer-

ciantes griegos del puerto. Recuerda las calles estrechas, las casas de piedra, las fuentes de agua y los patios con dibujos hechos con guijarros. Y piensa en volver, piensa que algún día regresará. Como pensaron también mis abuelos el día que partieron de esa isla a bordo de un vapor que los trajo hasta América. Creían que los aguardaba un porvenir venturoso, tendrían trabajo, ahorrarían dinero y luego podrían retornar. Pero mis abuelos, que dejaron esa isla encantada un día azul, jamás la volvieron a ver.

Nápoles, 17 de junio de 1499

La luna que iluminaba la bahía, reflejaba en el mar la claridad velada de la noche, contra la que se recortaban las líneas negras de los mástiles y las sombras oscuras de las torres que defendían la ciudad. Desde la ventana de su cámara, David miraba hacia el puerto de Nápoles. Escuchó la respiración de Shoshana que dormía sobre la amplia cama con dosel. Un gallo cantó anunciando el alba. Recordó la carta que había recibido de su padre. El sobre lo había estado esperando en el Palacio Corradi cuando regresó a Venecia luego de un largo viaje en las galeras. Reconoció el sello de la Compañía. Subió corriendo por las escaleras de mármol hasta su cuarto y rompió los sellos de laca. Ansiaba tener noticias de los suyos. Hacía ya tres años que estaba alejado de la familia.

Se había enterado entonces que estaban nuevamente instalados en Nápoles. El rey Ferrante había muerto sin herederos y lo había sucedido su primo, Fadrique, que también era primo de Fernando de Aragón. Fernando, El Católico, ante un pedido de Fadrique, envió un ejército, al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, que había cruzado desde Sicilia a Raggio, avanzado por Calabria, derrotando a los ejércitos franceses, entrado triunfante en Nápoles y repuesto a Fadrique en el trono. Isaac Abravanel continuaba en el cargo de tesorero del reino y la familia había retornado a Nápoles. Era necesario que David volviera a la ciudad para ocuparse de algunos asuntos muy urgentes, —los cuales no aclaraba—. La carta lo había dejando perplejo.

Apartó la vista del puerto y contempló a su esposa. La sábana que la cubría se había deslizado revelando parte del cuerpo pálido, desnudo. Vio las finas piernas, la curva suave de la cadera, el pelo largo, negro, ondulado, que caía en cascada ocultando apenas el esbelto cuello. Shoshana Cohen dormía profundamente.

David volvió a la cama y cubrió delicadamente el cuerpo de su mujer con la sábana de lino. Se acostó. Miró la cámara que su padre había mandado a construir en la azotea para los novios. Sobre el banco que estaba contra la pared, un aguamanil de porcelana blanca reflejaba la luz de la luna. Sintió la tibieza que desprendía la delicada piel de Shoshana y recordó la noche de amor. Cuando los últimos invitados a la boda se habían retirado, los novios habían subido de prisa, tomados de la mano, las escaleras que llevaban al cuarto. Shoshana Cohen había apagado las candelas de la alcobá dejando solamente una encendida —no deseaba que David la observara mientras se desvestía—. Entonces le había pedido tímidamente que mirara hacia otro lado, sin volverse, mientras ella se quitaba el complicado atuendo blanco, de novia. Cuando estuvo lista le dijo en voz baja que podía venir. David se acercó por el lado de la cama que daba a la pared y se desnudó dejando sus ropas acomodadas sobre la silla. Shoshana, de espaldas, miraba hacia la ventana. Se introdujo entre las sábanas en silencio y sintió el suave perfume de jazmín que desprendía el cuerpo de su mujer. No la tocó. Shoshana hablaba en un susurro pues sabía que la familia Córdova: Salomón, Sara, Muchico y Déborah estarían despiertos y, entre risas contenidas, querrían escuchar las voces y los ruidos del cuarto de los recién casados.

David acarició suavemente la piel y sintió el estremecimiento de su mujer —era la primera vez que un

hombre tocaba su cuerpo—. La abrazó. “No tengas miedo” le había dicho, y Shoshana se acurrucó contra él. Luego, lentamente, con cuidado, como cuando se consuela a un niño, acarició su rostro, su cabello, su frente, y besó sus ojos, sus labios, susurrando: “Te amo, no tengas miedo; no tengas miedo, Shoshana”.

Entonces ella comenzó a relajarse. David había sentido que la tensión cedía ante sus caricias y que, tímida-mente, lo tocaba con mano inexperta. Guió las manos de su mujer con paciencia, pero pronto advirtió que Shoshana le hacía caricias más osadas. David se detuvo y la miró. “Esther Franco me contó cómo se satisface a un hombre”.

David la penetró suavemente, tratando de no herirla, pero Shoshana gritó, ahogando el grito con la mano en la boca, para que no se escuchara en el piso de abajo.

Se habían separado en silencio. David encendió otras candelas. Quería ver a su mujer. Shoshana descubrió lentamente su cuerpo pequeño, bien formado, y miró a su esposo tratando de vencer su vergüenza. David regresó a la cama. Se besaron con ímpetu y volvieron a hacer el amor. Y esta vez sintió, en la pasión de Shoshana, que ella también había gozado.

El gallo volvió a cantar. Shoshana todavía estaba dormida. David miraba la forma del aguamanil blanco que se distinguía en la claridad del alba. Recordó la sorpresa de su madre cuando él había entrado en la cocina de la casa de Nápoles.

—¿Y este mozo quién es? —había preguntado la tía Esther.

—¡Mamá! —atinó a decir antes de confundirse en un interminable abrazo.

—¡Así vivas tú, si es mi Davico! ¡Qué grande que estás, cómo has crecido! ¡Déjame verte, muchacho! —dijo Sara apartándolo suavemente para poder mirarlo.

—¡De novio que te veamos! —exclamó la tía Esther dejando la sartén en la que se freían unos lenguados.

—¡Salomón, Salomón! —gritó Sara—. ¡Ven que llegó nuestro Davico!

Al poco tiempo toda la familia se había reunido ante la mesa de la espaciosa cocina de la casa. Sara calentó los infaltables bollitos de berenjena, de acelga y de arroz, que sirvieron para acompañar a los pescados que habían preparado.

David volvió a ver a Déborah, su hermana, que ya era toda una señora. Se había casado con un sastre de Nápoles y tenía dos pequeñas niñas. Muchico, su hermano mayor, vivía en Messina y manejaba los asuntos de la compañía en Sicilia. También se había casado pero aún no tenía hijos. Estaba en Nápoles de paso hacia Roma, donde debía despachar algunos negocios. Judah Abravanel, su primo, había venido a saludarlo. Era el médico de la corte de el rey Fadrique. También había venido Esther Franco, bella como siempre. No había vuelto a casarse.

David recordó las miradas risueñas de todos y la alegría de ese almuerzo inesperado el día que retornó a Nápoles. Salomón cambiaba chanzas con Judah Abravanel y la conversación era ligera y alegre. Cuando se acercaba algún nuevo amigo de la familia para saludarlo, David debía contar una vez más sus aventuras en las galeras venecianas.

La tía Esther lo presentaba con las palabras: “este es David, nuestro marino. ¡De novio que lo veamos!”

Mientras la tarde caía y la luz comenzaba a menguar, los visitantes se retiraron. David, Salomón y Sara quedaron solos en la cocina.

David vio las hebras blancas que plateaban las sienes y la frente surcada por arrugas de Salomón de Córdoba. El rostro de su padre había cambiado, pensó, como si dirigir los negocios de la familia lo hubieran envejecido.

Salomón lo miró con semblante serio y se aclaró la garganta. Era un gesto que David conocía desde pequeño. Supo entonces que había llegado el momento en que le diría el motivo por el cual había sido llamado de vuelta a Nápoles.

—Hijo, David, ya has cumplido veinte años, que El Señor te guarde. Es por ello que te hemos elegido prometida. Ya tienes edad para que formes un hogar y que tengas muchos hijos, si Dios así lo quiere.

El corazón de David dio un salto y comenzó a latir enloquecido. No esperaba que el matrimonio fuera la causa del llamado. Creía que le encomendarían, tal vez, alguna misión mercantil en un país lejano. Las risitas cómplices de su hermana Déborah y ciertas frases de la tía Esther durante la comida debían haberlo prevenido. Toda la familia sabía lo que él ignoraba. Mientras Salomón proseguía hablando de las bondades del casamiento y de los preceptos del matrimonio, pensaba en quién sería la elegida. Por su mente pasaron todas las mujeres que había conocido: Esther Franco, la gitana Luna, Raquel, la griega Elena, Catalina Pacci. ¿Sería su novia como alguna de ellas?

—...hemos pensado en una mujer que te gustará —siguió diciendo en tono monótono su padre, mirando a Sara que permanecía sentada a la mesa en silencio —tu

madre dice que Shoshana es muy laboriosa y que sabe cuidar del hogar. Su padre, Iosef Cohen, trabaja en nuestra compañía y le ha dado una buena dote. Shoshana es una magnífica mujer y estamos seguros que será una compañera afectuosa. Con el tiempo, en el Nombre de Dios, aprenderán a quererse y nos darán muchos nietos —concluyó Salomón, mirando nuevamente a Sara, pidiéndole aprobación.

David buscó en su memoria el recuerdo de Shoshana. Vio la imagen borrosa de una niña subiendo a la galera de la mano de Iosef Cohen. Le había gustado la mirada inocente y pícara de Shoshana. No sabía por qué esos ojos negros le recordaban los ojos de la gitana Luna.

Al día siguiente, a la tarde, habían visitado la casa de Iosef Cohen. David caminó acompañado de su padre por las estrechas callejuelas de la judería de Nápoles. Salomón golpeó a la puerta. Iosef abrió. Entraron al pequeño patio donde crecía un limonero y siguieron hasta el salón donde esperaba Shoshana, acompañada por Esther Franco. David miró los ojos de su prometida. Shoshana bajó tímidamente la mirada.

Había cambiado. Ahora era toda una mujer. Llevaba un elegante vestido largo, de color morado, con puños y cuello recamados con hilos de oro. Estaba peinada con el cabello recogido en una trenza y cubierto por un tul negro. El cuerpo era pequeño pero bien formado, los movimientos, vivaces. Aparentaba una modestia que no sentía, pero que era la actitud que se esperaba de ella en esas circunstancias.

—Hijos míos, David, Shoshana, como sabéis, hemos

decidido, Iosef Cohen y yo, dar el consentimiento para vuestra boda, que sea en el Nombre de Dios —dijo Salomón de Córdoba.

—Que viváis muchos años y que, en el Nombre del Eterno, nos den nietos y nietas —agregó Iosef Cohen.

David miró a Shoshana que esbozó una sonrisa y luego, cuando sus miradas se cruzaron, bajó la vista.

Esther Franco convidó a los hombres con dátiles rellenos de nuez, para endulzar el momento. Finalmente Iosef y Salomón iniciaron una conversación en la cual cada uno ensalzaba las virtudes del hijo del otro. A David le parecía como si pretendieran venderlos en un remate.

—Shoshana es la más bella novia de Nápoles —decía el padre de David—, que digo, es la más bella de todo el Mediterráneo y además la más laboriosa.

Shoshana se ruborizaba.

—David es el más inteligente de los muchachos que salió de Sefarad —decía Iosef Cohen.

Al poco tiempo, luego de intercambiar buenos deseos y bendiciones, se despidieron. Cuando David salía de la habitación se volvió para mirar a su novia —Salomón y Iosef ya estaban en el patio— entonces Shoshana, irradiando felicidad, le sonrió abiertamente. Sí, también la sonrisa se parecía a la de la gitana Luna.

Los preparativos de la boda habían durado todo el mes y llenaron de agitación a las mujeres de la judería. Esther Franco, haciendo el papel de la madre que Shoshana había perdido, ayudó a preparar el ajuar de la novia. Las muchachas de la familia habían cosido hermosos camisones, bordado sábanas de lino y confeccionado nuevos vestidos.

El sábado anterior a la ceremonia todas las mujeres se habían reunido en casa de Iosef Cohen para acompañar a Shoshana. Hubo cantos, risas y burlas que aludían a los hombres, al amor y a la noche de bodas.

Según una antigua tradición, David no podía ver a su novia hasta el día del casamiento. De cualquier modo estaba ocupado por dos asuntos que lo absorbían por completo: debía hacer los preparativos para la fiesta y aprender, al lado de su padre, desde la oficina central de Nápoles, el manejo de la Compañía.

Habían decidido que el convite sería en casa de Salomón de Córdoba. David se encargaría de contratar a los músicos y hacer la compra de las hortalizas, pescados y legumbres para que las mujeres de la familia prepararan los manjares. Había requerido los servicios del “convidador” quien pregonaría el convite a la boda de viva voz por las casas de todos los parientes y amigos.

El día anterior al enlace, cantando al son de pande-retas y tamboriles, un grupo de mujeres, encabezadas por Esther Franco, recorrió las calles del barrio llevando el ajuar de la novia. Subieron, en medio de gran algarrabía, la escalera que conducía al nuevo cuarto arreglado para la pareja y acomodaron dentro de un arcón los enseres y las ropas de la novia.

Ese mismo día, David encomendó a Muchico que llevara a su prometida doce maravedíes de oro envueltos en un pañuelo de seda blanca. Salomón de Córdoba había dicho: “Este presente traerá a tu esposa muy buena fortuna, para que viva muchos años, en el Nombre de Dios”.

La claridad del alba comenzaba a desplazar los reflejos de la luna. Shoshana murmuró en su sueño algunas palabras que resultaron incomprensibles para David. Luego dio media vuelta y quedó de espaldas. Miró a su esposa. Shoshana Cohen. Su esposa era Shoshana Cohen.

Recordó la primera vez que la había visto, cuando todavía era una niña, aquella tarde triste, en el puerto de Barcelona, durante el fatídico viaje al destierro. David, a su lado, sintió la respiración y pensó que era la primera vez que dormía toda la noche junto a una mujer. Era él quien se había casado. Ahora tenía esposa y obligaciones.

Recordó el bullicio del día anterior, el día de su boda. Shoshana había concurrido el baño ritual por la mañana temprano. La acompañaron en procesión Esther Franco, Sara, Déborah y otras vecinas. Cantaban al son de panderetas y flautas de madera:

*"Madre, madre, si bien me quieres
mi alma y mi bien tomares
a mi esposa al baño llevares
con jabón y almizcle la enjabonares
y con agua de rosas la enjuagares"*

Las vecinas, uniéndose a la algazara, se asomaban a las ventanas y balcones para saludar a la pequeña y ruidosa procesión.

Una vez en la casa de baños, las mujeres habían dispuesto los utensilios para el aseo y embellecimiento de la novia: jabones, esponjas, aceites y raros perfumes traídos de oriente. Esther arrojó un puñado de azúcar

en el agua para endulzar la vida de la nueva esposa y un ramito de ruda para la buena suerte. Finalmente Shoshana se sumergió tres veces en la piscina como establecía la tradición. Luego le afeitaron las cejas, le recortaron las uñas que pintaron de color rosado, le empolvieron la cara con polvo de arroz y le untaron el cuerpo con finos aceites perfumados.

Durante la tarde, Shoshana permaneció en su casa acompañada de Esther Franco esperando con impaciencia que llegara la hora de ponerse el vestido de novia que ella misma había ayudado a bordar. David había concurrido a la sinagoga junto con su padre y su hermano para la oración. Asistieron también: Isaac Abravanel, Judah Abravanel, Iosef Cohen y todos los judíos de la comunidad de emigrados de España. La sinagoga de Nápoles estaba colmada y hacía calor.

Cuando el sol caía en la calurosa tarde, los hombres regresaron de la sinagoga. Shoshana los esperaba en el salón de la casa de Salomón de Córdoba, ya vestida de novia, sentada entre Sara y Esther Franco, rodeada de las mujeres de la familia.

David quedó prendado. Shoshana lucía el largo vestido blanco bordado con hilos de oro. En su esbelto cuello brillaban collares con piedras preciosas y largos pendientes enmarcaban su rostro. Nunca la había visto tan bella.

Se hizo silencio en la sala. La ceremonia estaba por comenzar. Salomón de Córdoba, Muchico, Iosef Cohen y Judah Abravanel tomaron las puntas del *talet*, el manto ritual, y lo sostuvieron encima de las cabezas de los novios. Isaac Abravanel bendijo a la nueva pareja. David entregó a Shoshana un hermoso anillo con sello y la abrazó. Sintió el temblor de su mujer. Los asistentes vivaron a la pareja. David rompió una copa de vidrio

que estaba envuelta en un paño, como era la tradición. Tradición que recordaba, hasta en los momentos más felices, que la vida es frágil y que la felicidad es precaria como una copa de cristal.

Los novios pasaron al cuarto contiguo para firmar el contrato matrimonial, la *ketubbá*, que luego Muchico se encargó de exhibir a toda la concurrencia.

—¡Que vivan muchos años, en Nombre de Dios! —exclamó Judah Abravanel.

—¡Que nos den nietos y nietas, con salud, así quiera el Eterno! —decía Sara.

Todos se confundían en besos y abrazos. Parecía como si las angustias del exilio estuvieran fuera de la casa de Salomón de Córdoba, como si los sufrimientos de los emigrados hubieran sido una de esas pesadillas, un mal sueño que la luz del día disipa. Las penas sufridas quedaban atrás. La vida en Nápoles era digna de ser vivida.

Los músicos comenzaron a tocar con instrumentos que habían traído de España. Sonaba un laúd, un tamborín y una flauta. Esther Franco, tocando la pandereta, comenzó a cantar:

*"Abridme Galanica, que va amanecer,
avrid ya vos avro, mi lindo amor,
la noche non duermo pensando en vos."*

Fue la señal para que comenzara el baile. Las parejas danzaban enfrentadas, separadas entre sí por algo más de un paso. Todos se movían al ritmo de la música que se hacía cada vez más rápida.

David comenzó la danza frente a Shoshana y, cuando al poco tiempo Judah Abravanel se la arrebató, que-

dó desconcertado en medio de la sala mirando a su esposa bailar. Sintió a su espalda el sonido de la pandereta y vio a Esther Franco que lo tomaba de la cintura y bailaba delante de él moviéndose con el ritmo intenso del tamborín. No sabía si era él quien giraba al son de la música o si todos giraban en torno a él. No advirtió en qué momento los músicos dejaron de tocar ni cuánto tiempo había pasado. Algunos invitados ya habían partido. Quedaban los que estaban convidados al banquete. Entonces las criadas comenzaron a traer las fuentes de aves, los pescados y las piernas de cabrito. También los bocadillos de berenjena, de acelga y de carne. Había una fuente con arroz y piñones y jarras llenas de vino rojo.

—¡Que vivan muchos y buenos años, en el Nombre del Eterno! —exclamó Isaac Abravanel mientras bebía de la copa de vino picante de Nápoles, luego se la entregó a Salomón de Córdoba.

—¡Por la vida! —respondieron los presentes mientras la copa de plata circulaba de mano en mano.

La claridad de la mañana inundaba la habitación. Las voces de Nápoles entraban por la ventana del cuarto. David sintió una caricia en sus párpados. Abrió los ojos. Shoshana retiró la mano al ver que la miraba. David le sonrió, besó a su esposa y pensó en los siete días de la *juppá*. Serían días de fiestas y convites. Pero luego de esta noche, durante los siete días que seguían, no podía dormir nuevamente con su mujer. La volvió a besar y sintió la pasión de Shoshana. Le acarició el rostro, bajó la mano por el cuello, tocó los firmes pechos y sintió los pezones que se habían endurecido. Acarició los muslos y las caderas. Entonces volvieron a hacer el amor.

Nápoles, 30 de octubre de 1500

Las galeras partieron del puerto de Nápoles impulsadas por el viento frío del norte que anticipaba la llegada del invierno. David, de pie sobre el desembarcadero, vio con nostalgia las naves que salían al mar. Una ráfaga fresca le azotó el rostro. Echaba de menos sus viajes, los días pasados en el mar en compañía de Giovanni. Se sentía intranquilo en tierra y se aburría en la quietud de Nápoles. No le gustaba el trabajo en los depósitos. Por la mañana había terminado de disponer el cargamento en las bodegas de las naves y examinado la mercancía que llevarían a Venecia. Era la última flota que saldría antes de la llegada del invierno. Los viajes se interrumpían entonces durante la estación de las tormentas y se reanudaban con la llegada de la primavera. Podría haber peligro: las galeras debían navegar por el estrecho de Otranto donde los turcos habían ocupado las islas venecianas de Corfú y Cefalonia. David recordaba Corfú; allí había aprendido, en la barca del griego Mitrakis, las artes de navegar; recordaba que, por las noches, desde la pequeña casa de la colina, veía los fuegos de los campamentos turcos al otro lado del canal. Se estaba combatiendo ahora en esas islas. El rey Fernando de Aragón había enviado un ejército al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba en ayuda de los venecianos y todavía continuaba la lucha. En la corte se decía que el rey Fadrique de Nápoles estaba en tratos con el sultán turco y con ello ponía en peligro a la cristianidad. Isaac Abravanel, que tenía amistades en la corte

de Fadrique y que además había hecho tratos con los barones y nobles del reino, pensaba que habría problemas. Tanto el nuevo rey de Francia, Luis, y Fernando de Aragón, pretendían el trono, y el Rey de Nápoles era un gobernante débil...

—Volvamos a las barracas —dijo Aarón Abulafia interrumpiendo los pensamientos de David—. Debemos completar los libros de embarque. Nos espera todavía mucho trabajo.

David miró a su amigo. Recordó la primera vez que lo había visto encadenado en la galera junto a su padre, recordó como había hablado con Isaac Abravanel para que los rescatara, aunque eran conversos. Finalmente, ya en Nápoles, Aarón Abulafia y su padre habían vuelto a la religión de sus ancestros. Ahora trabajaban para la Compañía.

Subieron por las estrechas y empinadas callejuelas hasta los almacenes para terminar con el trabajo de la jornada.

Por la tarde, Shoshana había despedido con una sonrisa a David y lo había acompañado hasta la puerta de la casa. Siempre lo hacía así, desde el primer día de casados. Aunque había transcurrido poco más de un año de la boda, a David le parecía que ya había pasado mucho más tiempo.

El viento del norte había cesado. David, junto con Judah Abravanel subió por las tortuosas calles de Nápoles, que el sol de la tarde calentaba. La cita era en la imprenta de Soncino. Los encuentros tenían lugar una vez cada semana. Soncino había emprendido la traducción a la lengua romance de Castilla de la *Guía de*

Perplejos de Moché ben Maimón. Había algunos pasajes de los originales en hebreo y en árabe cuyo significado quería aclarar.

Caminaron a lo largo del muro, entraron en la imprenta donde los envolvió el olor de la tinta. Pasaron al gran patio del fondo donde ya esperaban, sentados en pequeños taburetes, bajo una frondosa higuera, Isaac Abravanel, Soncino y Moisés Alhadeff. Sobre una mesa baja había dispuestos vasos de limonada y una fuente de dátiles, pasas de uva y nueces.

David estaba orgulloso de ser admitido, a pesar de su juventud, en estas reuniones de los hombres más sabios de Sefarad. Isaac Abravanel era quien insistía en que él estuviera presente, tal vez por sus conocimientos del griego, pero también Judah Abravanel sabía ese idioma. Lo importante era que David escuchaba las discusiones que se producían en el patio de la imprenta, pero rara vez intervenía.

Cuando todos se acomodaron alrededor de la pequeña mesa, Soncino planteó el problema que lo preocupaba:

—Según dice Maimónides, el verdadero y único profeta es Moisés, es él quien recibió la revelación de las Leyes directamente de Dios en el Monte Sinaí. El resto de las profecías es obra de los hombres. Dice, además, que para ser un profeta hay que prepararse con el estudio de la Ley y también en la ciencia, la ciencia de Aristóteles, la ciencia de los griegos, y entonces, a un hombre que está así preparado, Dios lo bendice y, tal vez, le da el poder de la profecía.

—Todo lo que hacen los hombres es obra del Señor —replicó con disgusto, en tono apasionado, Isaac Abravanel—. El Señor pone las palabras en la boca de los profetas que son sus hijos preferidos.

—Pero Maimónides, en la *Guía de Perplejos*, dice que los profetas, en sus relatos, hablan con alegorías —replicó Soncino—, son obras de los sueños y del pensamiento humanos. Son obras de los hombres.

—A los hombres le cabe el amor a Dios, porque Dios es amor a los hombres y a su pueblo, Israel —intervino Judah—. La unión del Creador y lo creado a través del cumplimiento de la Ley hacen que el Creador ame a sus criaturas y entonces ese amor se derrama sobre el pueblo. Ese amor fluye al pueblo en boca de los profetas y es la palabra del Señor que habla por sus bocas.

—Los sufrimientos de nuestro pueblo nos hacen creer que los días del Mesías están cerca —dijo Isaac Abravanel—. ¡Pronto llegará! Como dice en el *Libro de Daniel*: “los judíos dispersos volverán a la tierra de Israel y el Mesías reinará sobre la humanidad”.

David contempló a su tío: los años le pesaban en el rostro, como si marcaran el sufrimiento del pueblo en el exilio. Una nube oscureció el poniente sol de otoño.

En ese momento entró Salomón de Córdoba diciendo:

—Llegaron noticias de España, y temo que no son buenas nuevas para los nuestros.

—¡Habla de una vez, en el Nombre de Dios, Salomón! —urgió Isaac Abravanel.

—Las nuevas provienen de Granada. El rey Fernando firmó un acuerdo con el rey de Francia en el que se reparten el Reino de Nápoles.

—¡Eso no es posible! —exclamó Judah.

—Las noticias las han dado algunos de los nuestros de España y podemos confiar en ellos: es un mensaje de Meir Melamed...

—¿Qué pasará con el rey Fadrique? —interrumpió David.

—En la corte de Nápoles todavía no se conoce este tratado. Habrá problemas para los nuestros —dijo con tristeza Isaac Abravanel.

Una nube negra, del norte, oscureció el resplandor del sol que se ponía, cubriendo con una ráfaga de aire helado el patio de la higuera.

X

Mar Jónico, 3 de julio de 1501

Las galeras cruzaron el estrecho de Otranto. Sopla-
ba una brisa templada de primavera. David divisó por
estribor una gran bahía. Eran aguas que ya había nave-
gado en muchas ocasiones; conocía el rumbo; pronto lle-
garían a la ciudad de Tarento donde la flota se aprovi-
sionaría; luego navegarían cerca de las costas de
Calabria y harían la última escala en Reggio; entonces
faltarían pocos días para arribar a Nápoles.

—Hoy hará buen tiempo —dijo Aarón Abulafia—,
tendremos una feliz singladura.

—Estoy ansioso por llegar, quiero ver a Shoshana —
dijo David—. Cuando estaba en tierra deseaba el mar,
la navegación, el olor de la sal. Pero ahora que estoy le-
jos, necesito a mi esposa, a mi familia...

—Pero no te he visto sufrir mucho en Venecia —in-
terrompió con una sonrisa cómplice, Aarón.

—Beatriz es una vieja amiga y no significa nada
para mí. Tú también te has divertido con alguna
veneciana.

—Sí, pero yo no estoy casado.

David no respondió al reproche de su amigo. Miró la
extensión de agua azul. Vio la estela que dejaba la nave
en su veloz navegar. Vio la proa que rompía olas de es-
puma salada. Estaba orgulloso porque había llevado a
cabo con buena fortuna la misión pedida por Isaac
Abravanel.

La misión era apremiante, no se sabía cuándo los
españoles y los franceses desembarcarían en Nápoles.

Por eso había partido con la primera flota que se hizo a la mar en la primavera, navegando por donde ya no había peligro: Gonzalo de Córdoba había vencido a los turcos en los islas de Corfú y Cefalonia. El paso por los estrechos del mar Jónico era seguro.

Recordó la llegada a Venecia: habían desembarcado en el puerto, cerca del brazo de mar que llegaba hasta el Arsenal. Se dirigieron al depósito de la Compañía en una góndola que David contrató, regateando el precio del viaje con el gondolero, como lo hubiera hecho un veneciano. Aarón admiraba el esplendor de los palacios, la maravilla de esta ciudad acuática.

Llegaron al nuevo barrio judío del Ghetto, edificado en una isla que estaba más allá del Gran Canal, donde había funcionado una antigua fundición de cañones. Las construcciones eran recientes y las casas, espaciosas, tenían tres o cuatro pisos. En cada casa vivían varias familias de judíos. Los más ricos tenían un edificio propio, que era como un pequeño palacio, semejante a los venecianos. Las plantas inferiores de las casas se usaban como negocios y también servían de depósito para todo tipo de mercancías. Los pisos superiores eran ocupados por las viviendas. La Compañía de la familia Abravanel tenía sus cuarteles generales en una construcción alargada, cuyo frente daba a un canal secundario y los fondos miraban a una plazoleta llamada "El campo del Ghetto". A ella se abrían tiendas en las que se exhibían mercancías provenientes de todo el mundo: sedas y perlas de la India, especias de oriente, plata labrada de España, cofres de madera y marfil, ánforas de Creta que contenían sus apreciados vinos. Los mercaderes pregonaban sus mercancías de viva voz, la muchedumbre concurría desde toda la ciudad para aprovisionarse. Era el centro de la vida judía de Venecia.

Bajaron de la góndola que atracó lentamente frente al embarcadero del edificio de la Compañía. Entraron al salón principal que estaba abarrotado de cargamentos que venían de todas partes del mundo. Cuando David anunció su llegada, Iosef Sacerdotti bajó corriendo. Se confundieron en un largo abrazo. Habían pasado algunos años desde que se habían visto por última vez.

—¡En Nombre de Dios, David! ¡Qué buen semblante tienes! Has engordado, ahora te dejas la barba. He sabido por nuestros correos que estás casado. Venid que os mostraré los cuartos. Debéis estar rendidos de cansancio. ¡Ah! Tu eres Aarón Abulafia, el que remó en las galeras. ¡Descansad algunas horas y luego tendremos ocasión de que me contéis, David de Córdoba, el motivo de tan espléndida visita!

Iosef Sacerdotti tomó a ambos amigos del brazo y los condujo escaleras arriba hacia las cámaras que tenía reservadas para las visitas de importancia.

A la mañana siguiente, David se vistió con el viejo uniforme de marino de la Casa Corradi y partió en la góndola de la Compañía hacia el Palacio. Giovanni no estaba. Le dijeron que tal vez se encontrara en el Arsenal observando la construcción de una galera. Era una suerte que Giovanni se encontraba en Venecia.

David recorrió el arsenal en busca de su amigo. Lo halló finalmente en el cobertizo de las velas. Se confundieron en un largo abrazo.

—¡David, qué alegría verte otra vez! Con esa barba pareces más judío. Te hace mayor. Supe que te has casado. ¡Cuéntame de tu esposa!

Salieron del Arsenal y se dirigieron al Palacio en la

góndola de Giovanni. David narró la historia de sus últimos meses en Nápoles, la vida de familia, los deberes del casado, la belleza de Shoshana, lo tedioso del trabajo en tierra. Contó su añoranza por el mar, por las travesías a lugares remotos y desconocidos, el olor del mar salado...

Llegaron al Palacio Corradi cerca del mediodía. Giovanni condujo a su amigo por los largos corredores y las escaleras de mármol blanco, hasta un salón que se abría, con altos ventanales, al Gran Canal.

—David, espera un momento que iré a ordenar el almuerzo —dijo Giovanni dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Siéntate y descansa! Nos reuniremos para comer y entonces me contarás el motivo que te trae a Venecia.

Cuando se encontró solo en la espaciosa cámara, abrió las ventanas que daban al canal. Los vidrios de colores lucían el escudo azul y rojo de la familia Corradi. Era un espléndido día de primavera y el aire de la ciudad lo llenó de recuerdos. Acudieron a su memoria fragmentos de música y risas de mujeres conocidas en veladas pasadas junto a la laguna de Venecia. Recordó a Beatriz Constantinni. Vio, por los ventanales abiertos, las embarcaciones que navegaban por el Gran Canal en un espectáculo de velas y banderas al viento, siempre cambiante, que no se cansaba de admirar. Debía concentrar sus pensamientos en la misión que Isaac Abravanel le había encomendado cumplir. No tenía que distraer su mente si quería tener éxito. Su padre había aprobado el viaje luego de manifestar algunas dudas. “David”, le había dicho finalmente Abravanel, “tú tienes amigos en Venecia, conoces la ciudad y a personas importantes, cercanas al Consejo de los Diez y al Dogo. Venecia es una República fuerte, no un reino débil como Nápoles. Si el Consejo de los Diez nos permite residir en

la ciudad será la salvación de nuestra familia. Nápoles caerá pronto en manos de España, que es enemiga de los judíos. Debemos partir antes de que ocurra una nueva expulsión”.

Dos criados entraron en la estancia interrumpiendo sus pensamientos. Estaban vestidos con el atuendo rojo y azul de la Casa Corradi. Traían bandejas con exquisitas aves de cacería y fuentes de frutas. Dispusieron todo en una pequeña mesa frente al ventanal y se marcharon. Al poco tiempo volvieron con jarras de agua y de vino, las colocaron sobre la mesa y se fueron tan silenciosamente como habían llegado.

Al poco tiempo entró Giovanni diciendo:

—¡Es hora de comer. Comamos, y luego me contarás el motivo de tu visita a Venecia!

Bahía de Nápoles, 23 de julio de 1501

David estaba solo en la plaza de San Marcos. Nunca la había visto desierta a esa hora de la noche. Sintió frío. ¿Cómo podía hacer frío en Venecia si era una cálida noche de verano? Vio el resplandor azul del cielo recién anochecido. Sonaron las campanadas de media noche en el reloj de la torre. Detrás de la Catedral de San Marcos, el cielo comenzó a tornar al rojo. ¿Sería debido a la salida del Sol? No, no podía ser porque la claridad surgía del norte, donde todavía brillaba la estrella polar. ¿Sería por otra causa? Súbitamente, inmensas llamas ascendieron detrás del bello edificio de mármol blanco ¡Era un incendio! Las llamas parecían envolver al Palacio Ducal, la Catedral, la Torre del Reloj, la Procuraduría, toda la ciudad; pero no la destruían pues las llamas bailaban entre los edificios sin dañarlos y largas columnas de humo negro oscurecían el cielo. Entonces entraron a la plaza desierta, avanzando en solemne procesión, el Cardenal de Venecia y el Dogo, seguidos por un grupo de clérigos y funcionarios de la República. Caminaron sin hacer ruido hasta el lugar donde estaba David. El Dogo tenía el rostro pálido como marfil, oculto por una máscara dorada, de las que se usaban en los bailes de carnaval. Lo miró durante un largo minuto y luego dijo con voz que parecía de otro mundo:

—Hemos negado el pedido de Isaac Abravanel.

El Cardenal, vestido con una túnica negra, el rostro encapuchado, asintió con la cabeza.

—Como puedes ver —continuó el Dogo—, los judíos

están quemando Venecia. Tú eres el responsable. Por este motivo sois indeseables en nuestra ciudad. Tu misión ha fracasado, David de Córdoba.

¿Cómo, si ya había sido otorgado el permiso para residir en Venecia a la familia Abravanel? ¿Ahora se lo negaban? Además, él no había provocado ningún incendio.

Cuando había pedido a Giovanni que hablara con su padre del encargo que había hecho Isaac Abravanel. Lucas Corradi había recibido con cordialidad a David y le había prometido presentar al Consejo de los Diez, del cual él era uno de los miembros, la petición de residencia de la familia. Le dijo que había que esperar hasta la próxima reunión del Consejo que se haría luego de la cuaresma, cuando terminaran las ceremonias de la Semana Santa. David sabía que la Autorización de Residencia, escrita por el Consejo de los Diez, con todos sus sellos y firmas, estaba en el arcón donde se guardaban sus pertenencias, a su lado, en la cámara de la galera. La había recibido una semana después de la cuaresma de manos de Lucas Corradi. Era una autorización para Isaac Abravanel y toda su familia y aclaraba que La Serenísima República de Venecia se sentiría honrada de recibir a persona tan ilustre, que había sido ministro de los reyes de Portugal, Castilla, Aragón y Nápoles.

Despertó con un sobresalto, envuelto en transpiración. Todavía era de noche. Se revolvió en el lecho de la pequeña cámara de la toldilla de popa. Miró en la oscuridad al lugar donde se encontraba el arcón para cerciorarse de que se hallaba en su sitio. Escuchó la respiración de su amigo Aarón Abulafia. Sí, estaba en la galera rumbo a Nápoles. Todo había sido un mal sueño.

David temía a esos sueños. Muchas veces eran anuncios de presagios adversos. Especialmente si soñaba con llamas y hogueras. Dio muchas vueltas en la litera

tratando de cerrar los ojos. Cuando intentaba dormir, volvían a aparecer las llamas detrás de la Catedral de Venecia. Se levantó en la oscuridad, tocó el arcón para estar seguro de que estaba allí, y subió a cubierta. El viento soplaba cálido, del sur. El fanal de popa iluminaba la toldilla. La guardia de marinos vigilaba el timón y las velas. Por estribor se veían las luces de las otras naves de la flota. Por el este, el cielo se volvía lentamente azul y rojo anunciando el alba.

A media mañana, David distinguió en el horizonte la columna de humo del Vesubio, que señalaba a los navegantes la proximidad de Nápoles. El humo del volcán parecía más negro que otras veces. Estaba ansioso por llegar. Volvió a la cámara para preparar sus pertenencias. Guardó en el arcón el uniforme de marino de la casa Corradi y encima colocó su espada corta —en el barrio judío de Nápoles no sería necesaria—.

David escuchó gritos que provenían de la toldilla. Salió de la cámara corriendo y trepó por la estrecha escalera.

—¡Fuego, fuego! —creyó escuchar. ¿Se estaría quemando la nave?

Vio a los marinos que señalaban a la costa que ya se distinguía en el horizonte.

—¡Fuego, fuego!

Grandes llamas se alzaban de la ciudad. Las galeras navegaban rápidamente hacia la costa. La visión del incendio se acercaba a cada instante.

Corrió hacia proa para ver mejor. Faltarían unas tres o cuatro millas para llegar al puerto. Soplaba buen viento. David deseó que la nave avanzara más rápido.

Todas las velas estaban desplegadas y sabía que no podía navegar más de prisa. Como en el sueño, largas columnas de humo negro oscurecían el cielo de Nápoles.

Finalmente la galera arribó al puerto. David saltó a tierra antes de que estuvieran aseguradas las amarras. Aarón Abulafia lo siguió. La bandera del rey de Francia, con el campo azul y la flor de lis dorada, flameaba en el Castel Novo.

Corrieron por el embarcadero hasta llegar a los depósitos del puerto. Vio, frente a una taberna, soldados borrachos que cantaban canciones en una lengua que no comprendía. Las casas cercanas al puerto ya habían dejado de arder. Una fila de marinos, estibadores, mujeres, niños y hombres del pueblo, formando una cadena humana, pasaban cubos de agua salada, que sacaban del mar, para extinguir los últimos focos del incendio. Muchas casas estaban derruidas hasta sus cimientos; otras, se mantenían con algunas paredes todavía en pie. Vio una jauría de perros hambrientos que disputaban por un trozo de carne que encontraron debajo de las piedras de un muro derruido. Tal vez fuera parte de un cadáver sepultado en medio de los escombros.

David y Aarón Abulafia continuaron su carrera ascendente por las estrechas callejuelas. En la parte baja de la ciudad, algunas casas todavía seguían ardiendo.

Un grupo de judíos descendía por la calle, cargando pesados bultos con ropas y otras pertenencias. Reconoció la anciana figura de Moisés Alhadeff.

—¿Qué ha sucedido, Moisés? —gritó.

—¡Los franceses invadieron la ciudad! El rey Ferrante todavía ofrece resistencia, junto con algunos

barones, en el Castillo de San Martín. Las tropas del rey Luis ya dominan casi toda la ciudad. Cesaron los combates en las calles. Sólo se lucha en el fuerte. Los franceses entraron matando, sin distinguir entre cristianos, napolitanos y judíos. Se dedicaron al pillaje. Saquearon las viviendas. Robaron todos los objetos de valor. Prendieron fuego a muchas casas. La mía también. Perdimos todos nuestros bienes. Esperaremos en el puerto hasta hallar algún navío que nos lleve lejos, a Oriente...

David continuó su carrera sin esperar a que Moisés Alhadeff terminara de hablar. Quería saber que había sido de sus padres, de Shoshana. No pudo preguntarle por su familia. Tal vez por temor, tal vez por respeto a la pena del anciano. Tocó su espada veneciana, que había sacado del arcón por si se presentaba alguna dificultad. Continuó subiendo a la carera seguido por Aarón Abulafia.

Llegaron a la casa de los Córdoba. La puerta estaba fuera de sus goznes, carbonizada. Aun había restos de maderos humeantes en el interior del patio. El olor insoportable hacía difícil la respiración. Miró hacia arriba. El cuarto de la terraza estaba derruido, el techo volcado hacia el interior. Algunas brasas ardían todavía en los rincones.

—¡Shoshana, Sara! —gritó David mientras subía los escalones.

No tuvo respuesta. Entró al cuarto de la terraza por el vano sin puerta. Todo estaba quemado en lo que quedaba de la alcoba. Lo que había sido la cama y el aparador eran ahora sólo maderos negros, informes. Trozos tiznados del aguamanil estaban esparcidos por el suelo.

—¡Shoshana! ¡Mamá! —volvió a gritar sin obtener

respuesta—. ¡Dónde están! —preguntó, con la mirada perdida en el vacío.

—¡Vamos a mi casa! —le dijo Aarón—. Tal vez los míos, que Dios los haya amparado, sepan algo.

Siguieron calle arriba hasta la casa de los Abulafia. Todavía ardía. Isaías Abulafia, secundado por otros familiares, apagaba las llamas con agua que extraían del aljibe.

Padre e hijo se confundieron en un breve abrazo. Luego, Aarón tomó un cubo con agua con el que intentó apagar las llamas de un fuego que no se terminaba de extinguir.

—¡Los tuyos se refugiaron en la casa de Soncino! —exclamó Isaías Abulafia reparando en David, que contemplaba las llamas con la mirada perdida, tratando de recuperar el aliento.

Continuó solo su carrera hacia la parte alta de la ciudad. A medida que ascendía, las viviendas incendiadas eran menos, había cada vez más gente. Parecía que la furia de los franceses se hubiera saciado con el saqueo de la parte baja de la ciudad. Vio muchas familias que habían perdido sus hogares refugiadas en los patios, en las plazoletas y en los portales de las casas.

Llegó al largo paredón al final del que se encontraba la puerta de la imprenta de Soncino; estaba abierta; su corazón latía apresurado por la carrera y, también, por la angustia. Atravesó la imprenta vacía. No había sido saqueada. Parecía que todo estuviera en orden. Entró al gran patio de la higuera. Allí vio que se había reunido una muchedumbre. Las familias judías habían llegado a esa casa trayendo algunas pertenencias salvadas del saqueo. Vio mujeres, ancianos y niños sentados entre las plantas, los bultos de ropa y arcones repletos de

mantas, alfombras y cacharros. Todo en el patio era una gran confusión.

—¡David, David, en el Nombre de Dios! —gritó Sara saliendo de entre la muchedumbre.

Entonces distinguió el lugar donde su familia había instalado un pequeño campamento. Vio a Débora con sus hijitos, a Esther Franco, a Bienvenida Abravanel.

—¡Dónde está Shoshana! —gritó.

Sara abrazó a su hijo, gesto que no era habitual en ella, y prorrumpió en llanto. Luego, más repuesta, lo apartó. Lo miró un largo instante a los ojos y, sin decir palabra alguna, tomó con ambas manos el hombro derecho del jubón de David, y lo rompió. Era la señal de duelo.

David supo así que Shoshana había muerto.

Corfú, 20 de noviembre de 1502

David de Córdoba gobernaba con cuidado la barca de pesca que salía del puerto. Oscuros nubarrones manchaban el cielo, arrastrados por el frío viento del norte, mientras las fuertes ráfagas levantaban olas de espuma blanca que le traían el recuerdo de las ovejas pastando en los prados azules del Guadalquivir. Puso proa al sur. A unas dos horas de viaje llegaría a una pequeña isla desierta donde había una caleta que estaba al abrigo de los vientos y formaba un puerto natural.

Divisó la isla antes de lo que había pensado. El viento soplaba fuerte por la popa, inflaba la vela blanca y empujaba la pequeña nave a mucha velocidad; tenía que asir la barra del timón con todas sus fuerzas para compensar el movimiento de la barca que remontaba trabajosamente las olas y, luego de estar un instante sobre la cresta, iniciaba un descenso veloz, cortando el mar.

Viró para dar un rodeo en torno a la isla y luego acercarse desde el sur. Navegó en bordadas contra el viento, hasta que quedó al reparo de la costa rocosa. Entró en la caleta de aguas calmas, varó la barca en la pequeña playa de arena blanca y aseguró el cabo de la amarra a uno de los pocos pinos que crecían próximos a la orilla. Llevó a tierra las provisiones que había traído: pescados y carne salada, pan negro, una bolsa de manzanas y los infaltables bollos de acelga.

Quería estar solo durante algún tiempo. No deseaba ver a nadie y no se explicaba la causa de este deseo. Tal

vez fuera por que había escuchado hablar nuevamente griego el día que la flota de galeras recaló en el puerto de Corfú. Entonces había decidido quedarse. Se hospedaría nuevamente en la casa de Rab Nahmias mientras su amigo Aarón continuaría acompañando el cargamento hasta su destino en Creta. Cuando la flota regresara, David abordaría nuevamente la galera.

Caminó hasta el pequeño monte de pinos donde encontró un lugar con sombra para proteger las provisiones. El viento del norte había cesado y una suave brisa del sur alejaba las nubes. Se tumbó en la arena tibia, cerró los ojos y descansó.

Ya había pasado más de un año desde la tragedia de Nápoles y todavía no podía hacerse a la idea de que no vería más a Shoshana. Siempre pensaba que al regreso de algún viaje ella lo estaría esperando en la habitación de la terraza.

Luego del incendio, la familia se había trasladado a Venecia. Habían adecuado como vivienda el piso superior del depósito de la Compañía, en el Ghetto. Vivían allí Isaac Abravanel con su esposa Esther, Salomón de Córdova, Sara, David, y también Muchico con su mujer y dos hijos que habían tenido que dejar Sicilia tiempo después de la expulsión de los judíos de esa isla.

David no podía permanecer mucho tiempo en Venecia. Estar junto a todos los suyos acentuaba el dolor que lo afligía por la pérdida de su esposa.

A pesar de la salida de Nápoles los negocios de la Compañía no cesaban de crecer. Venecia era una plaza más importante que Nápoles y el mercado se tornaba cada día más vigoroso y lucrativo. Los precios de las mercancías subían a medida que los turcos afirmaban su dominio del Mediterráneo Oriental, donde el tráfico

se hacía más peligroso. La Compañía había arrendado una flota de galeras a la familia Corradi y las fletaban por cuenta propia. David, junto con Aarón Abulafia, se ocupaba de dirigir las naves. Eso lo mantenía ocupado, alejado de su familia, de Venecia y de los recuerdos.

Recogió algunos troncos secos y encendió el fuego. Calentó en la sartén el pescado y un trozo de pan. Comió mientras el sol se ponía en un cielo ya sin nubes. Bebió agua de la botella de barro cocido y luego se tendió sobre la arena blanca. Vio las primeras estrellas. Se cubrió con una manta y permaneció acostado, de espaldas, mirando el cielo.

El reflejo del sol en el mar lo despertó. Había dormido profundamente. No recordaba haber soñado. Comió algunos bollos sin calentar y corrió hacia el agua. Estaba tibia; todavía conservaba el calor del verano. Nadó en el mar desierto de la pequeña caleta durante un largo rato. Salió corriendo y se tumbó sobre la manta, al sol, para secarse. Luego colocó en un saco algunas provisiones y emprendió el camino hacia el otro extremo de la isla. El sendero que subía al cerro comenzaba con una escarpada cuesta. Al cabo de dos horas de ascensión llegó a la cima. Desde allí se podía ver un panorama de excepcional belleza. El mar azul rodeaba la isla. Algunos montecillos de pinos escasos crecían en las laderas del cerro. Bandadas de gaviotas volaban en círculos en la costa, donde las olas rompían contra los peñascos. Al norte, confundiendo con el horizonte, se veía la isla de Corfú. Hacia el este estaba la costa griega. Al sur y al oeste sólo el mar. Se sentó sobre unas rocas y descansó. Comió carne salada con una hogaza de pan y bebió de la botella de agua.

Pensó en su destino. Recordó la salida de España. Pensó en la hermosa ciudad de Florencia, en el incendio de Nápoles, en la muerte de Shoshana, en los hijos que no tuvieron, en las generaciones que no pudieron ser, y, sin motivo alguno, recordó la isla de Rodas, a la bella Raquel y a sus hijos. Sabía que los Caballeros Hospitalarios habían expulsado de la isla, a comienzos del año, a todos los judíos. ¿Qué sería de ellos? ¿Habría algún lugar en esta tierra dónde los judíos podrían formar un hogar y tener hijos sin ser molestados, donde las generaciones pudieran vivir en paz? ¡Vivir en paz como lo podían hacer los otros pueblos! ¿Era eso mucho pedir?

Comenzó a descender por la ladera opuesta de la colina hacia el extremo norte de la isla. El camino serpenteaba entre rocas y pequeños valles desiertos donde crecían algunos pastos resecos. Al cabo de algo más de una hora de marcha llegó a la costa, escarpada, con acantilados que caían a pique sobre el mar. Las olas rompían violentamente contra las rocas y levantaban nubes de espuma. Caminó pensativo por los acantilados. Las gaviotas revoloteaban a su alrededor. Vio a lo lejos unas velas triangulares que se acercaban. Calculó que en un par de horas estarían a la altura de la isla. ¿Serían de Venecia, o alguna flota turca? Subió nuevamente la cuesta de la colina. Desde lo alto las vería mejor.

Llegó a la cima en el momento que las galeras pasaban cerca de la costa. El sol había bajado en su marcha al oeste y alumbraba las naves haciendo brillar cañones y armas. Eran naves de guerra pero no desplegaban banderas; no eran de Venecia, no eran turcas. ¿Serían naves piratas? David había oído, en casi todas las tabernas donde se reunían los marinos, largas historias acerca de los saqueos de los piratas y de los corsarios, pero nunca se había topado con ellos. Si eran corsarios y

se dirigían a Corfú, tenía que apurarse y dar la alarma. Tal vez desembarcarían en alguna playa desierta para atacar la ciudad en cuanto se ocultara el sol. Corrió cuesta abajo hasta donde se encontraba la barca de Mitrakis. Cargó las provisiones y se hizo a la mar rumbo al puerto de Corfú. Las velas de la flota desconocida se veían en el horizonte, muy adelante. El sol se puso incendiando el oeste y luego la oscuridad cubrió el mar.

El viento soplabá del sur. David seguía el rumbo en dirección a la estrella polar. Cuando vio las luces del puerto por babor, viró la barca y enfiló hacia allí. Evitó unas rocas que no veía pero sabía que estaban a pocas brazas de su rumbo. Llegó al desembarcadero y saltó a tierra. El puerto estaba desierto. No había señales de naves atacantes y ninguna alarma. Tal vez la flota desconocida había pasado de largo, tal vez no fueran agresores y él estaba equivocado. Se encaminó hacia la casa de Mitrakis para avisarle lo que había visto. Luego fue al distrito donde se encontraba el barrio judío. Era *Shabat*. Los judíos estarían rezando en la sinagoga. Últimamente había olvidado sus deberes religiosos. Luego de la muerte de Shoshana no había vuelto al templo. Sintió el deseo de decir una plegaria. Entró en la sinagoga. Todas las candelas estaban encendidas. Reinaba el silencio. ¿Habría terminado ya la oración? Traspuso la puerta y recibió un fuerte golpe en la cabeza. Se protegió con ambas manos. Sintió otro golpe más fuerte y perdió el conocimiento.

Mar Jónico, 22 de noviembre de 1502

David se despertó con un fuerte dolor en la cabeza que se hacía más intenso por los bruscos balanceos de la nave. Todo estaba oscuro. Quiso tocar el lugar donde sentía dolor; entonces se dio cuenta de que tenía aferrada su mano derecha y su pie con grillos de hierro. La cadena era pesada, con eslabones gruesos como un dedo, y estaba amarrada a un madero de la nave que no llegaba ver en la oscuridad. Se tocó la cabeza con la mano que estaba libre. Sintió algo duro y pegajoso en su cabello. Debía ser la sangre reseca de una herida. Recordó el golpe que había recibido cuando había entrado en el templo.

La nave se balanceaba en un mar encrespado. David prestó atención a los sonidos. Entre el romper de las olas contra el casco, el silbar del viento en las jarcias y el golpeteo de las drizas en los obenques, escuchó la respiración acompasada de otros prisioneros que dormían. No estaba solo. Trató de incorporarse pero no pudo y, sintiendo mucho frío, perdió otra vez la conciencia.

Un rayo de sol que se filtraba por una pequeña escotilla que había en el techo le rozaba los ojos. Todavía se hallaba en la galera. El mar ahora estaba calmo. Se incorporó y miró en derredor. Era la sentina de una nave de prisioneros. Padeció el hedor de las aguas estancadas que había debajo de las tablas sucias del piso. Aún le dolía la cabeza. Todavía hacía frío. Sí, estaba en

la sentina de una nave de prisioneros. Había unos veinte hombres encadenados a los maderos. Reconoció a judíos de la comunidad de Corfú. Todos los varones, jóvenes y ancianos, estaban prisioneros. A su lado, Rab Nahmias, que era el médico de la comunidad, lo miraba.

—Has despertado, David —dijo el anciano en voz baja y luego agregó— llevas dos días durmiendo. Temíamos por tu vida.

—¿Qué ha sucedido?

—Tendremos tiempo para hablar de ello luego. Primero debes comer y recuperar tus fuerzas. Has perdido mucha sangre que por suerte dejó de fluir. Tu herida ha comenzado a curarse.

—Me duele —dijo David llevando su mano libre nuevamente a la cabeza.

—Padecerás del dolor por muchos días y luego pasará. Si el Señor lo quiere. Debes comer, David. Toma este pan que he guardado para ti y bebe un poco de agua. Te hará bien. Los alimentos son la mejor medicina. Ponte fuerte, que con la ayuda del Señor, sanarás.

No tenía hambre, pero ante la insistencia del anciano se obligó a comer un bocado del pan, que estaba duro, y beber un sorbo de agua sucia. El esfuerzo para alimentarse fue excesivo, pero luego se sintió mejor. Entonces Rab Nahmias comenzó a contar:

—Cuando estábamos en el templo, el viernes por la tarde, en cuanto se puso el sol, antes de que cerraran las puertas, los piratas entraron en la ciudad. Debieron de haber usado algún engaño, alguna simulación, porque nadie dio la alarma, nadie sospechó. Asaltaron en silencio las casa más ricas y tomaron prisioneros a todos los hombres que rezaban en la sinagoga. Luego emprendieron la huida. Franquearon la puerta del sur y mata-

ron a los soldados de guardia. Por fin nos condujeron hacia las naves y se hicieron a la mar antes que la ronda pudiera dar la alarma. No molestaron a las mujeres, gracias a Dios. Tenían mucha prisa y tal vez no querían perder el tiempo con ellas y luego tener que enfrentarse con los soldados que defendían la ciudad. ¿Qué habrán pensado nuestras esposas cuando vieron que ninguno de nosotros regresaba? ¿Qué terror habrán sentido al descubrir que habíamos sido tomados por los piratas? ¿Habrán dado ellas la señal de alerta en la ciudad? Si lo hicieron, fue tarde. Por entonces, ya las galeras navegaban hacia el sur a toda vela, y nosotros, encadenados en esta sentina. Los piratas actuaron muy rápido. Dicen que nos venderán como esclavos si los judíos de Venecia no pagan el rescate...

—¿Sabes quienes son? —interrumpió David.

—Son piratas turcos, según parece. Uno de ellos, que suponemos que es el capitán, habla griego y nos entendimos. Es de aspecto imponente, le dicen Harouj Barbarroja, sus hombres le tienen un gran respeto. Por él supimos que buscaban esclavos para un príncipe cristiano.

—¿Un príncipe cristiano?

—No nos reveló el nombre, tampoco la ciudad que gobierna. Sólo sabemos que es un príncipe que paga bien por los esclavos, esclavos judíos. A estos corsarios malvados no les importa cuál es la religión de quién les paga, sino la cantidad de monedas de oro que reciben por cada prisionero.

—¿Dónde nos conducen?

—No sabemos. Dicen que todavía faltan algunos días de viaje. No nos permiten subir a cubierta y no podemos conocer nuestro derrotero. Algunos creen que va-

mos hacia el sur, porque ven las estrellas durante la noche. Yo no conozco de estrellas y de rumbos. Espero que el Señor nos ampare.

Menguaba la luz de un sol que se ponía, que no podían ver. Rab Nahmias comenzó a recitar la oración de la tarde. Lo acompañaron el resto de los judíos.

“Bendito Tú, Adonai, Nuestro Dios, Rey del mundo, que con tu palabra haces atardecer las tardes, con tu sabiduría abres las puertas, con tu entendimiento haces mudar las horas, y haces cambiar los tiempos, y haces ordenar las estrellas, en sus guardias en el cielo como su voluntad, creas el día y la noche, giras la luz delante de la oscuridad, y oscuridad delante de luz. Y haces pasar el día y traes la noche, haces apartar entre el día y entre la noche. Bendito tu Adonai, que haces atardecer las tardes.”

Y David se encontró orando luego de más de un año de no rezar.

Rodas, 10 de diciembre de 1502

El albergue de piedra parda estaba fuera de la muralla de Rodas, próximo a una fortaleza en construcción. Los tenues rayos de sol templaban el amanecer de otoño, penetraban por las pequeñas ventanas enrejadas, y jugaban con su luz en los rostros de los esclavos, sacándolos de su fatigado sueño. Un capataz griego entró al cobertizo y despertó a los perezosos con sus gritos. Todos salieron apurados al patio exterior bajo la mirada vigilante de los guardias españoles, para la comida de la mañana. Una olla grande, tiznada de muchos fuegos, colgada de una cadena de hierro, se calentaba en un hogar de piedra. Los esclavos formaban fila esperando que les sirvieran la comida, con sus escudillas en la mano. Un prisionero cuidaba que el fuego se mantuviera, agregando de tanto en tanto trozos de leña seca.

David contempló al cocinero, Amín, mientras llenaba las escudillas con el líquido humeante. Era un esclavo judío capturado en Egipto, de tez muy oscura, tenía el cabello negro, hablaba el griego y también el árabe.

David sintió como el caldo, que el cocinero había vertido lentamente en la escudilla, le calentaba las manos agarrotadas por el frío. Caminó de regreso al albergue cuidando de no derramar el líquido, se sentó en su jergón, se tocó la cabeza donde estaba la cicatriz: ya no le dolía. Tomó la cuchara que guardaba en una bolsa y comió lentamente el guisado. Amín, usando las sobras del día anterior de la mesa de los señores, lo cocía en un caldo oscuro, donde nadaban trozos de papas,

alguna verdura y, tal vez, en los días de suerte, un resto de carne.

El sol penetraba por las pequeñas ventanas, que se abrían altas en el muro de piedra, dibujando en la pared opuesta, la sombra cuadrada de las rejas. David recordó su anterior visita a la isla de Rodas. Aquella vez había llegado como un señor veneciano. Ahora era esclavo. Los piratas habían vendido el cargamento de judíos a los cruzados para trabajar en las murallas. Estaban construyendo un nuevo bastión que defendería las partes débiles de la fortaleza ante un posible ataque turco.

El Gran Maestre de Rodas había designado, entre los cautivos, a Rab Nahmias para negociar el rescate de los prisioneros. Lo había enviado a Venecia para tratar con Isaac Abravanel la suma pedida por los cruzados. Pronto llegaría la libertad. Mientras tanto había que continuar con el penoso trabajo.

David dejó su escudilla con el resto del puchero sobre el piso de tierra del albergue. No tenía deseos de comer.

—¿Me permites terminar tu plato? —pidió Yusuf, que estaba sentado frente a David.

Asintió con un movimiento de cabeza a la solicitud del muchacho. Yusuf siempre tenía hambre. Ninguna comida era mucha para él. Entonces recordó cuando lo había visto por primera vez en la casa de Rebeca y Natán. El pequeño lo había interrogado con mucho interés acerca de la vida en Italia.

Yusuf le había relatado a David, hacía algunos días, cuando se reconocieron en el albergue de los esclavos, la suerte corrida por los judíos de Rodas. El Gran Maestre, Pierre D'Aubuisson, había expulsado, a comienzos del año, de la isla y de todos los dominios de la Orden a los

judíos mayores de edad. Pero retuvo a los niños para bautizarlos, para que abrazaran la verdadera fe, la fe de Cristo, apartándolos de sus familias. Yusuf, que tenía entonces doce años, le había contado la pena que había sentido cuando fue arrancado de su hogar. Los cruzados consideraban a los judíos como esclavos que no tenían derecho a disponer de sus hijos. Rebeca y Natán fueron llevados, junto con los demás adultos que no habían aceptado la conversión, a la ciudad de Niza, porque el duque Filiberto de Saboya, que gobernaba la ciudad, necesitaba repoblarla luego de una epidemia de cólera. Entre tanto, en Rodas, Yusuf se había negado repetidas veces al bautismo, hasta que finalmente había sido conducido al albergue de los judíos esclavos, por rebelde.

—¡Al trabajo, al trabajo, holgazanes! —gritó el capataz, que era un griego robusto, armado con un látigo que podía hacer caer súbitamente sobre las espaldas de cualquier haragán.

David buscó los ojos del muchacho, quien le devolvió una mirada de resignación. Se pusieron de pie y se unieron a los demás cautivos formando un grupo apretado que marchó al lugar de trabajo distante a pocos minutos de camino desde el albergue. La partida de guardias españoles los escoltaban.

David descargaba las pesadas piedras que otros esclavos traían en un carro desde una cantera cercana. Yusuf lo ayudaba. Construían los muros, piedra sobre piedra, unidos con argamasa. Entre las hileras se colocaban barras de hierro para tornar a los muros aún más resistentes. Esta trabazón de hierros, roca y argamasa hacían inexpugnables a las nuevas fortificaciones de Rodas.

Al mediodía, durante el descanso para comer, Yusuf y David se recostaron contra el muro en construcción.

—Es un trabajo agotador —comentó David suspirando.

—Me lo dices a mí que llevo acarreando piedras casi un año —respondió Yusuf—. Tú estás aquí hace sólo un mes.

—Es un mes que a mi me parece un año.

David miró el cielo plomizo: habría lluvia.

—Sí, tal vez haya tormenta, si Dios quiere —informó Yusuf, adivinando el pensamiento de su amigo, y, orgulloso de poder enseñarle algún conocimiento a David, que lo sabía todo, agregó: —los días de temporal no se hace ninguna tarea. Permanecemos toda la jornada encerrados en el albergue.

El egipcio Amín se acercó para entregarles un pedazo de pan duro y una escudilla de agua, que era todo lo que comerían hasta la noche.

David, mientras alcanzaba el pan que le entregaba el cocinero, continuó hablando:

—Falta mucho tiempo para que llegue el rescate. Las galeras donde viaja Rab Nahmias todavía deben estar en camino hacia Venecia. Con suerte regresarán con el oro en la primavera.

—Mientras tanto seguiremos con estas piedras —concluyó Yusuf.

El día siguiente amaneció con un aguacero. Yusuf le contó a David que, durante la estación de las lluvias, llovía de tal manera que era imposible trabajar; por las laderas de las colinas se formaban caudalosos torrentes

que arrastraban todo a su paso; los campesinos no salían de sus chozas; todos los trabajos se suspendían hasta que escampara. El temido capataz no se presentaría para llevarlos a las murallas y tendrían, tal vez, si Dios hacía que continuara el diluvio por algunos días, un descanso.

Llovía. Los esclavos dejaban por turno el refugio del albergue y se dirigían hasta la improvisada tienda que trataba de proteger a la gran olla humeante del agua que se filtraba por los muchos remiendos de la tela. Amín, con sus dos ayudantes, racionaban la comida de la mañana bajo el pobre refugio. David se acercó al cocinero extendiendo la escudilla. Amín miró en derredor como para asegurarse de que nadie estuviera tan cerca como para escuchar sus palabras y, mientras vertía con intencional lentitud el puchero, seleccionando deliberadamente los mejores trozos de carne con el cucharón, dijo con voz muy baja:

—Vosotros no seréis liberados.

David se sobresaltó, y miró con un gesto de interrogación a Amín, instándole a que continuara.

—Sólo aceptarán el rescate de los ancianos, de los que no sirven para trabajar. Los hombres fuertes y los jóvenes no seremos liberados. Los cruzados temen que si somos libres, nos pongamos a las órdenes del turco y luchemos en contra de ellos. Estamos condenados a trabajar en estas construcciones para siempre.

—¿Cómo sabéis todo esto?

—En las cocinas se sabe todo: los esclavos que me dan las sobras escuchan lo que hablan los caballeros, porque los mozos que los sirven tienen los oídos atentos, especialmente a todo lo que se refiere a nuestra suerte.

Amín colocó el cucharón en la gran olla del puchero,

hizo una seña imperceptible a David indicándole que había terminado de hablar. Por un instante permaneció petrificado, tuvo un sobresalto y se alejó de prisa, mientras la lluvia caía, interminable.

Rodas, 24 de diciembre de 1502

David vio el fulgor de un relámpago y luego, oyó el sonido lejano del trueno. La lluvia caía sobre el techo de madera del albergue con un ruido incesante. Pensó que sería la noche apropiada. El Señor, bendito sea su Nombre, había traído esta tormenta para favorecer sus propósitos. Fuertes golpes de viento azotaban la noche. La lluvia, a veces, lograba penetrar por las ventanas enrejadas.

Luego de la última comida, los guardias españoles aseguraron la puerta con dos gruesas aldabas de hierro, salieron del albergue de los esclavos y se retiraron a una pequeña choza que les servía de refugio del aguacero. Los esclavos descansaban en sus jergones. Cada tanto, las pequeñas ventanas se iluminaban con la claridad de un relámpago.

Desde el día en que Amín le contó acerca de la intención de los caballeros de no liberar a los esclavos, a pesar del pago del rescate, David había resuelto escapar. Mientras urdía la evasión, había tenido que aclarar muchas cuestiones, pero la principal ya la había resuelto: recordó lo que años atrás le había contado el Almirante Sforza acerca de cómo burlaban los cruzados el asedio turco en pequeñas naves durante las noches de tormenta. Para escapar de la isla había que hacerlo en alguna barca y él sabía timonear las pequeñas embarcaciones de pesca que había en el puerto. Otro asunto por resolver era decidir cuántos prisioneros lo acompañarían. Luchó entre sus sentimientos, que deseaban liberar a la

mayor cantidad de esclavos, y la razón, que le decía que todos no podrían escapar. David hubiera querido salvar a muchos, pero, al cabo de algunos días de meditar, se dio cuenta de que la huida de todos ellos sería imposible, los soldados los perseguirían por la isla y al cabo de algunos días serían atrapados y, tal vez, muertos. En cambio, si un pequeño grupo conseguía salir, luego, él podría negociar el rescate del resto de los cautivos utilizando las influencias que la familia tenía en Venecia. Concluyó entonces que deberían ser de la partida, a lo sumo, cinco o seis personas; más, harían peligrar la huida. Tendría que guardar en secreto sus intenciones porque podría haber alguna imprudencia que alertase a los cruzados. Lo que más lo inquietaba era a quién llevar. Yusuf sería de la partida, era seguro, pero, ¿llevaría a alguien más? Finalmente se había decidido a hablar con Amín. El cocinero aceptó, y llegó a la misma idea que David: no había que agregar otras personas. Pidió, eso sí, llevar a Mijal, uno de sus ayudantes, que además era su sobrino.

El resplandor de un relámpago iluminó por un instante la habitación y un trueno retumbó con violencia. David se acercó al jergón donde dormía Amín y lo sacudió suavemente para despertarlo. Tuvo que sacudirlo con más fuerza. Luego, cuando el egipcio abrió los ojos, en un susurro le dijo:

—Esta es la noche, las condiciones nos favorecen.

Amín, todavía soñoliento, asintió, y, luego de dudar un instante, con un dejo de temor en la voz, dijo:

—¿La barca resistirá el embate del temporal?

—He navegado en borrascas más duras que ésta. Será difícil, la barca se sacudirá con los embates de las olas, pero lo lograremos.

Cuando creyó que el cocinero estaba más tranquilo y totalmente despierto, comenzó a disponer la organización de la huida:

—Hay que esperar que se aproxime la media noche —dijo—. Los cruzados españoles estarán congregados en la iglesia de Santa María. Allí se oficiará la misa por el nacimiento del Mesías de los cristianos. Quedará una guardia muy reducida cuidando a los esclavos y las murallas estarán sin resguardo.

Recorrieron la barraca conversando con los cautivos. Les pidieron tranquilidad cuando escucharan ruidos y golpes y les prometieron interceder por su suerte cuando estuvieran libres.

Comenzaron a forzar las rejas de la ventana que quedaba en un extremo de la barraca, lejos del puesto de los guardias españoles. Usaron dos barras de hierro y una maza que Amín había traído desde la construcción, disimuladas entre los trastos de la merienda. Los golpes más fuertes los daban en los instantes que seguían al resplandor de los relámpagos y de esta manera el ruido se confundía con los truenos. Al cabo de una hora de trabajo habían sacado dos barrotes. Amín subió a la ventana, vio que el espacio permitía el paso de un hombre y saltó fuera. Lo siguieron Mijal y Yusuf. Finalmente David saltó de la ventana. Los esclavos que quedaban repusieron los barrotes para disimular la huida.

Encontró a sus compañeros echados contra el muro del albergue. La lluvia les había empapado las ropas. En silencio se arrastraron lentamente en dirección a la muralla, hacia la Torre de Aragón. Pasaron sin hacer ruido junto al puesto de guardia. Estaba oscuro y no se escuchaba sonido alguno. Tal vez los soldados estarían durmiendo. Siguieron arrastrándose hasta llegar al muro. Se apoyaron contra las piedras mojadas y descansa-

ron. El mayor peligro había pasado. El lugar donde se encontraban ya no podía ser visto desde el puesto de guardia.

David condujo al grupo alejándose del muro hacia donde se hallaban las ruinas del viejo campamento turco. Allí sería fácil esconderse entre los escombros de antiguas barracas y los derruidos emplazamientos de la artillería. La lluvia continuaba cayendo torrencial. Hacía mucho frío. Llegaron al puerto del Mandraki. Estaba desierto. No se veían guardias en las murallas. Tal vez dormían en las casamatas que se elevaban de tanto en tanto sobre la fortaleza.

Se ocultaron tras una barca que se encontraba en arreglo sobre el desembarcadero. La luz de un relámpago les permitió distinguir las demás barcas de pescadores que estaban sobre la arena, próximas al agua. Había que elegir. Una de ellas le llamó la atención. Era pequeña y nueva, recién pintada de blanco con líneas azul y rojo. Pensó que el dueño estaría orgulloso de ella, que la cuidaba como a una novia. Esperó el siguiente resplandor para verla de nuevo.

—Esa —dijo entonces en un susurro, señalándola con el dedo y, luego de un instante de reflexión, dio las órdenes para botar la pequeña nave—: Amín y Mijal empujarán por babor mientras Yusuf y yo lo haremos por estribor. Debemos impulsar todos al mismo tiempo, en silencio, cuando yo levante la mano a modo de señal.

La barca entró suavemente al mar arrastrándose por el lecho de pequeños cantos rodados. Los fugitivos subieron de un salto a bordo, colocaron en posición los remos y la condujeron fuera de la protección del puerto. Entraron al Mediterráneo embravecido. Grandes olas que rompían en crestas de espuma golpeaban contra el

pequeño casco. Dejaron de remar y David izó una pequeña vela en proa para correr el temporal. Se aferró a la barra del timón y con sus gestos tranquilizó a los asustados compañeros de huida. El viento los empujaba con fuerza hacia el continente. La barca parecía resistir el embate de la olas.

Salónica, 27 de abril de 1503

Un portal que se abría al desembarcadero de Salónica permitía el ingreso a la casa de Joseph Passí. En el frente estaban los almacenes, siempre abarrotados de mercancías, sedas suntuosas, fragantes especias importadas de oriente, ánforas llenas de aceite de oliva y rústicas piezas de lana. Luego de los almacenes se ingresaba a un patio rectangular pavimentado con guijarros donde crecían limoneros y rumoreaba una fuente. A la galería que rodeaba el patio se abrían los cuartos de la familia. David estaba sentado en un banco de piedra, protegido del sol del mediodía por la sombra de una higuera. Una brisa cálida del mar traía el sonido lejano de los gritos y canciones de los cargadores del puerto y un penetrante aroma mezclaba azahares, especias y sal marina.

Pronto llegaría Yusuf de la casa que quedaba junto a la Sinagoga de Castilla. Luego del almuerzo se reunirían con los mercaderes más importantes de la ciudad: Samuel Capsali, Jacob ben Habib y el dueño de casa, Joseph Passí. David expondría ante ellos sus ideas para que el puerto de Salónica fuera una nueva escala de la Compañía en las rutas hacia el Oriente.

Una nube cubrió el sol. El viento, que por la mañana era una brisa cálida del sur, ahora soplaba en ráfagas frías del norte. Habría mal tiempo. Escuchó un trueno lejano que le trajo el recuerdo de la tormenta en Rodas. Revivió la huida de la isla: la barca de pesca corriendo el temporal, las rocas de la costa en el amanecer

de tormenta, la lluvia torrencial, la barca que se estrella contra los acantilados, las olas que los arrojan sobre la peligrosa costa. Recordó a su compañero de fuga, el egipcio Amín, recordó el esfuerzo para rescatar el cuerpo del cocinero de las embravecidas aguas, el reposo en la saliente del barranco mientras el sol asomaba entre las nubes. Y luego una sensación de alivio: ya eran libres y estaban a salvo en la costa de Asia, en los dominios del Gran Turco.

Los truenos se escuchaban más cerca anunciando la tormenta. La señora de la casa, Rica Passí, ayudada por una criada, acomodaba la mesa en un salón que se abría al patio. Se acercó a David con un vaso de limonada y los infaltables bollos de acelga.

—Para que la espera no se te haga larga —dijo, y regresó a la cocina para continuar con sus tareas.

Volvió a sus recuerdos. Vio a Amín subiendo por el acantilado, la ropa en jirones, jurando que jamás volvería a navegar en el mar. Lo vio caminando por el polvoriento sendero diciendo que él era un hombre de tierra y que en la tierra se quedaría.

Habían llegado al poblado de Mármaris luego de media jornada de marcha, hambrientos, con la ropa andrajosa y el cansancio en todo el cuerpo. Allí los había socorrido una familia judía. Estuvieron algunos días alojados en la humilde morada. Fueron días de descanso. Una vez repuestos decidieron partir. Tomaron caminos distintos: Amín, junto con Mijal, se marchó hacia el sur, a Egipto, con la caravana de camellos de una tribu de beduinos; David y Yusuf emprendieron la ruta al norte, hacia Esmirna, donde esperaron la llegada de la flota de galeras turcas que se dirigía a Salónica y luego a Estambul.

—Habrá tormenta —dijo Joseph Passí que retornaba con Yusuf de la casa de estudios—. Este joven debe estar hambriento después de tanto aplicarse para aprender la lengua de Castilla.

Pasaron a la sala contigua a la cocina, donde Rica Passí tenía pronto el almuerzo que consistía esta vez en tomates rellenos con carne picada y trigo.

David y Yusuf habían sido recibidos como hijos por Joseph Passí, quien era un viejo amigo de Isaac Abravanel. Se habían conocido en la ciudad de Toledo antes de la Expulsión. En Salónica, Joseph había fundado una academia de estudios. Isaac Abravanel había enviado, luego de la salida de España, a su hijo menor, Simón, a estudiar en Salónica. Ahora Yusuf también estudiaba en la misma academia.

—Sabes, David, Salónica se está tornando una ciudad española —dijo Joseph con voz de maestro—. Cada día vienen más expulsados de todas las ciudades de Sefarad: de Toledo, de Sevilla, de Málaga y también de Zaragoza. No vinieron directamente a esta ciudad. Erraron por muchas comarcas pero en ninguna se afincaron. El fin de sus peregrinajes fue cuando arribaron a las tierras del Turco. El sultán Bayaceto favorece el establecimiento de los nuestros en sus tierras, en Esmirna, en Estambul, y también acá, en Salónica. Dice que Fernando, al que el Papa llama "El Católico", no debe ser muy inteligente si dejó salir de sus tierras a un pueblo tan fecundo como el nuestro. Los oficiales turcos tienen la obligación de facilitar el establecimiento de los nuestros. Podemos edificar casas en cualquier lugar de las ciudades, no estamos obligados a vivir confinados en un sólo barrio y por dos años luego del arribo estamos libres de pagar tributos. Además de judíos también llegan

conversos de Portugal y de España, cansados de la opresión y de las humillaciones. En Salónica pueden volver a practicar libremente nuestra fe y quitarse la máscara de cautela y secreto.

—Sí, caminar por las calles cercanas al puerto me hacen recordar a España. Se escucha hablar la lengua de Castilla o la de Aragón, tanto por las avenidas como en el mercado —acotó David y, mirando a la dueña de casa, agregó—: por favor, señora Rica, ¿podría servirme otro tomate relleno? ¡Esta comida es deliciosa!

Comieron un rato en silencio y luego Joseph Passí continuó pensativo:

—Tú sabes que en esta ciudad viven en paz los fieles de las tres religiones. Los turcos que siguen al Profeta, moran en la colina, en un sitio cercano a la fortaleza; construyen allí sus mezquitas con altos minaretes desde donde llaman a oración cinco veces por día. Tú los has escuchado.

David asintió con un gesto de la cabeza. Joseph continuó:

—Los griegos cristianos, que siguen al patriarca de Estambul, la antigua Constantinopla de los bizantinos, viven sobre la costa, del lado de la Torre Blanca, y nosotros vivimos en el barrio del puerto y cerca del mercado. Los turcos nos permitieron construir nuevas sinagogas. Todos los días, en cada galera, en cada caravana, llegan judíos, que El Señor los proteja, desde los rincones más remotos de los reinos cristianos.

—Sí, Salónica es una Babel de lenguas —dijo Yusuf pronunciando mal el castellano, el rostro rojo por su intervención.

—Hablas muy bien Yusuf —agregó David—. Si te esfuerzas hablarás con soltura la lengua de Castilla,

como yo hablo el griego. Lo aprendí en Florencia cuando tenía trece años, como tú ahora.

—En Salónica hay una Babel de lenguas, como bien dice Yusuf —comenzó a explicar en su habitual tono de maestro Joseph Passí—. La lengua oficial, la de las relaciones con el poder, es el turco, que yo tuve que aprender por mis ocupaciones en la comunidad. Por otra parte, los habitantes que ya vivían en Salónica antes que llegáramos nosotros de Sefarad, tanto los cristianos como los judíos, hablan griego, como tú, Yusuf. Están luego los recién llegados a estas tierras benditas, que hablan: castellano, portugués, gallego, aragonés, napolitano, siciliano; las lenguas de los judíos expulsados.

—Hablando de las lenguas —dijo Yusuf—, en la sinagoga de Castilla una persona preguntó por ti, David.

—¿Quién era?

—Alguien que me habló de un ancho río con un molino de agua.

—¡El Guadalquivir! —exclamó David— ¿Quién te habló de mi molino?

—Alguien que quiere ver otra vez tu rostro. Dice llamarse Meir Melamed.

Entonces se escuchó un trueno y luego el sonido de las primeras gotas de lluvia que golpeaban monótonas sobre el tejado.

Al día siguiente, David se reunió con Meir Melamed frente a la casa de Joseph Passí. Ya no llovía y el sol intentaba asomar entre las nubes de tormenta. Caminaron a lo largo de la costa hacia la Torre Blanca. El pavimento de piedras irregulares estaba marcado por las huellas que dejaban en el lodo los carromatos cargados

de mercancías. Varias galeras estaban amarradas al desembarcadero. Los mozos sacaban bultos de los depósitos del puerto y los subían en las naves.

—¡David de Córdoba, benditos los ojos que te ven!
—dijo Meir Melamed—. Luces igual como tu padre, así viva Dios, aunque creo que eres más alto. Al saber que tú estabas aquí, quise verte.

David sonrió. Meir Melamed había cambiado; aunque todavía no había cumplido los cincuenta años, parecía mayor. Estaba vestido a la usanza española. Tenía el porte erguido y la mirada altanera. El rostro, surcado por muchas arrugas, denotaba tristeza.

—¡Por fin pude salir de España! ¡He venido a estas tierras del Sultán con toda mi familia! En Sefarad sufrimos muchas penurias, hijo. Tú no sabes lo que es el terror. Tuvimos que burlar a la Inquisición, pues todos los conversos están allí vigilados. Cualquier pelagallos puede hacer una denuncia secreta y entonces tu vida y la de tu familia están en peligro. Puedes consumirte en prisión o terminar en el quemadero. Yo estuve casi un año en las mazmorras. Mi esposa perdió el hijo que estábamos esperando, que Dios lo bendiga, y ahora no podemos tener más niños.

David quería hacer muchas preguntas pero Meir Melamed no detenía su discurso, como si tuviera que decir todo de un sólo tirón y así aliviar su alma.

—¡Me torturaron! Con la tortura uno termina confesando todo lo que los inquisidores desean con tal de poner fin al tormento. Tuve que confesar que había judaizado, cosa que no era cierto, para luego fingir arrepentimiento y luego ser reconciliado. Perdí parte de mis bienes que confiscó La Inquisición y colocaron un Sanbenito con el nombre de mi familia colgado en la cate-

dral de Córdoba. Yo tuve que vestir durante dos años una túnica amarilla con leyendas ofensivas escritas en el pecho y en la espalda. Los chiquillos me seguían con burlas cuando caminaba por las calles de mi querida ciudad.

Se habían alejado de la zona de descarga de las galeras y se escuchaba el sonar de sus pisadas en el desparejo pavimento de piedras. Luego Meir Melamed continuó:

—Para salir de España tuvimos que simular un viaje de negocios a Palermo, de allí abordamos una galera hacia Creta y luego, la flota veneciana que hace la ruta a Salónica. Pudimos escapar, gracias a Dios, mi señora y mis hijos. Que Dios los guarde.

¡Habían llegado a la torre blanca donde terminaba el desembarcadero, atravesaron la puerta de la ciudad y salieron fuera de las murallas. Se internaron por un sendero que estaba entre montes de olivos y huertas de frutos y que se alejaba del mar.

—Lo que me impulsó a dejar España fue, en verdad, que nos cerraron todas las puertas —continuó Meir Melamed casi sin tomar aliento—, las puertas de todos los oficios, de todas las artes, del clero, y de toda ocupación digna. Mi hijo, José Pérez Coronel, no pudo ingresar en la escuela notarial de Toledo porque allí sólo consienten cristianos viejos con cuatro generaciones sin sangre judía, y ningún hijo de reconciliado por La Inquisición. ¡Hasta los reyes han firmado un edicto que no permite a los conversos ir a las tierras de las Nuevas Indias, donde dicen que hay grandes riquezas!

Llegaron a la cima de una colina que permitía ver toda la ciudad, la campiña y el azul intenso del mar. Se sentaron a la sombra de unos cipreses. El sol brillaba despejando las nubes.

—David, yo creía sinceramente en el Mesías de los cristianos —continuó Meir Melamed—, creía que el Edicto de los reyes era justo, que la Iglesia nos acogería en sus brazos, que mis hijos estarían a salvo en ella y podrían vivir en paz. Pero se estableció la Inquisición, y también los Estatutos de Limpieza de Sangre. ¡Fui torturado! ¡Piensan que tenemos la sangre maldita!

Dejó de hablar, tenía la vista perdida en el azul. Se escuchaba sólo el trinar de unos pájaros y el suave rumor de un arroyo que serpenteaba entre las piedras pocos pasos más abajo. David no tenía respuestas. Escuchaba aterrorizado el relato de este hombre que venía de Sefarad. Había oído muchas historias acerca de lo que sucedía en España, siempre contadas por personas que habían conocido los hechos por la narración de algún otro. Éste, en cambio, era un relato directo, de alguien que había vivido en la España de una sola religión; y Meir Melamed se complacía en contarlo todo, como si contándolo aliviara el peso que oprimía su alma. Entonces David se atrevió a formular una de las preguntas que quería expresar desde hacía largo rato:

—Abraham Señor, ¿cómo murió?

—¡Que vivas tú muchos años, David! Abraham Señor, que Dios lo tiene entre los suyos, murió con el *Shemá* en los labios. ¡Te juro por mis hijos que yo lo escuché!

David recordó cuando el anciano patriarca llegaba a la casa de los Córdova; recordó el orgullo que sentía porque el Rabino Mayor de Sefarad se alojaba en la vieja casa familiar de la calle de Las Flores. Era verdad que Abraham Señor había muerto recitando el *Shemá*, la antigua plegaria judía al Dios Único. Sintió que el anciano patriarca no lo había defraudado. Entonces formuló la otra pregunta:

—¿Y el molino, Meir Melamed? ¿Qué fue del molino que tú habías comprado?

—Cuando supe que estabas en esta ciudad, si quise verte fue por el motivo del molino, David. Lo vendí poco antes de partir. El comprador fue Fernando Nuñez Cardozo, que también es de los nuestros. El molino está en buenas manos. Me pagó por él dos mil maravedíes, que es lo que vale en oro.

Sacó de su bolsa una hoja de papel doblada en cuatro y se la entregó.

—Esta es una letra que vale dos mil maravedíes cobrables a un rico mercader de Venecia. Yo no puedo ir a los estados cristianos pues en España saben ya de mi fuga, y la Inquisición tiene el brazo muy largo. Entrega esta letra a tu padre, David, que quiero pagar la deuda que con él tengo, y así podré seguir mi camino en paz. Me marchó a Estambul para aprender los secretos de la Cábala.

—Le daré esta letra de cambio a mi padre cuando regrese a Venecia —dijo David tomando el papel.

—Dile que yo le deseo que viva muchos y buenos años, que guardo siempre un grato recuerdo de su persona.

—Así lo haré.

—Espera, David, que tengo algo para ti...

—¿Para mí?

Meir Melamed sacó de su bolsa un objeto de hierro oscuro que David reconoció al instante.

—Es la llave del molino. La traje para que la tengas siempre de recuerdo, para que te sirva de talismán en tus horas de alegría y en los días de dolor y desesperación; para que sea el símbolo de las nueve emanaciones divinas, y para que te ayude a llegar al Señor.

Podemos, ahora, dejar a David contemplando la llave del molino del Guadalquivir y remontarnos nuevamente con la imaginación por el cielo de Salónica y dirigir nuestra mirada hacia España donde comienza a gestarse una nueva amenaza contra los judíos.

¿Cómo hablamos de judíos en España si todos habían sido expulsados en el año 1492? En realidad, los que habían quedado en los reinos gobernados por los recién nombrados “Reyes Católicos” —mediante una bula del Papa Alejandro— eran judíos conversos. Algunos se habían convertido, como Abraham Señor y Meir Melamed, luego de conocido el Edicto de Expulsión y otros lo habían hecho en épocas anteriores. Por aquellos años, en la España de fines del siglo quince, ya eran todos cristianos. Pero comenzaron las diferencias. Se creó la categoría de “cristianos nuevos” o “conversos” para distinguirlos de los “cristianos viejos” o “cristianos lindos”. La Inquisición persiguió a los conversos sospechosos de judaizar y en muchos casos los condenó a la hoguera, con acusaciones, a veces ciertas y otras, falsas. En verdad, el pueblo español seguía viendo a los conversos judíos como algo extraño, como extranjeros, aunque las familias judías vivieran en la península desde hacía muchos siglos, en las mismas casas, en las mismas ciudades, y convivieran con los cristianos en las actividades comerciales y hasta en las campañas militares. Aunque ahora profesaran también la religión de los cristianos, de cualquier manera eran vistos como extraños. Entonces, la frase debería ser la siguiente: “Allí comienza a gestarse una nueva amenaza contra los judíos conversos —o lo que es lo mismo— contra los cristianos nuevos”.

Es así que principian a adoptarse en España los llamados “Estatutos de Limpieza de Sangre”. Consistían en la prohibición del ingreso de “cristianos nuevos” a las

instituciones españolas. Cada institución hacía sus propios estatutos. Primeros en excluir de sus claustros a los conversos fueron las órdenes religiosas como las de los dominicos, los gerónimos, los jesuitas. Los siguieron luego las universidades de Salamanca y Alcalá de Henares. Finalmente fueron apartados de los gremios, de los oficios, de la magistratura del reino y también de la milicia. Así fue que los Estatutos de Limpieza de Sangre se extendieron lentamente por todas las instituciones de la península. Muchas veces se requería un escrito ante notario público en el que constara que el postulante no tuviera ningún ascendiente judío o relajado por la Inquisición por cuatro y hasta siete generaciones —nuevamente vemos la doctrina de la Inquisición que hace recaer la culpa de los padres sobre los hijos—. Estas severísimas condiciones impidieron, por varios siglos, a los conversos y a sus descendientes, ocupar cargos de importancia en el tejido dirigente de España y sirvieron para expulsar de su seno a los cristianos nuevos que ya estaban en estas instituciones. Marcaron, hasta el día de hoy, en el carácter de los españoles, la obsesión por la nobleza, los linajes, los libros de genealogía y la heráldica. Se exigían certificados de limpieza de sangre, que por supuesto debían ser expedidos por cristianos viejos, respetados y de sangre limpia de toda mancha judía. Los postulantes para ingresar a cualquier institución tenían que hacer largas demostraciones de su linaje puro. Llegaron al extremo de que un pretendiente, que pertenecía a alguna familia cuyo abolengo estaba ya demostrado por algún antepasado anterior, debía comenzar nuevamente con la probanza. No bastaba con ser “cristiano limpio”, había que demostrarlo.

Los Estatutos de Limpieza de Sangre cruzaron el océano, junto a la Inquisición y sus implementos de

tortura, en las carabelas de los conquistadores españoles de América. Fueron parte integrante de las colonias Españolas en el Nuevo Mundo hasta el siglo pasado. En nuestro país, los tribunales de la Inquisición fueron suprimidos por la Asamblea del año XIII, el 24 de marzo, y los implementos de tortura quemados en la Plaza Mayor —hoy la Plaza de Mayo— el 23 de mayo de ese año. En España también fueron abolidos, primero durante la invasión napoleónica de 1812, para luego ser restaurados, hasta que se eliminaron finalmente en las últimas décadas del siglo XIX.

Mis abuelos llegaron a la Argentina a comienzos de este siglo expulsados por las escasas perspectivas de trabajo de una isla del Mediterráneo oriental dominada por el entonces decadente Imperio Turco. Vinieron atraídos por las promesas de ocupación y libertad que garantizaba nuestra Constitución, que llamaba a: “todos los hombres de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino”.

Vinieron hablando el dulce español del siglo quince, mezclado con algunas palabras en griego, turco y hebreo. Es el idioma que yo escuchaba en mi niñez, con sus giros arcaicos, sus refranes y dichos oportunos, su entonación extraña, que a nosotros nos causaban gracia, y que ahora son motivo de investigación, y que ya no oigo más.

Y nosotros, sus descendientes, sus hijos, nietos y bisnietos que habitan este bendito suelo que los cobijó, nos encontramos acá, en América, en el final del siglo veinte, con Estatutos de Limpieza de Sangre no escritos. Porque los estatutos escritos fueron abolidos hace casi dos siglos, pero otros estatutos similares permanecen vigentes, sugeridos, sigilosos, como remanente de aquellos escritos en España durante una época de intolerancia. Si

alguien pregunta por ellos seguro que serán negados. Pero el hecho real es que los judíos en la Argentina —del mismo modo que otras minorías étnicas o religiosas— tienen restringido su ingreso a las fuerzas armadas, al servicio de relaciones exteriores, al poder judicial, a muchos selectos clubes, a ciertas escuelas. Se sabe que en algunos lugares y en determinados cargos los judíos no entran. De eso no se habla, no se lo menciona. Si algún miembro de estas minorías intenta ingresar, se le dice discretamente al candidato que no es aceptado, y si a pesar de ello logra entrar, desafiando estos estatutos, no avanza en su carrera. Son disuasivos. Tal es así que los padres aconsejan a sus hijos no inscribirse en las carreras o instituciones donde saben que serán rechazados.

Entonces, los judíos, cuyos ancestros habían escapado de España para conservar su fe, que vinieron a América buscando libertad y trabajo, encontraron estos estatutos, resabio de una España intolerante, que impiden a sus hijos ejercer ciertas profesiones y ocupar algunos cargos para los que están perfectamente calificados. De esta forma se convierten en ciudadanos de segunda categoría. Es una broma del destino que esto suceda en América, tierra de oportunidades y libertad, y la paradoja es que estos estatutos son letra muerta en España pues: en España, ¡ya no quedan más de aquellos antiguos judíos!

Venecia, 23 de julio de 1503

David vio por la ventana la luminosidad violeta que precede al alba; todavía el sol no había salido y podría entonces descansar un poco más. Se hundió entre las suaves sábanas de lino que su madre perfumaba con aroma de jazmín. Había llegado a Venecia la mañana del día anterior desde Salónica; había subido corriendo las escaleras de la casa del Ghetto hasta la cocina del piso superior donde estaban su madre y la tía Esther siempre trajinando entre sartenes, ollas y cacharros, rodeadas de jóvenes criadas que estaban preparando la comida del mediodía. Sara había envejecido, tenía el cabello gris, ceñido con una cinta negra y el rostro surcado por muchas arrugas. Recibió a David con un beso en la frente que era la máxima efusión de afecto que se permitía.

—¡Qué bien que se te ve, David! —exclamó la tía Esther—. ¡Así viva el Dios!, que no pareces esclavo.

—Es que tuve tiempo de reponerme en Salónica, donde por otra parte me atendieron muy bien en la casa de Joseph Passí.

—Pues acá te atenderemos mejor, tu madre y yo. Toma, come esto, para que veas cómo te tratamos nosotras —dijo la tía Esther acercando a David una canastilla con pequeñas empanadas de arroz.

David se había sentado ante la gran mesa que ocupaba el centro de la cocina y miró por la ventana. Veía los techos de las casas del Ghetto y más allá el mar.

—¡Cuéntanos cómo escapaste de los caballeros de Rodas, David, cuéntanos de ese pirata de la barba roja,

que dicen que se convirtió en el terror de los mares! —exclamó la tía Esther.

Y David había contado una vez más su aventura, como lo haría tantas veces durante esa semana.

La luz que entraba por la ventana era rojiza. Llegaban voces desde la plaza, donde algunos mercaderes madrugadores comenzaban a preparar las tiendas de la feria. Era muy agradable yacer en el lecho contemplando la alborada. Recordó que Aarón Abulafia lo había estado esperando en el puerto cuando había llegado la nave que lo regresaba de Salónica. El saludo de su amigo se había confundido con los gritos de los marinos que amarraban las galeras de la flota al desembarcadero. David sentía todavía en el cuerpo, acostado entre las crujientes sábanas de hilo, viendo como la luz de la ventana se aclaraba, el largo abrazo de su amigo.

—Tú me rescataste de la esclavitud, David —le había dicho Aarón Abulafia—. En el Nombre del Altísimo, me alegro que hayas vuelto de allí, sano. ¡Déjame que te vea! ¡No sabes tú las angustias que vivieron tus padres y toda la familia preocupados por tu suerte!

Tomó de un brazo a David y continuó diciendo:

—Ven, marchemos a tu casa. Tus padres estarán ansiosos por saber de ti. En el trayecto me contarás esas aventuras con los piratas.

Habían subido a la góndola y se instalaron en los asientos centrales bajo un toldo de lona. Un criado de la compañía bogaba con el largo remo, de pie, en la popa.

—Cuando llegamos con la flota de regreso a Corfú supimos de la incursión del pirata Aroug Barbarroja. Temí por tu vida, David.

Seguían navegado por las aguas del Gran Canal. El movimiento de las góndolas y las pequeñas barcas era

incesante. David miraba las fachadas de los espléndidos palacios.

—Al llegar yo a Venecia, ya había arribado Rab Nahmias para negociar el rescate de los judíos de Rodas —continuó Aarón—. Entonces supimos que tú estabas a salvo entre los prisioneros, y por la gracia de Dios, con vida. Tu padre y tu tío dispusieron de los dineros del fondo que la comunidad reserva para libertar a los cautivos y redimir los esclavos. Rab Nahmias regresó a Rodas con el rescate. Pudo cumplir a medias su misión porque retornó sólo con los ancianos que ya no podían trabajar. Los cruzados se negaron a redimir al resto. Por él nos enteramos de tu evasión. ¿Cómo supiste que no seríais liberados?

Entonces David contó nuevamente su historia, mientras la góndola se internaba por los estrechos canales que llegaban al Ghetto.

Cuando despertó, el sol ya estaba alto, la luz de la ventana era brillante y el cielo, azul, diáfano. Pensó que todos estarían ya levantados mientras él dormía. Saltó de la cama, se lavó el rostro con el agua del aguamanil que estaba sobre la mesa, se vistió las calzas, se ajustó la camisa, tocó la llave que llevaba colgada del cuello con una cuerda de fina piel de cordero trenzada, recitó la oración de la mañana y corrió a la cocina. La tía Esther le preparó un jarro de jugo de lima y una rodaja de pan con dulce de membrillo.

—¡De novio que te veamos, David! ¡Que apuesto que te ven estos ojos, en Nombre de Dios! —dijo la tía Esther.

—¡No volveré a casarme, tía! Estuve casado con

Shoshana y Dios me la quitó. No insistas, por favor. No me volveré a casar.

—Nunca digas que de esta agua no beberás —replicó la tía Esther.

—¡No te enfades! —lo reprendió Sara—. Come esto para que el día de hoy sea dulce.

Terminó el pan, agradeció el desayuno y corrió escaleras abajo hasta el depósito. Salomón revisaba, con la ayuda de Aarón, la calidad de una partida de paños que pronto debían embarcar para Oriente.

—¿Has dormido bien, David? —preguntó su padre—. Te dejamos dormir porque es tu primer día en Venecia. Mañana deberás despertarte temprano y ayudarnos con estas mercancías. Termina el trabajo tú, Aarón, que yo daré un paseo con mi hijo.

Salieron por la puerta que daba a la plaza del Ghetto. El sol estaba alto. Los mercaderes terminaban de vender sus productos y comenzaban a retirar las tablas y caballetes de sus tiendas.

—¡Cuéntame acerca de Salónica, David! Dime cómo es la vida en una ciudad turca.

Y David le contó a su padre lo que había visto en Esmirna, en Salónica y en otros poblados del Sultán. Le contó que Salónica parecía una pequeña Sefarad, casi una ciudad judía, donde se hablaba el castellano, donde los exiliados vivían en paz y en libertad; le contó del incesante arribo de los expulsados, de las nuevas sinagogas y de la escuela de Joseph Passí.

Habían caminado por estrechas callejuelas y cruzado los canales por angostos puentes de madera hasta que llegaron al Gran Canal. Allí se abría una pequeña plaza. Muchas góndolas estaban amarradas a postes clavados en el lecho del mar.

Salomón de Córdoba contempló el agua verde por un largo rato; luego miró a David a los ojos y dijo:

—El crédito del molino es para ti, David, en el Nombre de Dios. Yo no deseo más bienes en este mundo. El Altísimo me ha bendecido con la fortuna en esta tierra. A pesar del exilio, a pesar de las penurias por las que pasamos, nos permitió conservar lo nuestro. Me ha bendecido con hermosos hijos. Él te ha puesto a prueba y te salvó.

Salomón abrazó a su hijo. Le dio un beso en cada mejilla, pasó su brazo sobre los hombros y así comenzaron el regreso al Ghetto.

La luz del sol de la tarde de verano entraba al gran salón del piso superior temperada por las cortinas oscuras de las ventanas que daban a la plaza. Los varones de la familia estaban sentados alrededor de la mesa: Isaac Abravanel en la cabecera; a su derecha, Salomón de Córdoba; a su izquierda, Judah Abravanel; y David, en el sitio contiguo a su primo Judah.

Luego del almuerzo Sara y Esther se dirigieron a la cocina; Aarón Abulafia había bajado al depósito de la compañía junto con los demás ayudantes para acomodar una partida de tejidos de lana; una criada entró, dejó sobre la mesa una pequeña fuente con dátiles, nueces y pasas de uva, y se retiró de prisa. Todos sabían que cuando se reunían los Abravanel y los Córdoba habría asuntos importantes que tratar.

David escuchaba a Judah, recién llegado de Nápoles, quien relataba los últimos acontecimientos del reino del sur. El acuerdo entre Fernando El Católico y el rey de Francia había durado muy poco. Ni bien se repartieron el reino, comenzaron las hostilidades entre los

españoles y los franceses. Fernando había confiado el manejo de los ejércitos y el Virreinato de Nápoles a Gonzalo Fernández de Córdoba. Luego de muchas batallas, el Gran Capitán —así lo llamaban sus tropas— estaba ganando la guerra y pronto conquistaría para la corona de Aragón todo el reino.

Judah contaba cómo —siendo médico personal del Gran Capitán— lo había acompañado en sus campañas por Calabria y cómo había curado de sus heridas a los jefes y a los soldados. David, mientras oía la voz de su primo pensaba en los judíos de Rodas y en la forma de salvarlos. Una frase de Judah le hizo prestar más atención al relato de su primo:

—Los dominicos intentan establecer la Inquisición en Nápoles, del mismo modo que en España, pero todavía no lo han conseguido. Los barones del Reino y los catedráticos de la Universidad se oponen con ímpetu. Protestaron ante el Papa quien debió ceder. Aún no hay Inquisición en Nápoles. No consiguieron tampoco expulsarnos del reino, como era el deseo del rey Fernando y la reina Isabel. En realidad, Gonzalo de Córdoba no quiere hacerlo; estima a los judíos. Mientras él sea el virrey, estaremos seguros en Nápoles.

—Hijo, disculpa que destruya tus ilusiones —dijo Isaac Abravanel. Su voz denotaba la sabiduría y la experiencia de los años—. Si Gonzalo de Córdoba se opone a los propósitos de los reyes, y, como tú sabes, yo estuve en la corte de Fernando y creo saber como razona el Rey, entonces, una vez que derrote a los franceses no durará mucho tiempo en el virreinato...

—Pero no es solamente Gonzalo, todo el pueblo rechaza La Inquisición.

—Escucha a los mayores, Judah —agregó Salomón.

Se produjo un pesado silencio en el salón, hasta que Isaac Abravanel miró a David diciendo:

—Cuéntanos tus aventuras con los piratas, David.

Era el momento que esperaba. Relató nuevamente su huida de Rodas y al terminar planteó su angustia por los judíos de la isla:

—Les prometí que procuraría por su liberación, les di mi palabra de que intercedería por ellos.

—Pues ya lo estás haciendo —respondió su padre.

—Lo que yo he prometido es tratar de liberarlos, hablar ante el Consejo de los Diez. Debo lograr que el Consejo encomiende a los cruzados de Venecia para que persuadan al Gran Maestre de Rodas y conseguir así que el rescate de los esclavos judíos sea aceptado.

—Hoy los vientos de Venecia ya no nos son favorables, David —dijo con gravedad Isaac Abravanel—. También en esta Serenísima República los monjes dominicos están influyendo en el Consejo para imponer pesados deberes a los judíos. Si hacemos una petición como tú pretendes, lo único que lograremos es enardecer los ánimos en nuestra contra, y entonces, tal vez, nuestros enemigos consigan sus propósitos.

—¡No! ¡eso no! —dijo David.

—Intentan encerrarnos en el Ghetto, pretenden que no vivamos en otro barrio, que no salgamos del Ghetto por la noche, quieren que luzcamos un distintivo por la calle. Por ahora la mayoría en el Consejo se opone, pero alguno puede mudar de parecer en cualquier momento y entonces nosotros sufriremos.

—¿Puedo yo, por mi propia cuenta, hablar con el padre de Giovanni Corradi?

—Por ti mismo, David —asintió Isaac Abravanel—. No en nombre de los judíos de Venecia.

Venecia, 14 de febrero de 1504

Desde la muerte de Shoshana David nunca había vuelto a mirar a una mujer, no deseaba ningún arrimo con damas ni concurrir a bailes, realmente no podía hallar la causa que lo había llevado a aceptar al convite de Giovanni para ir a la fiesta de carnaval que la Condesa Contarini ofrecía en su palacio.

Mientras la góndola se deslizaba en la sombría noche veneciana por el Gran Canal hasta el Palacio Contarini, recordó, sin saber el motivo, aquella tarde gris de otoño, durante un paseo en barca por la Laguna, cuando había aprovechado para dialogar con su primo Judah sobre algunas cuestiones filosóficas que lo inquietaban. El viento, que soplaba del este, hacía volar la espuma blanca que levantaban las olas cuando rompían contra la larga isla de arena que separaba la Laguna de Venecia del mar. "Parece maná cayendo del cielo", había dicho en forma burlona Judah.

La barca recaló en una pequeña bahía, en la playa de arena blanca. David y su primo saltaron al agua poco profunda y empujaron la nave hasta que quedó varada. David amarró un cabo a un viejo ciprés que crecía cerca de la orilla.

—Si Dios quiere, por la tarde habrá subido la marea y será sencillo regresar a la ciudad —dijo David.

Cruzaron caminando la angosta franja de arena y se detuvieron frente al mar abierto.

—¿Dime, Judah, por que nos persiguen? ¿Por que los príncipes nos oprimen? ¿Por que nos expulsaron de

España? Ahora nos quieren poner limitaciones en Venecia y también, como tu nos has contado, en Nápoles.

—Pregunta hartó difícil que tu me haces David, pero trataré de responderte: Dios es inmenso, lo amamos en cuanto es conocido, pero no puede ser conocido enteramente por los hombres, ni su sabiduría se puede penetrar con el intelecto humano. Es por esta causa que no podemos conocer Sus designios.

—Tu padre, Isaac, que todo bueno tenga, me dijo que las esferas celestes rigen los destinos de este mundo y que se acerca la hora del Mesías. ¿Tú crees que esa hora está próxima?

—A lo que tú preguntas, nuestro rabí, Moisés ben Maimón, sabio de bendita memoria, dice que al final de los tiempos el alma resucitará y se unirá con el Señor, en espíritu, no en cuerpo. En cuanto al tiempo, por otra parte, como tú ya lo sabes David, Aristóteles dice que el mundo fue producido eterno; Platón argumenta que solamente la materia o caos existió siempre, pero el mundo tuvo un principio en el tiempo. Nosotros, los fieles, decimos que todo es producido por Dios de la nada, en el comienzo del tiempo.

—¿Tú piensas que, como dice Platón, los cielos se han de disolver?

—Sí.

—¿Algún sabio señaló el término de tiempo?

—Los teólogos, más antiguos que Platón, dicen que el mundo inferior se renueva y corrompe cada siete mil años; éste, que nosotros vivimos, es el año cinco mil doscientos sesenta y cuatro desde el principio de la creación, cuando se acaben los seis mil años se corromperá el mundo inferior.

—¿Cómo se corromperá?

—Será por algunos elementos, tal vez por el fuego, o por el agua.

—Y los cielos, ¿cuándo se corromperán?

—Dicen que ya corrompido el mundo inferior siete veces en siete mil años, viene a disolverse el cielo y toda cosa vuelve al caos y a la materia primera. Esto viene a ser una vez pasados cuarenta y nueve mil años.

—Y este mundo, ¿ha sido hecho otra vez?

—Quizás, como dicen los sabios.

—Entonces la era del Mesías está lejos.

—Así es.

—Entonces no podemos explicar nuestras desventuras por el fin de los tiempos.

—Yo creo que no, David.

El viento soplaba más fuerte desde el mar, trayendo nubes de espuma blanca. David miró, ensimismado en sus pensamientos, las olas que rompían a lo lejos. Admiraba la sabiduría de Judah. Su primo conocía las respuestas.

Al cabo de un tiempo, David dijo:

—Pronto deberemos regresar a Venecia, se hará de noche, pero antes quisiera hacerte otra pregunta.

—Hazla.

—¿Cómo es que tú sabes tanto, Judah?

—La disposición de la sabiduría es la hermosura que Dios comunicó a las almas intelectivas cuando las produjo; el ser sabio en acto consiste en la enseñanza y en el uso de las doctrinas aprendidas de los sabios. En la escritura está el acto, que no es para servir a los presentes, sino a los que están lejos en el tiempo y ausentes de los escritores. Acerca de las cuestiones de las que tú me has interrogado, David, estoy escribiendo un libro en forma de diálogo sobre ellas.

—¿Hay algún acto por el cual podamos salvar a nuestro pueblo de la esclavitud?

—El acto que aconsejan los sabios es el estudio y las virtudes morales, que son caminos necesarios para la sabiduría y ella es el camino de la felicidad.

—¡Tú no me entiendes, Judah!

—Sí, te comprendo. Lo que digo es que el fin es llegar a la verdadera sabiduría, cuya consumación es conocer a Dios, que es suma sabiduría, suma bondad, y origen de todo bien. Y este tal conocimiento causa en nosotros amor inmenso, lleno de excelencia y de honestidad; porque las cosas son amadas cuando son conocidas por buenas. El inmenso Dios es amado cuando es conocido. Éste es el acto que nosotros debemos hacer.

David miró la vastedad del mar y el incesante movimiento de las olas. Sólo se escuchaba el silbar del viento en los pinos de la isla.

—Judah, volvamos a Venecia que ya es tarde —dijo David, mientras el viento soplaba, indiferente.

David sintió a Isabella Conti, desnuda, moverse y temblar bajo el peso de su cuerpo, tratando de prolongar el placer; sintió como la última gota de semen penetraba en la vagina de la muchacha; sintió el dolor cuando las uñas de la joven se le clavaron en la espalda y entonces lo invadió un inmenso goce; apoyó todo su cuerpo sobre Isabella que se distendía, aflojaba el abrazo y murmuraba palabras de amor al oído de David.

La lluvia golpeaba las ventanas de la alcoba. El fuego, que estaba encendido frente a la cama, se extinguía. David estiró la sábana cubriendo el largo cuerpo

de la mujer y se acostó a un lado del lecho. Isabella apoyó su talle cálido contra la desnudez de David y se durmió.

Relumbró un relámpago y rugió un trueno. Se levantó con cuidado, procurando no despertar a Isabella, arrojó unos leños a la chimenea y regresó de un salto a la cama. Isabella aun dormía. Las llamas crepitaron alumbrando la estancia.

Contempló el rostro de la mujer a la luz parpadeante del fuego. Vio la nariz recta, los ojos pintados con trazos negros, los aros colgantes de perlas, el cabello rubio, revuelto, y recordó el brillo azul de sus ojos cuando lo miraron por primera vez, el rostro oculto tras la máscara, en la fiesta de carnaval de la Condesa Contarini.

Recordó sus últimos meses pasados en Venecia. Había colaborado con su padre en el manejo de la Compañía. Los negocios prosperaban. La paz que la República Serenísima había firmado con el Sultán de Turquía había permitido desarrollar la nueva ruta de Salónica y David estaba orgulloso de haber contribuido con esa tarea.

Se había reencontrado con su amigo Giovanni, con quien pasaba largas jornadas de caza y de juego, pero era la primera vez que iba a las fiestas y diversiones galanas a las que era aficionado su amigo, desde la muerte de Shoshana.

Su preocupación por la suerte de los judíos esclavos en Rodas lo había llevado a tener varias reuniones con el padre de Giovanni, Lucas Corradi, quien le había prometido ocuparse del asunto. Le había dicho que luego de los carnavales habría una reunión del Consejo de los Diez donde plantearía el tema ante El Dogo.

Acarició suavemente el cuerpo de Isabella que dormía. La joven se volvió, quedó de espaldas a David mientras murmuraba alguna protesta incomprensible, entre sueños.

David no la amaba, ¿cómo podía amarla si recién la había conocido esa noche?

Se despertó cuando ya era la mañana, salió desnudo del lecho, hacía frío, el fuego se había apagado. Miró por la ventana los colores de plomo del Gran Canal. La lluvia suave seguía cayendo sobre Venecia.

Isabella Conti dormía. La sábana se había deslizado al piso de mármol rosado, y el cuerpo desnudo de la joven yacía encogido en una esquina del lecho. David no supo qué estaba haciendo en esa cámara extraña. Pensó en Shoshana. La había defraudado. ¿Qué estaba haciendo allí con una hermosa desconocida?

Tapó a la muchacha con la sábana para ocultar su desnudez. Se vistió de prisa, salió de la cámara, bajó por oscuras escaleras, atravesó largos pasillos donde somnolientos criados, que ordenaban los vestigios de la fiesta, le señalaron la salida.

Por la tarde, en la cocina de la casa del Ghetto, mientras escuchaba los dichos de la tía Esther, recibió una carta con el sello de Giovanni.

Luego de un comentario sobre la fiesta de disfraces, y una descripción detallada de las virtudes de la dama que lo había acompañado esa noche, decía: "...por otra parte, mi padre me encargó que te comunicara que la Señoría no puede, por el momento, debido a importantes

alianzas que garantizan la seguridad de la República, interceder por la libertad de los esclavos judíos de Rodas ante el Gran Maestre de los Caballeros Hospitalarios..."

La lluvia seguía cayendo, silenciosa, sobre los canales de Venecia.

Nápoles, 20 de mayo de 1505

David y Yusuf habían llegado a Nápoles por la mañana, desde Salónica, con la flota de galeras. Transportaban una partida de pimienta y nuez moscada que debían entregar en el puerto de Valencia.

Habían cenado en la casa de Judah Abravanel, en el barrio alto de Nápoles, cuando el sol se ocultaba tiñendo de oro la bahía. Luego se sentaron sobre mullidos cojines de seda, con las piernas cruzadas a la usanza mora, ante un plato colmado de nueces y pasas de uva que un criado había dejado en una mesa baja.

Judah mantenía una conversación con Yusuf acerca de los estudios que el joven había terminado en Salónica. David no prestaba mucha atención; distraído, recordó las ciudades donde había estado luego de la Expulsión: Florencia, Venecia, Nápoles, Rodas, Corfú. Ahora vivía en Salónica, en cuyas calles se oía hablar todas las lenguas de España. Vivía allí porque su padre le había encomendado dirigir los negocios de la Compañía en esa ciudad, además, ya no soportaba las fiestas y los lujos engañosos de Venecia y estaba disgustado por el fracaso de su misión ante La Serenísima para obtener la libertad de los judíos de Rodas. Se ocupaba frenéticamente del trabajo y procuraba aportar nuevos negocios a la Compañía. Quería pasar el mayor tiempo posible en el mar. Yusuf, que también amaba la navegación, lo acompañaba en sus viajes.

—¿Queréis beber buen vino de Nápoles? —ofreció Judah, y sin esperar respuesta, se puso de pie y sirvió el vino en copas de cristal.

—¿Será esta ocasión para festejar? —dijo David interrogando a Yusuf.

—Sí, si el Señor quiere —agregó el joven tomando la copa.

Judah miró a Yusuf y luego a David y preguntó:

—¿A qué os referís?

David contó entonces que esa mañana, en el puerto de Nápoles, cuando cargaban en las galeras las mercancías, había encontrado entre los diferentes bultos que bajaban a la bodega unos arcones con sedas para el Duque de Saboya. Harían entonces una escala en el puerto de Niza para entregarlos. Se presentaba una inesperada ocasión para entrar a esa ciudad y, sin despertar sospechas, buscar a los padres de Yusuf. Hizo una pausa para beber de su copa y terminó diciendo:

—Tal vez, si Dios quiere, se hallen allí Natán y Rebeca. Desde que fueron expulsados de Rodas, Yusuf no tiene noticias de ellos.

—¿Cómo haremos para sacarlos de Niza? Los oficiales de la Casa de Saboya no los dejarán embarcar —dijo angustiado Yusuf.

—Ten paciencia, que la paciencia es del sabio —aconsejó Judah.

—Urdiremos la forma de traerlos —afirmó David—. Tal vez hallemos algún medio para embarcarlos, si aún viven allí.

—Estoy seguro de que algún medio encontraréis —dijo Judah, y, mientras bebía de la copa de vino dulce, comenzaba a relatar los últimos acontecimientos del Reino de Nápoles: Gonzalo de Córdoba había derrotado finalmente a los franceses y conquistado definitivamente la corona de Nápoles para el reino de Aragón. Gonzalo era ahora el Virrey y él era médico personal del Gran

Capitán. Los Barones se oponían todavía a establecer la Inquisición y a la expulsión de los judíos.

—La reina Isabel, la aborrecible, ha muerto —continuó relatando Judah—. Habrá problemas por la sucesión de Castilla. Fernando tiene partidarios y enemigos. Muerta la reina, que Dios destruya su nombre y su memoria, la corona de Castilla le corresponde a su hija Juana, que dicen que está loca. Su marido, Felipe, no tiene muy buenas relaciones con el rey Fernando. Por lo menos así afirman nuestros informantes. Creo que habrá problemas en Castilla.

—Debes estar atento, Judah —dijo David—. Corres peligro en Nápoles. En cualquier momento puede suceder alguna desgracia para nuestro pueblo. Si vienes a Salónica te recibiré con gusto en mi casa.

—Pierde cuidado que siendo médico de Gonzalo de Córdoba estoy a salvo —dijo Judah, y luego, cambiando con intención de tema, agregó—: Antes de tu partida quisiera que leas lo que estoy escribiendo. Espero tu consejo.

Mientras hablaba, abría delante de David un cuaderno escrito en pequeños caracteres latinos.

David leyó en silencio.

—Pero Judah, esto es lo que conversamos en la isla de Venecia —dijo David luego de leer algunos párrafos.

—Así es.

—Pero no lo digo yo, lo dice esta mujer, Sofía.

—Puse una parte de nuestro diálogo en boca de un personaje, David. ¿Recuerdas lo que decía sobre las formas Pico de la Mirándola?

David recordaba, recordaba las clases en Florencia, sus primeros pasos en el saber. Le parecía que todo ello había pasado en una época muy lejana. Muchas cosas

habían sucedido desde entonces. Recordó a Shoshana durmiendo en el cuarto superior de la casa de Nápoles, una casa como la de Judah Abravanel, con el aroma y los sonidos que venían de la ciudad. Luego dijo:

—Quisiera tener una copia del manuscrito.

—Es la única copia que poseo, David. El libro está compuesto de tres partes. He terminado la primera y en poco tiempo más concluiré la segunda. Haré una copia para ti y te la haré llegar a Salónica.

—Estaré muy halagado, Judah. Una vez que lo lea te enviaré una carta con mi parecer —dijo David.

—Mientras leías, David, estuve cavilando acerca de la forma de embarcar a los padres de Yusuf en Niza —dijo Judah—. Pensé lo siguiente: cuando arribéis al puerto, podréis pasar toda la carga de especias que están en vuestra galera a las otras naves de la flota y así vuestra galera estará más liviana. Las naves cargadas pueden seguir la travesía hasta Valencia. Si halláis a los padres de Yusuf, podréis, con sigilo, embarcarlos durante la oscuridad de la noche. Cuando por la mañana todas las galeras zarpen, los Oficiales de Saboya no sospecharán. Lejos ya del puerto de Niza, vuestra galera podrá desviar su rumbo y, sin carga, navegar muy rápido a Salónica. Allí, con la ayuda de Dios, con un buen viento franco, y si burláis a los piratas, estaréis a salvo con vuestros padres, Yusuf.

—Magnífica idea —se apresuró a afirmar el joven.

—Sí, tal vez tengamos éxito —dijo pensativo David—. Durante la singladura a Niza hablaremos de los pormenores de esta trama —y agregó—: se hace tarde. Ven, Yusuf, debemos retirarnos. Hoy fue un largo y fatigoso día. Mañana partiremos al alba, con la ayuda de Dios.

En una semana de buenas singladuras las galeras de la Compañía llegaron al puerto de Niza. Estaban amarradas, con sus velas recogidas y los remos rojos, inmóviles. Los cargadores desembarcaban los arcones con las sedas de la Casa de Saboya.

David había saltado a tierra junto con Yusuf y caminaba por la senda costera que rodeaba al monte del castillo en dirección a la ciudad. Judah Abravanel había indicado que los judíos de Niza moraban en una calle próxima al mercado. Yusuf apuraba el paso, impaciente.

Dejaron atrás el castillo y llegaron a una playa donde algunas barcas de pesca descansaban sobre la arena. En el mar se veían, a la distancia, las velas de otras barcas pesqueras que iban y venían arrastrando pesadas redes.

Abandonaron la playa y subieron hacia la ciudad. La plaza del mercado estaba vacía. Sólo algunas mujeres limpiaban las mesas donde, luego del mediodía, sus esposos volcarían el cargamento de pescados.

David preguntó a una aldeana por la calle de los judíos. La mujer no comprendía las preguntas; finalmente señaló algunas casas que se veían al fondo de una estrecha calleja que se abría a la plaza del mercado. Yusuf comenzó a trotar en la dirección señalada. David agradeció a la mujer y corrió en pos de su joven amigo.

Yusuf golpeó en la primera puerta. Nadie respondía. Golpeó nuevamente. Una anciana de cabellos blancos, vestida de negro, entreabrió la puerta. Yusuf le habló en griego. La mujer contestó en el mismo idioma. Eran judíos de Rodas. Natán y Rebeca vivían en una casa tres puertas más arriba.

Yusuf saltó los pocos pasos que lo separaban de la

casa y golpeó la puerta. Cuando se abrió, David reconoció, tras la barba, ahora poblada de cabellos de plata, el rostro envejecido de Natán, que se confundió en un largo abrazo con Yusuf.

Salónica, 7 de marzo de 1508

Las celosías de madera oscura ocultaban de miradas indiscretas unos brillantes ojos azules. David, a veces, distinguía, en la casa vecina, en la penumbra de una ventana, nada más que el contorno de un rostro pálido, tras, el cabello color paja y ojos que reflejaban la luz de una candela.

Hacía ya cuatro años que David ocupaba los dos cuartos del piso superior de la casa que compartía con la familia de Natán. Su alcoba tenía dos ventanas. Por una de ellas se veían los techos de tejas que descendían en pendiente hacia el azul del mar Egeo; por la otra se veían los fondos de las casas vecinas y al patio de Natán, cuya familia ocupaba el piso inferior. Habían alquilado la casa a un propietario turco que la había recibido, tiempo atrás, en pago por sus servicios durante la campaña de conquista de la ciudad. Natán había reparado la fuente y Rebeca había plantado limoneros en el patio que ya daban algunos frutos.

Natán, una vez instalado en Salónica, volvió a la práctica de la medicina. Durante la mañana visitaba a sus enfermos y por la tarde recibía una muchedumbre de pacientes en su despacho. Rebeca criaba otra vez gusanos de seda y sus telares producían hermosas telas que las jóvenes de la ciudad deseaban tener en su ajuar. Yusuf, durante la mañana, colaboraba en las tareas del almacén de la Compañía y por las tardes iba a las clases en la escuela de Joseph Passí. Eran nuevamente felices de vivir entre judíos griegos y, lentamente, apren-

dían el castellano que, traído por los expulsados de España, se estaba convirtiendo en la lengua común de toda la ciudad. Seguían llegando exiliados de Sefarad y ahora la población de judíos de Salónica duplicaba a la griega y a la turca. También habían llegado, atraídos por las libertades que el Sultán Bayaceto confería a sus súbditos judíos, los expulsados de los principados germanos. Eran los *ashkenasís*. Hablaban un dialecto alemán llamado *yiddish*, que sonaba bárbaro a los oídos refinados de españoles y portugueses; tenían la tez clara y, muchos de ellos, los cabellos rubios y los ojos celestes. Cuando arribaban a Salónica todavía no habían tomado apellido, usaban la antigua forma hebrea de nombrar, que consistía en agregar al nombre, hijo de, seguido del nombre del padre. En Salónica les atribuían a todos los llegados del norte el apellido Esquenací. Se aferraban a su idioma germano y a las costumbres del centro de Europa; vestían pesados abrigos negros y usaban gorros de piel a pesar del calor de la ciudad; no se juntaban con los otros judíos y creían que en realidad los expulsados de España eran herejes, poco piadosos; no se sentaban a la mesa con ellos pues decían que los españoles no cumplían con las leyes de la alimentación prescritas en los libros de Moisés. Tenían su propia sinagoga y no permitían los matrimonios más que con los de su propia congregación. Una familia *ashkenasí* era la que vivía en la casa contigua a la de David. Saludaban con un seco *shalóm*, y evitaban todo contacto con sus vecinos.

Un gallo cantó anunciando el alba. David vio los ojos azules que lo miraban en la oscuridad. Se escucharon más cantos de gallo. Despertó entonces y, mientras el alba penetraba por la ventana abierta, vio que la celosía de la casa del fondo estaba a oscuras. Se lavó las manos y el rostro. Luego recitó rápidamente la oración

la mañana. A lo lejos sonaban las campanas de una lesia.

Bajó a la cocina. Allí ya estaban reunidos Rebeca, atán, Yusuf y Shulamit. Sobre la mesa había una ente con dátiles y pasas de uvas. Natán, sonriente, rtaba generosas rodajas de pan que distribuía entre dos. Rebeca servía leche de cabra en jarros de loza anca con dibujos geométricos azules. El fuego del carín ya estaba encendido en el hogar.

Terminaron de desayunar en silencio, cada uno pen- undo en los quehaceres diarios que les esperaban. Da- d se levantó, dio las gracias a Rebeca por la deliciosa mda y le dijo a Yusuf:

—Ven, que hoy tendremos mucho trabajo en el de- sítio —y agregó—: pasen un muy buen día, en el nom- re de Dios.

Salieron a la calle que bajaba hacia el embarcadero se cruzaron con dos mujeres *ashkenasís* de la casa ve- na. Estaban vestidas con oscuras túnicas que las cu- rían por completo y tenían una cofia en la cabeza que ejaba asomar algunos cabellos claros. Una era alta, elgada, de unos cuarenta años, el rostro surcado por rugas y mirada dura. La otra era joven, de apenas uince años. Serán madre e hija, pensó David. La mu- acha lo miró un instante con los ojos azules que él ya abía visto, los ojos que se ocultaban tras la celosía. uando sus miradas se cruzaron, las mejillas de la jo- en se tiñeron de rojo. Apartó el rostro y apuró el paso jjetando con fuerza un pesado atado de ropa que lleva- a a la fuente de las lavanderas.

—Gente extraña son estos tedescos —observó Yusuf.

—Tienen distintas sus costumbres, pero son judíos erseguidos, como nosotros, Yusuf.

—¿Por qué no aprenden el castellano que estamos estudiando todos? Hasta mi madre ya entiende y habla muchas palabras del idioma.

—Quién sabe los designios del Señor.

Llegaron al puerto y caminaron a lo largo del em- barcadero. David miró el mar. A la distancia distinguió una flota de galeras que se acercaba con las banderas de Venecia flameando al viento. El embarcadero estaba atestado por una multitud de estibadores, comerciantes, marinos. Carretas tiradas por bueyes transportaban pe- sados fardos. Gritos, discusiones y órdenes se escucha- ban en muchas lenguas.

Entraron al depósito de la Compañía por el gran portón. Aarón Abulafia estaba ocupado acomodando grandes bultos de lana que unos estibadores bajaban de una carreta. David y Yusuf se sumaron para ayudar en la pesada tarea.

Al mediodía ya habían terminado el trabajo, esta- ban fatigados. Aarón se retiró con los cargadores al fon- do del depósito donde tenía una pequeña vivienda. Los esperaba su esposa y sus dos pequeños hijos con el al- muerzo preparado. David y Yusuf regresaban a la casa donde Rebeca tenía siempre listos sabrosos platos.

Volvían caminando por el embarcadero cuando se escuchó:

—¡David, David!

Reconoció la voz al instante, giró la cabeza en direc- ción hacia el lugar de donde provenía el grito. Miró el puente de una galera recién llegada.

—¡David, David! —gritaba una figura, empequeñeci- da por la distancia, que agitaba los brazos.

—¡Giovanni, Giovanni!

David corrió hacia la galera. Giovanni bajó desde el

puede hasta el embarcadero por una escala de sogas. Se confundieron en un fuerte y prolongado abrazo.

Yusuf ya estaba al lado de los amigos y contemplaba la muestra de afecto que le parecía extraña en David, especialmente con un desconocido cristiano.

Giovanni miró a Yusuf y preguntó:

—¿Quién es este joven que te acompaña?

—¿Recuerdas a la familia que conocí en aquel viaje a la isla de Rodas? Éste es Yusuf, el hijo menor de Rebeca y Natán. Comparto una casa con esa familia. Se encuentra a unos cientos de pasos de aquí. Nos esperan para comer. ¿Quieres venir?

Giovanni aceptó, gustoso por estar nuevamente con su amigo. Empezaron el camino por la calle que subía hacia la casa de David.

—Ahora recuerdo bien a este joven —dijo Giovanni—. Estaba con su madre que criaba gusanos de seda... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Rebeca —se apuró a decir Yusuf.

—Y con él estuviste prisionero y escapaste durante el temporal de la isla.

—Así lo quiso Dios.

—Debe ser ahora un valiente marino.

Cuando arribaron a la puerta de la casa se escuchó el llamado a la oración del mediodía que llegaba desde los altos minaretes de la mezquita del barrio turco.

Habían pasado tres días desde el arribo de Giovanni. David se encontraba en la toldilla de la nave al lado de su amigo que llevaba el timón. El viento salado le azotaba el rostro. La galera navegaba con las velas

desplegadas. Volvió la mirada a la ciudad. Atrás quedaba Salónica. Vio los techos rojos, las murallas, la torre blanca y el Acrópolis. Ya salían de la bahía. Al frente estaba el mar abierto, inmenso. En la costa, a estribor, se erguía la cumbre nevada del monte Olimpo; por algún motivo pensó que Judah Abravanel debería ver esta montaña de los dioses griegos... El reencuentro con Giovanni había despertado en David nostalgias de Venecia y de su familia. Quería mirar nuevamente a Sara y a Salomón, a Déborah. Tal vez Muchico estuviera de visita. El viento llenó su ser del aire salado que amaba.

—Giovanni, ¿me permites el timón?

David tomó la barra entre sus manos y sintió la fuerza de las olas contra la galera. Compensó los embates con suavidad, como tantas veces lo había hecho. Miró a su amigo y dejó que el viento empujara con fuerza la nave.

Venecia, 2 de mayo de 1508

La sala del piso alto de la casa del Ghetto se hallaba en sombra. Los postigos cerrados dejaban pasar angostos rayos de sol primaveral y amortiguaban el bullicio de la plaza. Salomón de Córdoba, Muchico y Judah Abravanel, de pie, hablaban en voz queda en un rincón. Frente a la mesa, junto a David de Córdoba, estaban sentadas Sara, Déborah, Esther, quien tenía cubierta la cabeza con una mantilla negra y los ojos llorosos.

—En el Nombre del Dios, tía Esther, que Isaac se va a curar —dijo David—. Lo atiende Judah, tu hijo, que es el mejor médico de Italia.

—No hay médico que haga milagros contra los designios del Señor —sentenció Esther.

En ese momento entró en la sala una criada que traía sobre una fuente un tazón de porcelana, humeante de caldo.

—¡Deja, niña, que se lo llevaré yo! —ordenó Esther.

—¡No! —dijo Sara— ¡entraré yo! Tú le contagiarás la tristeza que veo en tu rostro demudado.

Se puso de pie, tomó la bandeja de las manos de la criada, caminó hasta donde se hallaba Judah Abravanel y, con una mirada interrogativa, preguntó:

—¿Podremos darle de comer?

—Sí, entraremos juntos. Sólo tú y yo. La presencia de más personas lo pueden turbar.

Entraron sin hacer ruido por la puerta que conducía a la cámara de Isaac Abravanel.

David se acercó a su padre que se encontraba próximo a la puerta. Se había formado un grupo de judíos que habían llegado para acompañar al patriarca enfermo. Era *Shabat*. Los hombres entraban en silencio, se acercaban, susurraban palabras de consuelo, recordaban los acontecimientos vividos durante la Expulsión, comentaban los sucesos del momento, decían algunas palabras de ánimo, auguraban una próxima mejoría “en el Nombre de Dios” y luego se retiraban.

Judah salió del cuarto diciendo en un susurro:

—David, mi padre desea verte.

Entraron en la penumbra de la habitación. David acostumbró sus ojos a la tenue luz que filtraban las pesadas cortinas. La cama del enfermo, de gruesas columnas, estaba apoyada contra la pared sobre una tarima de madera. El anciano abrió sus ojos al escuchar a Judah que decía:

—Aquí está David.

—Acércate, hijo.

David se sentó en un banquillo al lado de la cama y tomó la mano que asomaba entre las sábanas.

—Cuéntame de Salónica. ¿Es cierto que el Sultán ampara a los nuestros?

David acercó la cabeza para escuchar la débil voz del anciano y luego respondió:

—Así es, en Salónica vivimos en paz los judíos, los musulmanes y los cristianos.

—Como antes en Sefarad.

—Y se escucha por las calles el habla de Castilla.

—En Venecia nos oprimen, ya no nos queda lugar en los reinos cristianos. David, quiero que estés atento. Los ejércitos del Sultán vencerán a los cristianos y tomarán el bastión de la isla de Rodas. Será el signo de

que la era del Mesías está próxima. Cuando Él llegue resucitarán los muertos y todos los pueblos conocerán la gloria del Señor.

David asintió con un gesto y luego oprimió la mano fría del anciano. Judah escuchaba, de pie, envuelto en la penumbra de la cámara.

Isaac Abravanel trató de incorporarse en el lecho. David lo ayudó y acomodó los almohadones de la cabecera.

—Abre ese arcón, Judah.

Judah tomó la llave que se encontraba sobre una mesilla al lado de la cabecera de la cama y abrió la tapa del pesado cofre.

—Encontrarás una bolsa de piel.

Judah extrajo una pequeña bolsa que estaba atada con un lazo de seda.

—Busca ahora una lámpara de metal.

Extrajo una lámpara de aceite que pendía de tres cadenas, sostenida por un aro de cobre con inscripciones en hebreo.

—Judah, ésta es mi voluntad —la voz del anciano sonaba más fuerte—. Cuando yo no me encuentre en este mundo quiero que esta lámpara, y la bolsa, sean para David de Córdoba. En la bolsa hay tierra de Sefarad. David, escucha bien. Si encuentras un lugar donde haya bonanza para los nuestros, como aconteció durante muchos años en España, planta un olivo y abónalo con esta tierra, para que crezca lozano —Isaac Abravanel dejó de hablar por un instante tratando de reunir sus fuerzas, luego continuó—: esta lámpara es la lámpara de la sinagoga de Toledo, que iluminaba la *Toráh*. Si hallas una tierra de paz, ponla allí, en un templo que llamarás *Chalóm*, para que la paz ilumine nuevamente nuestra Ley.

—Guardaré estas cosas en el arcón —dijo Judah, y agregó—: si Dios quiere vivirás muchos años, padre. Salgamos, David, que ya es la hora para el descanso.

David besó la frente de Isaac Abravanel y salió en silencio del cuarto.

Isaac Abravanel fue enterrado en el cementerio judío de Padua. Murió creyendo que la era mesiánica llegaría pronto, en pocos años; que los muertos resucitarían, como estaba escrito.

El periodista y escritor argentino, Nessim Elnecavé, en su libro: "Los Hijos de Ibero-Franconia", dice: "En 1509, encabezados por Maximiliano I de Habsburgo, los lansquenets se arrojaron sobre Italia; la propiedad judía fue saqueada, primero por los austríacos y luego por los soldados venecianos."

La Enciclopedia Judaica nos informa que el cementerio de Padua fue destruido en la invasión de 1509 por los soldados germanos y hoy no se conoce donde descansan los restos de Isaac Abravanel.

Parte 3

—¿Qué está pasando? ¿Estoy loco?
¿Estoy muerto? ¿Qué es esto?
Baja y tranquila continuó la voz dentro
de su pensamiento, exigiendo una
contestación: —Pedro Pablo Gaviota,
¿quieres volar? —¡SÍ, QUIERO VOLAR!

Juan Salvador Gaviota
Richard Bach.

Salónica, 10 de abril de 1522

Las galeras estaban amarradas en el puerto, los remos rojos en descanso, las velas recogidas sobre los mástiles, el pabellón verde y blanco de la Compañía ondeaba junto con la bandera del Sultán.

David atendía, desde la toldilla de la nave capitana, la carga de los pertrechos de los jenízaros. Su misión era embarcar a los soldados de la guarnición de Salónica junto con todas las vituallas necesarias para una nueva campaña del ejército turco.

Llegó una carreta cargada con pesados cañones desde la fortaleza. Una cuadrilla de esclavos tártaros se apresuraba a descargarlos ante el ojo vigilante del capitán. Introducirlos en las bodegas de la flota demandaría la tarde entera.

Bajó por la estrecha escalerilla hasta la bodega. Contempló a Yusuf que dirigía a un grupo de estibadores que acomodaban los cañones y los aseguraban con gruesas cuerdas para que resistieran, sin moverse de su sitio, los posibles golpes de la nave en un mar embravecido. Miró el rostro de su amigo, todavía pudo ver los rasgos de aquel muchacho que había conocido en la isla de Rodas, hacía ya mucho tiempo.

David descendió de la nave capitana y caminó a lo largo del desembarcadero examinando las galeras. Aarón Abulafia gritaba a unos estibadores que subían por una tabla cargando pesados sacos de trigo.

David se acercó a su amigo y le dijo:

—Continúa tú con la estiba de las naves, yo iré a casa a comer, luego regresaré para que tú puedas descansar.

Seguirían trabajando por la tarde, cosa que no era la costumbre. Solimán urgía que la flota estuviera en el estrecho de los Dardanelos, punto de reunión de la Armada Turca, en el plazo de una semana.

Cruzó la amplia calle que separaba el puerto de los primeros edificios de la ciudad y entró al depósito de la Compañía. Recordó cuando vio por primera vez el almacén, le pareció oír nuevamente los consejos de Joseph Passí insistiendo en que lo adquiriera. Sintió el aroma de especias acumuladas, que ahora se mezclaban con el olor a pólvora. No le gustaba ese nuevo aroma, era peligroso. Por suerte pronto terminarían de cargar las naves y el depósito estaría libre de riesgos. Subió por la escalera que conducía a los cuartos. Años atrás habían agregado una vivienda en el piso superior, cuando las cosas se pusieron duras en Venecia, cuando, por orden de La Señoría, tuvieron que encerrarse en el Ghetto y usar el distintivo amarillo. Entonces sus padres habían decidido dejar Venecia y residir en Salónica.

Entró en la gran habitación que era a la vez cocina, comedor y lugar de reunión de la familia. Vio que estaba allí su madre junto con la esposa de Muchico que la ayudaba en la faena de preparar el almuerzo.

—Siéntate hijo, en el Nombre de Dios —dijo Sara, y, dirigiéndose a su nuera, agregó: —Ve a llamar a tu esposo y las niñas que la comida está pronta.

Luego continuó:

—Pareces cansado David. ¿Tienes tú que emprender esta expedición? La guerra no es para los nuestros. So-

mos gente de paz. Por hacer la guerra a los romanos perdimos Jerusalén. La guerra no es buena, hijo.

—Yo no haré la guerra, madre —respondió David—. Solo transportaré a los soldados del Sultán en las naves de la Compañía.

—¡Así viva Dios, David! El que no quiere quemarse que no se acerque al horno. ¡Cuidate, es peligroso!

—Sé cuidarme, madre, si Dios quiere volveré sano. Verás que luego nuestra vida cambiará. Solimán ansía derrotar a los cruzados y yo sé cómo hacerlo. El Sultán es muy generoso con quienes lo ayudan.

Entraron Muchico y sus hijas: Estrella y Rica. Las niñas habían crecido. Al verlos David se daba cuenta del paso del tiempo.

—Pronto habrá que buscarles novio —dijo al verlas.

Muchico se sentó en la cabecera de la mesa y recitó la plegaria. David pensó en que su hermano se parecía a su padre muerto hacía unos años. Tenía la barba encanecida y los ojos claros, a veces celestes y otras azules, como en ese momento que la luz entraba por las ventanas abiertas al mar y al cielo.

—Que Dios tenga en Su gloria a nuestro padre —agregó David al terminar el rezo.

Todos respondieron con un corto “amén”. Muchico repartió el pan y comieron.

David contempló a su familia reunida ante la mesa. Pensó en los que estaban: sus sobrinos que crecían lozanos, que no habían nacido en Sefarad; en los que aún vivían en otras tierras: su hermana Déborah en Venecia con su marido, quien administraba allí los negocios de la Compañía; Judah Abravanel con su hermano Salomón y Bienvenida en Ferrara; pensó en los que ya moraban en los brazos del Señor: en Salomón de Córdoba que había

muerto en esta casa, en paz, años después de que la familia había emigrado a Salónica; faltaba la tía Esther, que siempre lo recibía con la frase: "de novio que te veamos" que a David le traía el recuerdo de Shoshana, que tampoco estaba...

Una vez terminada la comida, las jóvenes corrieron para salir del cuarto. Muchico gritó:

—¡Rica, Estrella, saluden al tío David!

Las jóvenes se detuvieron ante la puerta con una expresión de pregunta.

—David parte de viaje —explicó Muchico.

—¿Cómo, si recién hace pocos días que llegó tío David de Estambul? —preguntó tímidamente Rica.

—Pronto estaré de regreso. Cuando vuelva, las encontraré todavía más crecidas, si Dios quiere.

David abrazó a sus sobrinas y luego dijo:

—Esta tarde embarcaremos a toda la tripulación en las naves. Partiremos mañana, antes de que salga el sol, para aprovechar los vientos frescos del alba.

Muchico hizo un gesto a las jóvenes indicando que ya era hora de que se retiraran, luego abrazó a su hermano y dijo:

—Cuídate, en el Nombre del Señor, que te necesitamos.

Siguió mirando a David, queriendo decir algo más, pero sin atreverse.

Entonces Sara se acercó a su hijo menor y le dio un beso en la frente, lo miró a los ojos y le dijo:

—Cuando regreses a Estambul saluda a esa señora de mi parte y dale un beso a los hijos que ella te dio, que también son mis nietos.

Era la primera vez que mencionaba a su esposa,

aunque sin nombrarla, desde que se habían casado; la abrazó y le dio un beso en la frente:—Si tú quieres, madre, la conocerás.

Y bajó corriendo las escaleras hacia la soleada tarde de Salónica.

Estambul, 17 de abril de 1522

El caique se deslizaba airoso por las aguas agitadas del Bósforo. David, vestido a la usanza turca, empuñaba la barra del timón. El viento soplaba desde tierra serpenteando entre las colinas y las murallas de la costa. Yusuf y algunos marineros atendían la tarea de gobernar la gran vela, que daba sacudones, se inflaba y golpeaba con cada una de las ráfagas. Por la banda de babor se veían los agudos minaretes de la mezquita Hagia Sophia y las viejas torres bizantinas de la ciudad que los turcos llamaban Estambul y los cristianos, Constantinopla.

La nave viró el Cabo del Serrallo y David puso rumbo hacia la Torre de Gálata, que destacaba su maciza silueta en lo alto de una colina.

Habían partido al amanecer desde la ciudad de Galípoli, en el estrecho de los Dardanelos, lugar donde se reuniría la Armada Turca. La flota de galeras de la Compañía había quedado en esa ciudad, al mando de Aarón Abulafia, en espera de que arribara el resto de las naves de la expedición. David había recibido una carta del Gran Visir que le ordenaba dirigirse a Estambul y le proporcionaba un salvoconducto para entrar en el palacio de la Sublime Puerta para presentarse ante él.

El sol se ponía sobre el Cuerno de Oro tiñendo de color la tarde. El incesante movimiento de las naves que cruzaban el estrecho en todas las direcciones le recordaban el Gran Canal de Venecia. Había caiques alargados,

impulsados por varios remeros, que parecían góndolas; galeras que venían de puertos lejanos; grandes galeones con sus velas blancas desplegadas al viento, que, tal vez, habían cruzado el Océano.

Llegaron al desembarcadero del arsenal de la Armada Turca, amarraron el caique y caminaron hasta el depósito de la Compañía. Allí, David se despidió de Yusuf y de los marineros y luego continuó el camino a su hogar. Subió la colina por las estrechas y empinadas calles. Se oyó el llamado del muecín para la oración de la tarde. Llegó hasta la casa de madera. La cocina estaba iluminada con una lámpara de aceite, y, a través de las celosías, vio los ojos azules de su mujer.

—¡Hanna! —gritó—, ¡Hanna, estoy de regreso! ¡Ábreme la puerta!

Hanna quitó los cerrojos y abrió. David le rodeó la cintura con sus brazos y la besó apasionadamente. Ella lo apartó diciendo:

—¡David, cierra! ¡En nombre de Dios! ¡Que los vecinos pueden mirar y los niños todavía están despiertos!

David entró en la gran cocina, que era el centro de reunión de la familia, cerró la puerta y abrazó otra vez a su esposa. Esther Franco contemplaba la escena, con las manos en las caderas, junto al fogón donde humeaba una olla que desprendía un aroma exquisito. De tanto en tanto revolvía el contenido con una cuchara. Los niños bajaron del piso superior y se tomaron de las piernas de David que todavía abrazaba a su esposa.

Tanto tiraron de las babuchas que David soltó a Hanna y alzó a sus hijos en brazos. Salomón tenía ocho años, los ojos azules de su madre y el cabello oscuro y rizado de David; Shoshana era una niña de seis, cabello claro y ojos color miel, como los de su padre. Los dos

hurgaban en la bolsa donde esperaban encontrar algún obsequio, tal vez traído de un país lejano.

David depositó a los niños suavemente sobre el piso y extrajo de la bolsa un caique pequeño, tallado en madera, que había comprado en Galípoli a un viejo corsario y una muñeca hecha con recortes de paño, regalo de la abuela Sara. Los niños recibieron los juguetes con gritos de alegría.

Más tarde se sentaron a la mesa y comieron el sabroso guiso de lentejas acompañado de trozos de carne con hueso y arroz blanco. David contó su viaje a Salónica y las novedades de la familia, incluyendo las palabras de su madre al despedirse. Hanna relató los últimos comadreos de las señoras de la comunidad de Estambul. Luego Esther llevó a los niños con sus juguetes a la cámara del piso superior.

Hanna y David, sentados ante la mesa, se miraron a los ojos en silencio. Por las escaleras se escuchó la voz dulce de Esther Franco que cantaba:

*"Durme, durme mi angelico,
Hiyico chico de tu nación..."*

Luego de la cena, Hanna y David se retiraron a su cuarto abrazados. Tarde en la noche hicieron el amor.

A la mañana siguiente, David se despidió con un beso de Hanna y descendió hasta el embarcadero para cruzar el estrecho del Cuerno de Oro hacia Estambul. Regateó el precio del viaje con el remero, como era la costumbre, y pagó por adelantado. La mañana era tibia y el sol hacía brillar la cúpula de Hagia Sophia, Santa

Sofía, la antigua iglesia bizantina, ahora convertida en mezquita. Cruzó la puerta de la ciudad mostrando el salvoconducto que le ordenaba presentarse ante el Visir en el palacio Topkapi. Caminó rodeando la muralla del castillo hasta el portal que estaba custodiado por una guardia de jenízaros de uniforme azul. Mostró nuevamente el documento al comandante, quien ordenó a dos soldados que lo acompañaran hasta la sala donde se reunía el Diván, el Consejo de Ministros del Gran Visir.

David contempló el inmenso patio rectangular donde se encontraba reunida una muchedumbre de funcionarios del imperio poseídos por febril agitación. Iban y venían con mensajes y órdenes. Se reunían en corros para estar al tanto de la inminente campaña militar que el Sultán estaba urdiendo.

Aunque David vivía desde hacía más de diez años en Turquía, primero en Salónica y ahora en Estambul, no podía hablar bien el idioma. En su juventud había aprendido varias lenguas que utilizó en los distintos lugares donde había vivido, pero hablar el turco le costaba, comprendía todas las palabras y las frases pero no podía pronunciarlo correctamente, siempre su voz sonaba extranjera.

Los jenízaros dejaron a David ante el oficial de la corte que atendía las audiencias. Estaba sentado con los pies cruzados a la usanza turca sobre un sofá, que consistía en una tarima, tapizada de mullidos almohadones. Leyó con detenimiento el salvoconducto y le dijo, en un tono de desprecio hacia el "raya", el extraño, que el Gran Visir estaba reunido con su Consejo de Ministros y no daría audiencias por el momento. Podría esperar hasta que termine la reunión del Diván y ver si lo recibiría; de no ser así era mejor que regresara al día siguiente.

David se alejó por uno de los senderos del jardín y se sentó sobre un banco de piedra, a la sombra de un grupo de cipreses, junto al camino que conducía a la Puerta de la Felicidad, a esperar que la reunión de ministros acabara.

El sol ya estaba alto. David miró las construcciones que cerraban el amplio patio: murallas almenadas, torres octogonales, galerías de arcos circulares sostenidos por esbeltas columnas de mármol. Vio los pabellones de las cocinas y los comedores para los escribientes, las cuadras imperiales, la torre de la justicia y el palacio del Diván. Viendo a los personajes de la corte que caminaban por los senderos, experimentó una sensación directa de lo que era el poder, el poder que daba el arte de la política y las riquezas conseguidas por un pueblo conquistador. Tenía ante sí al inmenso aparato administrativo que estaba al servicio de las decisiones de el Consejo de Ministros y la poderosa maquinaria de guerra que obedecía a la voluntad del Sultán.

No le gustaba Estambul. Se sentía nuevamente extranjero en el centro del Imperio. En Salónica estaba en su casa: allí se hablaba por las calles la lengua de Castilla, los judíos eran mayoría, los turcos y los griegos los trataban con respeto; allí la Compañía había llevado sus cuarteles generales y Muchico administraba los almacenes. La Sublime Puerta había firmado acuerdos con Venecia y el movimiento de galeras entre ambas ciudades era intenso. Las caravanas de Oriente dejaban sus cargas en los depósitos de la Compañía y luego la flota las transportaba a los puertos de Italia.

Pensó que, de no concretarse la audiencia con el

Gran Visir, pasaría a la tarde por la casa de Elías Mizraji, rabino de Estambul. Elías tenía siempre muy buena información acerca de lo que sucedía en la Sublime Puerta. Bregaba por la unión de los judíos perseguidos en los reinos cristianos; para él, los que venían de España y los que llegaban de los principados germanos eran todos bienvenidos. Aunque pertenecía a la sinagoga griega, consideraba que todos los ritos eran manifestaciones de la misma fe en la Ley de Moisés. Por eso Elías Mizraji había celebrado la boda, ante unos pocos testigos, en la sinagoga griega de Estambul.

David recordó el día que había ido a pedir la mano de Hanna. Fue con un intérprete, porque Isaac Esquenací hablaba el *yiddish*, una lengua germana, incomprendible; se negaba a aprender castellano, aunque David sospechaba que entendía muchas palabras. El encuentro había tenido lugar en la casa vecina a la de Yusuf, la casa frente a la que David había vivido durante un tiempo y donde había visto por primera vez, detrás de la celosía, los ojos de Hanna. El padre lo había recibido en forma amable, tal vez porque él era rico, pero se negaba terminantemente al matrimonio. Hanna se casaría con un joven de la sinagoga *ashkenasí*.

David había salido aquel día desesperado de la casa del padre de Hanna. No comprendía la importancia que le daban a los ritos, a las viejas costumbres y tradiciones, no comprendía la diferencia entre rezar ciertas oraciones en la sinagoga o rezar otras, o la diferencia acerca de cómo se sacrificaba a los animales. Además, en su casa tampoco aprobaban la boda. Salomón decía que los *ashkenasíes* eran arcaicos, atados a una antigua tradición, que recitaban todo el servicio del sábado en hebreo, lengua que casi nadie comprendía, mientras que ellos, los sefardíes, habían traducido el ritual para que hasta

las mujeres y los niños lo comprendieran. En fin, Sara y él no estaban de acuerdo con el matrimonio. En este solo punto coincidían con Isaac Esquenasi: la boda era imposible.

Lo peor había sido que habían puesto en severa vigilancia a Hanna. No podía ausentarse sola de la casa. Salía acompañada por la madre a lavar al río o, por su hermano, cuando iba al mercado.

Mientras los notables turcos caminaban indiferentes por el gran patio del palacio del Sultán y la jornada avanzaba, David volvió a sentir la angustia de aquellos días, la impotencia de verse rechazado, aunque sabía que Hanna lo quería, pero nadie se casaba en Salónica sin el consentimiento de los padres. Fue entonces cuando había intervenido Yusuf: "¿Por qué tienes el rostro tan demudado?" le preguntó. Entonces David le contó sus desventuras a su amigo. Yusuf respondió que él podía ayudar, que David podría escribir mensajes a Hanna, él se encargaría de burlar el cerco de la familia; entregaría las cartas durante la noche, a través de la celosía de la cámara de Hanna que daba al patio de su casa.

Así había comenzado la larga serie de esquelas de amor escritas en hebreo, pues Hanna no leía el castellano, aunque lo hablaba con algún acento germánico.

Por estas cartas, David supo que el amor que sentía era correspondido. Hacía años que Hanna lo amaba secretamente, en silencio. Había rechazado varios pretendientes sin un verdadero motivo. Las apasionadas cartas terminaron fortaleciendo ese amor. Así habían pasado varias semanas. David sentía el torbellino de saber que era amado y la angustia de que la consumación de ese amor era impedido.

Las cartas iban y venían. David no encontraba solución, hasta que, como sucede muchas veces en la vida, el Destino actúa de alguna manera para precipitar los acontecimientos: David se enteró por una carta desesperada de Hanna que la quieren casar con el hijo del rabino de la comunidad *ashkenasí*. Le escribe que su padre ya ha acordado la fecha de la boda para dentro de un mes. Hanna no sabía que hacer. David tampoco. Entonces había intervenido nuevamente Yusuf: "¿Por qué no os escapáis?" había sugerido. Pero David sabía que escaparse era romper con la familia. Significaba no ver más a sus padres, no pertenecer más a la comunidad. David no podía pedirle eso a Hanna.

Una partida de jenízaros a caballo entró en el patio al galope al son de trompetas y timbales. Detuvieron las cabalgaduras en una nube de polvo, desmontaron de prisa frente a las cuadras y se dirigieron a la sala del Diván. Muchos curiosos se acercaron al edificio para saber de qué se trataba. David permaneció sentado, soñoliento, solo con sus recuerdos. Recordó aquellos días confusos, cuando su mente no podía ver un remedio para su amor, y Yusuf había tomado nuevamente el timón de su vida: le había sugerido a Hanna la idea del rapto, una noche, a través de la celosía. La joven le había escrito una carta a David consintiendo la huida, "lo seguiría hasta el extremo del mundo".

Luego, los hechos se confundían en la mente de David: la decisión de Hanna, la ayuda y la complicidad de Yusuf, la silenciosa caminata nocturna hasta el puerto por las callejuelas desiertas de Salónica. Lo que sí recordaba era la primera noche de amor en la cámara de la galera, mientras viajaban en la oscuridad rumbo a Estambul, una noche sin luna, tachonada de estrellas.

El sol caía implacable sobre el patio del palacio

Topkapi. David pensaba que ya era hora de marcharse, cuando vio a dos guardias que venían del Diván. Le indicaron que el Gran Visir, Piri Pachá lo recibiría de inmediato.

Rodas, 1 de junio de 1522

El Gran Maestre Philippe Villers de l'Isle-Adam veía, desde lo alto de la torre del castillo, un caique acercándose al puerto. Bogaban cuatro remeros por banda, en la toldilla se podían distinguir algunos hombres ataviados con ropas de vivos colores y en el mástil ondeaba una bandera de parlamento. Más allá, fondeadas en el azul sereno del mar, había dos galeras fuertemente artilladas de la Armada Turca.

Andrea d'Amaral, Gran Prior de Castilla, Gran Canciller de la Orden de San Juan de Jerusalén y comandante de las defensas del puerto, quien se encontraba a la derecha del Gran Maestre, dijo:

—¿Qué intenciones moverán a estos infieles?

—Pronto lo sabremos, Amaral. Avisad a los centinelas de las torres del puerto mi autorización para que permitan la entrada de los parlamentarios del Sultán.

Amaral miró durante un momento a su superior y luego descendió de prisa por la escalerilla de piedra de la torre para cumplir con la orden. Villers creyó advertir, tal vez, un destello de odio en la mirada de su segundo. Amaral ya no era el mismo, había sido un gran soldado, diestro con la espada y hábil en las batallas, pero ahora que había envejecido, se entregaba a los placeres de la comida y había perdido el habito de la templanza y la disciplina de un militar. En cambio él se sentía joven, conservaba la agilidad de antaño y podía vencer a cualquiera con la espada. Acercó su mano derecha a la empuñadura y el contacto con el acero lo tranquilizó.

El bote había amarrado junto a la torre de San Nicolás que custodiaba la entrada al puerto. Soplabla una leve brisa del lado del mar. Vio como descendían los emisarios turcos ataviados con lujosas vestiduras. Serían portadores, tal vez, de un mensaje del Sultán. Esto no presagiaba nada bueno.

La noticia de que había sido designado Gran Maestro de la Orden de los Caballeros de San Juan de Jerusalén le había llegado, hacía ya un año, cuando se encontraba en Francia, en la corte de Francisco I. Tenía allí la misión de embajador y el propósito de conseguir la ayuda del Rey en caso de algún posible ataque turco. El nombramiento lo había asombrado, pues, antes de partir de la isla, el candidato que parecía tener más posibilidades para dirigir la Orden era d'Amaral. El español se consideraba con derechos suficientes para ocupar el más alto cargo, era ambicioso y astuto, había tramado cuidadosamente los pasos de su carrera y ambicionaba ser el nuevo Gran Maestro.

Vio como los embajadores otomanos caminaban por el desembarcadero hacia las puertas de la ciudad. Lucían grandes turbantes blancos que envolvían un casquete rojo; las joyas de sus cimitarras relampagueaba al sol de la mañana. Gran Maestro... finalmente era el Gran Maestro de la orden más importante de los cristianos, la orden que defendía el Santo Sepulcro en Jerusalén. Se había despedido del Rey de Francia recibiendo promesas de ayuda en el caso de un ataque de los infieles. El viaje de regreso a la isla había estado lleno de extraños sucesos que, tal vez, fueran malos presagios: la galera, que había partido del puerto de Marsella, se había incendiado pocas horas después de zarpar y toda la tripulación, con mucho esfuerzo, había conseguido vencer el fuego. Frente a las costas de Sicilia, durante una tor-

menta, un rayo había caído sobre cubierta matando a dos galeotes. Poco antes de llegar a Rodas tuvieron que combatir contra una flota de corsarios turcos, que fueron rechazados tras dura lucha. Finalmente habían llegado a la isla a salvo, con la ayuda de Dios y la fe en Jesucristo. Recordaba la acogida de triunfo que le brindaron los cruzados y toda la población de la ciudad. Uno de los primeros actos que había realizado en el flamante cargo había sido nombrar a d'Amaral como su Canciller, de esta forma conseguía la unidad de todas las naciones que formaban la fuerza de los cruzados. Era muy peligroso tener a los españoles en contra suyo.

Los embajadores turcos estaban por llegar a la puerta de Santa Catalina. ¿Qué tendría entre manos el Sultán? ¿Vendría en son de guerra o traía alguna propuesta de paz? Estaban bien preparados para resistir un asedio. Desde la última invasión, hacía ya más de cuarenta años, las murallas se habían reforzado, el castillo tenía tres niveles de subterráneos cargados de alimentos y municiones para resistir un largo sitio y así esperar hasta que las fuerzas de sus aliados vinieran en su socorro. Comandaba un ejército de más de mil caballeros de todas las naciones cristianas; había además alrededor de cinco mil soldados diestros en el uso de las armas; la población civil de la ciudad estaba constituida por varios millares de campesinos y artesanos que podía armar en caso de ataque. Villers miró en derredor contemplando las almenas de las imponentes murallas. Tocó las piedras y las sintió frías, sólidas, resistirían el embate de todo un ejército. Se sitió seguro en su atalaya. Daría una lección a esos embajadores que venían con atuendos tan lujosos: los haría conducir al gran salón de las audiencias y los alojaría en la cámara contigua, destinada a las personalidades que visitaban la isla; allí aguarda-

rían sin poder moverse por el palacio. Les haría sentir cual prisioneros entre los muros. Luego del mediodía enviaría exquisitos manjares para que vieran la cantidad de alimentos que había en la fortaleza. La audiencia la concedería recién por la noche.

Philippe Villers de l'Isle-Adam descendió por la estrecha escalerilla de piedras de la torre para impartir las órdenes.

Las galeras turcas fondearon a una milla del puerto de Rodas. El sol comenzaba a elevarse sobre un mar en calma. David se alegró al ver a lo lejos, desde la toldilla de la galera, iluminadas con la luz azul del amanecer, las murallas de la ciudad. Estaba vestido con babuchas blancas y un turbante pequeño que indicaba su rango de servidor del Visir. Vio como los marinos botaban el lujoso caique de ocho remos y aseguraban una escala de cuerdas a la borda de la galera. Por ella David y los demás emisarios de Solimán descendieron hasta la pequeña embarcación. Los remeros bogaron lentamente hacia la costa y amarraron la barca junto a la torre de San Nicolás, a la entrada del puerto. David mostró a los guardias las cartas que los designaban como embajadores del Sultán y luego, todos caminaron hasta llegar a la puerta de Santa Catalina.

De pie ante la puerta se encontraba un caballero cruzado de robusta figura. Vestía una túnica azul con la gran cruz blanca de ocho puntas en el pecho, bajo la que asomaba una armadura de combate completa y una espada de fino acero.

—Sed bienvenidos a esta isla —dijo el caballero—. Soy Andrea d'Amaral, Gran Prior de Castilla y Canciller de la Orden de San Juan de Jerusalén.

David escuchó al ampuloso prior hablar en castellano, pero notó en la pronunciación su origen portugués. Reflexionó durante un instante pensando en qué lengua habría de contestar y optó también por el castellano, pero fingiendo una pronunciación toscana. Explicó que era David Conti, veneciano, traductor de la misión del Visir Mustafá Pachá, embajador especial de Solimán. Luego hizo la presentación de sus acompañantes con títulos elogiosos. Aclaró que traían presentes para el Gran Maestre de la Orden y un mensaje del Sultán.

—Os conduciré a los aposentos reservados para los ilustres visitantes de la ciudad —dijo Amaral—. Desde este momento sois mis huéspedes. Comunicaré acerca del arribo de la embajada al Gran Maestre y vuestra solicitud de audiencia —hizo una solemne pausa y luego agregó—: ¡Ahora seguidme!

La última frase sonó como una orden. David intentó suavizar las palabras cuando las tradujo al Visir. Luego emprendieron la marcha atravesando la imponente puerta de Santa Catalina, defendida por las cuatro torres circulares, y se internaron por las estrechas callejuelas de la ciudad. Los siguió una escolta de soldados españoles.

El sol estaba alto en el cielo del mediodía. David miraba por la ventana de la cámara el azul del mar y, a lo lejos, confundidos con la niebla del horizonte, veía la silueta gris de los montes de la costa asiática. La comitiva estaba alojada en dos cámaras contiguas, cuyas puertas se abrían a la gran sala de audiencias del castillo. Mustafá Pachá ocupaba la mayor de ellas. Era asistido en todas sus necesidades por dos servidores de su séquito. Para David habían destinado una cámara pequeña,

comunicada con la sala de audiencias por una puerta de madera. Soldados franceses, provistos de largas picas, montaban guardia. David tuvo la sensación de encontrarse otra vez prisionero.

Recordó la tarea que le había encomendado el Gran Visir, Piri Pachá, aquella tarde en la sala del Diván del palacio Topkapí. Cuando había entrado al recinto, el Gran Visir despidió a todos los dignatarios y sirvientes. Luego lo había invitado a sentarse sobre un cojín próximo a su trono. Le había asombrado esta gentileza que era inusual con un extranjero. El Gran Visir había hecho una seña. Un servidor entró en el salón trayendo un cacharro de cobre provisto de largo mango de madera, vertió un brebaje hirviente y oscuro en unos pequeños pocillos de porcelana azul que traía en una bandeja de plata y se retiró de prisa. El Visir había tomado uno de los pocillos y bebido lentamente un sorbo. Luego instó a David para que lo hiciera. La bebida sabía extraña, nunca la había probado, tenía un dejo amargo, aunque había sido endulzada con azúcar. El Gran Visir explicó que se trataba de un brebaje milagroso, que se llamaba *kahvé* y se preparaba con las semillas de una planta que había sido traída por unos pastores desde Asia central. Beberla daba grandes poderes y quitaba el sueño.

Una vez terminada la ceremonia del café, el Gran Visir había comenzado a explicar sin más rodeos el motivo del llamado: Solimán El Magnífico, luego de la victoriosa campaña del año anterior, que había culminado con la toma de la fortaleza de Belgrado, tenía la intención de conquistar el bastión de Rodas. Desde la base fortificada que tenían los Cruzados en esa isla, asolaban con sus galeras los mares del este del Mediterráneo y perjudicaban la navegación entre el Imperio y Egipto. Los informantes de la Sublime Puerta habían hecho lle-

gar a los oídos del Gran Visir la historia de la esclavitud de David en Rodas y el trabajo que había realizado en las murallas. Lo que sabía acerca de la fortaleza era muy importante para el éxito de la expedición. De llegar a la victoria contando con la cooperación de David, serían grandes las recompensas. Solimán sabía premiar a los que lo ayudaban. Por ello lo llamaban "El Magnífico". Fue entonces que David se atrevió a proponer lo que deseaba como recompensa por su cooperación. Quería liberar a los esclavos judíos de Rodas. "Si logramos la victoria os será concedida", había sido la respuesta del Gran Visir Piri Pachá.

La entrada de dos cruzados anunciando que pronto les sería servida la comida, interrumpió estos pensamientos. Al poco tiempo llegaron a la cámara del Visir Mustafá Pachá unos esclavos, vestidos con las ropas del servicio de los cruzados, trayendo una fuente con un sabroso cordero asado y otra con aves de caza profusamente sazonadas. Dispusieron una mesa baja y sobre ella depositaron los alimentos. Trajeron luego jarras de limonada fresca. Sabían acerca de la prohibición del vino entre los musulmanes.

Un instante después entró otro esclavo a la cámara de David trayendo una fuente más modesta, donde humeaba un pescado sazonado con limón y salsa de tomate.

Cuando David levantó la vista de la fuente y miró el rostro del esclavo, quedó sin habla.

—Te debía esta comida —dijo Amín en voz apenas audible.

David tuvo que contenerse para no abrazar a su amigo.

—Quédate quieto, marino de aguas turbulentas. Es

mejor que no sepan que nos conocemos. ¿Qué haces tú, así viva Dios, en esta misión de los sultanes?

David tenía también muchas preguntas para hacer. Primero le contó acerca de su cometido. Luego le preguntó a Amín el porqué de su presencia en la isla.

—Tú sabes, marino, que yo había prometido no pisar jamás una galera, ni siquiera un bote, luego de aquella, nuestra accidentada travesía en la tormenta y el naufragio cerca de Marmaris. Pero aconteció que un día, hallándome en Egipto, recibí la noticia de que mi hermana había quedado viuda con dos niños pequeños. Su esposo, que Dios lo tenga en su seno, había fallecido en la ciudad de Esmir. Entonces rompí mi promesa: corrí al puerto y abordé una galera que partía al anochecer para así acudir de prisa. Durante el viaje de regreso a Alejandría fuimos hechos prisioneros por los cruzados y traídos a esta isla. Mi hermana sirve como esclava en los aposentos de los señores y yo estoy destinado a las cocinas. Ahora tengo que partir, sospecharán si prolongamos nuestra conversación.

—Mis saludos, querido Amín. Tal vez regresemos pronto para salvaros, a ti, a tu familia y a todos los judíos esclavizados. En el Nombre de Dios.

—La paz sea con vos, David.

—Recuerda los colores de la bandera de nuestra Compañía, que son verde y blanco, donde los veas, allí estaré.

Amín contempló durante un instante a su amigo y luego salió de prisa de la cámara.

La luz del alba iluminaba el este. El sol no había despuntado aún cuando el caique se alejaba de la isla.

En pocos minutos más abordarían la galera turca. David sentía alivio al encontrarse fuera de las murallas de la ciudad. Recordó la escena de la noche anterior en la gran sala de audiencias del castillo, cuando tradujo la misiva del Sultán ante el Gran Maestre. Vio cómo el rostro de Villers de l'Isle-Adam palidecía. En la carta, el Sultán anunciaba muy amablemente que, por la seguridad del Imperio, la Orden debía aceptar la soberanía turca o retirarse de la isla. En el caso de aceptar la retirada, juraba por el *Corán* que respetaría la libertad de los caballeros, sus barcos, sus riquezas y las reliquias de su religión. En caso contrario se vería obligado a tomar la ciudad por la fuerza.

Al escuchar estas palabras, el gran Maestre, preso de inusitada furia, no aceptó los presentes que el Visir le había entregado de parte del Sultán y abandonó la gran sala de audiencias sin responder.

Más tarde, cerca de media noche, d'Amaral había llegado a la cámara donde dormía David y, luego de hacerlo despertar por los guardias franceses, le había entregado una carta del Gran Maestre rechazando los términos del Sultán. Fue entonces que David supo que habría guerra.

Rodas, 26 de junio de 1522

El Gran Maestre escuchó las campanadas que llegaban desde el monte San Esteban. Los caballeros se miraron, sabían que era el aviso de alarma. Villers terminó la plegaria, se puso de pie, se arrodilló ante la imagen de la Virgen, hizo la señal de la cruz y se encaminó hacia la salida de la capilla de San Juan. Subió de prisa a la torre del castillo escoltado por los caballeros de las distintas lenguas. Todavía no había salido el sol, pero, la claridad del alba iluminaba el mar. Hacia el norte, recortadas contra el horizonte azul, las incontables velas de la armada turca se acercaban, llevadas por un viento fresco.

—¡Son cientos de naves! —exclamó Andrea d'Amaral.

—¡Es la flota del infiel! ¡En pocas horas estarán frente al puerto! —dijo un caballero de la lengua de Francia.

—¡Que repiquen todas las campanas de la ciudad! —ordenó el Gran Maestre.

Dos caballeros se precipitaron escaleras abajo a cumplir el mandato. Comenzó entonces a elevarse el tañido de las campanas de la ciudad respondiendo al repique solitario de la torre del monte San Esteban.

—¡Amaral! —gritó el Gran Maestre—: reúne para dentro de media hora a todos los pilares de las lenguas y a los comandantes de los baluartes. Celebraremos un consejo de guerra. Haz que todos los pobladores entren dentro del recinto de las murallas. Que no queden vive-

res al alcance del invasor. Que se siegue todo el grano, que se recolecten todas las hortalizas y luego que se arrase la tierra en derredor de la ciudad. Que nada pueda servir al infiel.

David contemplaba, desde la toldilla de la gran galera de combate, las murallas de la ciudad iluminadas por la luz de la mañana. A su lado, el Segundo Visir, Mustafá Pachá, que comandaba la flota, le preguntó por los detalles de la fortaleza. David describió el baluarte de San Nicolás que custodiaba la entrada del puerto. Estaba muy bien artillado, un asalto desde el mar resultaría imposible.

Mustafá Pachá siguió el consejo y decidió pasar frente a la ciudad, con toda la flota, como en un desfile naval, mostrando su poder, para luego desembarcar unas millas más allá de la fortaleza. Pero antes, con las galeras de combate, dispararía algunas andanadas de advertencia.

La nave capitana, fuertemente artillada, navegó hasta colocarse a tiro de cañón de las murallas de la ciudad y disparó. El ruido fue atronador, se oía a azufre y fuego. El resto de las naves de guerra de la flota los siguieron: se acercaban, disparaban sus cañones y se alejaban veloces, favorecidas por el viento fuerte del sur, para no ser blanco de los disparos desde la ciudad. Los cañones de la fortaleza respondían sin provocar mayores daños en las galeras y galeones turcos.

Mustafá Pachá quedó satisfecho con este primer intercambio de disparos. Había mostrado a los cruzados el poder de sus cañones. Ordenó que veinte galeras bloquearan el puerto para no permitir la salida de las naves de la Orden.

La flota turca estaba nuevamente mar afuera y navegaba hacia una bahía reparada, unas cinco millas más allá de la ciudad de Rodas, sobre la costa norte de la isla. David indicó a Mustafá Pachá que allí había un monte, defendido por una pequeña fortaleza, que sería muy sencilla de tomar.

Las grandes galeras anclaron frente a la costa y las pequeñas, de fondos planos, endicaron sus proas en los guijarros de la playa. Todo era movimiento: los marinos arriaban las velas, los soldados acarreaban armas y cañones; los esclavos, con el agua hasta la cintura, bajaban toneles con pólvora, ánforas con aceite y canastas llenas de vituallas.

David, todavía en la toldilla de la nave, contemplaba la frenética actividad. El sol estaba alto en el cielo. Vio por estribor como se acercaban las galeras de la Compañía, con sus gallardetes verde y blanco flameando al viento. Aarón Abulafia se ocuparía de descargar los cañones que habían embarcado en Salónica.

Mustafá Pachá dio la orden de desembarco. Subieron a un caique de remos junto a los máximos oficiales de la expedición y descendieron a tierra. David indicó el camino hacia la fortaleza del monte Filérimos. Un destacamento de soldados precedía la marcha para despejar el terreno de enemigos. Llegaron a la cima donde se hallaba el fuerte y lo encontraron abandonado. Entraron sin luchar. Seguramente los cruzados se habían replegado hacia la ciudad de Rodas para concentrar allí sus fuerzas. El Segundo Visir decidió instalar en ese lugar el Cuartel General.

David pidió permiso para reunirse con sus marinos, deseaba volver a sus galeras, hablar con su gente, comer un plato de comida con Aarón Abulafia y Yusuf.

Mustafá Pachá concedió el pedido pero debía presentarse al día siguiente al alba, comenzarían a preparar los ingenios para el sitio de la ciudad.

Los colores de la Compañía flameaban frente a la tienda de David, ubicada cerca de las de Mustafá Pachá, que había sido nombrado por Solimán en el cargo de *Serasker*, comandante de las tropas. El ejército sitiador estaba emplazado en forma de media luna rodeando la muralla de la ciudad, más allá del alcance de las balas de los defensores, en un arco fortificado que terminaba con sus dos extremos en el mar. Los cañones turcos batían los muros con andanadas, intentando abrir una brecha en las defensas.

Habían pasado tres semanas desde el desembarco en la isla. Mustafá Pachá ordenó para esa noche una misión de reconocimiento, a pedido de Sinán, el ingeniero jefe del ejército. David debía participar en la expedición. Tendido en la litera, esperando, recordó la últimas semanas pasadas en el campamento turco. La actividad había sido incesante. El grueso del ejército, de unos cien mil hombres, con el propio Solimán a la cabeza, había marchado hacia el sur a lo largo de la costa de Asia y había acampado en la ciudad de Marmaris, en el continente, frente a Rodas. La flota de galeras de carga comenzó a cruzar el estrecho de mar transportando jenízaros, esclavos, capitanes, caballos, tiendas de campaña, espadas y lanzas de acero, cañones de hierro y de bronce, balas esféricas de piedra o de metal, y víveres, todo lo que necesitaba el ejército. El mar se pobló de naves que iban y venían de la isla. El tiempo era bueno, con fuertes vientos del Sur que ayudaban a la navegación.

Mientras la flota de transportes se ocupaba de cruzar al ejército, David tuvo que permanecer en tierra junto con los ingenieros de Mustafá Pachá. Había ayudado a Sinán a elegir los sitios mejores para construir los fortines del campamento, mostró dónde eran más débiles las murallas y dónde emplazar la artillería. Los ingenieros preguntaban cómo eran los fosos, si existía una segunda muralla y lo fundamental era saber si había contraminas. David aprendió las técnicas militares de un sitio. Supo que la mejor manera de tomar una fortaleza era construir un túnel desde un lugar inalcanzable por los cañones enemigos y de esta manera, bajo tierra, llegar hasta la muralla, colocar grandes cargas de explosivos y, al volarlos, hacer caer las defensas. Se producía así una abertura en los muros y por allí entraban las fuerzas de asalto. Las contraminas, le había enseñado Sinán, eran túneles excavados por los defensores de la fortaleza, más allá del perímetro de la muralla, que les permitían advertir a tiempo el avance de las minas de los atacantes, antes de que llegaran a los muros.

Las tiendas del *Serasker* estaban frente al bastión de Inglaterra. David consideraba que el muro en ese lugar era más débil y probablemente no tenía contraminas. Mustafá Pachá había ordenado, siguiendo las indicaciones de David, que un millar de mineros armenios, esclavos, trabajaran día y noche en un túnel que se dirigía, a través de media milla de tierra y rocas, hacia el bastión inglés.

La noche era sin luna y un manto de estrellas permitía una tenue visión. Sinán entró a la tienda de David diciendo que se preparase, que ya era la hora. Diez hombres, vestidos de negro, con el rostro tizado, avanzaron con sigilo, sin hacer ruido, hasta hallarse a pocos pasos del muro de la ciudad sitiada. Mediante señas, el

ingeniero mostraba las defensas, intentaba figurarse el espesor de los muros, calculaba la profundidad del foso que David había visto, hacía mucho tiempo, sin agua. Una vez satisfecho, hizo ademán para que emprendieran el regreso. Habían caminado unos pocos pasos hacia el campamento cuando una flecha se clavó en la tierra delante de ellos. Pensaron que habían sido descubiertos. David vio la flecha que tenía una cinta blanca y otra oscura. Se tendieron todos con el cuerpo pegado a la tierra sin moverse, pero no siguió la lluvia de saetas. Tampoco se escuchaban voces de alerta en las defensas. Todo era silencio. No habían sido descubiertos. David arrancó la flecha del sitio donde estaba clavada y vio que tenía un papel arrollado.

Caminaron agazapados hacia las luces del campamento. Entraron en la tienda de Mustafá Pachá y le enseñaron la flecha. David abrió el rollo de papel y lo tendió al Visir.

—No comprendo —dijo el Visir luego de examinar la escritura detenidamente— léelo tú, David, que conoces muchas lenguas.

David tomó el papel y vio que estaba escrito en caracteres hebreos, pero intentó leer y al principio no pudo entender las palabras. Luego comprendió que, aunque el alfabeto era hebreo, el idioma parecía griego. Sí, era griego. Informaba que el ánimo de los caballeros era muy alto a pesar del cañoneo de los sitiadores. Aunque descargaban centenares de piedras y hierro contra las murallas, el daño era muy pequeño y los muertos, pocos. Decía además que los caballeros usaban la torre de San Juan como atalaya para observar los movimientos en el campamento turco. Agregaba que en pocos días mandaría otro mensaje.

Cuando llegó a la firma, David dio un grito. La car-

ta estaba firmada: "Náufrago de Marmaris", la flecha tenía cintas verde y blanco, los colores de la Compañía.

—¡La carta es de mi amigo Amín! —gritó David ante la mirada asombrada del *Serasker* y de los oficiales que estaban en la tienda.

Rodas, 4 de setiembre de 1522

El estallido conmovió la quietud del amanecer, la tierra tembló. David vio como el muro se derrumbaba en pedazos, una columna de humo negro se elevaba al cielo y trozos de piedras caían dentro de la ciudad.

Aún no se había terminado de acallar el estruendo cuando miles de gargantas llenaron la mañana con alaridos de combate. Eran los temibles jenízaros de Solimán que se lazaban a conquistar la ciudad. Cruzaron a la carrera, animados por las órdenes de sus comandantes, el espacio de media milla que separaba ambos ejércitos. Treparon sobre los escombros y se trabaron en dura lucha con los Caballeros Cruzados. Desde todos los baluartes acudieron los defensores hacia el muro de Inglaterra. Una fuerza móvil, presta para defender cualquier punto de la muralla que cediera, comandada por el Caballero de Grolée, de la lengua de Francia, se batía valerosamente para detenerlos.

Los jenízaros lucharon con denuedo. Los caballeros retrocedieron y pronto las banderas del sultán flamearon en lo alto del muro. El Gran Maestre combatía al frente de sus soldados retrocediendo hasta un segundo círculo de defensas. Allí hicieron pie firme. Los habitantes de la ciudad, campesinos, mujeres y niños, acercaban piedras y tinas de pez hirviendo que los soldados arrojaban desde lo alto de ese segundo muro sobre los cuerpos de los jenízaros que pretendían escalar la pared.

Al mediodía todavía no estaba definida la suerte de la batalla. Mustafá Pachá enviaba soldados de refresco

al frente mientras los primeros combatientes regresaban extenuados. Los muertos y heridos aumentaban en los dos bandos. La artillería, que había llenado de estruendo la ciudad desde que había comenzado el sitio, estaba silenciosa. Pero el aire estaba cargado de sonidos, de órdenes, de gritos, de toques de clarín y ayes de dolor.

Cuando el sol ya se ponía, los turcos no habían podido aún quebrar la segunda defensa. Mustafá Pachá dio, a su pesar, la orden de retirada. Sobre las murallas de Rodas quedaban miles de cadáveres de valientes soldados.

Al día siguiente, ya de noche, David salió del campamento para ver si había alguna flecha con mensaje de Amín. Se arrastró, oculto en las sombras, junto con Yusuf. Las cartas llegaban cada dos o tres días y, si bien no tenía forma de responder, había ideado un código de banderas para que Amín supiera del arribo de una carta. Cada vez que encontraba una flecha con un mensaje, izaba una bandera roja junto a los colores de la Compañía.

Por medio de estos informes, Mustafá Pachá y los comandantes turcos se enteraban de lo que sucedía dentro de la ciudad. Amín contaba que, después de rechazar el gran asalto, los cruzados habían concurrido a la Catedral de San Juan y habían rezado dando las gracias al Señor. Luego, todos los habitantes se ocuparon de fortificar un segundo muro en el círculo interior. La carta decía además que los sitiados esperaban resistir hasta que arribara el auxilio que habían pedido a los reinos de España y Francia; aguardaban que Adriano, el Papa, llamara a una cruzada para detener al infiel. Amín agre-

gaba que las informaciones le llegaban por uno de los ayudantes de la lengua de España llamado Juan Díez.

Ya en el campamento, David pidió a los guardias una audiencia con el *Serasker*.

Su sorpresa fue grande al ver, cuando le franquearon la entrada a la tienda de Mustafá Pachá, que se hallaba reunido el Consejo de los Visires. Estaba el Berleybey Ayas Pachá, que comandaba las fuerzas que atacaban los muros defendidos por las lenguas de Francia y Alemania; el Tercer Visir, Ahmed Pachá, que lidiaba contra los bastiones de Auvernia y España; el anciano Kasim Pachá, que había sido preceptor de sultán, y que combatía frente al bastión de Provenza; por último, el Gran Visir, Piri Pachá, que desafiaba las fuerzas de la lengua de Italia.

—Infórmanos de lo que sabes —instó Mustafá Pachá.

David leyó la carta. Luego el *Serasker* continuó:

—Hemos celebrado un consejo con la presencia del Sultán. Se ha decidido cambiar el modo de combate: en vez de concentrar todo el esfuerzo en un solo punto de la ciudad, donde el enemigo puede contenernos con escasas tropas, dado lo estrecho que son las aberturas que logramos hacer en las murallas, intentaremos un ataque en cinco lugares diferentes al mismo tiempo. Lograremos así dividir las fuerzas de defensa y aprovechar la ventaja de nuestro mayor número de soldados. Para ello debemos derribar de prisa parte de los muros, antes que los cruzados terminen de fortalecer el segundo círculo.

Hizo una pausa en su discurso, miró a todos los presentes buscando consentimiento, y luego continuó dirigiéndose a David y Yusuf:

—Es por ello que necesitamos de vosotros. Tenéis

que señalar los sitios más débiles, para que así podamos apuntar hacia ellos nuestra artillería y demoler sus defensas.

Acampando en incontables tiendas, fuera de las murallas, en los campos devastados por la guerra, están los turcos, que quieren entrar a la fuerza en el bastión de Rodas; dentro de los muros, los cristianos defienden la fortaleza. En ambos lados están los judíos; algunos ayudan a los turcos a combatir contra los cruzados, tienen fresca en su mente la expulsión de España, como David, que recuerda a menudo aquella mañana, hacía ya muchos años, en que vio por primera vez el mar desde las colinas de Cádiz. Dentro de la ciudad también hay judíos, unos esclavizados por los caballeros y otros, convertidos al cristianismo por la fuerza durante la expulsión de Rodas, cuando eran todavía niños.

En ambos bandos hay hombres que luchan, traicionan y mueren. Parecería que estos hombres no pueden convivir. No pueden vivir juntos sin guerrear. Sin embargo vemos, con la perspectiva de nuestro tiempo, que a lo largo de la historia se suceden períodos de tolerancia, como aquellos días de la España de las tres religiones, y períodos de odios, guerras y persecución.

En este mundo donde vivimos, donde vivirán nuestros hijos, deberemos convivir con el otro, con el que habla en otro idioma, con el que reza con otro rito, con el que no reza... Porque las fronteras se acercan, algunas caen. Los países se unen en grupos, primero por motivos económicos, luego por lazos políticos, formando grandes zonas comunes; y en esas zonas aparecerán mosaicos de diversas costumbres que pueden chocar. En un mundo

que acorta las distancias, colocándonos cada vez más cerca unos de otros, deberíamos prepararnos para convivir, como lo hicieron durante algún tiempo en la España de las tres religiones. Convivir permitirá a nuestros hijos vivir mejor y, tal vez, comience a cumplirse la profecía de Isaías: "Él juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y ellos romperán sus espadas para hacer arados, y sus lanzas trocarán en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni aprenderán más la guerra."

Rodas, 30 de octubre de 1522

La última carta de Amín decía que la situación en la ciudad era desesperada, que los alimentos comenzaban a escasear y, si bien el asalto general del día anterior había sido rechazado, la población griega conjuraba en contra de los cruzados. Los rebeldes argüían que resistir sería inútil, que los reinos cristianos, ocupados en sus disputas y sus luchas internas, nunca enviarían la ayuda pedida por el Gran Maestre. El patriarca de la Iglesia Ortodoxa había tenido que mediar para que los pobladores de Rodas no tomaran las armas contra los cruzados. Amín creía que la resistencia de la ciudad no podía durar mucho más. Agregaba que Juan Díez había sido descubierto y puesto en prisión, si lo sometían a tortura, tal vez delataría a los responsables de la intriga. En adelante las informaciones las recibiría de un caballero que conocía bien: Andrea d'Amaral.

David se dirigió hacia el campamento y buscó la tienda del nuevo *Serasker*.

Pensó en cómo el Sultán, furioso luego del fracasado asalto general, había destituido a Mustafá Pachá y había nombrado en su reemplazo a Ahmed Pachá, el Tercer Visir.

Pidió autorización a los guardias para que lo condujeran ante el *Serasker* y así relatarle los sucesos acaecidos dentro de la ciudad sitiada.

Ahmed Pachá agradeció las noticias, meditó durante unos instantes y luego dijo:

—Tal vez sea necesario emplear otra forma de ata-

que. Se acerca el invierno y en la ciudad aumentará el descontento; es importante para nuestra lucha que la población griega se enfrente con los cruzados. ¿Dime, David, los griegos y los cruzados pertenecen a sectas cristianas diferentes?

—Es así: los caballeros son católicos y responden al Papa en Roma. Los griegos siguen al Patriarca de Atenas.

—El tiempo hará que el conflicto dentro de la ciudad aumente, entonces el Gran Maestre estará más dispuesto a rendirse, mientras tanto bombardearemos las murallas con toda nuestra artillería hasta demolerlas, sin exponer a nuestros soldados.

De regreso a la tienda, David se tumbó en su lecho para descansar. No podía dormir, pensaba en los sufrimientos de la guerra, en los heridos, los muertos y los mutilados. Shoshana había muerto en otra guerra, y él no había podido hacer nada para protegerla. ¿Por qué Dios permitía tanta muerte? ¿Cuándo dejarán los hombres de luchar?

En la difusa claridad del amanecer, David escuchó el clamor de muchas voces que llegaban desde el campamento. Salió del toldo y vio que los jenízaros señalaban hacia la ciudad, vio que de largas picas, sujetas sobre los adarves de los muros, colgaban miembros humanos todavía sangrantes: un brazo, una pierna, un torso. Los turcos se aproximaban a los muros y los cruzados no les disparaban, parecía que querían que se acercaran a reconocer a los ajusticiados. David despertó a Yusuf y, juntos, se encaminaron hacia la ciudad. En lo que quedaba del muro de Inglaterra reconoció la cabeza cortada

de Andrea d'Amaral; sobre el muro de Italia, en la punta de una pica, había otra cabeza que supuso que sería la de Juan Díez; caminó alrededor de la muralla hacia el castillo y, sobre el muro de Alemania, la cabeza todavía sangrante de Amín lo miraba con ojos desorbitados.

Los cañones de los sitiadores no hicieron escuchar su trueno durante toda esa jornada.

Al día siguiente, el *Serasker* dio la orden de reanudar el fuego de la artillería. Las baterías continuaron disparando sus andanadas y, durante todo el mes de noviembre, batieron los muros de Rodas sin piedad. El aire se hacía más frío, los alimentos escaseaban dentro de la ciudad, la tensión entre los griegos y los cruzados iba en aumento. Los griegos decían que ya era hora de dejar las armas y celebrar la paz, que el yugo del Sultán era suave, que en otras islas y ciudades ocupadas por el Gran Turco podían profesar libremente su credo y vivir sin temor. La presión de la artillería era feroz: cuando las murallas iban cediendo, los pobladores construían otro nuevo cerco hacia el interior. Parecía que la ciudad, a medida que pasaban los días, se achicaba como una fruta que se seca. Finalmente fue partida en dos: desde el muro de Inglaterra, que había sido totalmente demolido, hasta el puerto, no quedaban construcciones y la vista llegaba sin obstáculos al mar; los cañones batían durante toda la jornada el corredor así formado y no era posible cruzar, mientras duraba la luz del día, de un lado a otro de la ciudad.

El diez de diciembre Solimán hizo silenciar la artillería y alzó una bandera de parlamento. Envío a dos emisarios con una carta para Villers de L'Isle Adam proponiéndole condiciones honorables de rendición. Respetaría a los habitantes de la ciudad y no habría saqueo, respetaría el culto de los cristianos, los cruzados podrían partir llevando sus armas y las reliquias de su religión. El Gran Maestre tenía tres días para decidir. Pasado ese plazo la ciudad sería arrasada y no quedaría nadie con vida, "ni los gatos", agregaba.

Villers solicitó ampliar el tiempo de las conversaciones a diez días, cosa que fue concedida por Solimán a cambio de la entrega de cincuenta rehenes, veinticinco caballeros y veinticinco pobladores griegos. Durante la tregua no habría disparos y los turcos se alejarían a una milla de los muros.

Las deliberaciones en la ciudad fueron arduas. Muchos caballeros preferían morir luchando por la Fe en Cristo y tener una vida gloriosa junto al Señor en el Más Allá, antes que capitular y rendirse al infiel. El Patriarca Ortodoxo, que era delegado de la población griega, quería evitar el saqueo y la violación de sus fieles: las historias de los jenizaros librados al pillaje tenían a los habitantes cerca del pánico.

Finalmente, cuando el plazo ya expiraba, el Gran Maestre capituló. Envío a dos caballeros y dos habitantes de la ciudad con las últimas condiciones: los cristianos que se quedaran en Rodas estarían exentos de impuestos por cinco años para reconstruir sus casas, no serían reclutados en los ejércitos del Sultán y no habría saqueos en la ciudad.

Solimán aceptó las demandas con la condición de que los cruzados abandonaran la isla en doce días.

El campamento parecía envuelto en un extraño silencio. Yusuf todavía dormía. David apartó las cortinas y salió. Nevaba. Gruesos copos caían lentamente del cielo. Toda la campiña estaba cubierta con un manto blanco que ocultaba los estragos de la guerra y amortiguaba los sonidos. El día tenía una luminosidad gris.

Estuvo largo rato contemplando el panorama blanco. La nieve cae lentamente como el algodón, pensó. Luego entró en la tienda para despertar a su amigo. Debían prepararse pues, en la gran carpa del *Serasker*, se reuniría un Diván para festejar la victoria.

Cuatro braseros de cobre caldeaban el gran pabellón donde se celebraba el consejo. A pesar de que afuera nevaba, adentro hacía calor. Los oficiales turcos estaban sentados en cómodos cojines de seda. Espesas alfombras cubrían los pisos, lámparas de aceite iluminaban las paredes de telas blancas ornadas con hilos de oro. Sobre mesillas bajas, cubiertas con bandejas de bronce, fuentes de porcelana de la china rebosaban con dulces. Había higos rellenos de nuez y almendras, confituras envueltas con masa de hojaldre, rociadas con miel y agua de azar, avellanas bañadas en caramelo y azúcar. "Es la dulzura de la victoria" había comentado el *Serasker*. David, algo apartado de los principales notables, contemplaba la escena junto a Yusuf, quien saboreaba un higo relleno.

Sonaron trompetas y se hizo silencio en el recinto. Todos se pusieron de pie. Se abrieron las cortinas y, rodeado de una guardia de jenízaros que lucían uniformes de gala, entró Solimán. David nunca lo había visto tan próximo. Era un hombre muy joven, apenas pasados los veinte años. Le impresionó la determinación de la mira-

da, la nariz aguileña, los poblados bigotes negros que le llegaban al mentón y el turbante blanco con una enorme esmeralda. Tomó asiento en los almohadones de seda verde de un sofá cuya base era de oro y, con un imperceptible ademán, indicó a todos que se sentaran para continuar con el festejo.

Luego de servirse algunos bocados dulces, el Sultán felicitó uno por uno a sus generales, destacó la valiente actuación de los soldados en las últimas batallas, alabó al ingeniero Sinan pues, sin su esforzada contribución no hubiera sido posible lograr la victoria. Por último entregó a Piri Pachá, el Gran Visir, un pergamino, mientras dirigía la mirada hacia donde se encontraba David.

Cuando Piri Pachá lo llamó para que se acercase al sofá, a David le dio un vuelco el corazón. Mientras caminaba hacia el lugar donde estaba Solimán le pareció que transcurría una eternidad, sentía la mirada de todos a sus espaldas. Hizo la reverencia hasta el suelo, como lo indicaba el protocolo, y esperó la señal para levantarse.

—Te entrego este *firmán* en premio por tus servicios prestados a la causa del Imperio, como habíamos acordado en el palacio Topkapi —dijo Piri Pachá—. Solimán accede a tus deseos, por ello lo llamamos El Magnífico. David, con tus valiosos consejos pudimos tomar esta fortaleza que se consideraba inexpugnable. Por ello el Sultán concede la libertad a los esclavos judíos de Rodas, acuerda permiso de residencia en la ciudad a toda tu familia y a los judíos que quieran habitar en ella. Rodas será una ciudad judía; sólo ellos vivirán allí, siempre bajo la tutela de la Sublime Puerta; los cristianos no podrán permanecer por la noche dentro de las murallas.

David, que no esperaba tanta magnificencia, se arrodilló ante Solimán y humildemente besó la tierra

delante de sus pies, luego dijo algunas palabras de agradecimiento, tomó el pergamino que le extendía el Gran Visir, hizo una nueva reverencia y se volvió hacia el lugar donde permanecía Yusuf. Cuando se acercó a su amigo vio que las lágrimas le bañaban el rostro.

—Podremos regresar a nuestra casa, David, la casa donde tú me conociste, el hogar de mi familia —la voz de Yusuf se quebró en un sollozo.

Se presentaron dos guardias ante el Gran Visir y le susurraron algo al oído. El Visir consultó con la mirada al Sultán, quién respondió con un breve gesto de asentimiento. Se había hecho silencio en el pabellón. Las trompetas sonaron y todos los presentes se pusieron de pie. Se abrieron las cortinas y entró Villers de L'Isle Adam sacudiendo la nieve de sus ropas, acompañado por una escolta de caballeros representantes de todas las lenguas. El rostro delgado de Villers reflejaba las penurias del sitio y la tristeza de la derrota. Intentó arrodillarse frente al Sultán y le presentó su espada. Solimán impidió al bravo guerrero de cabellos blancos la humillación y lo ayudó a ponerse de pie. Luego dijo:

—Está frente a nosotros uno de los hombres más valientes con que me ha tocado luchar. Los ejércitos cristianos deberían estar orgullosos de contar con un comandante como él.

Hizo una pausa, miró a sus generales y luego, dirigiéndose a Villers agregó:

—Si yo tuviera un soldado así, de vuestro temple, lo estimaría más que a uno de mis reinos.

Piri Pachá llamó a David para que tradujera las palabras del Sultán.

—Consuélate —continuó Solimán—, la faena de los soberanos y de los guerreros como nosotros, es la de con-

quistar ciudades y provincias y también perderlas de acuerdo a las vueltas de la Fortuna. Aceptad mi reconocimiento a un valiente.

Luego se sentaron en los almohadones a discutir los últimos acuerdos para la entrega de la ciudad. Afuera había dejado de nevar.

Los cruzados embarcaron la noche del treinta y uno de diciembre luego de rezar la última misa en la catedral de San Juan. Habían quedado con vida apenas algo más de un centenar de Caballeros y un puñado de soldados. La mayoría de la población griega partió con ellos. Los navíos de la Orden no alcanzaron para llevar a todos los habitantes y fue necesario que David dispusiera de algunas galeras de transporte de la Compañía para llevar a la muchedumbre que quería dejar la ciudad.

Al amanecer del día siguiente, Solimán, ataviado con vestiduras blancas resplandecientes de oro y piedras preciosas, al son de los tambores y las trompetas de los jenízaros, cabalgó al frente del ejército hacia la ciudad. David, junto con Yusuf y Aarón Abulafia, entraron a pie, bordeando el mar, por la puerta de Santa Catalina, cuyas torres circulares parecían no haber sufrido los bombardeos. En el horizonte se veían las velas de la flota de la Orden que se perdían en la niebla, la proa dirigida a la isla de Candia.

Las calles estaban sembradas de escombros, balas de cañón y maderos carbonizados que entorpecían la marcha. Pasaron frente al mercado y Yusuf les indicó la calle que llevaba hacia la sinagoga, el antiguo templo de Rodas que había sido transformado en iglesia luego de

Rodas, 11 de junio de 1528

la expulsión. Al llegar, vieron que se había congregado allí una muchedumbre de judíos. Estaban los que habían sido convertidos por la fuerza, que ahora retornaban a su antigua religión, y los esclavos que Solimán había libertado. Yusuf se confundió en abrazos con antiguos compañeros de su niñez y David reconoció a algunos esclavos que habían compartido sus penurias durante la construcción de las murallas. Faltaba Amín.

Entraron en la sinagoga. Los símbolos cristianos habían sido retirados por los monjes ortodoxos antes de hacerse a la mar. En el interior no alcanzaba el espacio; algunos tuvieron que permanecer en la calle, sentados sobre las piedras de las casas derruidas. Cuando se hubieron serenado, David pidió silencio y leyó el *firmán*. Muchos hombres y mujeres, ya mayores, tenían lágrimas en los ojos. Cuando concluyó, se hizo un instante de silencio; entonces todos dirigieron la vista al este, hacia Jerusalén, y recitaron en ese lugar una vez más, luego de veinte años de ausencia, el *Shemá*, la oración al Dios Único.

Sentado bajo la sombra del naranjo, David leía. Desde la cocina llegaba el bullicio de las mujeres que preparaban la cena de *Shabat*. El aroma de los exquisitos platos se mezclaba con la fragancia de jazmines y azahares. Dejó el libro. Por primera vez, luego de haber recorrido muchos caminos, luego de vivir unos pocos años en cada ciudad, sentía que ésta era su casa, que en Rodas estaba su hogar.

Escuchaba el rumor de la fuente del patio y, por la ventana abierta, le llegaba la risa diáfana de Hanna, las preguntas susurrantes que hacía su hija Shoshana, la voz gruesa de Esther Franco comentando los chismes del mercado, los refranes y consejos de Sara, que ahora vivía en Rodas y, a pesar de sus años, había dejado la casa de Muchico, en Salónica, para pasar unos meses en la isla y convertir a Hanna, “esa extranjera” en una “verdadera esposa sefardí”. Ayudaba a su nuera en las tareas domésticas y le enseñaba los secretos de la comida española.

David estaba orgulloso porque su hijo Salomón llegaba al *Bar Mitzvah*. Sería una noche de fiesta en la familia, habría muchos invitados, vendrían los padres de Yusuf y también Aarón Abulafia que se encontraba de paso en Rodas.

Tomó nuevamente el libro, acarició la fina encuadernación de piel y pasó sus dedos por el relieve de las letras de oro. Por fin Judah Abravanel había publicado su trabajo en la imprenta de Soncino con el nombre de

León, el Hebreo. Aarón Abulafia le había entregado el libro pocos días atrás. Lo acompañaba una carta de su primo, fechada en Ferrara, donde relataba que los judíos eran protegidos allí por el duque Ercole de Este. En esa ciudad pasaría un tiempo alojado en la casa de su hermano.

Se abrió la puerta que conducía a la calle. Salomón y Yusuf entraron a la carrera, agitados, con el resplandor del sol todavía en el rostro.

—Hace tiempo que deberían estar de regreso —dijo David aparentando enojo.

—El mar estaba en calma, el viento soplaba firme —justificó Yusuf—. David, tienes que estar orgulloso de tu hijo, lleva el timón con firmeza, aprende las artes de navegar y pronto, de continuar así, superará a su padre.

—Salomón tiene cosas más importantes de que ocuparse en lugar de perder la tarde en el mar. Mañana es su *Bar Mitzbah*. Debe leer en el Templo ante toda la Comunidad. Será considerado uno más entre los hombres.

—Padre, tú sabes que estoy preparado, repito de memoria mi discurso y puedo leer la *Torah* como el mejor.

Esto era cierto. El joven tenía grandes dotes para el estudio y amaba el saber. Le gustaba más pensar difíciles abstracciones que aprender las artes mercantiles; se interesaba en la Ley, la Filosofía y la Ciencia y no en el negocio y el manejo de la Compañía. David miró con afecto los ojos celestes del muchacho que brillaban a la luz de la tarde. Finalmente dijo:

—Hay que apurarse, falta poco para que comience la oración. Preparen sus vestiduras que hoy es un Sábado de fiesta para nuestra familia.

Los varones, ataviados con sus mejores ropas, caminaron hasta el Templo. Salían las primeras estrellas. Sonó el cañón que anunciaba que pronto se cerrarían las puertas de la ciudad. Los mercaderes griegos debían darse prisa para salir fuera de las murallas y retornar a sus hogares.

David subió los cuatro escalones que llevaban al patio del Templo Chalóm. Le habían puesto el nombre "Chalóm", —que significa "Paz"— a su pedido, pues creía haber hallado en Rodas la tranquilidad que había buscado desde que partió de España; la isla era un lugar donde los judíos podían vivir junto con sus vecinos de otros credos.

El templo era nuevo, había sido construido sobre ruinas y escombros; toda la comunidad había contribuido a su edificación. David pisó el pavimento de piedras blancas y negras que formaban dibujos de flores, como el suelo de la sinagoga de Córdoba. Él había dirigido personalmente a los artesanos recordando el dibujo del viejo patio español. Entró con su hijo en el gran recinto cuadrado, de techos altos, sostenidos por esbeltas columnas; los últimos resplandores de la tarde entraban por las ventanas y la luz de las lámparas de aceite se reflejaba en los cristales tallados de Venecia. David se sentó en la primera fila con Yusuf y Natán. En el centro se encontraba el estrado de madera con la mesa de lectura de la *Toráh*. Salomón fue invitado a subir, como un honor. Terminaron de entrar los últimos fieles. El rabino Joseph Galante abrió el libro de plegarias, miró a Salomón y luego a David, mientras cesaban los rumores de la concurrencia. Comenzó entonces a recitar la oración de la tarde.

Era el mes de julio de 1992, se cumplían los quinientos años del descubrimiento de América. Para nosotros, los descendientes de judíos sefardíes, se cumplían quinientos años desde la Expulsión de España.

Entonces lo vi por primera vez.

El barco había arribado al puerto de Rodas cuando salía el sol. Con mi esposa, nos habíamos despertado temprano para contemplar la isla desde el mar. Por estribor se veía la torre de San Nicolás y, sobre la escollera, los molinos de viento.

Descendimos del barco y entramos en la ciudad amurallada por la puerta de Santa Catalina junto con un grupo de turistas. Recorrimos la Calle de los Caballeros, admiramos las imponentes fachadas de los albergues, el patio central con su pavimento de cuadros de mármol blanco; vimos la sala de audiencias, la cámara del Gran Maestre y los sótanos con sus despensas y sus mazmorras; caminamos por los adarves de las murallas, bajamos unas escaleras y nos internamos en angostas callejuelas hasta una plaza, en cuyo centro había una fuente rematada por tres hipocampos de bronce. A la plaza se abrían innumerables tiendas abarrotadas con todo tipo de *souvenirs* para los turistas. La guía dijo que en este lugar terminaba la excursión y que a las dos de la tarde, desde el puerto, partiría el autobús a Lindos.

Luego del almuerzo, mientras el resto del grupo se encaminaba a Lindos, regresamos a la plaza de la fuente. Estaba casi vacía. Los negocios seguían abiertos, pero la multitud se había ido, tal vez, para disfrutar del sol en las playas. Supuse que estábamos en el lugar que mis abuelos llamaban "Calle Ancha". Realmente era una calle que se ensanchaba en el sitio de la fuente. Entramos en un negocio. Le pregunté al dependiente por el

antiguo barrio judío. Mediante señas y en su pobre inglés nos hizo saber que nos hallábamos en él. Nos acompañó hasta el lugar donde había una pequeña placa, adosada a una pared, que decía en griego: "Plaza de los Mártires Judíos". Luego nos condujo a una callejuela que se abría a la plaza y señaló un cartel que decía: "Synagogue", en francés. Allí se despidió.

Caminamos por la angosta calle lateral, pavimentada con piedras, bordeada de casas de dos pisos con ventanas que se abrían en los altos. Cada tanto una puerta de madera quebraba la uniformidad de los muros. No había nadie. Dejamos de oír los ruidos de la plaza y pronto, al mirar atrás, ya no la vimos. Tuve la sensación de que el tiempo retrocedía, de que estaba en otra época dentro de una ciudad medieval.

Se abrió un portón y salió una mujer vestida de negro. —¿Sinagoga, sinagoga? —pregunté.

La mujer demoró en comprender, pero luego señaló una puerta, calle arriba.

Golpeamos.

Abrió un anciano.

—¿Sinagoga? —pregunté.

—¿Son de los nuestros? —pronunció nuestros, con éme, con esa tonada sefardí que yo había oído tanto en mi niñez. No había sufrido todavía la contaminación del moderno castellano.

Me presenté y nombré a mis abuelos. Dijo que no los había conocido. Tal vez, cuando se fueron de la isla, él todavía no había llegado a este mundo.

Nos condujo calle abajo. Habíamos caminado por delante de la entrada del Templo sin darnos cuenta.

Abrió el portón de madera; pasamos a un pequeño patio con aroma a madreselvas y, de allí, al gran recinto

cuadrado del Templo, alumbrado por ventanas situadas a la altura del piso superior. El anciano nos mostró con orgullo los tesoros de la sinagoga.

—Algunos de los objetos tal vez vinieron de España —nos dijo, señalando una lámpara de aceite muy antigua, con inscripciones en hebreo, que iluminaba el recinto de los rollos de la Ley.

—¿Qué sucedió a la comunidad de Rodas? —preguntó mi esposa.

—Muchos emigraron antes de la guerra, como los abuelos del señor —dijo, y sus ojos la miraron con tristeza—. ¿En verdad quieren saberlo? ¡Las cosas que me demandan! ¡Así viva Dios!

La luz de la tarde declinaba. Nos sentamos en un banco del patio. Miré el suelo. Estaba pavimentado con piedrecitas blancas y negras formando dibujos de flores.

La voz del anciano comenzó en un susurro:

—El largo dominio de los sultanes terminó cuando los italianos arrebataron la isla a los turcos en 1912. Los judíos vivían en armonía con las nuevas autoridades. Todavía recuerdo la visita del rey Vittorio Emanuele. Lo vi caminar por la Calle Ancha, cuando yo era niño. Los fascistas del Duce nos trataron bien, no tuvimos problemas hasta que en el año 1943 entraron los alemanes. En julio de 1944, los oficiales de la SS dieron la orden de que todos los judíos de la isla debían reunirse en el edificio de la *Kommandantur* de Rodas. Debían traer sus efectos personales, sus joyas, valores y equipaje para unos pocos días. Serían llevados a un nuevo territorio, en Polonia, donde los judíos tendrían un hogar. Debían presentarse todos: hombres, mujeres, niños y ancianos, el día 23 al alba.

Hizo una pausa, suspirando, como para tomar nuevo

aliento. Permanecimos en silencio respetando los recuerdos del anciano. Luego continuó:

—Los embarcaron en cuatro navíos cargueros que por la noche partieron hacia el Pireo. En un tren de vagones de ganado los condujeron a Auschwitz. Muchos murieron en la travesía, la mayoría, en las cámaras de gas. ¡Que Dios los tenga en su gloria! Muy pocos lograron sobrevivir. Ninguno de ellos ha regresado para morar en Rodas...

Hizo una larga pausa. Las sombras de la tarde cubrían el patio. Comprendí entonces la tristeza de mis abuelos, comprendí su silencio. Supe por qué, si amaban tanto a esta ciudad, no la habían vuelto a ver.

El anciano se puso de pie y señaló una placa de mármol blanco que se encontraba a nuestras espaldas, al lado de la puerta. No la habíamos visto cuando entramos. Escrito en francés se leía:

“En memoria de los dos mil mártires de la comunidad judía de Rodas y Cos brutalmente aniquilados por los asesinos nazis en los campos de concentración en Alemania 1944-1945. Que sus almas reposen en paz.”

Seguía la lista de un centenar de apellidos de las familias de las víctimas: Alhadeff, Abouaf, Abulafia,... Benveniste, Chami, Cohen, Córdova,... Franco, Mizraji, Soncino, Soriano...

Había caído la noche. Caminábamos en silencio por el muelle del puerto de Rodas hacia las luces del barco; caminábamos entre la colorida multitud de turistas indiferentes, en la alegría de sus vacaciones.

Fue en ese momento que lo vi. Vi al joven David de Córdoba, de pie, sobre las colinas del puerto de Cádiz, mirando la inmensidad del mar. Era su último día en la tierra de España.

Agradecimientos

Siempre quise escribir aunque por diversos motivos no lo conseguía. Fruto de ese querer son varios cuadernos, guardados en cajones olvidados, con novelas comenzadas y sin terminar. Aconteció que un día tuve claro lo que quería decir, pero, sin la ayuda de muchas personas no hubiera logrado esta novela.

Sea mi agradecimiento a Norma Morales que me abrió las puertas a la escritura, a Isidoro Blaisten por sus consejos y su paciencia, a Celina Lértora Mendoza, Mario Cohen y José Menascé que me brindaron sus conocimientos de Sefarad; a Ketty y Alberto Safdie por su aporte bibliográfico, a Mario Sabán por su entusiasmo y su aliento, a Lucha Funes, a Mirta Schnider y a todos los compañeros del Cidicef; a Beatriz Borovich por su confianza.

También deseo agradecer a Frank Heinrichsdorff que me aconsejó en temas navales y a Patricia Heinrichsdorff por su permanente aliento. A mis hijos, Florencia, Mariano y Laura que leyeron los originales y aportaron lo suyo, lo mismo que a mis hermanos, Martín y Diego y a mi madre, Sara.

Finalmente agradezco todo el cariño y el apoyo de mi esposa María Teresa, sin ella, este libro no hubiera existido.

Buenos Aires, 13 de marzo de 1998.

Bibliografía comentada

Creo que muchos lectores estarán interesados, tal vez, en profundizar algunas cuestiones históricas de las que trata esta novela. La bibliografía especializada es muy extensa pero yo citaré solamente los libros que utilicé para escribirla, agrupados por tema, con un pequeño comentario, a veces, acerca de la materia o del libro.

Historia de España:

Historia de España, Luis Suárez Fernández, Tomo 7, Los Trastámara y los Reyes Católicos. Editorial Gredos, Madrid, 1985.

Historia social y económica de España y América, J. Vicens Vives, Tomo 1. Ediciones Vicens-Vives, Barcelona, 1988.

Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana. Espasa-Calpe S.A. Madrid, 1924.

La Europa del Renacimiento, J.R. Hale, Siglo XXI Editores SA, Madrid, 1986.

Historia de Sefarad:

Historia social, política y religiosa de los judíos de España y Portugal, Don José Amador de los Ríos, Imprenta de T. Fortanet, Madrid, 1875. *Primer historiador español que abordó este polémico tema.*

Los judíos en la España Moderna y Contemporánea, J. Caro Baroja, Ediciones Istmo, Madrid, 1978.

Judíos españoles en la Edad Media, Luis Suárez Fernández, Ediciones Rialp SA, Madrid, 1980.

Historia de los judíos en la España cristiana, Yitzhak Baer, Altalena Editores SA, Madrid, 1981.

Los hijos de ibero-franconia, Nissim Elnecavé, Editorial La Luz, Buenos Aires, 1981.

Los judíos de España, Haim Beinart, Editorial Mapfre SA, Madrid, 1992.

Los judíos de la España antigua, Luis A. García Moreno, Ediciones Rialp SA, Madrid, 1993.

Expulsión:

Los libros citados anteriormente tratan la expulsión como un hecho más dentro de la historia de España o la de Sefarad, los que siguen se especializan en el tema de la expulsión.

La Expulsión de los judíos de España, Luis Suárez Fernández, Editorial Mapfre, Madrid, 1991.

1492, Quinientos años después, Instituto Científico Judío IWO, Buenos Aires, 1992.

1492, Jacques Attali, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1991. *Muy interesante este libro que describe la situación europea del año 1492, las ideas y acontecimientos que se gestaron en dicho año tienen efectos todavía hoy, más de 500 años después.*

El descubrimiento de la cultura sefardí, 1492-1992, Sefárdica Nro. 9, Publicación del Centro de Investigación y difusión de la cultura Sefardí, Buenos Aires, 1992.

La Inquisición Española:

Ríos de sangre hizo correr La Inquisición Española en sus comienzos y hoy, ríos de tinta. Son muchos los libros que tratan sobre el tema. Yo consulté los siguientes:

Historia crítica de la Inquisición en España, Juan Antonio Llorente, Ediciones Hiperión SL, Madrid, 1981.

Histoire de Línquisition, Henri Charles Lea, Alcide Picard Editeur, Paris, 1900.

La Inquisición española, Cecil Roth, Ediciones Martínez Roca SA, Barcelona, 1989.

El judaísmo español y la Inquisición, Carlos Carrete Parrondo, Editorial Mapfre SA, Madrid, 1992.

Los conversos ante el tribunal de la Inquisición, Haim Beinart, Riopiedras Ediciones, Barcelona.

Colección de documentos para la historia de la Inquisición de Córdoba, Rafael García Boix, Publicaciones del Monte de Piedad y caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1982.

El establecimiento de la Inquisición en Aragón (1484-1486) Documentos para su estudio, J. Angel Sesma Muñoz, Institución Fernando el Católico, 1987, Zaragoza.

Acerca de Isaac Abravanel y Judah Abravanel (León el Hebreo):

Diálogos de amor, León el Hebreo, traducción del Inca Garcilaso de la Vega, Espasa-Calpe Argentina SA, Buenos Aires, 1947.

León Hebreo, Lázaro Schallman, Biblioteca Popular Judía, Buenos Aires, 1968.

Don Isaac Abravanel, Stateman and Philosopher, B. Netanyahu, The Jewish Publication Society of America, Philadelphia, 1968.

Rabbi Isaac Abravanel on Maimonides Principles of Faith, Menachem Marc Kellner, Rabbinical Council of America, 1980.

Maimonides and Abrabanel on Prophecy, Alvin Jay Reines, Hebrew Union College Press, Cincinnati, 1970.

Historia:

Histoire de la Turquie, A. de Lamartine, Librairie du Constitutionnel, Paris, 1854.

Histoire des Israélites de Salonique, Jos. Nehama, Librairie Librairie Molho, Salonique, 1935.

The Jews of Rhodes, Mark D. Angel, Sepher-Hermon Press Inc, New York, 1978.

Gli Ebrei a Rodi, Esther Fintz Menascé, Edizioni Angelo Guerini e Associati, Milano, 1995.

Judaísmo de Cristóbal Colón:

Vida del muy Magnífico Señor Don Cristóbal Colón, Salvador de Madariaga, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Marginalidad y judaísmo en Cristóbal Colón, Alberto Liamgot, Biblioteca Popular Judía, Buenos aires, 1976.

El posible criptojudaísmo de Colón es un tema histórico polémico y todavía no probado. Estos autores sostienen, con bastante evidencia, la posibilidad del origen judío del descubridor de América. Sin embargo no se lo menciona ni como posibilidad en los cursos de historia oficiales.

Costumbres Sefardíes:

Usos y costumbres de los sefardíes de Salónica, Michael Molho, Instituto Arias Montano, Madrid Barcelona, 1950.

Bases de judaísmo, Pablo Link, Buenos Aires, 1948.

Refranes de los judíos sefardíes, Enrique Saporta y Beja, Ameller Ediciones, Barcelona, 1978.

Los sefardíes, José M. Estrugo, Editorial Lex, la Habana, 1958.

Se terminó de imprimir en el mes de abril de 1998
*en el establecimiento gráfico **LIBRIS S.R.L.***
MENDOZA 1523 (1824) • LANÚS OESTE
BUENOS AIRES • REPÚBLICA ARGENTINA

Colección
Cuentos y relatos

Hal-Lhuzz y la lámpara
de Ketrhin
Cuentos de inmigrantes

Elsa Serur Osman



HR 32
La historia de un pasajero
en un glóbulo energético

Eduardo A. Bosch



Cuentos de la abuela gringa

Susana Goldemberg



Libro donde la vida de un pueblo se hace presente y nos inunda de emociones y sonrisas.

El exilio es siempre doloroso, especialmente cuando el alma se queda en la tierra donde se ha nacido.

Pablo Chami cuenta con palabras verídicas una de las historias que sellaron los tiempos con sangre, lágrimas y amor: la expulsión de los judíos de España; y lo hace desde su corazón porque, entre los personajes que recorren las bellísimas páginas, están sus antepasados.

"Si volvemos la vista hacia donde se está poniendo el sol, vemos otras naves: son las tres carabelas del Almirante de la Mar Océano, que partieron ese mismo día-día de la buena suerte para iniciar los viajes según la tradición—y se encaminan a descubrir este continente americano, al cual vinieron mis mayores en la promesa de un futuro mejor."



ISBN 950-724-742-4



9 789507 247422